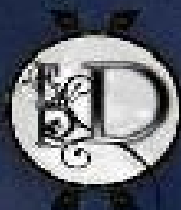


E. R. Dark

*Preso de
su Amor*
Serie Directo a ti 4



*Preso de
su Amor*

*Proceso de
su Amor*

Serie Directo a ti 4

ER Dark



Título: Preso de su amor, serie Directo a ti 4.

©ER Dark, 2020.

Obra registrada B-1526-20

1ª edición: noviembre, 2020

Diseño de cubierta y maquetación: ©Adane, 2016-2020.

Imagen de cubierta: ©Conrado /Shutterstock.

Corrección: Nieves Arribas y E.R. Dark.

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial, el almacenamiento o la transmisión de esta obra, incluido el diseño de la cubierta, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

INDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 12+1](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[Otros títulos de la autora.](#)

**Para vosotros. Ha sido un duro camino llegar hasta aquí, hasta el final o más bien el
comienzo, de vuestra historia.**

Y para C y C, nuestras historias.

Capítulo 1

Laura entró a su luminoso *loft* en la Barceloneta dejando escapar un suspiro de alivio. Al fin en casa. Dejó las llaves en un pequeño cuenco en la entrada y se quitó los tacones apoyándose en la pared. Estuvo tentada de dejarlos allí tirados, pero en el fondo era una persona ordenada.

Tras cambiarse de ropa y ponerse cómoda, sacó un plato de comida de la nevera y lo calentó en el microondas, mientras metía el uniforme de la clínica en la lavadora. Cuando se sentó a comerse el revuelto de verduras con pollo a la plancha dio gracias de ser su propia jefa y, poder tomar un largo fin de semana cuando quisiera, siempre que no se presentara una urgencia.

Era viernes al medio día, lo que significaba que tenía dos días y medio por delante para descansar y coger fuerzas. No parecía tener nada en su agenda social, lo cual agradeció por un lado, pero por otro le parecía patético tener treinta y tantos con una vida social que parecía desmoronarse por momentos.

Había pasado un día de pena, agotada por no dormir tras pasar la noche con Héctor, algo que se juró mil veces que no iba a volver a pasar. Claro que también se prometió olvidar al imbécil, creído y prepotente de Borjamari, por lo que llamó a Héctor para invitare a tomar una copa cuando acabaran del trabajo. Sin embargo, todo acabó con los dos desnudos y jinkando como locos en el piso del poli. Enterró la cara entre las manos al recordarlo. Le odiaba, aunque no tanto como lo deseaba y eso la ponía furiosa.

Metió el plato en el lavavajillas y se dejó caer en el sofá. Encendió la televisión; ni si quiera se fijó en el canal, solo necesitaba una conversación de fondo para ayudarla a dormir la siesta. No solía hacerlo, pero la mañana en la clínica tampoco había sido de las mejores. Se sentía agotada física y mentalmente, los ojos le pesaban y no entendía nada de las voces que salían del televisor...

Estaba quedándose dormida cuando el maldito móvil pitó trayéndola de nuevo a la consciencia. Encontró un mensaje de Agnes. Era viernes y eso significaba noche de chicas. Al menos antes. Desde que cinco meses atrás Agnes y Óscar se casaran, ella era la única soltera del grupo. La única sin compromisos que los viernes aún se tomaba una cerveza en el Rabbit, pero sola.

«Mueve el culo y arréglate. Esta noche nos vemos en el Rabbit las cuatro. Como faltes, te rapo al cero y secuestro a tú Terminator»

Laura sonrió. La excamarera era la mejor motivando al personal. Se frotó los ojos para despejarse tras la breve siesta que el mensaje interrumpió. Bostezando se sentó y se estiró antes de mirar la hora.

—¡Joder! ¿Cómo demonios he dormido tanto y no me he enterado? —exclamó levantándose de un salto, mientras salía corriendo hacia el baño a darse una buena ducha y prepararse para pasar una noche con sus chicas, al fin.



Cuando Laura entró en el Rabbit Hole, Izar, Elena y Agnes ya estaban sentadas en una de las mesas con bancos de cuero y madera cercanas al escenario. Óscar ya no actuaba allí, pero Los

Lobos sí, y eso era sinónimo de buena música, aunque Agnes insistía en que sonaban mejor cuando su marido era el bajista y bromeaba con la idea de que dejara la empresa y volviera al grupo. Lo que no admitía era que eso la mataría, porque la cantidad de sujetadores que le caían encima no era decente. Eso no significaba que ya no se lanzara lencería al escenario o que las fans incondicionales no siguieran aullando, para nada. Todo continuaba igual y Laura seguía pensando que más de uno del grupo tenía un buen polvo.

—¡Buenas noches, chicas! Siento llegar tarde. El día ha sido de locos —saludó Laura al llegar junto a ellas y sentarse en el mismo banco que Agnes, frente a las otras dos.

Las tres sonrieron al verla y Agnes amplió su sonrisa de oreja a oreja al ver las ojeras que casi le arrastraban. Al ser tan blanca y con aquellas mejillas pecosas, resaltaban mucho más.

—¿Una noche loca? —preguntó en cuanto se sentó a su lado.

—Apenas empieza la noche, pero sí, espero que sea loca —replicó Laura haciéndose la despistada ante la insinuación.

—Venga, la cara que llevas es de no haber dormido mucho y arrastrar un día duro.

—Sí que ha sido duro y agobiante. Ahora mismo mi mejor amigo tiene tres velocidades y se llama Orbeozo.

—¡La madre que la parió! ¿Y cuánto mide este? —inquirió Agnes interesada.

—Cuarenta centímetros, según la caja. No me he parado a comprobarlo. En cuanto llegó a la clínica lo metí en mi despacho y lo puse a trabajar.

Las tres se quedaron mirándola con los ojos muy abiertos y Laura entendió enseguida.

—Sois unas mentes sucias. Es un maldito ventilador, que mi despacho parece un horno.

Rompieron a reír al unísono por la cara de estupefacción de Laura y el equívoco. Bueno, viniendo de ella bien podía haber sido lo que pensaron. Agnes no podía ni hablar, como el resto de las chicas, pero fue la primera que, tras secarse las lágrimas, consiguió articular palabra.

—Sí, sí. El día en la clínica ha sido de mucho calor, como en todas partes, sin embargo, yo te preguntaba por la noche anterior. ¿Quién es él? ¿Está bueno? ¿Más que el morenazo? —indagó impaciente.

Odiaba que hiciera eso. La muy bruja leía en ella como en un puñetero libro abierto o un muro de Facebook. Poniendo cara de pocos amigos, replicó:

—Claro que está bueno. Infinitamente más que ese idiota al que te refieres —afirmó, aunque sin mirarla a los ojos.

—No creo que muchos superen a Borja, aparte de Darío, claro —intervino Izar guiñándole un ojo a Agnes, que sonreía triunfante.

A la rubia se le había metido entre ceja y ceja que la veterinaria necesitaba un hombre a su lado y no pensaba dejar escapar ninguna oportunidad que tuviera para lograrlo, menos ahora que contaba con las demás para apoyarla en su empeño.

Laura cogió la cerveza de Agnes y le dio un trago bien grande antes de responder.

—Este lo hace sobradamente —dijo, queriendo zanjar el tema de una vez.

—Pues yo creo que no. Aunque lo adoro, mi hermano no es tan guapo como Borja —aseguró Elena, dejándolas a todas con la boca abierta.

Sí, todas sabían que Laura y Héctor seguían acostándose, pero tras su ruptura oficial siempre se evitaba el tema delante de la friki. Al fin y al cabo, era su hermano mayor y contar cómo se manejaba en la cama o que lo usaba solo para rascarse los picores era algo que Laura trataba de evitar por el bien de su amistad.

—¡Yes! —exclamó Izar, mientras golpeaba la mesa con la palma de la mano—. Hay que reconocer a un hombre cuando es *sexy* y guapo a rabiar.

—Es mi hermano, sé de sobra lo que hay entre vosotros y no me importa en absoluto, pero creo que tendrías que ampliar objetivos —aclaró Elena, al ver la expresión de Laura que la miraba como si no la conociera. ¿Dónde demonios estaba la chica tímida que se sofocaba ante la mención del sexo en cualquier conversación?

—Sois lo peor. ¿Y vosotras os hacéis llamar mis amigas? Desde que jinkáis a diario se os han secado las escasas neuronas que tenéis. Os odio —soltó Laura.

—Nos empotran varias veces al día, querrás decir —apuntilló Agnes levantando ambas cejas.

La cara de Laura era de incredulidad. ¿En serio? Eso debía ser más ficción que los libros de Izar, aunque entonces recordó la verdad detrás de sus historias...

—Necesitaré algo más fuerte que mi pobre Terminator para superar eso. ¿De verdad? ¿Varias veces?

—En mi caso, sí. Darío es muy creativo, ya me entendéis. Cuando me estaba arreglando, me ha empotrado contra los azulejos del baño —dijo Izar sonriendo.

—He de admitir que me pasa como a Izar. Óscar siempre está hambriento. Sobre todo, por las mañanas... Prácticamente me desayuna a mí, ya sabéis a que me refiero. Y os aseguro que cuando regrese a casa, me estará esperando desnudito en la cama. Lo ha prometido y él cumple sus promesas —aseguró Agnes con cara de pilla.

—Que puedo decir... La fama de amante italiano sumamente experimentado que le daba la prensa, sí es verdad. *Mamma mia*... —apostilló Elena, poniéndose roja hasta la raíz del pelo. Aún no se terminaba de acostumbrar a ser la señora de Sandro Lombardi.

Laura levantó la mano para pedir unas bebidas con urgencia y algo de comer. Iba a necesitar mucho alcohol para superar aquella noche.

—Creo que necesito más de una copa bien cargada y amigas nuevas. Pero como lo primero es más fácil, empezaré por un ron con naranja, la cerveza me parece poco.

Volvió a levantar la mano llamando la atención de la joven que servía su lado del local.

—¿Invitas tú? —soltó Izar.

—Pues mira, esta vez sí. Ya que no puedo haceros descuento en la castración de vuestros chicos, os invito a una ronda. Hoy necesito que mi cerebro desconecte de todo —comentó dándose aire con la mano.

—Eso no lo digas ni en broma —dijo horrorizada Agnes—. Con lo bien dotado que está mi marido.

—¡Camarera! Mi copa que sea doble —gritó Laura al escuchar aquello a la chica que acababa de tomarles nota.

Las tres rompieron a reír.

—Laura, este año mi deseo de Año Nuevo será para ti, para que encuentres a un hombre que, cuando lo veas aparecer, se te olvide incluso hasta respirar, que el aliento se te quede atrapado en los pulmones y tu corazón se salte varios latidos —afirmó Izar.

—Nenita, ha sonado a maldición gitana, pero ojalá se cumpla. Está visto que lo mío no son las relaciones. Pero, no importa, lo tengo más que decidido, ¡al diablo el amor! Seré la tía borracha y guapa de la familia —aseguró Laura tratando de parecer divertida con la idea, al tiempo que levantaba su copa para brindar.

—No lo encuentras porque no quieres, Laura. Bien podrías venir conmigo y Darío al Eros. Te aseguro que allí podrías encontrar a un hombre de infarto. Yo lo hice —manifestó Izar.

Laura la miró como si sopesara la idea, pero enseguida la desechó.

—¿Y qué pinto yo allí? Mis pecas no son algo como para andar exhibiendo —refunfuñó.

—¡No seas capulla! —Izar plantó las palmas de las manos en la mesa, regañando a la cabezona

de su amiga—. Está lo bastante oscuro como para que no se vean.

Agnes casi se atragantó al escuchar a Izar.

—¿Insinúas que así podré esconderme? ¿O que al no verme ligo seguro? —demandó Laura con ironía

—Yo no insinúo nada, monina, esa eres tú, que está obsesionada con sus pecas —resopló Izar—. Son tu excusa perfecta, pero lo que ocurre de verdad es que estás cagada y no te atreves a ir.

—¡Claro que me atrevo! Es solo que no quiero, es una cuestión de elección.

—Cagada —dijo Elena fingiendo un ataque de tos.

—Te apuesto cien euros a que no es capaz de ir —soltó Agnes como al descuido, mientras bebía tranquilamente la cuarta o quinta ronda de cerveza.

Y entonces Laura lo vio todo rojo. Un reto de aquella arpía era como la *kryptonita* para Superman o el *gallina* para Marty McFly. No podía perder con ella de ninguna manera.

—¡Acepto! Pero que sean doscientos, necesito bragas nuevas replicó con sorna.

—Serán trescientos si participas en los juegos —remató Agnes.

—¿Juegos? No me jodas que hay hasta parchís. Ya no me acuerdo de cómo era eso...

Izar puso los ojos en blanco. Laura no iba a madurar en la vida... Bueno, eso y que ya empezaba a tener la lengua de trapo, como todas.

—Lleva lencería bonita, no me vengas con bragas de cuello alto de abuela.

—Tengo mucha lencería bonita —replicó Laura sacándole la lengua a Izar, para luego volverse hacia Agnes—. ¿En serio me vas a soltar trescientos pavos si me tiro a uno en el Eros?

—Solo si te lo jinkas. Además, recuerda que voy a tener testigos —la retó.

—Ahora sé cómo se sentía Julia Roberts en *Pretty Woman* —dijo Laura muerta de risa.

—Julia Roberts... —murmuró Agnes—. Te pasa lo que a ella y espantas al pobre hombre con tus salidas de tono. Tal vez no deberías hablar cuando llegues allí.

—Bueno, las dos somos pelirrojas y bocazas. Solo me falta el maromo —comentó irónica.

—Lo tendrías si no fueras tan idiota —afirmó Izar.

—Lo mío con Héctor no tiene futuro, ya lo sabéis. Él se merece algo mejor.

—¡Arg! ¿Y quién habla de Héctor? No puedo con ella, no puedo —se quejó Izar—. Decidme qué mujer en su sano juicio rechazaría a un hombretón de ojos azules como Borja.

—¿Aparte de mí? Cualquiera —soltó Laura.

—Tú, calla, que no estás en tu sano juicio al menos desde que cumpliste un año. Y creo que eso es mucho —replicó Elena.

—Vaya ayuda, yo pensaba que estabas de mi parte.

—Y lo estoy, por eso añadido otros trescientos a la apuesta. Necesitas un buen polvo —apuntó Elena.

—¡Venga! ¡A mover pasta gansa! —brindó Agnes alzando la botella de cerveza.

Las cuatro empezaron a reír como tontas. El efecto del alcohol las había desinhibido y las apuestas corrieron tanto como el líquido que bajaba por sus gargantas.

Capítulo 2

Laura se removió en la cama y sintió la cabeza a punto de explotar. Con un gruñido se tapó la cabeza con la almohada, le molestaba la claridad que entraba por los ventanales que rodeaban la zona del dormitorio, pero al hacerlo solo logró que el dolor atacara de nuevo.

Maldita resaca. Maldita cerveza. Maldito ron con naranja, a pesar de lo bueno que estaba... Por enésima vez volvió a jurar que no volvería a beber así en la vida, sabiendo que se mentía a sí misma, sin embargo, eso ayudaba a sobrellevarlo.

Se levantó y fue como pudo hasta el baño en busca del botiquín y unas pastillas para el dolor de cabeza. Miró el cubo de la ropa sucia y vio allí su ropa interior. Una frase cruzó su mente... «Necesito bragas nuevas...»

Un montón de imágenes de las cuatro, risas y frases sin sentido cruzaron su mente, entonces recordó parte de lo sucedido y se echó a temblar. Buscó el móvil y llamó a la escritora antes de que fuera demasiado tarde. Seguro que podía echarse atrás, aún era sábado por la mañana, no había pasado nada. Ni lo haría si podía evitarlo.

En su dúplex de Passeig de Gràcia, Izar se lanzó a por su teléfono antes de que le estallara la cabeza. Miró la hora que marcaba junto con el nombre de quien llamaba y maldijo en voz baja. Hacía poco más de cuatro horas desde que se habían despedido y, viendo que apenas eran las diez de la mañana, solo deseaba estrangular a su amiga.

—¿No puedes esperar a que sea más tarde? —preguntó con la voz pastosa.

—¿Tarde? No sé ni qué hora es... Y yo también me alegro de escucharte tan alegre.

—Me va a estallar la cabeza, así que no grites —pidió Izar.

—No voy a gritar, de hecho, ha sido la maldita resaca la que me ha despertado. Necesito preguntarte algo. Creo que ayer hicimos algún trato extraño, ¿no?

—¿Extraño? Yo creo que es el mejor trato que has hecho en tu vida, teniendo en cuenta que esta vez no te desnudarás en la vía pública, así no tendrás problemas con los *mossos* —comentó con una sonrisa Izar, recordándole el día que tuvo que sacarla de la comisaría por protagonizar una de las noches más locas de Agnes y la pelirroja.

—Tranquila, no pienso volver a enseñar las tetas en medio de una plaza, eso puedes tenerlo por seguro. En cuanto a lo otro... Creo que será mejor dejarlo. De todas maneras, no estoy tan necesitada. Tengo pilas de sobra y mi vecino siempre es un buen plan B —le explicó Laura segura de que sonaba acojonada, pero era como estaba. La idea de ir al Eros hacía que sintiera un escalofrío y no solo de miedo, y ese otro sentimiento era lo peor, lo que realmente la aterrizzaba.

—Eso te costará seiscientos pavos, nena. No sabía que eras tan cagona —la pinchó Izar.

—No me estoy cagando es solo que no creo que sea una buena idea, eso es todo. Si acepté ayer fue porque habló el alcohol, no yo —repuso Laura.

—No has ido nunca al Eros, es un lugar especial, no es nada depravado, Laura.

—Nunca he pensado algo así, y lo sabes.

Sí, lo sabía y también estaba segura de que conocía la razón real que la frenaba a entrar allí, pero Izar no lo diría en voz alta, para no darle un motivo con el que pudiera rajarse y ella no lo admitiría tampoco para no darle una razón para insistir.

—Lo sé, y también sé que te gustará cuando lo veas, solo tienes que darle una oportunidad. Además, no estarás sola. Darío y yo estaremos ahí, contigo —apuntó Izar.

—Y verte el culo, por no decir algo más, debe tranquilizarme, ¿no? —La idea de ver a su amiga jinkándose a su marido no era la mejor para convencerla.

—Darío y yo normalmente vamos a nuestra propia sala VIP, así que, si no quieres verme, simplemente no entres. Nos quedaremos contigo hasta asegurarnos de que no estarás sola.

—O me quedo en casa con una buena peli. En serio, Izar...

—Está bien, hazlo. Agnes estará súper feliz de ganar esta apuesta.

—¿Agnes? ¿Qué pinta Agnes en esto? —Laura solo era capaz de recordar la propuesta de Izar, poco más. La mayoría de su noche estaba demasiado borrosa.

Izar suspiró. Esa mujer no se enteraba de nada cuando bebía más de una copa, aunque en su defensa la noche anterior fueron muchas rondas. Miró hacia su izquierda y se encontró con la mirada ardiente de Darío. Sabía lo que significaba ya que su hijo estaba con la niñera.

—Agnes apostó trescientos pavos a que no irías al Eros y Elena la respaldó con trescientos más. Agnes dijo que te rajarías —le explicó Izar.

La muy perra apostó que ella no iría. La retaba, como siempre... Odiaba perder contra ella, y encima, ¡Elena la apoyaba! Eso no podía quedar así, simplemente no podía.

—Está bien. Solo porque Agnes vea que no me rajo. ¿A qué hora me recoges?

—Sobre las once. Te dará tiempo de descansar y ponerte bien *sexy*.

—Sí, descansar... Necesito dormir mucho. Nos vemos esta noche, Izar.

—Hasta la noche —se despidió esta, sonriendo antes de colgar. Esa noche se llevaría una agradable sorpresa.

Horas más tarde, Laura recogía los platos después de comer. Con eso, el *loft* estaba en perfecto orden, no como su cabeza que se encontraba inmersa en un caos que no le permitía pensar o sentir con claridad. Empezaba a pensar que su día a día funcionaba por pura inercia.

Se sentía fuera de lugar tanto en su casa como en su propia vida.

Había cosas que quería cambiar y no podía; y otras que cambiaban sin que ella pudiera evitarlo.

La clínica era una de las primeras cosas en su lista. Le encantaría poder transformar el local en el que estaba ahora, para abrir un centro veterinario con más salas, pero los metros eran lo que eran y por más vueltas que dio al proyecto, no era viable. Si tan solo pudiera encontrar un local más grande cerca de allí...

Quería disponer de un lugar para postoperatorio mucho mejor que el que tenía ahora que era apenas un par de jaulas en un pequeño patio cubierto. Dejar de amontonar los sacos de comida que vendía en la sala de espera de los pacientes o tener un buen par de quirófanos equipados con lo mejor. Quería darles lo mejor a los animales del barrio y a sus dueños. No es que ahora la clínica fuera un desastre, sin embargo, sabía que podía hacerlo mucho mejor. Solo necesitaba un buen local, dinero y más personal. Marina y ella solas no podrían llevar un lugar tan grande, aunque lo superarían. Casi nada...

Su vida personal tampoco era más tranquila que la profesional.

No tenía pareja. Después de sus desastrosas relaciones tampoco era algo que entrara en sus planes, al menos no hasta hacía poco.

Sus amigas ya no estaban solteras, todas estaban emparejadas, incluso con familia. Y las que no la tenían no iban a tardar. Los viernes por la noche, ya no eran noche de chicas, al menos ya no tan seguido. La mayoría de las veces estaba ella sola tomando algo en la barra disfrutando de la música del Rabbit. Otras ni tan siquiera salía de casa y la cerveza la tomaba viendo algo en la

televisión sentada en su sofá o leyendo algún libro.

Si se juntaban en parejas se sentía fuera de lugar. Era la única soltera y cuando se regalaban besos y arrumacos no sabía dónde mirar. No por vergüenza, no, sino porque su propio deseo le jugaba malas pasadas y lo que en realidad veía era a Borja en todas partes. Sí, aquel idiota con cara de cabreado, el chulo que pensaba que todas caían a sus pies solo con mirarlas, la tenía justo como él quería. Sin embargo, era lo bastante cabezota como para no dar su brazo a torcer. Odiaba que la hiciera sentir tan vulnerable.

Desde que lo suyo con Ernesto se fue a la mierda y lo mal que lo pasó con Javi, había levantado tales murallas alrededor de su corazón que las de Troya eran una mera anécdota. Y cada vez que aquel idiota se acercaba a ella, sentía cómo se resquebrajaban y no podía permitirlo. Se juró que nunca más iba a sufrir por un hombre intuía que Borja le haría mucho daño. Lo suyo no tenía ningún futuro, estaba segura. Más allá de un buen polvo sabía que no podía esperar nada más de él. Entonces, ¿por qué se lo negaba? Porque sabía que no podría conformarse solo con eso.

Quería algo que no era para ella. Aunque, ¿no era lo mismo que les pasó a sus amigas?

Agnes, por ejemplo, odiaba a todo hombre desde que James la traicionara. Primero con un matrimonio falso y luego con todas las mujeres que se le pusieron a tiro. Por suerte sufrió un accidente de moto que la dejó sin memoria y, le dio una oportunidad al mejor hombre que pudo querer: Óscar. Estaban los dos igual de locos, igual de enamorados y se notaba con solo verlos.

Ahora vivían cerca del Passeig de Gràcia, en un piso enorme y luminoso. Dirigían juntos la sucursal de Transportes De Miguel de la que Óscar era vicepresidente y copropietario junto a su hermana: Erika. Esta vivía en Madrid y dirigía el resto de las cosas. Se hospedaba en una casa que era de Óscar, una mansión increíble en La Moraleja, pero que ni él ni Agnes querían. Aun así, su hermana les había dejado la tercera planta, por razones sentimentales, para cuando fueran de visita. Laura se sentía feliz por ellos, ahora tenían a la familia de su lado y aquellos que trataron de hacerles daño, su madre y hermanastro, estaban donde tenían que estar: ella rogando por volver a una vida que ya no le correspondía y él en la cárcel por varias causas de estafa abiertas.

Eran felices ahora, lo que nunca creyó Agnes que sucedería. Óscar no había dejado del todo a un lado su sueño de ser músico. Ahora era socio de Manuel, el dueño del Rabbit para lanzar allí nuevos talentos. Los Lobos eran el grupo residente y en algunas ocasiones subía al escenario con ellos para dedicarle algún tema a su preciosa esposa o solo por quitarse ese gusanillo que nunca lo abandonaría.

Elena también estaba felizmente casada, con el hombre de sus sueños, su mayor fantasía y no era una exageración.

Durante años estuvo enamorada de manera platónica de Sandro Lombardi, el modelo italiano más *sexy* según infinidad de revistas y con el mejor culo del mundo según la propia Elena. Morderlo sería mejor que mordisquear cualquier gusanito de queso, su gran vicio. Llevaba años afincado en Barcelona, en el Mandarin, aunque nunca coincidieron. Se movían en círculos diametralmente opuestos, sin embargo, una extraña casualidad virtual los puso frente a frente en el momento más inesperado. Ella venció sus miedos y Sandro fue quien tuvo que conquistarla, cosa que logró con gran esfuerzo, pues Elena no se lo puso fácil.

Ahora eran una pareja famosa. Las fans del modelo querían matarla, aunque ella esperaba que solo de boquilla o se encargaría de hacerlas sufrir una por una. Ya tuvieron bastante con una psicópata en sus vidas. La feliz pareja vivía en una preciosa y moderna mansión en Pedralbes, regalo de Sandro a Elena, que pronto llenarían de críos, Laura estaba segura. Elena le había comentado que en un par de años Sandro se retiraría de las pasarelas y entonces podrían empezar a pensar en formar una familia.

En la actualidad les resultaba imposible por lo mucho que él viajaba. Elena lo acompañaba en algunas ocasiones, aunque en otras se quedaba en la ciudad condal y era entonces cuando Laura no se sentía tan sola. La pequeña friki era un ser cariñoso y amable que sabía cómo ella se sentía sin decírselo. No preguntaba, simplemente iba a buscarla. Tal vez no era tan alocada como Izar, Agnes, o ella misma, pero era tan buena amiga como cualquiera. Seguía trabajando de *freelance* como diseñadora para editoriales, aunque sobre todo para Izar. Sin dejar de lado las aplicaciones y programas para PYMES.

Y hablando de Izar. Lo suyo con Darío iba viento en popa a toda vela, pero en sentido contrario. No, no iban a separarse ni nada por el estilo, era lo que más les gustaba de su relación: hacerlo todo al revés.

Se conocieron y, sin saber nada el uno del otro, se acostaron. Tampoco es algo inusual, ni mucho menos, pero se conocieron en el Eros, el club *swinger* dónde Izar se documentaba para su nuevo libro y Darío resultó ser su editor. Su primera cita fue meses después de su primer polvo y fue entonces cuando empezaron a saber algo el uno del otro. El bebé, el precioso Ethan, cumpliría un año unos meses después de que sus padres se casaran.

Era otra pareja que ya no esperaba nada del amor. Izar renegaba de él después de unas relaciones de mierda y Darío tras su divorcio tampoco estaba por la labor de ir más allá de unos buenos polvos, que, según contaba Izar en su libro, eran más que eso. Y menudo cuerpazo tenía el cabrón...

Odiaba a su amiga. A todas en realidad.

No, eso no era así. Se alegraba muchísimo de que fueran felices. Solo había que ver el modo en que ellas miraban a sus maridos y como ellos les devolvían la mirada de la misma manera. Las envidiaba porque Laura quería a alguien que la mirase del mismo modo, que la hiciera sentir igual.

«Borja podría... Te vuelve loca...»

Nunca había tenido una vocecita en la cabeza que le hablara, menos aún con el tonito de voz cabrón de Agnes combinado con el de Izar, aunque al parecer la estaba desarrollando. Lo mejor de ser ella era que le divertía más ignorarla que hacerle caso, como hacía con mucha de la gente a la que conocía de verdad. Sobre todo, porque esa vocecita le decía lo que menos quería escuchar.

Borja no era para ella. Ningún hombre lo era, pero él, el que menos. Solo verlo y su parte asesina surgía desde lo más profundo para protegerla. No le importaba vapulearlo con tal de evitar que la humillara o se burlara de ella. Que le hiciera daño. Aunque si era sincera consigo misma, sí le molestaba. Lo hacía después, pues sabía que la imagen que daba no era la real, pero era la necesaria. Solo esperaba que conociera a alguien y dejara de ir con Izar y Darío, de ese modo dejaría de verlo...

Y entonces se dejó caer en el sofá, se tapó la cara con uno de los cojines y gritó rabiosa. La idea de pensar en Borja con otra mujer le reventaba. Ya lo hacía el saber que Izar, su amiga, se lo había tirado muchas veces. Sí, era en compañía de Darío, como si fuera un juguete sexual, no una relación amorosa, y, aun así, la sola idea la ponía de los nervios. Y no, no era por el hecho de que se tirase a su amiga, era porque la mujer con la que jinkaba no era ella.

Admitirlo le quemaba por dentro, y más con el trato que tenía con Izar para esa noche: ir al Eros. La posibilidad de encontrárselo allí existía, a pesar de los más de quince mensajes que le envió a Izar para que le confirmara que no estaría allí. No sabía qué le molestaba más: si sentirse aliviada porque no estuviera o que no fuera a verlo y tener la opción de acabar lo que empezaron en el baño de aquella cafetería.

Miró la hora en el móvil y comprobó que Izar le volvía a insistir en que Borja estaba fuera de

la ciudad por trabajo, y que no se preocupara. El recordatorio de que fuera con ropa *sexy* y bien depilada no le hacía falta. Se levantó y se dirigió al baño. Ya se iba acercando la hora de que Izar y Darío pasarían a buscarla y tenía que estar bien guapa esa noche.

No sabía si el tipo con el que ganaría la apuesta sería Borja o no, le daba lo mismo. Necesitaba despejar su mente, y su corazón.

Capítulo 3

Darío alisó la camisa mirándose al espejo del recibidor del dúplex. Era sábado por la noche y, tras una cena con su preciosa prometida y su mejor amigo, se disponían a pasar una noche de deleite en el Eros como hacían desde que Izar se recuperó del parto y estuvo lista para retomar sus placeres compartidos. Sin embargo, aquella iba a ser una noche diferente. No habría un trío, al menos no con Borja. A él le tenían reservada otra diversión.

—¿Crees que esta camisa me hace gordo, Borja? —preguntó con guasa a su mejor amigo.

Los risueños ojos azules se estrecharon para evaluar la figura de Darío. Estaba igual que siempre, se notaba lo mucho que practicaba deporte. Apoyado en el marco de la puerta y con una copa en la mano, le siguió el juego a su amigo.

—Creo que el negro disimula esos michelines que te están saliendo, pero son perfectos para agarrarse a ellos y no caerse. Yo estaría preocupado por si tu cervatilla ya no te desea.

—Menos mal que tú tienes más lorza que yo o esta noche me inquietaría —replicó girándose y encarando a su compañero de juegos.

Borja acarició su torso y abdomen. Sonrió.

—He estado trabajando un poco en ellos.

—Eres un presumido.

—Solo digo la verdad. Soy guapo y tengo un buen cuerpo, ¿para qué voy a decir lo contrario? —dijo Borja encogiéndose de hombros.

—Sí, recuerdo lo que todos dicen de tu cuerpo. Suerte que a mí ahora solo me importa una opinión y no es precisamente la tuya —comentó Darío.

—Esa es la única que debe importarte, preocúpate cuando no veas esa mirada en su rostro —apuntó Borja y sonrió de medio lado—. Tienes suerte, Darío, mucha suerte.

—Sí, mucha. Hablando de suerte... También la tengo de tener un amigo tan estupendo como tú a mí lado —manifestó Darío con una sonrisa ladrona, pasando un brazo por encima del hombro de Borja.

—Joder, ahora mismo me estás acojonando. Cuando sonrías de esa forma me entra un escalofrío por la espalda que me tiemblan hasta las piernas. ¿Qué quieres? —declaró Borja mirando a su amigo.

—¿Ves? Por eso nos compenetramos tan bien, me conoces casi tanto como Izar. Y en realidad lo que quiero no es para mí, es para mi preciosa prometida. Mi cervatilla necesita un favor.

—Por ella, lo que sea —afirmó Borja.

—No esperaba menos de ti... Necesitamos que esta noche no te unas a nosotros. Verás, Izar tiene una amiga muy, pero que muy necesitada de amor. O, mejor dicho, de sexo del bueno.

Borja sonrió para sus adentros, imaginaba, y no creía estar equivocado, que la amiga de la que Darío hablaba no era otra que su descarada pelirroja. Las otras dos estaban felizmente casadas. La noche parecía mejorar por momentos.

—Darío, supongo que estará bien, ya me entiendes —inquirió haciéndose el tonto con respecto a quién sería la amiga.

—Eso creo. No la conozco, o en eso insiste Izar —aseveró Darío tratando de mantener en el

anonimato a Laura. Pensaba que, a pesar de la atracción que había entre ellos, si sabía que era ella, se iría a casa o a otro club de la ciudad.

—No te aseguro que me acueste con ella. Si no me gusta solo tomaremos una copa y le enseñaré el club. ¿Vale con eso?

—¿Y si te ofrezco una buena compensación esté buena o no, para que le des un buen repaso? Hablamos de Izar, me cortará los huevos si su amiga no acaba con un par de orgasmos hoy —propuso el editor.

Borja sostuvo la mirada de Darío por un largo tiempo.

—Tienes que comprender que si no es de mí agrado mi yo juguetero no se levantará.

—Puedes pensar en mí para eso —se burló Darío.

—No me hagas vomitar —replicó Borja.

—Está bien, está bien —dijo Darío levantando las manos a modo de rendición—. Hemos quedado en recogerla ahora. ¿Qué te parece si os presentamos en mi sala privada? Así, si ella no te gusta, siempre puedes fingir ir a por una copa y desaparecer. ¿Mejor?

—No soy de los que deja a una mujer plantada, pero la sala VIP me vale, siempre tengo la excusa de enseñarle el resto. —Aunque, si sus sospechas eran ciertas, y estaba seguro de que lo eran, la sala sería perfecta para ellos. De allí no podría escapar.

Darío sonrió satisfecho seguro de que Borja no iba a salir corriendo al ver a la pelirroja, sino más bien, los echaría a patadas de la habitación para disfrutar de ella.



Laura no dejaba de frotarse las manos muerta de nervios. La verdad era que el local la cautivó por su ambiente en el momento en que puso un pie en él. Izar tenía razón: le iba a encantar, pero no lo iba a reconocer.

Ahora estaban esperando en uno de los sillones rojos, en la penumbra de la sala que llamaban Zona Mixta, al hombre que, según ellos, le daría una noche inolvidable y que no era Borja. Por un lado, se alegraba. Enfrentarse a él era lo que más había temido, aunque, por otra parte... Hubiera querido que aquel idiota apareciera por la puerta.

—A lo mejor no viene —dijo en voz alta—. Puede haberle surgido algo importante. Sería mejor que me marchara a casa.

—Eso es lo que estás deseando hacer, monina. Te aseguro que es un hombre de palabra. Solo tienes que relajarte y disfrutar de la noche —rebatía Izar.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —replicó Laura.

—No seas quejica.

La pelirroja le sacó la lengua y, con disimulo, se recolocó el escotazo de su vestido azul oscuro que resaltaba el rojo de su melena. Si como decía su amiga, el maromo estaba a punto de llegar, quería causarle buena impresión. Aunque se la cargaría en cuanto abriera la boca, como siempre.

Izar se apoyó en su prometido satisfecha de su plan. Sabía que Borja cumpliría como un hombre, era el mejor para Laura, aunque esta lo negara siempre. Sin embargo, no era ciega y veía las miradas hambrientas que se lanzaban cuando creían que nadie los veía. Sí, Borja era el hombre ideal para ella. Y ella, era perfecta para él.

—Creo que deberíamos llevarla a la sala, cielo —susurró al oído de Darío.

—Sí, Borja está aparcando. Llegará justo a tiempo —anunció su prometido, guardando el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿Has quedado con él arriba? —preguntó Izar.

—Sí, le dije que allí tendría opción de escapar si la chica no le gustaba. Pobre imbécil.

Izar sonrió.

—Nos lo hará pagar, lo sabes ¿verdad?

—No me preocupa. Si todo sale bien, se olvidará de nosotros y solo se fijará en la deslenguada de tu amiga —repuso Darío con una sonrisa.

Haciendo un gesto con la mano, Izar le indicó a Laura que los siguiera. Iban a la planta superior donde solo los socios tenían zonas privadas. No todo el mundo veía o tenía acceso a aquella parte del club. Darío tenía la suya desde hacía tiempo, igual que Borja, pero, para esa ocasión la suya era mejor.

Cuando entraron en la sala tenuemente iluminada, Laura pudo ver una enorme cama en el centro. A un lado había un jacuzzi, y al otro un pequeño armario para guardar los juguetes que cada socio considerara oportuno. No era austera, pero tampoco recargada. Era elegante y *sexy*. Incitaba a desnudarse y disfrutar de las comodidades que ofrecía.

—Bienvenida a nuestro pequeño paraíso. Esto es mucho más tranquilo que abajo, ¿no crees?

Izar frotó los brazos de Laura para tranquilizarla.

—Ya verás como todo sale bien, me lo agradecerás.

—Sí, te daré las gracias mientras fundo seiscientos euros.

Izar puso los ojos en blanco, sabía que era su modo de combatir los nervios, el miedo a lo desconocido. Laura estaba allí a ciegas y entendía cómo se sentía. Ella misma estuvo así su primera noche. Sin embargo, no pudo decir nada ya que la voz profunda de Borja interrumpió a las amigas.

—Siento llegar tarde.

Laura miró al hombre que acababa de entrar y luego a su amiga de hito en hito. No podía creerlo. ¡Menuda capulla!

—Esto tiene que ser una broma. Izar, dime que esto es una maldita broma —dijo Laura apretando los dientes.

Borja no dejó hablar a Izar. Entró en la sala VIP llenando con su presencia toda la habitación. Iba vestido de negro, con unos vaqueros y una camisa de manga corta que resaltaba sus bien definidos brazos. La profunda mirada azul se clavó en la de la mujer que lo miraba con furia.

No dudaba que la amiga necesitada sería Laura, sin embargo, eso no quitaba que estuviera nervioso y hasta que no la tuvo delante no se quedó tranquilo. La quería a ella.

—Veo que te alegras de verme, pelirroja —soltó con ironía.

—Tanto como de tener almorranas —replicó ella mordaz.

Borja dio un paso hacia ella.

—No mientas y asume que esperabas que fuera yo.

—Yo no miento, me salen más pecas si lo hago —ironizó Laura.

No iba a decirle que tenía razón y que lo deseaba, mucho. Que la mayoría de sus nervios eran porque rogaba que la pareja no hubiera estado buscándole un hombre entre los anónimos que habría en el Eros, sino que hubieran pensado en su compañero de juegos, ese que la volvía loca.

Izar arrastró a Darío fuera de la sala y este la cerró con llave. Borja se giró y sonrió por el plan de esa cervatilla pícara.

—¿Con la llave, cariño? —preguntó la escritora.

—Funcionó con Elena y Sandro, ¿por qué no repetirlo con estos dos?

—Es una opción, pero Laura no es como Elena —apuntó Izar dubitativa.

—Ni Borja como Sandro —afirmó Darío para tranquilizar a su prometida.

Laura no podía creerlo e, ignorando a Borja, se lanzó contra la puerta para intentar abrirla, sin embargo, esta no se movió.

—Creo que tu amiga se ha largado —anunció el hombre de sus pesadillas.

—¡Izar! ¡Abre la maldita puerta! —gritó Laura, ignorándolo.

—Lo siento, querida, pero Izar va a estar muy ocupada toda la noche. Ya volverá más tarde, en unas horas... —dijo la voz de Darío desde el pasillo, alejándose de su sala para bajar de nuevo al Eros y disfrutar de la noche.

Laura no podía creerlo. Encerrada toda la noche allí, con Borja y una cama.

—¿Tanto te desagrada la idea de que te toque? —Borja la observaba con interés, estaba seguro de haber leído bien las señales de su cuerpo y sabía que ella lo deseaba, aunque lo negara. Era una cabezota.

Veía cómo se tensaba al entrar él en una habitación. La manera en la que temblaba cuando se acercaba a ella, tragaba saliva y buscaba con la mirada una salida. Y lo veía claramente porque era lo mismo que le ocurría a él cada vez que se cruzaba en el camino de la pelirroja.

—No tendría que haber venido —musitó entonces Laura.

—Te acabo de hacer una pregunta y me gustaría que respondieras con sinceridad. Estamos solos así que no tienes que esconderte de nadie.

Laura se apoyó en la puerta y cerró los ojos.

—No es eso. No me desagrada que me toques.

Los sagaces ojos azules de Borja contenían el humor que no exteriorizaba. Ver cómo se debatía ella sola entre entregarse a él o seguir moliéndolo a patadas, lo divertía. Sabía que no le era indiferente y esa noche, por fin iba a ser suya. Algo que deseaba desde la primera vez que la vio en casa de sus amigos. Así que se acercó a ella despacio para no asustarla.

—Respira, pequeña, no voy a comerte —susurró Borja en su oído con su peculiar voz ronca y profunda—. Solo voy a vendarte los ojos para que esta noche sea especial y no puedas olvidarme. Siempre que tú estés de acuerdo, claro.

—¿Vendarme los ojos? ¿Por qué? —demandó Laura un poco asustada.

—Porque así solo sentirás, no estarás pensando en otra cosa que no sean mis manos en tu cuerpo y mis labios tomando tu boca —le explicó Borja acariciando su brazo.

—Créeme, eso no va a pasar, pero si lo hiciera, no quiero que me vendas. Querré ver como lo haces —lo desafió.

—Ya habrá tiempo para eso, hoy no necesitas ver nada. Quiero que te quede claro una cosa: dentro del dormitorio, mando yo, tú solo recibirás el placer que estoy dispuesto a darte y que puedas aguantar. ¿Queda claro? —dijo en todo firme capturándola con su mirada.

—Eres un chulo... ¿En serio te funciona esto? —replicó demasiado excitada como para admitirlo.

—Siempre —sonrió él, retador.

—Pobrecillas. Deben estar muy desesperadas para caer con esa treta —ironizó Laura.

—Pelirroja... No me hagas comprobar lo excitada que sé que estás. Ahora contesta, ¿confías en mí? Sí o no, es una respuesta rápida.

Laura lo miró a los ojos y no pudo mentir. El modo en que lo trataba era su mejor arma contra él, contra todos, y por una vez jugó en su contra. Contestar sin pensar era su especialidad.

—Sí.

Borja sonrió ante su respuesta, levantó la barbilla de Laura y antes de cubrirle los ojos con el pañuelo de seda negro que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón, se inclinó y la besó.

Sus labios eran firmes sobre los de ella, aunque sus movimientos fueron lentos, esperando a que ella se relajara en sus brazos y empezara a disfrutar de su beso. Le acarició la mejilla con suavidad y lo profundizó, provocando una descarga en ambos que los dejó sin aliento. La

atracción que sentían era demasiado intensa como para ignorarla y lo estuvieron haciendo durante demasiado tiempo.

Las manos de Borja, recorrieron su cuerpo, como si deseara memorizarlo. Había esperado tanto ese momento que no se creía que por fin estuviera entre sus brazos. Parecía un sueño y por todos los demonios que no deseaba despertar. Ni que ella se escapara otra vez. Aquella iba a ser su noche. Sin que Laura se percatara de lo que hacía, Borja deslizó su mano hacia el cerrojo interior de la puerta y lo dejó abierto.

Laura no era capaz de pensar con coherencia. Nunca podía cuando él estaba cerca. Tampoco lo fue en el baño de aquella cafetería. El único problema era que esa vez nadie llamaría a la puerta para interrumpirlos antes de que cometiera una locura. Allí, esa noche, al fin se deleitaría con el sabor de aquel hombre que la volvía loca. Dejaría de fantasear con él cuando estaba con otros, o cuando jugaba con su Terminator, también llamado Borjamari. De una vez por todas lo sentiría dentro, la devoraría viva. Esos pensamientos hicieron que Laura gimiese de anticipación.

Borja le acunó la cara con la palma de la mano y jugueteó con sus labios de forma erótica. Se movían sobre su boca de forma firme. Dominante. Como todo lo que hacía él. Sujetó a Laura del pelo y tiró suave, pero firme, para poder tomar una mejor posesión de su boca. El gemido que salió de ella disparó una fuerte descarga a su ingle mientras su mano le sujetaba la barbilla, asegurándose de que no se pudiera mover.

Le ofrecía una vista preciosa. Sus labios estaban rojos por sus besos, entreabiertos por el deseo. Buscó la cremallera en su espalda, bajándola despacio. Dejó caer el vestido a sus pies dejando su piel cremosa envuelta en encaje negro al descubierto. Borja se relamió. Joder, había visto infinidad de mujeres desnudas y ni una sola le había provocado aquel extraño deseo.

Laura siempre se burlaba de sus pecas viéndolas como algo que los hombres detestaban, sin embargo, a él le resultaban atractivas. La hacían única y estaba deseando dibujar con sus dedos, y su lengua, aquella infinidad de constelaciones de pecas maravillosas que decoraban sus curvas.

Y su rostro, ¿qué decir de aquella expresión siempre desafiante salpicada de pecas? Era como el azúcar en un pastel. Sí, pensándolo bien en el fondo era un blando, un romántico. Solo en el fondo, pues siempre portaba aquella fachada de hombre frío y contenido: Sus razones tenía que apenas unos pocos conocían.

Se acercó a ella y acarició con el índice la curva de sus pechos y subió hacia la clavícula. Rodeó su cuerpo sin dejar de jugar con sus caricias. Sacó el pañuelo del bolsillo y vendó sus ojos en silencio. Besó sus hombros para calmarla en el momento en que notó que la tensión volvía a ella. Sonrió al tener claro que estaba tan nerviosa como él mismo.

Desabrochó el sostén liberando sus senos. Pegó su cuerpo a la espalda de Laura, abrazándola desde atrás. Sus manos no tardaron en acunarlos, sintiendo su peso, su tibieza. Ambos gimieron al sentir el placer del contacto. Borja hundió el rostro en su cabello rojizo, inhalando el aroma a frutas de su champú. Su cuerpo estaba listo para tomarla de una maldita vez, su duro pene se apretaba contra las nalgas pecosas y semidesnudas. No podía esperar mucho más.

La elevó en brazos y la llevó hasta la gran cama cubierta de seda negra que presidía la habitación. La tumbó y le aseguró las muñecas con las cintas que estaban ya preparadas para tal uso. Tuvo la tentación de atarle también los tobillos, era bien capaz de patearlo si lo intentaba, pero el modo en que le dejaba hacer, parecía indicar que estaba cercana a la rendición.

No era tonto, Laura era una mujer con carácter y apreciaba sus pelotas. Aquel no era uno de esos días en los que estaba feliz de verlo. Aunque si lo pensaba bien... Nunca se alegraba de hacerlo.

—Esta noche quiero que sientas todo lo que te haré, solo sentir. Nada de ver o tocar. Vas a ser

mía. ¿Estás cómoda? ¿Te aprietan las sujeciones? —le preguntó.

—Estoy bien —dijo ella con la voz cargada de deseo.

—De acuerdo, continuemos —sonrió Borja pícaro.

La admiró de pie junto a la cama. Era mucho mejor de lo que imaginó de camino al club, estando seguro de que era ella la que esperaría en la sala. Allí, vestida solo con una escasa braguita de encaje negro, sobre las sábanas negras de la cama, brillaba. Su piel cremosa, y el cabello pelirrojo eran como un faro en la oscuridad que le pedían a gritos que fuera hacia él.

Se desnudó sin dejar de mirarla allí atada, respirando excitada, viendo como apretaba las piernas para calmar su deseo. Estaba ansiosa, quería buscarlo, aunque no podía privada de su vista y con las manos atadas. Cuando subió a la cama y se colocó sobre ella, sintió como parecía calmarse. Resultaba extraño pues era ese mismo efecto el que causaba en él.

Sí, ya era suya.

Borja terminó de desnudarla, despacio, tomándose su tiempo, torturándola con caricias perdidas, casuales. Desnudar a una mujer era como desenvolver un regalo y Laura era el más exquisito para un hombre como él. A pesar de su guerra abierta, estando con ella se sentía cómodo.

Recorrió suavemente con la yema de sus dedos desde la barbilla hasta la curva de sus pechos, fue un avance cálido y sensual que provocó que se endurecieran los pezones de Laura, pequeños y rosados. Los rodeó y los atrapó entre las yemas de sus dedos, apretándolos ligeramente para después dar un tirón más duro, aquello provocó el carácter de Laura, que protestó a la vez que gimió.

—Tienes unos pechos preciosos, pelirroja... —susurró Borja en su oído mientras su amplia mano cubría uno de sus tentadores senos—. Justo a mi medida.

Laura gimió de nuevo. Aquella mano caliente y suave la estaba volviendo loca, tanto que llevaba un buen rato sin decirle ninguna burrada. Arqueó el cuerpo buscando sus atenciones ya que no podía hacerlo con las manos. Necesitaba mucho más, su cuerpo quería más.

Borja se carcajeó y de nuevo buscó sus pechos, solo que en esa ocasión fueron sus labios los que se posaron sobre aquellos tentadores botones, duros y deliciosos.

—No me cansaré nunca de disfrutar de esta hermosa delantera...

—Tengo un culo pecoso que es aún mejor —lo retó bromeando. Controlar su boca no era su fuerte.

—Pienso disfrutarlo todo, pequeña, pero antes tengo mis prioridades —afirmó él.

Borja sopló sobre esos irresistibles pezones, húmedos por sus besos, y al instante se pusieron duros como guijarros. La sonrisa de Borja brilló durante un segundo mientras sus manos recorrían traviesas el tórax de Laura hasta llegar a su estómago. Lo besó rodeándole con su lengua perezosa el ombligo.

Despacio, deslizó sus braguitas por sus bien torneadas piernas. Sonrió al ver sus muslos ligeramente salpicados de aquellas pequitas que tanto la molestaban a ella y que a él lo volvían loco. Las tiró junto al resto de la ropa. Metió la cabeza entre sus piernas, conteniendo el aliento al verla tan húmeda por él. Con sus pulgares separó sus labios y empezó a lamerla muy lentamente.

El gemido de Laura no tardó en escucharse en toda la sala, que se sintió derretir por culpa de aquella lengua pecaminosa que le estaba llevando al límite. Había soñado con aquello tantas veces sin que se acercara en lo más mínimo a lo que le hacía sentir...

Sin detenerse, fue incrementando el ritmo; soplabla y lamía llevándola hasta la cumbre. Introducía un dedo para torturarla y ver cómo esa cremosa miel, provocada por el inminente orgasmo, se deslizaba por sus labios. Estaba llevarse ese sabor con él a su solitaria casa.

—Estás muy mojada, pelirroja, creo que necesitas algo más duro dentro de esa hermosa flor — comentó.

—Ya estás tardando, Borjamari —protestó Laura.

De nuevo su falta de filtro jugó en contra de la pelirroja diciendo justo lo que no quería: dejar claro lo mucho que ella lo deseaba.

Borja sonrió cuando notó cómo temblaba por el orgasmo y le daba justo lo que él deseaba. Mientras disfrutaba del modo en que el clímax la golpeaba, se levantó y se colocó un preservativo. Volvió a colocarse entre sus piernas y con su erección le rozó el sensible clítoris, una y otra vez, provocándola de nuevo. Borja descansó su frente en la de ella.

—¿Estás lista para recibirme por completo? —la retó.

—Si no lo haces de una maldita vez, cuando me suelte te castraré gratis —gruñó Laura.

Borja entonces le quitó la venda de los ojos y clavó su mirada en ella, sonrió malicioso cuando empujó en su interior, despacio, hasta que estuvo completamente acoplado a su cuerpo, sin apartar aquellos intensos ojos azules de los de Laura.

—Jesús... —gimió.

Laura tampoco dejó de mirarlo. Necesitaba saber que era él y no su imaginación. Quería poder rodearlo con sus piernas, arañar su espalda. Abrazarlo mientras se movía al mismo ritmo que él.

Borja comenzó a moverse despacio, no quería que ese increíble placer terminara pronto. Sin embargo, era imposible. Laura se movía debajo de él, se arqueaba cegada por el placer y eso fue su perdición. La sujetó firme de las caderas y embistió duro dentro de ella.

—Mierda, pelirroja, eres única... —jadeó.

—Me llamo Laura... —acertó a decir ella.

Borja se carcajeó, solo ella podía replicarle en esa situación. Se movió más fuerte y más rápido.

—Vamos, nena, no voy a poder aguantar más.

—Pues no lo hagas, Borjamari —replicó Laura devolviéndole el mote molesto.

—Borja, nena. —El morenazo se encargó de llevarla a un orgasmo abrumador.

Cuando terminó, salió de la pelirroja y desechó el preservativo en una papelera junto a la cama. Le desató las manos sin decir nada, capturó su boca en un intenso y posesivo beso y se dirigió hacia el pequeño aseo de la habitación.

Laura se quedó sola, tirada en la cama, aún con la respiración entrecortada por cómo la había hecho explotar de placer. Las fantasías se quedaron cortas al lado de lo que Borja le acababa de hacer sentir aquella noche. No podía esperar nada mejor que lo que había ocurrido, sin embargo, que se apartara de ese modo la hizo sentir ridícula por haber estado sintiendo por él tanto durante todo aquel tiempo. Era lo de siempre. Un premio, alguien de quien conseguir algo. Y ya lo tenía.

De repente Laura se sintió mal, solo quería largarse de allí. Se levantó y empezó a vestirse.

Borja salió del aseo y se quedó clavado en el sitio al verla con el vestido puesto.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió levantando una ceja.

—Bueno, por mucho que sea un club liberal la idea de enseñar mi trasero hasta la salida no me resulta atractiva —replicó la pelirroja.

—¿Te vas? —preguntó confundido. ¿Qué se estaba perdiendo? Solo había ido al aseo a limpiarse un poco antes de regresar con ella.

—¿Vas a invitarme a una copa?

—No estaba pensando precisamente en eso, solo quería tumbarme a tu lado y hablar. Nunca lo hacemos, solo gruñes y maldices —comentó Borja.

—Es que cuando te tengo cerca solo quiero gruñir y maldecir. Es tu culpa —soltó Laura.

Borja abrió y cerró su boca alucinando.

—¡Mi culpa! —exclamó él sin poder creer lo que estaba escuchando.

—¡Claro! No va a ser mía.

Borja se acercó a ella provocador y con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Lo que ocurre es que no quieres reconocer que yo tenía razón y que has caído rendida a mis encantos —dijo él para provocarla, dolido por su reacción.

Laura parpadeó varias veces incrédula.

—¿Perdona? ¿Rendida dices? ¡Has tenido que pedirle a tu amigo que nos encerrara aquí para que no me escapara y así pudieras pegarme un polvo! Que todo sea dicho, tampoco ha sido para tanto, Borjamari —manifestó Laura con las manos en las caderas.

El aludido apretó la mandíbula.

—Primero, mi nombre es Borja y segundo yo jamás te habría tendido esa trampa. Pídele cuentas a tu amiga Izar, yo no he tenido nada que ver con esto.

—¿Y tengo que creerme eso? —inquirió con ironía Laura.

—¿Crees que necesito hacer esta mierda por un puto polvo? ¡Mírame bien, pelirroja!; ¿De verdad crees que lo necesito?

Borja estaba dolido, no esperaba semejante reacción por parte de ella. Se había entregado a él, lo había notado con cada gemido y suspiro de placer. ¿Por qué reaccionaba así?

Laura estaba a punto de llorar. Odiaba tener miedo de enamorarse, pero odiaba más aún tener miedo del hombre del que estaba enamorada. Sentía pánico cada vez que se ponía delante de Borja y haber sentido en su cuerpo su pasión no iba a ayudar a olvidarlo, no obstante, no quería que le hiciera daño, no podría soportarlo.

—¡Deja de llamarme pelirroja! Y no sé lo que necesitas ni me interesa, solo quiero salir de aquí y no volver a ver la cara de chulo que tienes nunca más —le escupió.

—Nadie te impide salir —dijo él sombrío sin apartar la mirada de ella.

—La puerta está cerrada.

—Está abierta. Yo mismo lo hice cuando te vendé los ojos.

Laura no se lo pensó. Tenía que salir de allí rápido y alejarse de él. Ni siquiera lo miró cuando, con paso seguro y elegante, tiró de la manilla y salió al pasillo dejando a Borja atrás, aguantando las ganas de llorar que tenía.

Borja se quedó en la habitación intentando comprender qué cojones acababa de ocurrir. Lo que tenía claro era que Laura lo deseaba y pensaba aprovecharse de ello. Si tenía que romper esas barreras que alzaba en su contra, lo haría.

Capítulo 4

Izar terminó de maquillarse frente al espejo y sonrió ante el resultado. Se veía hermosa, consecuencia de lo feliz que era al lado de su gran amor, Darío. Estaba lista para salir, solo le faltaba que la ayudara a subirse la cremallera del vestido y quedaría perfecta.

Aquella noche era, por fin, su despedida de soltera y todavía no podía creerse que fuera a casarse con él, con Darío. Parecía un sueño. Su bebé, el precioso Ethan ya tenía ocho meses y en solo una semana ella se casaría con el hombre más maravilloso y *sexy* del mundo. Si alguien le hubiera dicho un año atrás que ese sería su futuro, se hubiera reído hasta que le diera un ataque. Ella, que escribía historias de amor, pero que renegaba de él encontró la horma de su zapato de un modo digno de novela. De hecho, la escribió.

Al salir del cuarto de baño se topó de bruces con el dueño de sus pensamientos.

—Ahora iba a llamarte, cariño, ¿me puedes ayudar con la cremallera? —dijo Izar mientras le daba la espalda. Había escogido un vestido negro ceñido con las mangas de gasa, resultaba cómodo y a la vez elegante para esa noche. Su melena caía suelta y ondulada por la espalda. Así que la apartó a un lado para que Darío pudiera ayudarla.

—No le veo problema. La cremallera está perfecta —replicó su prometido, mirándola de arriba a abajo con hambre. Acarició su espalda desnuda antes de subir la cremallera que, estaba seguro que acabaría bajando horas más tarde.

—Entonces creo que ya estoy lista —se giró y le rodeó el cuello con los brazos—. ¿Dónde vas a ir tú? Estás demasiado guapo.

Darío acarició su silueta con una sonrisa complacida. Aquel delicioso cuerpo era solo suyo, y si era para alguien más, siempre con su consentimiento, nunca sola. Igual que él siempre se entregaría a alguien más de la mano de ella.

—Borja ha reservado el Rabbit para nosotros. Será una fiesta privada con los chicos —le explicó Darío.

—Conociendo a Borja, algo te habrá montado —aseguró ella y sonrió.

—Seguro que sí. Y también conociendo a tus amigas, todas habrán preparado algo. —Besó la punta de su naricilla respingona y le dio una cariñosa palmada en el trasero—. Diviértete, aunque recuerda que ese vestido te lo quitaré yo.

—Puedes confiar en mí cariño, solo te quiero a ti.

—Lo hago, de verdad. No tienes que decirme nada. Disfruta de la fiesta. En solo una semana tendremos toda la vida por delante para disfrutar el uno del otro.

—Pásalo bien —Izar lo besó en los labios y salió del dúplex.

Habían quedado en que se encontrarían en Opium, un moderno restaurante que disponía de una terraza y un club nocturno de música electrónica con algunos DJ reconocidos en toda la Ciudad Condal. Daba igual el día de la semana que fuera, el ambiente de fiesta estaba siempre presente en el local.

Una vez en el lugar Izar se apoyó en una de las palmeras frente a la puerta del restaurante para esperar a reunirse las demás.

Un taxi paró frente a ella y tres mujeres vestidas para matar, bajaron con una sonrisa en la cara.

—¡Izar! Ya estamos aquí —anunció Elena dando un par de zancadas hasta ella. Quería ser la primera en abrazarla. Estaba preciosa con su melena suelta, su flequillo hasta los ojos y un ajustado vestido verde oscuro con un escote de vértigo. El matrimonio y un hombre con gusto exquisito para la moda, le había sentado de maravilla. Antes nunca habría enseñado tanta piel en público.

—Qué puntuales —dijo esta, riendo por lo bajo. Agnes apareció justo detrás de Elena y golpeó su cadera contra la de la friki.

—Vamos que tenemos toda la noche para abrazarnos —las regañó con cariño.

—Pero, ¿tenemos que hacerlo? —preguntó Laura—. Os quiero mucho, pero paso de andar colgada de vosotras toda la noche.

—Date tiempo monina, en un par de horas veremos quién abraza a quién para poder andar derecha —bromeó Izar.

—Esa será Agnes, seguro...

—¿Y por qué yo? Aguanto más que tú —se quejó la excamarera.

—¿Qué te apuestas? —la retó la veterinaria poniendo las manos en las caderas de su vestido azul.

—Ya estamos... —Sin embargo, Agnes lo dijo con una sonrisa en su rostro— Pues como sé que te gusta el dinero me apostaré otros cien. Me apostaría más, aunque sé que perderás y no quiero abusar de ti.

—No pienso perder. Dime la última vez que perdí contigo —inquirió Laura. Ambas discutían, mientras todas caminaban hacia el interior del local.

Izar rodó los ojos hacia arriba, aquel par no cambiaría nunca.

Agnes iba a recordarle que solo dos semanas atrás apostaron que iría al Eros y que pegaría un buen polvo allí, y aún no había pagado o cobrado la apuesta. Aunque no pudo. Llegaron a la puerta y el ensordecedor sonido de la música de la sala evitó que pudiera decir nada y salir de dudas. La curiosidad iba a matarla.

Un camarero las acompañó a la sala VIP que Agnes había reservado con anterioridad. Para lo que le tenían preparado necesitaban el lugar más privado del local. La sala era preciosa y estaba separada de las demás, una zona privada por la que Izar dedujo que pagaron una pasta.

—Vaya. Nunca había estado aquí. Siempre he cenado en la terraza junto a la playa. Esto es precioso, chicas —exclamó la joven ilusionada.

—Ni tú ni ninguna. Aunque la ocasión bien lo merece. No todos los días se casa una de tus amigas, pero ya eres la tercera —dijo Laura con mofa.

—Todavía no me lo creo, en realidad sí que lo hice todo al revés —confesó divertida.

—Y que lo digas —acotó Elena—. Seguro que al final cortáis la tarta antes de dar el «sí, quiero».

—No me des ideas, ya sería la guinda de todo —repuso Izar con guasa.

—No, la guinda sería que en pleno altar celebrarais la noche de bodas —apuntó Laura riéndose.

—Creo que a Darío no le importaría —continuó la broma Agnes—. Cada vez que la mira parece que quiera comérsela.

—Si lo hace, paso de darle luego un par de besos —comentó Elena componiendo un mohín.

—Estoy aquí, por si no lo recordáis —gruñó Izar—. Además, ni se os ocurra darle esas ideas que es bien capaz de hacerlo.

Laura sacó el móvil del bolso y, moviéndolo en alto, dijo:

—Tarde. Le he mandado un montón de wasaps...

Izar abrió los ojos como platos.

—¡Serás traidora! ¡Bórralos! —exclamó sonrojada.

Agnes miró a Izar pasmada y se dirigió a Elena.

—A ver, la experta en tecnología. ¿Verdad que no se pueden borrar los mensajes una vez los has enviado? Además, seguro que ya los habrá visto.

—Lo siento, Izar, pero tienen razón... Depílate bien que vas a tener que pegar un polvazo en el altar delante de todos... —dijo Laura.

—Siempre voy bien depilada, y lo de pegar un polvazo delante de todos está superado. ¿Acaso se os olvida a dónde voy a menudo?

—¡Cómo para olvidarlo! —exclamó Laura antes de romper a reír.

Las cuatro estaban sentadas en la mesa cuando el camarero tomó nota de lo que iban a beber y eficientemente las sirvió; les dio tiempo para que pudieran escoger lo que iban a cenar y cuando cada una de las chicas pidió, se retiró para dejarlas con su tema de conversación.

—Y hablando del Eros, ¿qué tal te fue con Borja? —preguntó maliciosa Izar—. Ya hace dos semanas y no has dicho nada.

Laura prácticamente escupió el vino que acababan de servirle. Sospechaba que Izar podía haberles dicho a las otras con quien pasó la noche en que ganó la apuesta. De no ser así, ahora ya lo sabían.

—Eres una perra. Ahora me arrepiento de no haberle contado todo eso a tu prometido —protestó la veterinaria confesando la falsedad de los mensajes, al tiempo que se cruzaba de brazos.

Izar alzó una ceja.

—Mí prometido ya es bastante creativo, no necesita que le des más ideas. No te vayas por las ramas y cuenta qué pasó. Llevas dos semanas esquivando el tema —la apremió.

—Ya pensaba que habías perdido la apuesta y que por eso nos evitabas. Normalmente te encanta restregarle a Agnes cuando le ganas —añadió Elena.

—Eso, cabrona, cuenta cómo se mueve ese morenazo de infarto —dijo divertida Agnes—. Porque si como dice Izar pasaste la noche con él, es por eso que estás calladita como una perra.

—¿La verdad? Está bien. Os lo contaré. Sí, gané la apuesta, me debéis trescientos euritos cada una. Fui al puñetero club y me jinké a Borjamari. Solo diré que Izar es una gran escritora, pero no os creáis todo lo que cuenta de él en el libro. Yo creo que ni la mitad... —confesó recostándose en la silla.

—¡Maldita mentirosa! —gruñó la aludida, señalándola con el dedo—. Cuenta la verdad sobre Borja, porque te aseguro que Darío es mucho más de lo que describo en el libro, igual que él.

—¿Y qué es la verdad? —preguntó molesta la pelirroja.

Agnes y Elena las miraban de hito en hito. Era como un partido de tenis... Incluso con las pelotas de alguien en juego.

—Dime que no te sentiste como una reina, especial y única, porque es lo que me hizo sentir Darío la primera vez que fui al Eros y es como Borja se porta conmigo y con todas. —Izar defendió a su amigo y padrino de su único hijo. Lo defendería las veces que hiciera falta ya que hombres como él, quedaban bien pocos.

Claro que la trató de forma maravillosa, y mucho más, admitió Laura solo para sí misma. Sin embargo, en que él se retiró y sin mirarla siquiera fue a limpiarse, Laura se sintió poco menos que una mierda, y todos sus fantasmas volvieron a acosarla, si es que alguna vez se fueron. Era una constante en sus relaciones con los hombres, salvo escasas excepciones. Podría decirse que estaba acostumbrada, pero con él dolió como el infierno. Y su amiga hablaba de otras mujeres,

como si eso debiera tranquilizarla.

—Solo fue un polvo, Izar. Nada más. Sí, estuvo bien, pero tampoco como para querer repetir. Esa es la verdad.

«Mentirosa» —replicó su vocecita. Estaba empezando a odiarla.

Izar la miraba incrédula.

—¿Tú qué necesitas, a Superman? —inquirió escéptica.

—Con un hombre me conformaría, pero igual que Superman, o son ficción o están pillados —replicó la veterinaria dando un buen trago a su copa. Se había jurado no beber otra vez hasta perder el control, aunque aquella conversación estaba dando al traste con sus planes. Era beber o empezar a gritar. Eligió beber.

Izar no lo entendía. Conocía a Borja muy bien y sabía qué clase de amante era. Quizás algo sucedió entre ellos... Bueno, algo más que lo que pasaba cada vez que estaban cerca.

—Dudo que puedas encontrar a un hombre que sea guapo y espectacular en la cama en el mismo pack —replicó Izar.

Agnes les sonreía a ambas mientras bebía de su copa, esto era mejor que el cine. Sin embargo, discrepaba con su amiga Izar, ella sí lo había conseguido.

—Esta noche lo haré. Aquí hay un catálogo de tíos impresionante. Vosotras no podréis, pero yo no pienso irme de aquí sola —la retó Laura poniendo los codos en la mesa y entrelazando los dedos.

—¿Apostamos otra vez? —preguntó Elena atenta, mordisqueando un trozo de pan.

—Perderíamos —afirmó Agnes estrechando la mirada—. Si estuviera libre no lo tendría tan fácil, sin embargo, un morenazo de infarto me espera en casa cuando llegue.

—Y a mí —se unió Izar fulminando con su mirada a Laura.

—Ya somos tres —remató Elena.

—Sois unas perras —terminó diciendo Laura, haciendo que las cuatro rompieran a reír, olvidando la tensión por el tema de Borja, al menos de momento.

En cuanto les sirvieron la cena, las cuatro comieron entre risas y anécdotas. Izar las puso al día de su último libro, uno que estaba a punto de salir publicado y que ellas serían las primeras en leer, mientras que Agnes les contó cómo llevaban la nueva empresa y todo sobre su nueva casa.

—En serio, me dejé las bragas arriba y por no volver a subir al final me fui sin ellas. No daré detalles de lo que antes hice con mi marido —declaró solemne la excamarera.

—No me hables de casas grandes. La primera semana me perdí tres veces —confesó Elena muerta de risa—, pero las bragas aún las encuentro. Las guarda Sandro.

Izar estalló en carcajadas.

—Yo dejé de llevarlas hace mucho. Siempre que Darío se desnuda las pierdo, así que no voy a gastarme una fortuna en ropa interior.

—Sí, sí, sí. Mucha casa, mucho chichi al fresco, pero lo realmente importante os lo saltáis. Me debéis una fiesta o dos con los amigos solteros de vuestros chicos, y no, Izar, no... —advirtió Laura por si se le ocurría nombrar a Borjamari.

—Pero, si es el único soltero que queda que está bueno —se quejó la rubia.

—Bueno, Sandro tiene unos cuantos compañeros de trabajo que siguen solteros. Y te debía una fiesta en el yate... —trató de mediar Elena.

—¡Cierto! Y luego está el de Los Lobos, el otro moreno que también estaba como un queso... —comentó Laura.

Agnes la miraba pasmada.

—No tienes ni idea de lo que es tener un novio músico.

—¿Quién habla de novios? No, no quiero un novio. Solo alguien que me alegre el cuerpo.

—Eso lo dices ahora —dijo Izar sonriendo—, pero cuando encuentres el que haga a tu chichi vibrar me lo cuentas.

—Ya lo hice, vibra en siete velocidades. Se llama Terminator —aseguró Laura tomando otro trago de vino.

Las tres la miraron como si le hubiera salido otra cabeza.

—¿Me estás comparando un trozo de plástico con la carne en barra calentita? —la interrogó Izar.

—Hombre, si a ese hombre imaginario a quien busca resulta que la tiene pequeña, puede que prefiera a Terminator —intervino Agnes.

—Las pilas no te abrazan. Es muy cursi, pero es la verdad —replicó Izar.

Laura las miró sabiendo que tenían razón, aunque sin querer decirles la verdad.

—Prefiero el chocolate. ¿Y si pedimos el postre? —preguntó a las chicas, guiñándole el ojo a Agnes, que meneó la cabeza. Esa arpía se escabullía de todas las situaciones.

—Chocolate —gimió Izar.

Laura levantó la mano para pedirle al camarero que trajera el postre acordado. Un hombre musculoso, cuyos brazos estaban tatuados entró con una tarta de chocolate decorada con algunas bengalas. Se le veía en forma por el modo en que la chaqueta de camarero se apretaba contra sus músculos.

Agnes se apoyó en el respaldo de la silla divertida. Izar miró al hombre y después a ellas, pasmada.

—No me lo puedo creer... Lo habéis hecho.

—¿El qué? —preguntó Elena poniendo cara de inocente—. Es una simple tarta con lucecitas.

—Servida por un maromo de infarto, cabronas —respondió Izar.

—¿Y eso te molesta? A lo mejor es la camisa esa, que es un poco fea... —dijo Laura, admirando al portador de la tarta.

—Sí, es la camisa. Tiene mala pinta —corroboró Agnes.

El chico las miraba divertido.

—Si no os gusta la camisa, puedo quitármela si me ayuda esta preciosa señorita —comentó el camarero con un delicioso acento cubano, al tiempo que tomaba la mano de Izar con caballerosidad.

—Claro que puedo ayudarte a quitártela. —Y eso hizo la rubia bajo la divertida mirada de sus amigas.

—Anda que ha dicho que no... —susurró Agnes muerta de risa.

—Se lo ha pensado mucho —replicó Laura, mientras Elena agitaba la servilleta sobre su cabeza, silbando como un camionero.

El chico cogió la mano de Izar y se acarició el torso desnudo, moreno y de marcados abdominales con ella.

—¿Mejor así?

—Ya te digo, guapo.

Izar no perdió la oportunidad de acariciar ese definido cuerpo, aunque debía reconocer que el de su futuro esposo estaba más marcado por el ejercicio. El camarero comenzó a bailar de manera sensual.

Las chicas silbaban y la animaban a que dejara más piel al aire. Él las fue complaciendo sin dejar de mover su bien torneado trasero.

El camarero se acercó a Izar y la instó a sentarse de nuevo. Se pegó más a su cuerpo, bailando

sobre ella, fingiendo que tenían sexo, sin tocarla, pero provocando risas nerviosas y gritos de las cuatro. La rubia le seguía el juego muerta de risa, sabía que si Darío la viera la cargaría en su hombro y se la llevaría como un troglodita, y ese pensamiento la hizo reír de nuevo.

—Anda que se corta la tía —dijo Agnes entre carcajadas.

—Bueno, lo hemos contratado para ella, aunque lo está disfrutando demasiado... —añadió Elena.

—No deberíamos esperar menos de nuestra rubia que va al Eros. Está más que acostumbrada a que la miren —comentó Laura.

—Tendríamos que haber celebrado la despedida allí.

—¿Estás loca? Miedo me da lo que podría hacer esa loca —dijo Agnes señalando a Izar que en ese momento ayudaba al estríper a sacarse los pantalones.

—Pues ya te digo lo que hubiera hecho allí: desnudar a la mitad y no solo a uno —añadió Laura muerta de risa.

—Y su prometido nos hubiera matado, no quiero ni pensar lo que hará si se entera de esto.

—Montarse un trío —remató Laura y las tres rompieron a reír mientras Izar desechaba el pantalón y admiraba el paquete que marcaba el cubano tatuado bajo el tanga.

—¡Chicas, no está nada mal! —gritó Izar al dar el visto bueno al tamaño de su bulto.

—Entonces, me lo llevo a casa —anunció Laura prestándole de nuevo atención al chico, que le devolvió una pícaro sonrisa.

—No te atreverás —la retó Agnes.

—¿Ya empezamos? —preguntó Elena.

—No puedo evitarlo —sonrió.

—Tranquila, la apuesta es que no me iré sola. No puedes cambiar ahora los términos —replicó Laura fingiendo profesionalidad.

Agnes resopló.

—No me vengas ahora de marisabidilla.

—No soportas perder y es lo que harás hoy, porque me iré de aquí del brazo de un tiarrón que me pondrá a hacer turismo por Cuenca. Me han dicho que es preciosa en esta época del año —comentó Laura con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esta vez te lo he puesto fácil, reconócelo.

—Nunca admitiré eso —dijo Laura, mientras el chico empezó a soltar el escaso tanga con la ayuda de Izar que no estaba desperdiciando para nada el espectáculo.

Agnes alucinó al ver a su amiga desvestirlo y bailar junto a él, desnudo.

—De verdad que creí que sería más calmada, pero esta cabrona no pierde ni una oportunidad —admitió riendo.

—¿He dicho ya que la odio? —apuntó Laura muerta de risa.

—Ya tardabas.

La risa contagiosa de Izar las hizo centrarse en ella de nuevo.

—El tanga me lo quedo —soltó esta tan pancha guardandoselo en el escote.

—¿Sabes qué te digo, Agnes? —demandó Laura poniéndose en pie—. Que es una fiesta para las cuatro y pienso sobar ese culo a la de ya. ¿Vienes?

—Claro, Izar ya ha disfrutado bastante ella sola. ¿Vamos, Elena?

Sin embargo, la friki no llegó a responder. De un salto fue directa a por su jefa y el estríper.

—La madre que las parió...

Agnes meneó la cabeza mientras las seguía.

Las cuatro comenzaron a bailar alrededor del chico desnudo que no dudó en jugar con todas

ellas. Reían, se sofocaban y volvían a reír sin dejar de disfrutar del espectáculo.

Izar dejó el grupo y se sentó para beber un largo trago de su bebida, mientras disfrutaba del show que estaban dando sus amigas alrededor del chico.

Un buen rato después, las cuatro entraban a la sala principal del club en busca de la mesa que habían reservado para el resto de la noche, cerca de la pista. El pobre camarero había acabado más sobado de lo esperado, pero ninguna diría nada de lo ocurrido: lo que pasaba en el Opium, se quedaba en el Opium. Otra cosa era ya aquella sala. Los hombres allí presentes no sabían que era una despedida de soltera, solo verían a cuatro mujeres solas un sábado por la noche y tan solo una de ellas estaba dispuesta a cazar o dejarse cazar.

—Yo voy a pedir una Coca-Cola —dijo Laura— ¿Alguna más quiere?

—Yo quiero un gin-tonic —pidió Izar.

—Ya que estás tan generosa, tráeme un mojito bien cargado —añadió riendo Agnes.

—Que sean dos mojitos —gritó Elena.

—Sois lo peor. Yo tratando de mantenerme sobria y vosotras aprovechándoos de mí —protestó con una sonrisa antes de ir a la barra y pedir las bebidas con las que regresaría unos minutos después.

—¿Habéis visto algo decente? —preguntó cuándo regresó y se sentó junto a las chicas.

—Al único decente que he visto es al estríper de antes. Creo que aún sigue por ahí —comentó Izar levantando ambas cejas.

—Que no soy Darío. No voy a juzgarte por mirar un buen culo, siempre que me lo pases a mí: será tu despedida de soltera, pero la única soltera que puede aprovechar la despedida, soy yo, así que sed buena gente e id diciéndome los maromos jinkables que veáis.

—Laura, te estoy diciendo la verdad, el estríper estaba cañón, ha dejado el listón bien alto esta noche. Además, creo que no te ha sido indiferente, ¿no?

—Cielo... —intervino Agnes—. ¿Por qué no vas a buscar a ese chocolatito sabrosón que ya has sobado?

—¿El estríper? —preguntó Laura sorprendida. La verdad es que el chico tenía un buen par de favores.

Las tres asintieron a la vez.

—Nena, está para más que un repaso —soltó Agnes mientras bebía de su copa.

—La verdad es que era guapo... Y los tatuajes me encantaron. También, tenía un buen argumento entre las piernas —razonó la veterinaria en voz alta.

—Eso y que te ha pegado un buen sobo de culo ahí dentro. Mucho más que al resto, me refiero —agregó Elena riéndose—. Juraría que no se ha ido y que todavía andaba por ahí.

—Está en esa barra —señaló Izar sin darle importancia, sin embargo, desde que lo había visto entrar solo hacía un minuto, no le había quitado ojo y sabía que él no se lo había quitado a la pelirroja.

Laura las miró a las tres y luego al chico. Sí... tenía un buen culo.

—¿No os importa si os dejo solas?

—Para nada —dijo Agnes con una sonrisa—, a mí me espera un morenazo en casa todo desnudo.

Izar rompió a reír mientras le decía:

—Tranquila, a mí también me esperará alguien desnudito.

—Ibais bien hasta que me restregasteis lo de vuestros maridos —refunfuñó Laura.

Protestando, se levantó y se recolocó bien el vestido. Se atusó el pelo, cogió su refresco y se fue directa a por el guapo cubano tatuado que estaba en la barra. El chico, cuando la vio llegar,

sonrió ampliamente y la recibió encantado.

Laura se relamió. La noche iba a acabar realmente bien.



Al día siguiente, Darío había cogido a Ethan y huido de su piso descaradamente. Prefería una tarde en el parque a lo que podría pasar en su salón con una reunión de arpías como la que se preparaba. Como no tuvieron bastante con la noche del sábado en el Opium, el domingo tuvieron que quedar de nuevo para tomar un café y comentar la jugada. Eso era casi peor...

Después de despedirse de su hijo y su prometido, Izar terminó de colocar las tazas de café en una bandeja y, tras apartar varios juguetes del pequeño de su camino, se dirigió hacia el salón dónde se encontraban sus queridas y alocadas amigas.

Agnes fue la primera en sentarse.

—Madre mía. Después de lo de ayer, me duelen hasta los pelos del chichi —declaró al dejarse caer en el sofá.

—Pero si no tienes. Te los depilas —le recordó Laura al colocarse a su lado.

—Coño, pues es verdad —admitió y empezaron a reír.

Cuando Izar entró, seguían riendo. Dejó la bandeja y se sentó junto a Elena. Ni siquiera preguntó de qué se reían. Seguro de alguna burrada de la pareja de la muerte.

—Suerte que han inventado las cápsulas para hacer café —comentó riendo—. Darío ya no sabía qué hacer para desembozar la cafetera expreso.

—¿No eres capaz ni de hacer un maldito café sin provocar una catástrofe? —preguntó Laura muerta de risa—. No me explico cómo has cumplido los cincuenta...

Un terrón de azúcar salió disparado hacia la cara de Laura, golpeándola en la frente.

—¿Quién cojones ha cumplido cincuenta? —Izar le lanzó una mirada furiosa.

—¿Tú? —replicó devolviéndole el proyectil acertándole en el escote— ¿O ya son sesenta?

—Vete a la mierda, sesenta dice... —murmuró fulminándola con la mirada.

Agnes estaba muerta de risa, Izar no soportaba que le pusieran años de más, en realidad nadie diría que ya pasaba de los cuarenta. La rubia, con el ejercicio que hacía dentro y fuera de la cama, se mantenía muy bien.

—No sé quién de las dos es mayor, pero desde luego, ninguna ha logrado madurar —replicó Elena apoyándose en su jefa sin lograr aguantar la risa.

—Cariño, como le rías la gracia, te caneo a ti —amenazó Izar a su socia.

—No se me ocurriría, jefa maravillosa.

Izar resopló.

—Voy a tirarte todos los gusanitos y le diré a Sandro dónde escondes el resto.

—¡No serás capaz! —exclamó Elena con los ojos muy abiertos. Sandro los odiaba y ella los adoraba. Procuraba comerlos lejos de él y él procuraba tirarlos lejos de los dos. Por eso dejaba algunos a la vista, pero el resto los mantenía ocultos en algún rincón de la mansión.

—Pruébame, cielo —la retó Izar con una sonrisa de lado.

Agnes estaba doblada de risa. Adoraba a sus amigas, ninguna reunión era normal con ellas.

—Laura, compórtate. Reconoce que Izar es apenas una niña y que lo que te pasa es que la envidias muchísimo porque la que ha cumplido cincuenta eres tú —soltó Elena de tirón.

La veterinaria las miro a las dos con cara de pocos amigos.

—Traidora.

Agnes estaba descojonada, se secó las lágrimas y tras varios intentos de intentar hablar, lo consiguió.

—Chicas, basta o moriré. Elena esos cambios de opinión son admirables, pero a mí me interesa saber una cosa, creo que a todas —dijo mirando directamente a Laura— ¿Qué tal te fue con el chocolatito sabrosón?

Laura sabía que la pregunta iba a llegar desde que se levantó del sillón y se fue directa a por el espectacular cubano, aunque eso no quitaba que odiara el momento. Últimamente, las muy puñeteras solo se interesaban en su escasa y extraña vida sexual.

—No os lo vais a creer —dijo enterrando el rostro pecoso entre las manos.

Eso llamó la atención de las tres. Sin embargo, fue Izar quien se adelantó a preguntar.

—¿Tan bueno fue?

—No sabría cómo calificarlo... A ver, ya visteis cómo estaba el tío: alto, guapo, cachas y bien armado. Además, era un maldito encanto. Vale, no hablamos mucho en la barra, nos fuimos rápido a su piso, no vive lejos del Opium.

»El caso es que en el camino ya empezamos a magrearnos. Un beso con la lengua hasta la campanilla por aquí, un sobo por dentro de la ropa interior por allá... Cuando entramos al ascensor íbamos como motos. Fue impresionante. Como si fuera una peli, me levantó del suelo cuando se cerraron las puertas del ascensor. El vestido se me enrolló hasta la cintura, se bajó los pantalones para empotrarme allí mismo, contra la pared.

Las tres la miraban boquiabiertas instándola a que continuara, tomando nota mental para pedirles a sus respectivas parejas que las empotraran bien.

—Y entonces... Nada ¡No se le levantaba! Más flácido que un moco. Probé de todo y no hubo manera. Al final me largué de allí más cabreada que un mono, directa a mi casa y destrocé al jodido Terminator —les explicó airada Laura.

Se hizo el silencio durante unos segundos, las tres parpadearon varias veces asimilando lo que había dicho y entonces, el estallido de carcajadas resonó en todo el salón. Agnes estaba literalmente doblada de risa, Izar intentaba secarse las lágrimas en vano y Elena se sujetaba la cintura en un inútil intento de poder parar de reír.

—Sois unas hijas de fruta —exclamó indignada Laura, que se sentía a punto de romper a llorar. Se cruzó de brazos y se apoyó contra el respaldo del sofá.

—Venga, no te enfades —dijo Izar tras tranquilizarse un poco—. Eso puede ser el karma, nena, quizás te están advirtiendo de que Borja es tú único hombre.

—No empieces otra vez, Izar, te quiero mucho, de verdad, pero no creo que lo mío con Borja vaya a más. Ya está, nos acostamos y punto. ¿Qué más iba a pasar? Si lo hubiéramos hecho en la cafetería ni hubiera ido al Eros —soltó sin pensar, para no variar.

Izar y las demás abrieron los ojos como platos.

—¿Qué mierda pasó en la cafetería? —preguntaron las tres a la vez.

«Joder, Laura, eres una bocazas» —intervino la vocecita nueva de su cabeza.

—Pues que casi nos liamos. Le llamé porque necesitaba el número de Óscar para hablar con él y decirle lo imbécil que había sido. Quedamos para tomar un café, lo mandé a la mierda, como siempre y fui al baño. Nada raro, sin embargo, me siguió y casi lo hacemos encima del lavabo. Si no llega a ser por la señora que se estaba meando... —les explicó.

—¡Pero eso fue hace meses! —protestó Agnes—. ¿Cómo no habías dicho nada?

—Porque no pasó nada —razonó Laura.

—Y una mierda no lo fue. Luego niegas que no hay nada entre vosotros, pero cuando era yo la que estaba en tu situación bien que me decías que le diera una oportunidad.

—No es lo mismo, Agnes. Óscar estaba loco por ti.

Izar sonrió. Esa reacción tan impulsiva era típica de Borja. Cuando se reunía con ellos era él

quién dominaba en todo momento y, viendo la forma en la que miraba a Laura, no le extrañaba que hubiera actuado de esa manera posesiva.

—No me digas que no es un encanto. Adoro cuando Darío me empotra contra la pared. Borja también es temperamental en la cama y fuera de ella.

—Izar, no creo que sea amor ni nada por el estilo, fue un calentón y ya lo ha apagado. Fin de la historia —afirmó la veterinaria.

No sabía si trataba de convencer a su amiga o a ella misma pues desde el día del Eros no dejaba de darle vueltas al asunto. ¿Qué iba a pasar ahora con ellos? Nada, porque eso era lo que sabía de él desde entonces: nada.

«Tú tampoco lo has llamado, y eso que dices que eres una mujer moderna e independiente... Cobarde eso es lo que eres», —se burló su vocecita interior. Estaba empezando a odiarla.

—Si es lo que quieres creer, tú misma, pero sinceramente creo que deberías cambiar la opinión que te has forjado sobre Borja.

—¿Qué tiene de bueno que no dejas de insistirme con eso? —cuestionó Laura sin terminar de entender el empeño de su amiga.

—¿Me lo estás preguntando en serio? —Izar le clavó la mirada, incrédula.

—Es que no sé si vemos al mismo hombre. Yo solo veo a un chulo, que está muy bueno, no soy hipócrita, pero que no me aguantaría ni diez minutos seguidos con la ropa puesta. Y para ti es un príncipe empotrador y encantador —declaró la veterinaria.

—¿Me estás diciendo que no puedes tener una conversación con él?

Tanto Agnes como Elena escuchaban atentamente, ambas coincidían con la opinión de Izar, sin terminar de entender la inquina de Laura.

—Te refieres a una sin insultos, ¿verdad? —acotó Laura con sarcasmo.

—Sí, una normal entre un hombre y una mujer adultos.

—Creo que nunca hemos llegado a más de dos frases sin que lo mande a la mierda —dijo la veterinaria pensando en su extraña relación.

Para ser honestos, cuando Izar estuvo realmente mal tras dar a luz, fue él quien la consoló. Aún recordaba aquel momento como algo mágico, aunque teniendo en cuenta el resto de los encuentros, debió de ser una alucinación suya.

—No lo entiendo —se quejó Izar—. Borja es un hombre encantador, es comprensivo y siempre puedes contar con él, por no decirte que es muy bueno con los críos.

—Tengo gatos, no críos. Si es bueno con ellos me planteo no castrarlo mientras duerme —dijo medio en broma.

Izar meneó a cabeza.

—Abandono. Eres un caso perdido.

—¡Gracias! Ya te lo dije, os lo dije a todas. No creo que vaya a encontrar un hombre que me soporte. Las relaciones no son lo mío. Os cuidaré a los niños y les enseñaré a putearos mientras dormís, ese es mi don —comentó la pelirroja con una sonrisa.

—¡Uf! Suerte que Óscar y yo de momento no queremos ninguno —sonrió Agnes.

—Pues te cuidaré a ti. Bueno, a todas. Sabéis que sois mi familia y por eso os digo que dejéis de buscarme novio. Y no me hagáis ponerme sentimental o acabaré mojándoos las tetas a todas.

—No te estamos buscando novio —replicó Izar—, simplemente sé que Borja es el hombre de tu vida, lo admitas o no.

—Te quiero, Izar, pero a menos que quieras ir calva a tu boda, cambia el tema —la amenazó Laura.

Sí, ella pensaba algo así cuando estaba sola en su cama por las noches, abrazando a su

almohada. Pensaba en Borja y en cómo sería estar abrazada a él. Estaba enamorada, aunque lo negara una y mil veces sobre todo a ella misma. Había tenido demasiados hombres de su vida que no la amaban como para saber cuándo huir a tiempo. No, Borja no iba a ser nada más que una muesca más en el cabezal de su cama. Tal vez la última, aunque nada más.

—Está bien, voy a traeros el bizcocho que ha hecho Darío, este hombre me hace postres deliciosos y más tarde me hace quemarlos en el gimnasio —dijo Izar mientras una sonrisa de enamorada aparecía en sus labios y se levantaba para ir a buscar el bizcocho.

—Menos mal que cocina él o lo que quemarías sería el gimnasio —bromeó Elena para tratar de relajar el ambiente.

—Se me dan bien otras cosas —respondió Izar volviendo con el bizcocho y sentándose de nuevo.

—¿Congelar el agua hervida para otro día? —bromeó Laura olvidando ya el tema anterior.

—Muy graciosa, pero lo mío es un arte cuando se trata de embozar una cafetera exprés.

—O quemar tostadas. Aún recuerdo el pestazo las primeras mañanas que trabajábamos en tu casa —dijo Elena con añoranza.

—Solo me despisté un poco —intentó defenderse la rubia en vano.

—¿Durante dos semanas? ¡El olor no se iba!

Izar sonrió.

—El tostador no iba bien.

—Claro... El tostador.

Las cuatro rieron. Burlarse de la nula capacidad para cocinar de Izar era tan fácil como poner a Laura de mala leche, pero mucho más divertido.

Capítulo 5

Darío estaba nervioso. No era su primera boda, ni tampoco la primera vez que se casaba enamorado, pero si esperaba que fuera la última. Su cervatilla le había dado tanto, empezando por un hijo precioso, que no podía imaginar su vida sin ella.

Empezaron su relación de un modo extraño, pero lo bueno fue que pudieron desnudarse de más de un modo sin tanto miedo como se puede llegar a tener en una cita frente a un café. Lo suyo fue mucho más visceral y la necesidad de conocer a la persona creció tanto que los arrojó. Cometieron errores, sobre todo él, aunque lo bueno era que el tiempo ayudaba a ver las cosas con madurez y perspectiva. Hacer las cosas de manera convencional no aseguraba la felicidad, ya lo comprobó con Ana, su exmujer. Con Izar todo fluía de manera libre, salvaje, justo como era ella.

Estaba en la pequeña carpa en la playa que habían montado para aquel día. Ella se encontraba en otra, un poco más grande, al otro lado de la playa. Era la misma en la que se dieron la oportunidad de conocerse meses atrás, y allí sellarían el pacto que empezaron aquel día, con su hijo y sus amigos como testigos.

No dejaba de mirarse al espejo como un quinceañero, porque no terminaba de decidir si llevar la camisa blanca abierta o medio abrochada. Ya que recreaban aquella noche, y que estaban en la playa, no se le pasó por la cabeza usar chaqué o algo más clásico. Se decidió por un traje blanco y una camisa a juego. Descalzo, con un colgante plateado rectangular y con una tobillera de cuero negra, estaba listo para ir al altar en cuanto se decidiera por cómo llevar los botones.

—Tú que dices, Borja. ¿Abiertos o cerrados?

Su amigo, que lo miraba divertido, lo evaluó con ojo crítico. Vestían de manera parecida: lucía una camisa ibicenca en color hueso junto a unos pantalones holgados. Remataba el conjunto un sombrero panamá natural con el que, de cara a las mujeres, solo se veía más *sexy*. Descalzo como su amigo y con una pulsera de cuero oscura en la muñeca derecha le respondió con sinceridad.

—Conociendo a tu futura mujer, yo apostaría por abiertos.

—Sí, eso es verdad. Izar disfruta mucho con ellos... —dijo Darío, recordando cómo se sentaban a ver una serie o algo en la televisión y la muy puñetera se pasaba el rato pasando el dedo por sus abdominales. Siempre se lo hacía pagar después de un modo muy placentero...

—Entonces ya sabes lo que debes hacer. Me alegro mucho por los dos, Izar es perfecta para ti.

—Sí que lo es. Y pensar que esa noche estuve a punto de quedarme en casa... El destino es caprichoso, ¿no crees? —le comentó a Borja.

—Cierto, jamás hubiera dicho que encontrarías a tu media naranja en el Eros.

—Ella no es media, lo es todo —afirmó rotundo Darío, mirándose de nuevo al espejo para retocarse el pelo. Quería estar perfecto para ella—. Por cierto, ¿tu boda para cuándo? Te estás haciendo mayor, amigo.

Borja rodó los ojos hacia arriba.

—¿No sabes que tengo una novia a la fuga?

—¿Tan mal va la cosa?

—Cada vez que pienso que he avanzado un poco, la muy condenada pone pies en polvorosa. Te juro que cada vez entiendo menos a las mujeres. No sé qué cojones hice mal esa noche —confesó

Borja sacándose el sombrero y pasándose la mano por el pelo frustrado.

—Bueno, hoy es una de las madrinas de Izar. No es capaz de decidirse solo por una, van en pack de tres para todo. Tal vez puedas tener una oportunidad de espantarla otra vez, pero hazlo después de que me case no vaya a ser que contagie a Izar, ¿de acuerdo? —bromeó Darío apoyándole las manos en los hombros.

—Te estás volviendo muy gracioso, amigo mío, aunque te perdono porque hoy es tu día. Toma. —Le tendió un paquete de pañuelos.

—¿Y esto? —preguntó el otro extrañado.

—Para secarte las babas cuando veas a tu futura mujer —dijo muerto de risa—. Vas a perder las pelotas.

—Entonces mejor trae uno de los baberos de Ethan. No ha querido dejarme ver nada del vestido, pero seguro que estará preciosa. Como siempre. ¿La llevarás al altar?

—Sí, fue un honor cuando me lo pidió.

—Gracias por todo, Borja.

—No me las des, somos amigos, siempre podrás contar conmigo —replicó palmeándole la espalda.

—No, Borja. No somos amigos, somos familia y de la mejor, aquella que haces por elección propia —sentenció Darío.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

—Creo que deberías ir a por mi mujer. Yo os esperaré en la pérgola.

—Van a faltarme manos para llevarla a ella y a su vez grabar la cara de bobo que se te quedará —bromeó Borja.

—Vete a la mierda.

Él también mataría por verle la cara el día que una mujer lo cazara, esperaba que no tardara mucho. Empezaba a hacerse viejo.

Borja salió riendo. Ya era hora de ir a buscar a esa cervatilla loca y acompañarla a cumplir un sueño.

Mientras, en la otra carpa donde se encontraban las chicas, Izar se miraba por décima vez en el espejo.

—No sé si he acertado con el vestido. ¿Y si no le gusta? —preguntó preocupada.

—Si no le gusta es que es como el estríper... —declaró Laura admirando lo guapa que estaba Izar, y no solo por el increíble vestido, sino porque estaba radiante de felicidad. Brillaba.

La escritora sonrió a su amiga. Volvió a centrarse en el espejo y se colocó bien el tocado de flores que llevaba en la cabeza como si fuera una corona medieval; Había decidido llevar su larga melena rubia suelta y se sorprendió que ya le llegara casi por la cintura.

—Suerte que sé que mi hombre cumple —replicó burlándose de la pelirroja.

Elena entró en la pequeña carpa cargando a Ethan. Desde que llegó había estado paseando por toda la playa con él en brazos. Parecía estar practicando para cuando tuviera los suyos propios, que, según había comentado, tardarían unos años en llegar. Sandro todavía no iba a dejar su trabajo y ella quería que disfrutara de su familia plenamente, no entre viajes.

—Ya está todo el mundo sentado, Izar, así que... —Se quedó mirando a su amiga, a su hermana y empezó a darse aire en la cara con la mano—. No puedo llorar, no puedo llorar. ¡Joder, estás guapísima! —exclamó emocionada.

Izar fue hacia ella y besó a su hijo en la mejilla.

—Gracias, siento que estoy en el sueño de una princesa.

—Pues eres una princesa preciosa —afirmó la pequeña friki.

Agnes asomó la cabeza dentro de la carpa y silbó al ver a Izar.

—Madre mía, Izar, estás preciosa. Cuando te vea tu hombre, no creo que pueda controlarse — comentó con una sonrisa.

—La que no cree que pueda controlarse seré yo. Como vaya de lino blanco voy a entrar en combustión.

—Al final sí que pegaran un polvo delante de todos antes de que digan: os declaro marido y mujer —manifestó Laura riéndose.

—No seas tan bruta. No lo haremos porque está mi hijo —Izar guiñó un ojo a Laura.

—Si es por eso, me lo llevo y listo —se ofreció Laura cogiéndolo de entre los brazos de Elena —. Al fin y al cabo, es mi acompañante hoy.

—¿Estás segura de eso, pelirroja?

La profunda voz de Borja sorprendió a las chicas. El moreno se quedó allí de pie, con la cadera apoyada despreocupadamente en uno de los pilares de madera de la carpa, esperando a que su preciosa pelirroja se centrara en él.

Laura se puso rígida en cuanto escuchó aquella voz a su espalda. Era la primera vez que lo iba a ver desde la noche del Eros y lo temía. Si no hubiera sido la boda de Izar, lo habría seguido evitando. Sin embargo, por ella, se prometió ser civilizada.

—Sí, estoy más que segura. Ethan es mi caballero andante —replicó sin querer mirarlo, pero la curiosidad la pudo. No debió haberlo hecho. Aquel hombre destruía sus neuronas y aquel día estaba demasiado guapo. La mirada que asomaba bajo el ala del Panamá prometía infartos y orgasmos, pero debía evitar ambos si quería sobrevivir.

—No dudo de que el pequeño hombrecito sea el mejor de todos, aunque, cuando llegue la hora de su siesta, necesitará un sustituto y ese seré yo, muñequita —comentó con una sonrisa ladeada.

Quería mandarlo a tomar por... pero recordó a Izar y respiró hondo, contó hasta diez... Veinte...

—¿Qué haces aquí, a todo esto?

Borja la miró con el pequeño en brazos y algo le atravesó el pecho. Tensó la mandíbula al mirar al niño y su rostro se descompuso. Era una imagen que le quemaría cada vez que la recordara, estaba seguro. Se recompuso rápido, aunque no lo bastante como para que pasara desapercibido para Laura. No era la primera vez que ponía aquella cara de vinagre cuando veía al pequeño y empezaba a tener claro que los niños no le gustaban en absoluto.

—Soy el padrino de la boda, por si no lo sabías y vengo a buscar a la preciosa novia — anunció.

Borja entró en la carpa con una sonrisa radiante al ver a Izar. Estaba preciosa.

—¿Vamos, encanto? Ya es la hora. Darío te espera.

Izar sonrió y tomó el brazo que le tendía Borja.

—Vamos —respondió con voz emocionada.

Agnes y Elena fueron las primeras en salir de la carpa cerrada de la novia para dirigirse al pasillo central que llevaba hasta una pequeña pérgola de troncos de madera, decorada con flores blancas, las mismas de la corona y el ramo de flores. Enmarcando el conjunto, varios faroles de metal blancos con velas. En la tarima, Darío, descalzo y con su traje blanco, esperaba a la novia.

Agnes y Elena caminaban abriendo el cortejo, lanzando pétalos de rosa sobre la arena. Por encima de ese hermoso manto, primero caminó Laura que llevaba al pequeño Ethan en brazos con un cartel que rezaba:

Aquí viene el amor de tu vida.

Al leerlo, Darío sonrió. Apartó la vista de su hijo y miró tras la mujer que lo cargaba para ver a la que era única para él. Cuando la vio se quedó mudo. Reconoció a Borja sin problemas, sin

embargo, la mujer que llevaba a su lado, era demasiado hermosa y perfecta para merecerla.

Lucía el cabello suelto, ondeando tras ella mecido por la ligera brisa marina. Caminaba descalza, con unas preciosas tobilleras de encaje y cristales. Su cuerpo estaba envuelto por un vestido también de encaje que mostraba casi más de lo que escondía. De lo que Darío estaba más que seguro era de que no tendría ropa interior de la que deshacerse esa noche.

Estaba preciosa, brillaba con los ojos llenos de emoción y la sonrisa tan amplia como la suya propia. Era una diosa, su diosa, y él se pasaría el resto de sus días adorándola. Era un cabrón con suerte.

En cuanto posó los ojos en su futuro marido, Izar tuvo que sujetarse con fuerza al brazo de Borja para no caer. El pícaro había optado por el traje que a ella le fascinó en cuanto lo vio en una revista y encima llevaba la camisa desabrochada... El contraste de su piel morena con el blanco de la prenda le recordaba a un delicioso dulce que pedía ser devorado. Necesitaba un abanico con urgencia.

Borja tuvo que refrenar las ganas de reír en cuanto vio cómo Izar se comía con los ojos a Darío y el modo en que él le devolvía la misma mirada. Cuando llegaron al altar, le tendió la mano de ella y se la ofreció.

—Aquí te entrego al amor de tu vida, amigo mío. Sed muy felices, os lo merecéis.

Darío solo sonrió, sin apartar los ojos de Izar. Al fin. El momento que nunca pensó que llegaría. Tomó a su futura esposa de las manos y la ayudó a ponerse a su lado bajo la pérgola. Era la hora de unir sus vidas para siempre.



Ya eran marido y mujer.

Izar y Darío bailaban muy acaramelados en el centro de la pista bajo la atenta mirada de sus numerosos invitados.

Tras la ceremonia se hicieron las fotos de rigor con todos ellos. La de las chicas con la novia seguro que iba a ser de las más divertidas del álbum. La del padrino con las chicas, de las más tensas por la tirantez entre Borja y Laura. Por suerte para todos estaban comportándose como dos personas civilizadas y, excepto por las miradas cargadas de deseo, odio y reproches, todo iba genial.

A las fotos le siguió la cena a la luz de innumerables y pequeñas bombillas que iluminaban la carpa donde estaban dispuestas las mesas. Todo era blanco, con detalles en madera. Muy natural, perfectamente integrado en la playa y en el espíritu libre que era Izar.

Las primeras risas llegaron a la hora de cortar la espectacular tarta de cuatro pisos que les había regalado la veterinaria. Era de chocolate, la favorita de la novia, pero lo que llamó la atención fueron los originales muñecos que la coronaban: el novio llevaba a la novia enroscada en la cadera mientras se besaban. Justo como estaba segura que acabarían no tardando demasiado; conociéndolos, mucho estaban aguantando, teniendo en cuenta la cantidad de piel, abdominales y curvas que enseñaban. Incluso sus amigas miraban al editor y, al recordar la foto de su redondeado trasero que envió por error al WhatsApp, babeaban. ¡Y eso que sus maridos estaban de infarto! Seguro que todas aún guardaban la imagen en sus móviles y ahora, al ver su esculpido pecho, se podían hacer una idea del hombre con el que se casaba.

La noche cayó sobre ellos y comenzó el baile mientras Laura seguía sentada en la mesa en la que había compartido la cena con las chicas, sus maridos... y Borja. Cuando vio con quién estaba sentada no supo dónde esconderse. Era la primera vez que se veían tras su noche en el Eros y las imágenes de lo que allí sucedió la golpearon con mucha más fuerza, que en cualquier otro

momento. Eso y el modo en que su cuerpo reaccionó a su presencia, el muy traidor.

La cena fue de lo más tensa para ella, que no le dirigió la palabra mientras que él se mostraba encantador con Agnes, Elena y sus maridos. Parecían amigos de toda la vida y ella solo se preocupaba de colocar bien su escote para no acabar enseñando una teta o de recolocar bien las flores del centro de mesa, tratando de ignorar su presencia. Parecía la intrusa. Elena estaba centrada en Sandro y en la conversación de la mesa, pero Agnes no perdió detalle de la actitud de su amiga.

Ahora, una vez terminado el banquete, solo quedaba ella sentada a la mesa. Ethan se había ido con la niñera, durmiendo plácidamente y hubiera preferido estar con él. Estaba planteándose marcharse a casa cuando Borja cogió la silla en la que estuvo durante la cena junto a Laura, la giró para colocarse a su lado con los brazos apoyados en el respaldo. Su intensa mirada se clavó en ella.

—¿Vas a pasarte toda la noche aquí cómo un alma perdida? —preguntó con su voz profunda. Había estado observándola toda la tarde y no parecía su pelirroja descarada. A pesar del precioso vestido de fondo claro y estampado de grandes flores azules que resaltaban el color de sus ojos y cabello, se la veía apagada.

—No, seré un alma borracha en cuanto empiece la barra libre. Solo espero mi momento —soltó con sarcasmo Laura.

—Entonces será divertido verte. No perderé detalle, te lo aseguro. —Borja se acercó peligrosamente a ella con una sonrisa de pirata.

—¿No preferirías no perder detalle de otra? —inquirió sin amedrentarse por su cercanía.

—¿Por qué tendría que ir a por otra estando tú aquí? —demandó sorprendido—. Nena, parece olvidar que he recorrido todo tu cuerpo con mi boca.

—Créeme, no lo he olvidado y parece que tú tampoco. Solo pensaba que ya habrías pasado página.

—¿De verdad quieres olvidarlo todo? —La firme mano de Borja la sujetó dulcemente por la barbilla, centrando la mirada en su succulenta boca. Jesús, adoraba esa boca.

—Pensaba que ese era tu estilo de chulo.

¿Por qué demonios tenía aquellos ojos en los que podrías estar cayendo durante días sin llegar a vislumbrar el fondo? Se perdía en ellos cada vez que los miraba y sus neuronas, si es que aún le quedaba alguna viva, se le fundían.

—Ah, preciosa, pero resulta que tú me gustas más que el resto —confesó Borja risueño, antes de sujetar su cuello y acercarla a él lo suficiente para que sus labios casi se rozaran—. No es necesario que me evites, somos dos personas adultas que se han acostado y, pequeña... Yo no he tenido suficiente.

—No te gusto más que el resto, es que soy la única que sabe que eres un imbécil y que no te mete las bragas en los bolsillos en el momento en que te ve.

Borja estalló en carcajadas volviendo a su posición inicial, pero sin dejar de mantener los ojos sobre ella.

—¿Y cuándo ha sucedido eso?

—¿No es lo que te pasa siempre? Porque a veces te comportas como si eso fuera lo normal para ti —dijo ya más relajada. Cruzó las piernas y la vaporosa falda se abrió mostrándolas por completo.

—Solo cuando me provocan, muñequita, justo como ahora —comentó él posando su mano en el muslo de ella—. Este vestido te sienta muy bien.

—¿A que sí? Seguro que con esto me llevo a alguno a casa hoy —replicó la veterinaria

acercándose más a él, sin apartarle la mano. Dios, la sentía como si fuera hierro candente y la estuviera marcando a fuego.

Borja no cesó en su agarre. Comenzó a acariciarla creando círculos con el pulgar en su suave piel.

—Laura —gruñó—, no me provoques.

—¿Y en qué te estoy provocando, Borjamari? —preguntó ella con la misma mirada que usaba para las apuestas de Agnes, retadora.

—Sigue así y solo conseguirás que te suba a esta mesa y te haga mía frente a todos.

—Déjame que te diga una cosa. La primera vez que te vi me ofrecí a castrarte gratis. La oferta sigue en pie. Me acaba de llegar un microscopio nuevo y si sigues pensando que porqué me digas que me vas a empotrar perderé las bragas, te advierto que las mías llevan tirantes y no va a funcionar —replicó con sorna.

Borja la miró pasmado, de lo de las bragas con tirantes ya estaba informado por Izar, era una broma que tenían entre ellas, pero que se lo dijera con semejante tranquilidad en la cara... Esas mujeres no dejaban de sorprenderlo.

—Sé quitar todo tipo de bragas, no te preocupes por eso.

En ese momento Agnes llamó a Laura, avisándola de que Izar iba a lanzar el ramo.

—No me preocupa porque las mías ya lograste quitarlas una vez y será la única, machote. Voy a ver quién es la próxima pringada —dijo, levantándose para ir con su amiga a disfrutar de la caza del ramo, sin intención alguna de participar.

Borja sonrió y se puso en pie para seguirla admirando el bamboleo de su trasero al caminar. En cuanto estuvieron todos reunidos, Izar se subió a una mesa y, de espaldas al grupo, lanzó las flores. Para sorpresa de todos quien saltó para alcanzar el ramo fue Borja. El moreno, con una sonrisa traviesa, alzó el botín y gritó mientras se marcaba un provocador y sensual baile de caderas.

—¡Soy el siguiente! —exclamó sonriendo.

Laura lo miró con los ojos muy abiertos. ¿En serio estaba bailando emocionado por haber cogido el puñetero ramo? Aquel hombre estaba loco.

Izar estaba descojonada junto a Darío mientras observaban el baile de su padrino.

—Es único en su especie —susurró a su marido en plan cómplice.

—Afortunadamente. Imagina si hubiera otro... ¿Crees que será el siguiente? —preguntó abrazándola a él.

—Si él tiene paciencia, creo que lo será.

—Sí, le hará falta para cazar a la pelirroja. Eso va a ser más complicado, a no ser que quieras que la coja al hombro y luego la lance... —bromeó.

—A la única que tienes que cargar al hombro es a mí —le regañó mimosa Izar.

—Sí, pero para lanzarte a nuestra cama —admitió Darío antes de besarla, acariciando su perfecto cuerpo.

—Ya eres legalmente mío, moreno —murmuró ella en sus labios.

—Para siempre.

—Sí —dijo la rubia antes de rodear su cuello y besarlo provocadora.

Darío sintió cómo su cuerpo se calentaba. Se prometió no hacerlo porque entre los más de doscientos invitados de su boda íntima había clientes y colaboradores de la editorial. Tenía que dar una imagen... pero todo se fue a la mierda en el momento en el que vio a Izar con su vestido. Y de eso hacía horas, su cuerpo no lo soportaba más.

La cogió de la mano y tiró de ella hacia la carpa de la novia. Era la más grande de las dos, y la

que estaba algo más alejada de la pista de baile y la barra libre, que esperaba mantuviera a la gente lo bastante entretenida como para no darse cuenta de que estaban desaparecidos.

—Entra —ordenó Darío en cuanto llegaron a la puerta, que no era otra cosa que un pedazo de tela.

Izar levantó una ceja divertida.

—¿Vas a ser malo?

—No, lo seremos los dos —replicó él apartando la cortina—. Date prisa o nos verán...

Izar entró en la carpa sonriendo traviesa. Aquello le encantaba.

—Mis amigas no permitirán que nadie nos moleste.

—Vaya, se me olvidó avisarlas para que hicieran de perro guardián —comentó Darío.

En cuanto estuvieron ocultos de miradas curiosas, tiró de ella para pegarla a su cuerpo y besarla con tanta hambre como un condenado a muerte en su última cena. Izar rodeó su cintura respondiendo igual de pasional, había deseado aquello desde que lo vio esperándola en el altar.

—Creo que te lo he dicho mil veces ya, pero, ¿cómo puedes ser tan perfecta para mí? ¿Qué demonios he hecho para merecer encontrarte y que me perdonaras tantas veces? —preguntó él mientras sus manos buscaban el dobladillo de la falda para subirla.

—Simplemente me enamoré de ti, además de que eres muy bueno en la cama. —El brillo de sus ojos indicaban que se estaba divirtiendo.

—Solo me quieres por el sexo... —dijo Darío tras conseguir su objetivo y, tener acceso a su trasero respingón sin la molestia de la tela. Descubrir la mínima expresión de ropa interior que llevaba solo hizo que su entrepierna diera otro fuerte tirón.

—También por la cocina —susurró Izar en su oído a la vez que frotaba su cuerpo contra el suyo.

—Ya decía yo que a una mujer se la conquista por el estómago.

La besó de nuevo sin perder ni un ápice de deseo. De un tirón rompió el pequeño tanga dándole acceso a su cuerpo. La levantó en brazos y la sentó sobre la pequeña cómoda que había. Liberó su miembro que clamaba por el calor de su ya esposa. Le separó las piernas para poder colocarse entre ellas y se hundió en su cuerpo tan profundo como pudo. Gimió, gimió de placer solo por sentirse en su interior. Era el paraíso hecho mujer.

Izar jadeó clavando las uñas en sus hombros.

—Me has vuelto a romper el tanga, mi amor —gimió mordiéndole el labio, juguetona.

—¿Y para que lo quieres? —preguntó él empezando a moverse despacio.

—Para que me lo arranques... —suspiró.

—Exacto.

La sujetaba por las nalgas apretándola contra él mientras empezaba a embestirla. No pretendía enloquecer tan pronto, pero lo tenía loco desde hacía horas y, cuando levantó la cabeza y los vio reflejados en el espejo, el morbo lo intensificó todo.

—Míranos, cervatilla... Mira cómo vas a volverte loca por mí.

Izar se miró en el espejo y jadeó ante la imagen que se reflejaba.

—Siempre me vuelves loca, mi amor, siempre.

—Te quiero, Izar. Siempre.

Sin dejar de mirar a los ojos de su mujer reflejados en el espejo, incrementó el ritmo en que la tomaba, sintiendo cómo el placer los invadía con cada embestida. El modo en que se arqueaba y apretaba más sus piernas alrededor de sus caderas, la manera en la que dejó caer su cabeza hacia atrás con un jadeo, solo podía significar que estaba a punto de estallar.

—Darío —gimió—, necesito más...

Apoyó las manos a ambos lados de ella y la hizo inclinarse más, cambiando el ángulo en que la tomaba, incrementando todas las sensaciones que su invasión provocaba en ellos. Pero él también quiso más. Con cuidado de no hacer lo mismo que con el tanga, tiró del escote del vestido de novia y liberó uno de sus pechos para tomar el erguido pezón con la boca, lamerlo y chuparlo con ansia.

—No dejes de mirar, quiero que veas cómo te corres conmigo, porque vas a hacerlo y no podrás gritar o no te daré un segundo orgasmo antes de salir de aquí —le ordenó, acariciando el húmedo pecho con su aliento, provocando un nuevo estremecimiento de placer en Izar.

—Mandón —jadeó ella obedeciendo y dejándose llevar por el placer que Darío le ofrecía arrastrándolo con él.

A punto estuvo de ser él quien gritara. Verla, saborearla, sentirla, todo era demasiado perfecto, y al fin la había hecho suya entregándose a ella de todas las formas que sabía.

Se arrodilló frente a su esposa, aún tumbada boca arriba en la cómoda y separó sus piernas, acomodándolas sobre sus anchos hombros. Hundió el rostro entre ellas, saboreándolos a ambos en su cuerpo. Sintió cómo se arqueó pues al capturar su hinchado clítoris entre los labios provocó que los espasmos del reciente orgasmo se intensificaran.

Izar tuvo que morderse los labios para no gritar, Darío literalmente la devoraba y mantenía sujetas sus caderas con firmeza.

—Vas a matarme...

—Puedo parar —la provocó él apartándose ligeramente de ella.

—Como lo hagas te mato, esposo mío —amenazó la rubia estrechando la mirada.

—Hasta que la muerte nos separe —bromeó Darío antes de volver a disfrutar de su manjar favorito: Izar.

Ella suspiró enredando sus manos entre el cabello de su esposo. Lo amaba más que a nada en este mundo, él lo era todo para ella.

—Te quiero.

Darío intensificó su tortura hasta que, de nuevo, Izar tuvo que llevarse las manos a la cara para no gritar cuando de nuevo la llevó al éxtasis. Solo entonces se separó de ella y, cogiéndola con cuidado, la incorporó para abrazarla y besarla.

—Y yo, mi preciosa cervatilla. Mi Izar. Mi todo.

Izar lo abrazó besando su cuello.

—Los primeros días de nuestra luna de miel prométeme que no saldremos del hotel —le pidió la rubia.

—Pero ¿tenías pensado salir en algún momento? —preguntó Darío riendo.

—No —dijo divertida.

—Eso ya me gusta más porque la habitación tiene una cama enorme, un jacuzzi y una ducha donde podríamos tirarnos en el suelo y no tocar las paredes para poder hacerlo en todas partes —replicó Darío con una sonrisa.

—Podré montarte sin problemas —sonrió traviesa.

—Eso espero o pediré el divorcio antes de volver.

—No serás capaz —exclamó abriendo mucho los ojos.

—No dejes de montarme y no tendrás que comprobarlo —afirmó antes de volver a besarla.

—Trato hecho, y tú no pares de besarme ahora.

No lo hizo. Resultaba imposible para él no concederle lo que Izar quisiera o necesitara.

Un rato después, acabó por separarse de ella muy a su pesar.

—Creo que deberíamos volver. Al fin y al cabo, es nuestra fiesta —comentó.

—Tienes razón, además me debes un baile lento, lento. Quiero ese torso bien pegado a mis pechos —manifestó la rubia.

—Lo tendrás... Y yo quiero ese espejo.

Izar lo miró pasmada.

—¿Por qué te quieres llevar ese espejo?

—Porque ha sido testigo de nuestra primera vez casados. Y cada vez que nos reflejemos en él tendremos que repetir esto... Llámame sentimental —declaró encogiéndose de hombros.

—Si cada vez que nos reflejemos, me prometes que esto va a repetirse... ¿Dónde lo pondremos? —preguntó ella.

—Le pondremos ruedas —afirmó Darío dándole una solución.

Izar tuvo que refrenar su carcajada.

—Estoy deseando estrenarlo.

Tras ayudarla a recolocarse bien el vestido y asearse, la cogió de la mano y, como si no hubiera ocurrido nada allí dentro, salieron caminando muy juntos hacia la pista de baile, donde los esperaban sus amigos e invitados, o casi todos.

Borja les guiñó un ojo al verlos llegar sentado de nuevo en la mesa que ocupó durante la cena. Sabía perfectamente lo que acababan de hacer ya que ese brillo en los ojos de Izar solo aparecía después de un buen orgasmo.

Estaba tratando de no pensar en ella, pero claro, era un poco complicado estando los dos allí. Después del lanzamiento del ramo Laura se apartó de él para irse al lado de aquel imbécil: Héctor. Le extrañó que no lo hubieran sentado con ellos en la misma mesa, su hermana, Elena, estuvo justo a su lado. Un encanto, la verdad. Y si lo pensaba bien, Izar había jugado sucio sentando a las tres parejas solas, imaginaba que esperando un acercamiento tras lo que pasó en el Eros, pero la cosa no estaba saliendo como su amiga esperaba.

Así que, tras pasarse la cena ignorándolo y discutir un poco un rato antes, ahora estaba allí mirando cómo la mujer que lo traía loco, estaba sentada al lado de aquel imbécil.

Durante la cena lo estuvo observando. Ni él ni Laura llevaron acompañante. Lo cierto era que esperaba que hubieran ido juntos, le alivió que no fuera así. El policía estuvo muy pendiente de su móvil, mandando mensajes a alguien que le arrancaba sonrisas bobas. Si no fuera porque se lo estaban comiendo los celos, hubiera apostado su descapotable a que hablaba con una mujer que le hacía perder el sentido. Lo sabía porque era la cara de Darío al recibir mensajes de Izar, o la que él tendría si Laura alguna vez le mandaba alguno.

Sin embargo, ahora su pelirroja estaba agarrada a su brazo, hablando sobre algo que la hacía sonreír con cierta tristeza en los ojos. Héctor estaba tan obnubilado por el tema de conversación que no parecía darse cuenta. Pero él sí lo hizo. Si tuviera que apostar, Héctor estaba dejándola y ella trataba de parecer conforme con eso, sin embargo, no lo estaba y eso lo cabreaba. Laura insistía en que ella y Héctor eran solo amigos, según le había confirmado Izar varias veces, no obstante, aquello no parecía solo amistad. Quería levantarse y pegarle un puñetazo al muy gilipollas, pero fue ella quien se levantó, le acarició la mejilla y se dirigió al baño. En cuanto estuvo solo, el policía volvió a prestar atención al móvil y a poner cara de bobo. Sí, estaba seguro. Era una mujer.

—Será cabrona... —murmuró Laura al salir del baño y ver salir a la pareja de la carpa de la novia. Por un segundo pensó en darles el beneficio de la duda, aunque el modo en que se tocaban y miraban lo decía todo.

—¿Qué esperabas encanto? Son marido y mujer —dijo Borja a su espalda.

—¡Joder! —exclamó sobresaltada—. Casi me matas de un infarto. Ya sé que se han casado,

por eso estamos aquí, solo esperaba que pudieran aguantar hasta llegar a su hotel o a su casa. Incluso el coche hubiera estado bien.

—¿Acaso no conoces a tu amiga?

—No tanto como tú —contestó la pelirroja con doble intención.

Borja la sujetó del brazo y la atrajo hacia él.

—¿Puedes explicarme qué significa ese comentario?

—Lo sabes de sobra. Yo la conozco, pero tú lo haces más a fondo —replicó molesta por el hecho de que Borja se acostaba con Izar, bueno, con ella y Darío.

—Resulta que tenemos un acuerdo y jamás quedo con ella a solas. ¿Acaso estás celosa, pelirroja?

—¡Celosa! —clamó con una voz demasiado aguda como para sonar ofendida— Eso es lo que tú quisieras, Borjamari.

—Me gustaría, sí. ¿Y sabes por qué? Porque eso significaría que te importo algo —gruñó él. Se estaba conteniendo las ganas de arrancarle el vestido y hacerla suya delante de todos y, sobre todo, delante de ese poli gilipollas.

—Claro que me importas. Me importas un pimiento. ¿Te parece suficiente?

—Pelirroja...

Borja la sujetó de los brazos y la pegó a su fuerte pecho. Bajó la cabeza y se apoderó de su boca, no fue un beso tierno, ni suave, fue posesivo y dominante justo aquellos que la hacían perder el escaso dominio que tenía de sí misma cerca de él. Quería hundir las manos en su pelo, atraerlo más a ella. Dejar que se metiera en su interior ahora que sabía cómo se sentía. Pero se negaba porque no se fiaba de él. Se acostaba con Izar y Darío, y seguramente con todos aquellos a los que vio en el Eros, puede que más. ¿Era ese el hombre que ella necesitaba? No, ya no más.

De un empujón lo apartó y lo miró con rabia, aunque no por el beso, sino por hacerla perder el control de sus emociones y deseos.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa? —inquirió Laura cabreada.

—Nada, solo he comprobado que no te soy indiferente.

—Sabes que no lo eres, pero eso no significa nada. Ya nos hemos acostado, ¿qué más quieres? Es hora de dejarlo pasar.

—¿Estás hablando en serio o tienes miedo de reconocer que te gustaría algo más? —Borja estaba realmente molesto. Todas las señales que ella enviaba le indicaban que él no era solo un lígüe y maldita fuera su estampa, no deseaba serlo. Deseaba algo más de ella. Sin embargo, no debía ser él quien diera el paso.

—Creo que el ramo te golpeó la cabeza antes de que lo cogieras y te ha dejado más tonto de lo que ya eras. ¿Crees que hay algo entre los dos? Mira, te lo voy a decir muy clarito para que lo entiendas. Antes se me cierra el chichi que volver a acostarme contigo. Si hoy no te he mandado a tomar viento en cuanto te he visto ha sido por respeto a mi amiga y a su marido, pero eso no significa que tu compañía me agrade. ¿He hablado lo bastante en serio? —manifestó Laura son pensar en las consecuencias de sus palabras.

—Bien —Su tono de voz fue frío cuando respondió.

Clavó la mirada en ella intentando comprender su reacción. Sin embargo, si era lo que ella prefería, no le insistiría más. Pasó por su lado sin decirle nada y se alejó de ella.

Capítulo 6

Casi un mes después de la boda, y tras el regreso de la pareja de su Luna de Miel, Agnes buscaba histérica en el fondo de su armario. Su disfraz de ninfa debería estar en ese baúl. Óscar ya estaba convertido en elfo esperándola en el salón. En realidad, el disfraz le sentaba bien, demasiado bien para su salud mental. Dejaba su torso a la vista y eso la hacía babear. Amaba a su marido, por eso quería encontrar el trajecito que compró dos años atrás y que era el motivo por el que lo convenció, para ir en pareja aquella noche.

—Debería estar aquí, sé que lo puse en este baúl.

—¿Hablas de tu dignidad? —preguntó Laura con sorna, sentada en la cama, mirándose las uñas pintadas de negro.

—No me toques lo que no suena. Me falta el disfraz —gruñó Agnes.

—Y yo que pensaba que ibas a ir en bragas —dijo la veterinaria mirándola desde la cama, mientras rebuscaba en el enorme vestidor del dormitorio de su nuevo hogar en ropa interior.

—Muy graciosa, bruja —replicó la excamarera refiriéndose al disfraz de la pelirroja—. Sé que tiene que estar aquí, no se lo he prestado a nadie. Y hablando de eso, no te voy a dejar ni un solo jersey más. El último que te llevaste ya no me lo puedo poner.

—¿El jersey azul con cuello alto? Si estaba perfecto. Te lo devolví lavadito y todo —replicó la otra colocándose bien el escote de bruja.

Laura lucía un ajustado corsé con un pronunciado escote de pico y una falda desigual, muchísimo más corta en la parte delantera que en la de atrás. Todo en negro y lila, su color favorito. Su melena naranja por una vez servía para algo, así se ahorra la peluca. Remataba el conjunto con el sombrero a juego y unos zapatos de vértigo plateados, iguales a los bordados que adornaban el corpiño y los pedazos de tela morada de la falda. Estaba despampanante.

Normalmente se disfrazaba de vampiresa o diabla, pero aquel año, algo la impulsó a castigarse. Últimamente se estaba comportando como una auténtica bruja, al menos con alguien en concreto, y ese era su modo de admitirlo. Nunca lo haría de otra manera.

—Claro. Limpito y dado de sí —dijo Agnes enfrentándola.

—¡Venga ya! —protestó Laura.

—No te miento. Me va ahora grande de las tetas.

—Eso no puede ser verdad. Tú tienes las tetas más grandes que yo.

—Eso es mentira, tú las tienes más grandes que yo. Venga, pídele a mi marido un metro y las medimos —convino Agnes.

—¡No voy a medirme las tetas! Aunque, puedo dejar que Óscar las examine —replicó la pelirroja mirándola con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados por debajo del pecho lo que hizo que se vieran más prominentes.

—Óscar solo examina mis tetas, guapa. Si no quieres medirlas dame tu sujetador y lo comprobamos —resopló.

—Está en mi mochila. Puedes cogerlo y ver que la *tetuda-deforma-camisetas* eres tú.

Agnes no lo dudó y cogió el sostén de la mochila para después ir a por el suyo para compararlos.

—¿Lo ves? Tú tienes más pecho que yo. Mierda debería de haber apostado algo.

—¡Mierda! Yo nunca pierdo contigo, pero pensar que te gano en tetamen es un buen premio de consolación —dijo Laura riendo.

—*Japuta*. Ahora ayúdame a buscar el maldito traje de ninfa o mi amado esposo subirá a buscarme. Está hecho un gruñón.

—Está en esa caja de ahí —replicó de manera despreocupada, señalando una a espaldas de la excamarera.

—¿Cómo lo sabes? —dijo dirigiéndose hacia allí.

—Porque asoma la faldita. Hace rato que lo vi, pero quería comprobar cuánto tardabas en verlo tú—afirmó encogiéndose de hombros.

Agnes parpadeó varias veces.

—Eres lo que no hay ¡Mi marido espera abajo! —Cogió el diminuto traje azul y se lo puso dando unos divertidos saltitos. Era pequeño y ajustado, lo mejor para tener prisa.

Con rapidez se extendió la brillantina azulada por el cuerpo y se colocó la corona de flores en el pelo. Suerte que se había maquillado con antelación o no llegarían a tiempo a su propia fiesta.

—Venga, es nuestro cumpleaños, Agnes. Nos van a esperar sí o sí. La edad te hace ser más gruñona —manifestó Laura.

—Mira quien fue hablar, la colegiala...

—No estoy mayor, solo más experimentada que tú —replicó la pelirroja sacándole la lengua.

—Claro, experimentada... —resopló Agnes.

—¿Vintage?

—Mira, en eso te acabas de convertir —dijo risueña.

—Sí, en una bruja vintage y tetona que va a soplar un montón de velas...

—Espero que te hayan comprado las velas en número o causarás un incendio en el Rabbit —la picó Agnes.

—¡Eh! Que solo soy dos años mayor que tú, así que tú también tienes un montón de velitas que tratar de apagar.

Agnes movió su mano al aire como quitándole importancia al asunto.

—Mis velas mantendrán el calor, las tuyas... pueden ser catastróficas.

—Si acaban siendo una catástrofe, sin dudas son mías —dijo Laura con pesar.

Agnes levantó una ceja por el tono que utilizó.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó

—La edad... —respondió esquivando la pregunta.

—Claro, como que no nos conocemos —Alzó la mano para detener la excusa que iba a darle —. Cuando estés lista me lo cuentas, sabes que, aunque esté casada me tienes.

Laura sonrió con resignación. Parte de su morriña al cumplir años es que ya se acercaba a los cuarenta y era la única de sus amigas que seguía soltera. Eso podía no ser un problema si no fuera porque parecía que eso no iba a cambiar.

«Sigue siendo tu mejor amiga. Aunque se haya casado, no dejes de confiar en ella», le recordó esa puñetera voz.

—Estoy muerta de miedo, Agnes —confesó Laura sin mirarla.

—¿Miedo? ¿De qué? —preguntó esta confusa por su respuesta.

—Más bien de quién. Hace unos meses te insistía en que no tuvieras miedo de Óscar, que te atrevieras a quererle aún después de lo que pasaste con James, pero soy tan hipócrita que no soy capaz de aplicarme mi propio consejo —declaró con un mohín la veterinaria.

—Bueno, eso ya lo sé. Me refiero a lo de que eres tonta, vamos —sonrió—. Pero, empieza por

el principio, aunque está claro que se trata de Borja, ¿no?

—Sí. Es Borja, aunque si dices una sola palabra de esto, te coso el chichi. Siento algo muy fuerte por él, puede que sea amor, no lo sé, pero me da tanto miedo que sea igual que Ernesto o Javi que no soy capaz de darle ni la más mínima opción.

—Laura —dijo Agnes acercándose a ella—, te diré lo mismo que me dijiste a mí: Borja no es Ernesto. No puedes poner a todos los hombres dentro del mismo saco.

—No, no es él, porque no me sentí así ni con Ernesto ni con ninguno de ellos, y eso me da mucho más miedo. Si me hace lo mismo, el dolor será mucho peor —aseguró la veterinaria con mirada triste.

Agnes se sentó junto a Laura y la tomó de la mano.

—Pero si no te arriesgas en este juego, nunca podrás saberlo. Aunque, te entiendo. Yo le tenía pavor a Óscar y si no hubiera tenido el accidente todavía no sé si habría cedido. Y no te he dado las gracias aún por estar tan rematadamente loca e insistir en que lo que hiciste fue una gran idea; por pelear por lo mío con Óscar tanto como lo hicimos nosotros —declaró su amiga.

Laura la miró a los ojos con una sonrisa.

—Sabes que te quiero y que haría lo que fuera por ti y por el Canta juegos. Y hablando de eso, ¿puedes darme luego un buen golpetazo para que me olvide de todo? —preguntó poniéndose en pie de un salto, seguida por Agnes.

—¿Quieres que consiga una buena sartén?

—Joder, algo que no me ponga la cara en el culo —replicó Laura acercándose a la preciosa ninfa y la abrazó—. Te quiero, aunque estés plana.

Agnes pellizcó su trasero.

—Yo no soy plana, cabrona. Tengo un marido satisfecho con mis tetas.

—Entonces, reconoce que no soy yo la que da de sí tus jerséis —sentenció sacándole la lengua.

—No puedo contigo. ¡Tienes la prueba delante de tus narices!

—Mis tetas no son armas de destrucción masiva...

—Para ti no lo serán, pero para cierto moreno, puede que sí lo sean —dijo Agnes divertida.

—Ese no va a volver a catarlas. Con suerte no lo volveré a ver hasta la comunión de Ethan, y teniendo en cuenta que no la hará...

—Laura, nunca digas de esta agua no beberé. Te recuerdo que cuando nos domina el corazón, perdemos toda la voluntad —le aconsejó Agnes mirándola con cariño.

—¿Qué tal si nos vamos? No pueden empezar sin nosotras, pero seguro que ya se están bebiendo el agua de los floreros —dijo la veterinaria tratando de no responder a eso. Que hubiera confesado lo que sentía no significaba que fuera a cambiar de parecer solo por eso. Luchaba contra su corazón con todas sus fuerzas obligándolo a no sentir, incitando a su escaso cerebro a tomar el control. No le quedaba otra si quería sobrevivir a aquello. A Borja.

—Claro —acabó claudicando su amiga.

Ya era mucho que Laura hubiera reconocido que sentía algo muy intenso por Borja. Eso no lo escuchó de su boca en ningún momento cuando hablaba de Javi o cuando estuvo saliendo con Héctor. Alguna vez salió la palabra amor cuando habló en el pasado del que fue el hombre de su vida, pero de eso hacía años. Llevaba demasiado tiempo sin pronunciar el nombre de Ernesto. Eso solo quería decir que lo que sentía por Borja era realmente grande.

Con aquel pensamiento en la cabeza, Agnes bajó al salón dónde esperaba Óscar, seguida de la bruja de su amiga. En cuanto su marido la vio, la rodeó con sus brazos y la besó admirando lo preciosa que estaba antes de salir todos para el Rabbit.



Una vez allí, la fiesta estaba servida.

Al ser la noche de Halloween, todos los invitados iban disfrazados, era uno de los requisitos del cumpleaños de aquel par de locas desde que descubrieron que compartían fecha de nacimiento. Insistían en que eran hermanas separadas al nacer; aunque cuando les recordaban que se llevaban dos años y eso era imposible, Laura siempre afirmaba que el suyo fue un parto complicado.

La música sonaba por los altavoces del local y la bebida corría a cargo de Manuel, como cada año. La diferencia era que esa noche no serían solo las cuatro locas infiltradas en la fiesta del local, esta vez el Rabbit era solo para ellas. Aun así, estaba a tope.

Laura sonrió al ver a Héctor, disfrazado de caballero medieval, del brazo de una guapa enfermera. Lo habían hablado en la boda de Izar, y se alegraba por él. Ahora ya era oficial: sería la tía solterona y borracha adicta a los gatos.

Sus amigas se habían disfrazado en pareja y eso solo le hizo recordar que ella era la nota discordante.

Izar y Darío eran Harley Quinn y El Joker, la pareja de los cómics y El escuadrón suicida. A ella se la veía en su salsa, con sus coletas rosa y azul, el pequeño y *sexy* short bicolor con medias de rejilla y el bate de baseball. Podía dejar salir su lado más salvaje al lado del hombre de la eterna sonrisa. Laura pensó que, al menos, el papel de Joker siempre sonriente lo bordaba. Y debía admitir que, con ese culo prieto, el traje morado lucía realmente bien en Darío.

Desechó aquellos pensamientos pecaminosos sobre el cuerpazo del marido de su amiga y siguió caminando y saludándolos a todos.

Agnes y Óscar parecían un par de duendes de película. Guapos y *sexys*, se les veía perfectos. El vestido de ella era ajustado y con el escote palabra de honor. Laura se rio, pues si tan poca teta tenía no era la mejor opción, o si no, ¿qué iba a impedir que resbalara? Óscar, por su parte, iba luciendo abdominales, marcando culo y paquete con un chaleco abierto y un ajustado pantalón. O más bien unas mallas, y de nuevo sus pensamientos fueron a lo mucho que odiaba a su amiga. Óscar era un partidazo en todos los sentidos.

La última de sus amigas a la que saludó fue a Elena y a su marido, Sandro. Apenas fue capaz de distinguirlos disfrazados de Catrinas mejicanas, la muerte. Llevaban maquillajes a juego, espectaculares. La joven estaba preciosa. Vestían de negro y de estilo victoriano. A pesar de lo mucho que se burló de él en el pasado, Laura tenía que admitir que el condenado estaba de toma pan y moja, y que la chistera y la levita lo hacían parecer aún más alto y estilizado. Sí, la odiaba también. Elena no precisaba mandar fotos al WhatsApp del traspiés, todo el mundo sabía la maravillosa y perfecta anatomía del marido de la friki.

Lo mejor era ir al baño y echarse un poco de agua fría o la noche sería un desastre. Cuando iba directa al fondo del local, Héctor vio aparecer a Laura y se acercó a ella para saludarla.

—Vaya, has escogido el disfraz de bruja —sonrió divertido.

—Es un reflejo de mi personalidad, noble caballero —replicó contoneando su curvilíneo cuerpo.

—No vas a cambiar nunca. Creí que vendrías acompañada.

—Mi acompañante ha encontrado a su pareja —dijo señalando a la enfermera que hablaba con Elena—. Y no sabes lo mucho que me alegro por ello.

—Es preciosa, ¿verdad? —confesó Héctor al mirar a quien sería su futura esposa.

—No es mi tipo —bromeó Laura.

—Jamás creí que lograría encontrarla y mira, lo hice. Ella lleva bien mi trabajo, aunque sé que le será difícil ser la esposa de un policía, pero bueno, tiene práctica siendo hermana de un bombero —comentó Héctor.

—Sí, recuerdo cuando me lo planteé y se me vino el mundo encima. Supongo que eso fue una de las cosas que hicieron que lo nuestro no funcionara, el tener que preocuparme de si volvías a casa o no. Y, aun así, sigo sufriendo por ti, así que no la hagas sufrir de más o te las verás conmigo —afirmó Laura.

—Lo intentaré, ojalá pudiera decirte que siempre estaré a salvo y bien. Mi hermana dejó de insistirme en que dejara el trabajo. No sabría qué hacer si dejara de ser policía.

—Lo sé, Héctor. Cuando amas tu trabajo como lo hacemos nosotros, nada nos aparta de él. Solo que ahora tienes a alguien más a quien amar, reparte, cielo —dijo la pelirroja apoyándole una mano en el brazo, acariciándolo.

—Seguiré tu consejo, aunque dentro de pocos días tengo vacaciones y pienso aprovecharlas muy bien. Ya me entiendes —replicó él con una sonrisa que ella conocía muy, pero que muy bien.

—¡Pero, queréis dejar de restregarme lo que jinkais todos! Es mi cumpleaños, tened piedad —protestó Laura.

Héctor rio con ella mientras seguían hablando.

En ese momento la última pareja de invitados que faltaba por llegar entró en el Rabbit. Borja entró con paso decidido. Iba disfrazado de vampiro y de su brazo colgaba una hermosa vampiresa, su acompañante de esa noche. Saludó a Darío e Izar que estaban en la barra, sonriendo y mostrando unos colmillos que parecían bien reales. La pareja saludó a la acompañante de Borja, la conocían de verla con él en otras ocasiones.

Al observar a su alrededor vio a Laura muy acaramelada con el poli gilipollas. Su buen humor se esfumó y tuvo que controlarse para no ir hacia la pareja y arrancar a ese mugroso del lado de su pelirroja. A él nunca le había sonreído de esa forma y eso hizo que algo en su pecho se encogiera. Quería que a su lado se mostrara justo así y no como una arpía rompe-pelotas. Vio cómo le daba un beso antes de separarse de él y parar en seco en el momento en que sus miradas se cruzaron.

No entendía qué demonios hacía allí. ¡Ella no lo había invitado, no estaba en la lista! Y encima venía con una zorra vestida de chupapollas colmilluda. El primer impulso fue ir a por él y cruzarle la cara por la insistencia en tener algo con ella en la boda y, cuando se negó a ello, bien poco tardó en encontrar con quien rascarse. Era como todos, eso solo hacía que reafirmara su idea de mantenerse lejos de él.

Borja la fulminó con su gélida mirada. Le susurró algo a su acompañante que la hizo reír y se dirigió hacia ella. Solo.

—Felicidades, pelirroja.

—¿Qué haces aquí? Nadie te ha invitado —replicó Laura con una mirada que habría acobardado a cualquiera. Bueno, a cualquiera menos a él, ya que Borja le devolvía la mirada con la ceja alzada.

—En eso te equivocas, listilla. Agnes me ha invitado y como también es su cumpleaños, tengo el mismo derecho que tú de estar aquí. Por cierto, este traje de bruja te sienta muy bien. —Borja le dirigió una de sus devastadoras sonrisas, que esa vez mostraba unos fascinantes colmillos.

—¿Mejor que el de vampira a tu amiguita? —dijo ella sin poder evitarlo.

—Se llama Ivet y hace tiempo que nos conocemos, pero no sabría qué decirte —respondió fingiendo que pensaba—. El de vampira es muy provocador.

—Eres demasiado fácil de impresionar. Es lo que pasa cuando no se tiene criterio.

—¿Acaso tú lo tienes? —Borja se acercó más a ella invadiendo su espacio personal.

—Mucho más que tú —replicó la pelirroja no dejándose avasallar.

—Ah, claro, se me olvidaba que tú no eres nada fácil de impresionar...

—Sí, lo soy. Cuando hay algo que sea capaz de impresionar a alguien, me impresiono. Sigo buscando y por eso soy fiel a Terminator —soltó sin filtro Laura.

Borja apretó sus manos en puños, maldita fuera su estampa, Izar le había hablado del famoso Terminator. ¿Estaba prefiriendo a un consolador antes que a él? Demonio de mujer...

—Entonces creo que he fallado en tu regalo, debería haberte comprado un dildo de mi tamaño y no esto. —Le tendió una pequeña cajita envuelta en terciopelo azul.

Laura no supo cómo reaccionar. ¿Un regalo? Estiró la mano y lo cogió sin dejar de mirarlo, pasmada.

—No tenías que haberte molestado. Solo soy la pelirroja.

—Es tu cumpleaños ¿no?

—Según mis padres, sí, pero también podía haber sido el día de la croqueta. Les importaba lo mismo —declaró como si nada, abriendo la cajita y descubriendo un colgante en forma de media luna con un elaborado diseño de grabado y una amatista en el centro, la piedra favorita de Laura. De hecho, su disfraz era negro y violeta precisamente por eso. El colgante parecía el complemento perfecto.

—Dios... Es... Es precioso. No sé qué decir.

—Con un, *gracias* me basta y vértelo puesto, claro —dijo Borja cogiendo el colgante con cuidado y colocándose a su espalda para poder ponérselo—. Apártate el pelo, pelirroja.

Laura sintió que el corazón se le aceleraba por el modo en que su piel se erizaba cuando le hablaba de aquel modo. Sin poder evitarlo, apartó la melena tal y como le ordenó. Cerró los ojos cuando sus dedos rozaron su piel al pasar la cadena alrededor de su cuello.

Borja solo deseaba tirar de ella y mantenerla al abrigo de sus brazos el resto de la noche. De la semana. De sus vidas. Inhalar su aroma, sentir su suave piel de nuevo bajo sus caricias era lo que deseaba en ese instante, demostrarle que era un hombre digno de ella, no un pusilánime como con los que había salido anteriormente. Sin embargo, ella no lo deseaba cerca y eso le dolía, más de lo que se admitía a sí mismo. Abrochó el colgante y se separó de ella a regañadientes.

—Ahora no lo pierdas.

—No soy así. Agradezco el regalo, de verdad —dijo Laura con voz queda girándose para mirarlo a la cara. ¿Por qué lo hacía tan difícil?

—Aprecio que te guste. Hace juego con tu disfraz.

—Si hubiera sabido que ibas a venir disfrazado de vampiro, hubiera traído unos ajos —comentó la veterinaria con un movimiento de cadera, cambiando el peso de pie.

—Y yo una antorcha —replicó divertido.

—Atrévete y verás que bien manejo el palo de la escoba. Soy muy capaz de metértelo por la retaguardia bien hasta el fondo —le retó dando un paso hacia él.

—¿Tú y cuántas más? —El moreno se cruzó de brazos, cosa que hizo que su camisa negra se tensara sobre sus músculos y clavó la mirada en ella.

—Oh, no me retes, guapito. Me basto y me sobro para ponerte en tu sitio.

Los ojos de Borja brillaron de diversión, en realidad le gustaría verla intentarlo. Estaba seguro de que, con el forcejeo de ambos, acabarían revolcándose en la cama.

—Estoy esperando, pelirroja.

—Pues espera sentado, que hoy me pillas muy liada —le contestó sacándole la lengua.

Borja resopló.

—Se te va la fuerza por la boca —la acicateó.

—¿Perdona? —preguntó molesta por la cara de desprecio que puso al decirlo.

—Me has escuchado perfectamente.

—¿Y qué debería decirte, según tú? ¿Qué eres un chulo y un imbécil que solo se pavonea con una mosquita muerta vestida de zorrón en mi cumpleaños y, que por mí puedes irte a tomar mucho viento fresco? Lo haría si no fuera una dama, pero como lo soy, te pregunto si quieres algo de beber.

Borja se mantuvo en silencio, solo la observó durante unos segundos. Los cambios de humor de esa mujer eran dignos de estudio. Quizás fuera bipolar y nadie lo sabía. Lo único que él tenía por seguro era que no lograba comprenderla, ya no sabía qué decirle ni hacer, lo estaba volviendo loco. Pero, que lo llamara chulo cuando apenas se tomaba el tiempo de conocerlo, lo cabreaba. Si al menos le diera una oportunidad de verdad...

—No, he venido acompañado y creo que ya la he dejado sola bastante tiempo. Solo he pasado a felicitarte antes de ir al Eros —soltó mordaz.

Así que era eso... La parada antes de irse con aquella tipeja, la tal Ivet, a tirársela. Y tenía la desfachatez de ir a su cumpleaños con ella.

—Eres un idiota.

Y sin más dio la vuelta y desapareció hacia los baños del Rabbit, donde se dieron su primer beso. Al recordarlo, las lágrimas que había estado pugnando por reprimir, salieron antes de que fuera capaz de esconderse.

Borja la vio marchar apretando la mandíbula, ¿qué demonios le sucedía a esa mujer? ¿Era ella quién lo apartaba y ahora lo llamaba idiota? ¡Joder! Dio media vuelta en busca de su acompañante. Era hora de ir al Eros y despejar su mente de esa pelirroja. Si no se retiraba en ese instante sabía que la seguiría hasta el baño y la volvería a hacer suya.



Al día siguiente, Laura tomaba café sentada en el sofá de su *loft*. Ya tenía treinta y ocho años oficialmente. Siempre agradecía que el día siguiente de su cumpleaños fuera festivo para poder sobrellevar bien la resaca. Pero, por extraño que pareciera, ese año no tenía.

La aparición de Borja en la fiesta la descolocó, lo admitía, sin embargo, le molestó mucho más hecho de que lo hiciera acompañado de una mujer. No lo entendía. Los hombres siempre decían que las mujeres deberían llevar un manual de instrucciones para poder lidiar con ellas, pero ellos tampoco se libraban.

La primera vez que vio a Borja, su cuerpo reaccionó de un modo en que nunca lo había hecho y eso activó todas sus defensas de manera inmediata. Llevaba tanto tiempo usándolas, que no se cuestionó ni un solo segundo el vapulearlo sin miramientos sin ni siquiera conocerlo. Sin embargo, eso no impidió que empezara a perseguirla en sueños, que cuando usara a Terminator pensara en él o que esperase verlo a su lado cuando terminaba de liarse con alguien. Incluso con Héctor. No tenía sentido enamorarse de aquel modo de alguien a quien fingía odiar y, aun así, el momento en que trató de arrojársela mientras Izar se debatía entre la vida y la muerte seguía muy vívido en su mente.

El Borja dulce y caballeroso de aquel momento era justo el hombre que cualquier mujer querría a su lado. Pero, ella quería a todos. Al que la sacaba de sus casillas, al que le acariciaba el rostro con cariño. El que le robaba besos o se metía en sus bragas en un baño público. Le gustaba todo de él. Y también lo temía todo.

Ernesto la humilló del peor modo posible, pero no fue el primero. Su familia siempre le recordó que no era lo que esperaban y lo que su exprometido hizo no fue más que la guinda del pastel. Javi, con quien había roto solo unos días antes de conocer a las chicas, no fue mucho mejor. Estaba con ella y con al menos dos más, sin contar las chicas de una noche. Era un mujeriego empedernido y, por estúpido que pareciera, quería a un hombre solo para ella. Y uno que solo la deseara a ella. ¿Era mucho pedir?

Con Héctor creyó haber encontrado a ese hombre, pero no fue así a pesar de que los dos lo deseaban. Se llevaban bien, se querían, funcionaban en la cama. ¿Qué más podían pedir? Que no fuera un amor fraternal. Que Laura fuera capaz de no ponerse a llamarlo como una loca cuando llegara tarde por si estaba con otra y no trabajando. Tampoco el hecho de que cada vez que veía algo relacionado con la policía en televisión, incluidos hechos en la otra punta del país, lo llamara para ver si estaba bien. Se agarró a un clavo ardiendo, a un buen hombre que la apreciaba como persona y como mujer, uno que soportaba su mordacidad. Pero, al que no amaba. Ambos lo sabían y el día que lo dejaron respiraron aliviados. El cariño quedó intacto y las ganas de disfrutar de sus cuerpos también, pero con la llegada de la chica del cumpleaños, eso desapareció por parte de él. Laura sabía que ese día tenía que llegar, aunque lo hiciera en el peor momento para ella.

Se levantó y dejó la taza en el lavavajillas. Tenía que dejar de pensar en su desastrosa vida amorosa o acabaría lanzándose por el mirador de su piso. El problema estaba en que solo era un tercero y con eso a lo sumo acabaría con muchos huesos rotos.

Debía centrarse en algo más factible, como el centro clínico. Solo faltaban un par de detalles y todo estaría cerrado. Nadie lo sabía, ni tan siquiera Marina, su ayudante, a la que aquello afectaría directamente, pero quería anunciarlo cuando estuviera segura de todo. Demostrar al mundo y a ella misma que no era un fracaso, que todo su esfuerzo daba al fin su fruto. En breve debían llamarla del banco para cerrar la compra del local que había visto a las afueras del barrio. No quería moverse de La Barceloneta, amaba aquel lugar, a su gente, a sus animales. Irse a un barrio mejor era una traición a todo por lo que trabajó tan duro. Había familias que no podían permitirse muchos de los tratamientos que se ofrecían en la clínica, ni allí ni en otros barrios, pero fueron sus vecinos los que la recibieron con los brazos abiertos cuando llegó como una desconocida y no pensaba dejarlos ahora.

Su clínica ofrecía muy buenos precios, incluso tratamientos gratuitos. Tenían animales en adopción, recogía animales abandonados, esterilizaba a los gatos callejeros y los vacunaba sin cargo a aquellos que los llevaban hasta ella. Y en el centro clínico, más grande y moderno, todo eso iba a seguir estando. Por eso se hizo veterinaria, porque amaba a los animales y no hacerlo se sentía como una traición a ellos y a sí misma. Podría haber ganado mucho más dinero, haber hecho todo aquello mucho antes, pero eso habría supuesto subir precios o negar la asistencia a muchos y eso, a pesar de que todo el mundo la veía como una mujer fría y desagradable en ocasiones, no era para nada su estilo.

Miró su piso vacío y ordenado, en ese instante se planteó traerse consigo algunas de sus mascotas, pero volvió a pensar en lo de siempre. Solía pasar más tiempo en la clínica que en ningún otro lugar, a pesar de sus maravillosos fines de semana. Era allí donde ella podía estar con ellos y disfrutarlos, darles su cariño. Sin embargo, eso no quitaba que los echara de menos. Siempre quiso tener animales en casa, por eso discutía día y noche con sus padres. Era raro que ahora que podía, no los tuviera.

Suspiró y se dirigió a la puerta. Cogió el abrigo de lana blanco, las llaves del coche y el móvil. Era un día de fiesta, uno para pasar con la familia, y la suya estaba esperándola en la clínica. Pediría algo para comer y se quedaría allí. Total, nadie la estaba echando de menos.

Borja se despertó con un aliento cálido en su nariz seguido de un suave lametón, algo rasposo para ser de Ivet. Bueno, eso era imposible dado que estaba en casa y allí no entraba ninguna mujer excepto su compañera. Sonriendo, acarició a su gata y besó su suave cabecita. Los mimos fueron premiados con maullidos y más lametones en su nariz. Riendo, se incorporó y apoyó la espalda en el cabezal. En seguida Zira subió a su regazo y se colocó panza arriba para seguir recibiendo la dosis de mimos mañaneros.

—Si la pelirroja me despertara como lo haces tú, princesa, sería el hombre más feliz de la tierra —suspiró, mientras acariciaba en vientre expuesto de la gata.

Sin embargo, para eso deberían salir juntos, tener una relación de verdad y eso cada vez lo veía más lejano. Intentaba llegar a ella de todas las formas posibles, aunque siempre acababa recibiendo insultos y rechazo por su parte. No entendía lo que pasaba por esa cabecita. Sinceramente trataba de entenderla, de ver más allá de su fachada, porque sabía que ese carácter suyo era solo una coraza que la protegía del mundo. Pero ¿de qué o quién? Esperaba saberlo para poder profundizar en su relación y demostrarle que él podía ser diferente. Ganarse su oportunidad. No obstante, al paso que iba, jamás conseguiría nada. Ni tan siquiera que le diera los buenos días por WhatsApp.

Borja pasó la mano por su pelo alborotándolo más. La deseaba desde la primera vez que la vio. Aquellos ojos y su cabellera fueron lo primero que le llamaron la atención. Deseó acariciar esa hermosa melena y saber si era tan suave como parecía. Lo averiguó en su noche en el Eros, no obstante, le supo a poco. Quería más. Todo en realidad.

La velada que pasaron en la sala VIP de Darío fue una de las mejores de su vida. Disfrutó de ella, de su cuerpo y sus gemidos, esa noche supo que Laura se dejó ver tal cual era. Sin embargo, en cuanto salió del baño dispuesto a mimarla como se merecía después de la sesión de sexo, la encontró vestida y juraría que hasta enfadada. ¿Qué se había perdido? No lo sabía.

La pelirroja lo estaba volviendo loco por momentos. No podía dejar de pensar en ella, en cómo tratarla cuando se vieran una próxima vez. Lo descolocaba por completo. Creía que sabía leer el comportamiento de la gente, sin embargo, con ella nunca acertaba. En cuanto pensaba que iba por buen camino, algo se giraba entre ellos y perdía todo lo ganado. Y eso lo frustraba sobremanera, ya que hacía tiempo que una mujer no le calaba tan hondo como lo había hecho su preciosa pelirroja. No desde su exmujer... Melisa, esa arpía que casi lo destruye. Suerte que el tiempo y los buenos amigos lo curan casi todo. Gracias a ellos pudo seguir adelante consiguiendo que sus heridas cicatrizasen. O al menos casi todas.

Un pitido de su móvil lo devolvió a la realidad, Borja alargó el brazo hasta la mesita de noche y alcanzó el teléfono. Vio un mensaje de Darío para que se reuniera con él en el campo de fútbol. Había recibido una llamada del grupo de chavales a los que entrenaban y aquella mañana era perfecta para ello. Borja tecleó la respuesta: en una hora estaría allí. Se levantó de la cama apartando con delicadeza a Zira. Entrenar a esos adolescentes era una de las cosas que siempre agradecería.

Una vez duchado y vestido para la ocasión salió de su hogar hacia el campo de fútbol, por lo menos si ese día llegaba a casa agotado, no reconstruiría en su cabeza una y otra vez su noche con Laura.

Capítulo 7

La sala de eventos del Mandarin Oriental estaba preparada para recibir a los más de cien invitados que esa noche se reunían allí. Se trataba de una fiesta privada de Libros Gueller, la editorial de Darío. Allí, en aquella estancia luminosa de suelos de madera y moqueta gris, había varias mesas redondas vestidas en blanco, igual que el tapizado de las sillas. Los anfitriones, Darío e Izar, estaban encantados con el modo en que los trataron en el hotel y también con las instalaciones del mismo. Era un ambiente perfecto para una gran noticia.

Darío miraba a la gente reunida esa noche: miembros de la junta de Libros Gueller, algunos de sus mejores escritores *Best Sellers*, el equipo que trabajó siempre a su lado, incluida su secretaria y la gente más cercana a Izar, es decir, sus amigas. Solo Izar y un par de personas más allí presentes sabían cuál era el anuncio que se daría. Era algo realmente importante y por eso quiso hacerlo así, con una cena de gala para celebrarlo y homenajear a la causante de todo.

Borja tenía que estar allí, por supuesto, aunque aún no había llegado. Esperaba que no se hubiera olvidado, él era parte importante del resultado y no podía faltar. Sabía que eso no iba a gustarle a la pelirroja, pero su alma de Celestina no perdía la esperanza con ellos. Como decía Izar, era una maruja tramposa y le encantaba serlo.

Una mano femenina acarició su trasero antes de posarse en su hombro y apoyar un perfecto cuerpo envuelto en seda roja. Lo que más apreciaba, desde su posición, era el escote en uve que le permitía unas vistas perfectas y la espalda completamente al descubierto, lo que dejaba mucha piel para acariciar, como hizo en cuanto se pegó a él.

—Voy a ser el cabrón con más suerte de la noche —dijo Darío con su eterna sonrisa.

—Y yo la mujer más envidiada. Estás muy *sexy* con este esmoquin. Se me están ocurriendo varias formas de sacártelo lentamente —replicó Izar, aunque lo último se lo susurró al oído.

—Pues espero que no se te olvide ninguna. Hay un par de salas en las que podemos perdernos en cuanto sirvan las copas —propuso él complacido, y sintiendo cómo su cuerpo se calentaba—. Porque si sigues ahora por ese camino, no voy a poder dar mi discurso en condiciones, nadie me mirará a los ojos.

Izar sonrió traviesa.

—Cariño, no creo que las damas de esta sala te miren a los ojos, más bien mirarán tu trasero.

—Como si eso me importara. Ya he visto a Laura y a Agnes murmurar demasiadas veces a mi paso como para que eso me preocupe. Elena es algo más discreta, pero sé que también ha comparado mi trasero con el de Sandro y musita algo sobre mordiscos.

Izar se mordió el labio para no estallar en carcajadas.

—¿Todavía no me perdonas lo de la foto? Fue un descuido —le preguntó mimosa.

—No me importa lo de la foto, es solo que si tienen algo agradable que decir de mi culo agradecería que me lo dijeran a la cara. Trabajo mucho en él... —comentó divertido Darío.

—Para eso ya me tienes a mí —dijo la rubia alzándose de puntillas y besándolo en los labios con suavidad.

—Nena, después de cenar, te quiero en el baño... Ahora creo que nos toca ser los perfectos anfitriones. Es una gran noche para ti, para los dos —manifestó Darío.

—Tranquilo, voy a comportarme solo un poquito. —Su mano se deslizó traviesa por su trasero.

—Cervatilla... No juegues con fuego —replicó él apoyando la mano en su espalda, para acompañarla a la entrada de la sala para ir recibiendo a los invitados.

La risilla de Izar hizo girar varias cabezas.

Elena y Agnes, con sus flamantes esposos, llegaron juntas. Eran dos parejas espectaculares. La llegada de Sandro y su reciente esposa atrajo muchas miradas y más de un flash. La friki del grupo empezaba a acostumbrarse a ello, pero seguía sin gustarle. Su vida anterior era la del total anonimato, y le encantaba, ahora tenía una legión de seguidoras que querían sacarle los ojos por haberles robado a su hombre. Uno que estaba increíblemente *sexy* con el esmoquin. Por algo siempre era uno de los hombres mejor vestidos según las revistas de moda.

Ella no quería destacar, sería imposible al lado de él. Le gustaba quedarse en un segundo plano, más discreto. Su vestido de gasa en dos colores era sencillo, aunque según su marido la hacía verse preciosa. Sin mangas y con un profundo escote, era solo para el disfrute del modelo. Elena se sentía pequeña al lado de sus preciosas amigas, sin embargo, no le importaba.

Junto a ellos, Óscar y Agnes parecían recién salidos de un catálogo de moda. Él estaba guapísimo con su eterna barba de unos días y aquella sonrisa que era capaz de robar el aliento a cualquiera. El traje gris le sentaba como un guante y muchas mujeres lo apreciaron cuando llegaron.

Agnes llevaba un largo vestido negro. La falda tenía un bonito vuelo que se movía con su cadencioso caminar, y al hacerlo, la apertura que tenía dejaba ver su bien torneada pierna. El cuerpo de encaje tenía un sensual escote en uve que resaltaba al llevar el cabello por encima de los hombros. Miraba a su marido del mismo modo que la persona más golosa del mundo miraría un trozo de pastel de triple chocolate.

Cuando llegaba a la sala sonrió al escuchar reír a su amiga. Algo tramaba cuando lo hacía de ese modo.

—Me gusta verlos así —le dijo a Elena.

—Y a mí. Hacen una pareja estupenda —convino la friki.

—¿Tienes idea de lo que van a anunciar? Tú eres la que más tiempo pasa con ella —preguntó curiosa Agnes.

—No creo que sea la boda, acaban de casarse. Y otro bebé no puede ser después de lo que le pasó, además que no lo harán así. Hay mucha gente de la editorial —razonó Elena.

—Y, ¿el nuevo libro de Izar?

—Bueno, apenas lo acaba de terminar. Estamos con la corrección y ni siquiera ha pensado en el título, como siempre. O sea, que es demasiado pronto para anunciarlo. No creo que sea eso —declaró la friki frunciendo el ceño.

—Entonces a ver cómo nos sorprende esta vez —claudicó Agnes sin saber ya qué pensar. Izar se había negado a decir ni media palabra al respecto.

—A lo mejor es la boda de Laura —bromeó Elena.

—A esa cuando llegue le arranco los pelos. Si sigue así acabará siendo la soltera del grupo, la muy pava —replicó molesta la excamarrera, por la cabezonería de su amiga.

—Sí, pero también lo pensábamos de ti, y mira —dijo Elena y empezó a reír.

Agnes resopló.

—Lo mío fue diferente. Ella lo tiene en las narices y le huye... —El carraspeo de Óscar la hizo detenerse. La miraba divertido recordándole que ella hizo exactamente lo mismo.

—Lo de salir corriendo parece que es marca de la casa —apuntó Elena, recordando como huyó lejos de su marido en más de una ocasión.

—No me lo recuerdes. La primera vez se me quedó cara de gilipollas —declaró Sandro abrazando a Elena y besándola en la curva del cuello.

—Lástima haber salido corriendo sin sacarte una foto antes. Me habría forrado —bromeó ella, apoyándose en su perfecto cuerpo.

—Traviesa... —susurró el modelo cerca de su oído—. Solo por eso cuando acabe la presentación te castigaré con varios orgasmos. Ese vestido que llevas es perfecto para ello. No haría falta ni quitártelo.

Elena gimió al pensarlo. La idea la excitó demasiado. Empezaba a pensar que Izar era una mala influencia para ella. O tal vez la mejor. Disfrutaba mucho de su vida de casada.

—Te recuerdo que las promesas se cumplen, pajarraco —le advirtió la joven.

—La duda ofende, *ucellino*.

Los cuatro entraron en la sala que empezaba a llenarse de gente buscando en un letrero cuál era su mesa.

En ese momento llegó Laura.

Lucía un ajustado vestido rojo que dejaba sus hombros al aire con un bonito volante. Para que ese detalle destacara más, su rebelde melena estaba recogida en un moño bajo, a la altura de la nuca. Cuando dio un paso dentro de la sala, la estrecha falda se abrió dejando ver su pierna casi hasta la cadera.

Izar tenía la esperanza de que hubiera ido sola tras la conversación que tuvieron al invitarla, pero no fue el caso. Iba del brazo de su vecino, Mateo. Un idiota al que para poder llevarlo tuvo que alquilarle el esmoquin que llevaba y comprarle un videojuego para la PS4.

Era mucho más joven que ella en demasiados aspectos, pero se negaba a presentarse sola esa noche. Era una fiesta de Darío y su empresa por algo, no sabía el porqué, y eso significaba que en la lista de invitados estaría sí o sí, Borjamari que podría presentarse con la vampira otra vez. No quería volver a verse humillada babeando por un hombre que decía querer algo con ella pero que mientras esperaba, picaba de todas las flores. No pudo evitar acariciar el colgante que aún llevaba al cuello desde Halloween. Era un idiota, sí, sin embargo, era su idiota y aquel detalle le había encantado. La pequeña luna de plata era preciosa, perfecta. Ojalá su relación fuera igual. Suspiró sabiendo que pedía un milagro.

Izar arrastró a Darío para saludar a Laura. No le gustó que llegara con ese hombre y le lanzó una mirada preocupada a su esposo, al tiempo que se acercaban a ella. Aquello trastocaba sus planes de celestinos aficionados.

—Ha venido acompañada...

—¿Conoces a ese crío? —preguntó él evaluando al nuevo *competidor* de Borja.

—No lo he visto nunca —suspiró Izar—. No sé qué tiene en la cabeza esta mujer. Borja es encantador y cualquiera se enamoraría de él, hasta lo ha probado en la cama. No la entiendo.

—Si no la entiendes tú, a mí no me preguntes —susurró Darío cuando llegaron hasta ella.

—Hola, pareja —saludó la veterinaria—. Os presento a Mateo.

—Mucho gusto —dijeron ambos—. Los demás os esperan en la mesa.

Izar deseaba zarandearla por ser tan cabezota. O mejor, darle un par de guantazos para que espabilara.

—¿Las chicas? —preguntó Laura con una sonrisa.

—Están en la mesa principal, así no os perderéis detalle de lo que mi esposo anunciará.

—¿No puedes darme ni una pistita? Me mata la intriga —pidió la veterinaria con un mohín.

—Es *top secret*.

—Mala gente —protestó la pelirroja cruzándose de brazos.

—Es lo que hay —respondió divertida la rubia.

Laura le sacó la lengua y se dirigió a su sitio buscando la mesa de las chicas. Respiró aliviada al ver que solo estaban ellas y sus maridos.

—Hola, guapísimas. Y guapetones.

Todos la saludaron. Sin embargo, Agnes frunció el ceño al ver al hombre junto a ella.

—Vaya, creía que vendrías sola —soltó a bocajarro.

—Pues mira, no ha sido así. Os presento a Mateo.

Todos saludaron amables en cuanto se sentaron Agnes se acercó a su oído.

—Asaltacunas.

—¿Y qué esperabas? Es lo único que he podido encontrar en solo dos días —replicó Laura en tono bajo, mientras su acompañante se sentaba entre ella y Sandro con cara de embozado con todo lo que le rodeaba.

—¿En serio? Tienes a un morenazo que hubiera estado encantado de acompañarte.

—¿Te refieres al que invitaste a nuestro cumpleaños sin decirme ni media palabra y que se presentó con la calientabraguetas esa vestida de vampira churretosa? —preguntó la pelirroja tratando de contener la rabia y los celos que sentía por aquello.

—Ese mismo —sonrió Agnes—. Y noto ciertos celos.

—Tú alucinas.

—¿Seguro? Porque he notado cierto retintín.

La pelirroja resopló.

—¿Y qué quieres que diga? Sabes lo que te comenté antes de ir a la fiesta y lo que pasó.

—Reconoce que no puedes culparlo, estás pasando de él y cortando todos sus avances. Recuerda que cuando yo lo hice con Óscar él al final se cansó y se fue.

Laura miró al asiento vacío que había entre Óscar y Elena sintiendo que se le aceleraba el corazón. Aún había sitio para otra pareja más, pero aquel sitio solitario justo frente a ella...

—¿Quién falta ahí?

Agnes dirigió la mirada a la silla y se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, lo están manteniendo todo en secreto.

Sin embargo, en ese instante entraba Borja por la puerta con sus andares seguros y firmes. Llevaba un traje de tres piezas negro con camisa y corbata a juego y su mirada azul localizó a Izar y Darío primero. Les dirigió una sonrisa que podría elevar la temperatura varios grados.

—Hola, pareja. Izar, estar espectacular, como siempre —dijo besándola en la mejilla.

—Gracias, Borja. Llegas el último.

—Lo siento he tenido una reunión un poco ajetreada en el trabajo. Mañana salgo para Francia y, si todo va bien, solo me tomará dos días.

—¿Francia? ¿Solo? —preguntó Darío.

—Sí, solo. Son negocios y me llevo a mi mejor comercial.

—¿Es guapa y pelirroja? —preguntó su amigo con una sonrisa canalla.

—Muy gracioso, Darío. Pero, esa pelirroja de la que hablas no quiere saber nada de mí.

—En ese caso, va a disfrutar la cena tanto como tú. Venga, que no podíamos empezar esto sin ti.

Borja se extrañó del comentario, pero en cuanto se acercó a la mesa y la vio con un niño a su lado, su buen humor se esfumó.

—Hola a todos, creí que esta fiesta era para adultos —soltó, sentándose en la silla vacía sin dejar de mirar intensamente a Laura.

—Pues no entiendo que estás haciendo aquí —replicó la pelirroja sin poder evitarlo.

—Lo mismo que tú, soy un invitado que no puede faltar —comentó mirándola con fiereza.

—Entonces esto va a ser un maldito desastre —murmuró entre dientes tratando de atraer la atención de su acompañante, que estaba jugando al *Candy Crash*.

Borja se recostó en la silla sin apartar la mirada de ella, solo alzó una ceja enviándole un claro mensaje sin necesidad de móvil: *Tu acompañante pasa de ti*.

—Bonito colgante —dijo Borja con una sonrisa satisfecha al ver el regalo en su cuello.

Laura no dijo nada, solo se maldijo por haber sido tan idiota de no quitárselo después de la fiesta, pero es que no podía. Primero porque era precioso y le encantaba. Segundo por ser un regalo de él.

Agnes y los demás hablaban entre ellos de trabajo, Sandro los estaba poniendo al día de su futura gira de moda. Trataban de parecer ajenos a lo que ocurría en la mesa, aunque en realidad estaban muy atentos a la posible guerra.

Los golpecitos de Darío en el micrófono llamaron la atención de todos que se giraron hacia el atril frente a las mesas.

—Buenas noches a todos. Seguro que os estaréis preguntando el motivo de esta cena, en un lugar tan maravilloso como en el que nos encontramos, uno que normalmente se reserva para ocasiones muy especiales... En realidad, esto no es una simple cena, sino toda una celebración. Una por todo lo alto que queríamos hacer con los más allegados, nuestros amigos; —dijo señalando a la mesa principal—, y con aquellos que hacéis posible que Libros Gueller sea una de las mejores editoriales del país.

»Desde que heredé esta gran empresa de mi padre, he querido tratarla como un tesoro y a sus empleados como a una gran familia. Una en la que todos trabajan duro por una misma recompensa. Lo nuestro es la palabra escrita, esa es nuestra pasión, aunque también es nuestro modo de vida, nuestro negocio. Por eso siempre buscamos lo mejor de entre lo mejor. Tratamos de mejorar, luchamos mucho por ello. Dedicamos mucho tiempo y esfuerzo a este sueño. Buscamos llegar a mucha más gente cada día.

»Por ese motivo, por el de llegar un poco más lejos y a más gente, es para mí un orgullo anunciar que Libros Gueller hará su primera incursión en el séptimo arte. Una de nuestras historias llegará a las salas de cine dejándoles saber a muchas más personas, lo que hacemos aquí. Una de las más importantes productoras de cine del mundo ha comprado los derechos de uno de nuestros mayores *Best Sellers*, uno del que me siento doblemente orgullo pues abrió nuestro sello de erótica y, porque está escrito por mi querida esposa, Izar Gálvez. Es para mí un auténtico placer anunciar que *El placer de Eros* será llevado a la gran pantalla en unos meses y eso es gracias a todos vosotros.

Toda la sala estalló en aplausos y alzaron las copas de cava al mismo tiempo para brindar. Borja sonrió a sus compañeros de juego alzando su copa. Nadie allí sabía que la gran historia de amor que se relataba en el libro era prácticamente la vivida por Darío e Izar ni que el hombre que participaba en los juegos sexuales del Eros con ellos, era él mismo. Solo las personas que lo acompañaban en la mesa y que estaban tan sorprendidos como felices por la noticia como él.

Izar que estaba junto a su esposo lo besó provocando más aplausos y vítores.

—¡La madre que la parió! Y sin decirnos nada —le dijo Laura a Agnes, mientras ambas aplaudían.

—Qué callado se lo tenía la muy zorra —respondió la excamarera riendo.

Elena aplaudía sin decir nada, con una sonrisa cómplice en la cara. Las otras dos, al verla la señalaron con cara de asombro.

—¡Traidora! Tú lo sabías —exclamó Laura lanzándole un pedacito del pan que tenía a su

izquierda, con tan mala suerte que falló y le dio a Borja en plena cara.

Al ser golpeado, la fulminó con la mirada.

—Veo que lo de la edad se pega —le reclamó lanzándole la pulla sobre su acompañante.

—¿Te molesta? —replicó la pelirroja sin disculparse.

—No, si lo llevo a saber traigo cuentos para entretener a los niños.

—No es problema, siempre puedes hacer el payaso, te sale tan natural... —le picó Laura.

—Estás jugando con fuego —gruñó Borja lanzándole una mirada helada.

—Bueno, las brujas siempre acaban en la hoguera. Estoy acostumbrada —declaró la veterinaria, sin darle importancia a sus amenazas.

—En serio, tendría que haberme traído los gusanitos. Esto es mejor que los culebrones —le dijo Elena a Sandro que tampoco perdía detalle de la batalla campal de aquel par.

—Yo creo que sé cómo terminará la cosa —susurró este divertido.

—¿Ahora eres adivino, además de guapo?

—Nena, si yo estuviera en la misma posición que Borja, te aseguro que no me quedaría de brazos cruzados.

—Menos mal que no lo estás. Tú sabes cómo acabarás, hiciste una promesa.

—Y la mantengo. ¿Cuándo te he fallado cielo? —le preguntó Sandro mirándola con pasión.

—Nunca —respondió Elena, dándole un beso en los labios. Sandro la atrajo hacia él profundizando el beso.

Agnes suspiró al verlos tan felices mientras bebía de la copa de cava, sin embargo, estaba preocupada por la relación del par que se tiraba los trastos con muy mala leche junto a ellos. Oscar acarició su muslo por debajo de la mesa para tranquilizarla.

Ella le sonrió.

—Solo me preocupa que él se dé por vencido —susurró Agnes para que solo su esposo la escuchara.

—Espero que sea igual de cabezota que yo, pero que no llegue al extremo de fingir ser su marido...

—Eso no fue tan mala idea.

—Excepto por la parte del accidente, el resto fue perfecto, como tú.

—Todo ocurrió por una razón, no me arrepiento de nada. Eres el amor de mi vida —afirmó la excamarera.

Oscar la cogió del cuello y la acercó a él para besarla a conciencia. No había un solo día en que se arrepintiera de lo que hizo. Y si volviera atrás, no cambiaría nada.

Borja trataba de ignorar el modo en que el acompañante de Laura se fijó en los pechos de la pelirroja y dejó de prestar atención al móvil para susurrarle algo al oído. Quería apartarlo de ella de un guantazo. Se centró en Izar y Darío que se acercaban juntos a la mesa para cenar con ellos. Las parejas a su alrededor estaban acarameladas y él en el fondo los envidiaba. Deseaba esa clase de complicidad con ella, pero no le daba ni una oportunidad.

Laura no podía más. Mateo acababa de preguntarle tras mirarle las tetas descaradamente, si además de la cena, podía pagarle unos cien euros, que quería comprarse un par de cositas en Amazon. Y encima sus amigas comiéndose a besos con los maridos, Borja mirándola como si la odiara... No podía más. Se acercó a Mateo y le dio un beso en la mejilla, mientras le prometía doscientos si fingía que la quería un poquito más de lo que estaba haciendo.

Entonces, se levantó.

—Si me perdonáis, tengo que ir a retocarme la nariz —dijo marchándose, buscando huir de allí en busca de un poco de aire.

—¿Desde cuándo es tan fina? —preguntó Elena— Siempre dice lo que va a hacer cuando va al baño.

El resto se encogió de hombros mientras la observaron marcharse. Borja no lo pensó, se levantó para dirigirse en su misma dirección.

Laura se encaminaba a los baños a través de un pequeño pasillo donde había un par de puertas más. Borja conocía el lugar, lo había usado en más de una ocasión por trabajo y por placer en la boda de algún conocido. En el momento en que la alcanzó, la sujetó por la muñeca y tiró de ella para entrar en una de las salas que solían dejar, para que las novias se sintieran más cómodas. Allí nadie los interrumpiría como sí pasó en la cafetería.

Borja mantenía la mandíbula apretada y sus ojos azules estaban tan oscuros como una tormenta. Ardía de rabia. Él había acudido solo con la esperanza de que ella hubiera actuado de la misma forma y así poder pasar una velada juntos, solos. Pero no, ella tuvo que llegar con ese crío que lo miraba todo como si fuera un idiota y que sonreía como la vieja del visillo. Por Dios, que mal gusto tenía esa mujer...

Borja cerró la puerta con el pie a la vez que apoyaba a Laura contra la pared. Deslizó un brazo con firmeza alrededor de su cintura para mantenerla cerca de su cuerpo. Jesús, qué boca tenía. Sus labios eran carnosos y llenos, gritaban ser besados y esos preciosos ojos azules lo hechizaban haciéndole perder la cordura.

—Por fin solos.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —preguntó sorprendida al verse secuestrada.

—¿Qué crees que hago? —dijo él con su voz profunda e, incapaz de resistir el impulso de tocarla, deslizó la mano libre por el trasero de la pelirroja y sus dedos se cerraron sobre sus nalgas, pegándola contra su erección y rozándola ligeramente—. Parece que lo hagas a propósito. Me tientas de mil formas distintas y soy incapaz de controlarme contigo.

—Yo no he hecho nada, Borjamari. A ver si es que estabas acordándote de tu amiguita —lo retó ella, aunque no le apartó las manos—. Eres un idiota prepotente que se piensa que todas las mujeres están locas por ti y que por eso puedes jugar con ellas. Tuviste que presentarte en mi cumpleaños con aquella pelandrusca y encima tienes la desfachatez de meterte con mi acompañante hoy. Eres imbécil de verdad, si te piensas que me encanta que te veas con otras mientras...

—¿Quieres que nos casemos? —la interrumpió mirándola a los ojos con una sonrisa.

—¡Qué! —exclamó Laura pasmada.

—Solo quería decir algo para que te callaras.

Tomó su boca de forma posesiva haciéndolos estallar en llamas en cuanto la lengua de Borja barrió el interior de la boca de Laura. Su firme torso aplastó sus deliciosos pechos que asomaban por el generoso escote. Borja se deleitaba en los jadeos que se escapaban de los labios de su pelirroja.

—Te deseo... —susurró pegado a sus labios.

—Yo no —dijo ella en un gemido, con los ojos cerrados sin ninguna convicción.

Borja sonrió para sus adentros, alzó los brazos de Laura y los inmovilizó por las muñecas con una sola mano, con la otra serpenteó por la pierna desnuda hasta la unión entre sus piernas. Con un dedo le acarició la ingle y notó cómo la pelirroja movía las caderas en busca de su mano.

—No... Yo diría que es todo lo contrario. Te mueres por mí —manifestó él y se rio por lo bajo, aunque, si le decía que parara se quedaría con un dolor de huevos brutal. Su polla estaba tan dura que pulsaba con cada latido de su corazón.

—Eso es por mi acompañante —replicó la veterinaria en un vano intento de fastidiarlo.

—Ese que ni te mira...

Borja trazó un húmedo camino de besos por su cuello hasta la curva de su hombro, sus dedos empezaron a moverse por su entrepierna de forma lenta. Apartó el diminuto tanga e introdujo un dedo en su interior notándolo inmensamente caliente y húmedo. Jesús, deseaba estar dentro de ella, no podía entretenerse mucho o los acabarían descubriendo.

Laura hundió el rostro en su cuello, muerta de deseo por él, odiándolo por hacerla olvidar su determinación de aborrecerlo con cada mirada o caricia.

—Al menos no me pide oportunidades, mientras se tira a otra —replicó ella dolida aún por lo del cumpleaños. Borja parecía no entender el daño que eso le hizo.

—Si no me apartaras no habría otras —afirmó él.

Esas palabras de ella se clavaron muy profundo dentro de él, no entendía su reclamo cuando era ella quien colocaba mil barreras entre ellos. Sus dedos obraron la magia en ella, Borja acariciaba dentro y fuera, su boca nunca dejó de torturar sus labios. En cuanto supo que estaba lista para él, se desabrochó la cremallera de sus pantalones y liberó su erección, con maestría y rapidez se colocó un preservativo. La cogió de las nalgas, levantándola para poder entrar en ella de una sola embestida.

Laura se sujetó fuerte de sus hombros. Odiaba ser tan vulnerable ante él, debería haberlo apartado, mandarlo a la mierda y sin embargo estaba allí, disfrutando de su cuerpo, de cómo la hacía sentir...

Borja cerró los ojos, apoyó la cabeza en el hombro de su pelirroja sin dejar de moverse. Ella era el paraíso en la tierra.

—Sujétate con fuerza pequeña, esta vez no voy a ser amable.

—¿Y quién te pide que lo seas? —preguntó ella con voz ronca, clavando con más fuerza los dedos en sus hombros y rodeando su cintura con las piernas para darle mejor acceso a ella.

Incapaz de resistirse a los gemidos de placer de ella, empezó a embestirla con fuerza, la alzó para penetrarla más profundamente. Sus caderas se hundieron con fuerza en Laura una y otra vez. Sus pechos bamboleaban frente a él que los miró con lujuria. Laura tiró del escote, liberándolos para que los tomara en su boca, lo que hizo que ambos gimieran de nuevo al recibir una descarga de placer que los atravesó de arriba abajo.

—Dios, nena... Dime que estás lista —preguntó Borja cuándo su cuerpo no podía más.

—¿Para qué? —preguntó la veterinaria completamente confusa por todo que no fuera el placer que le daba.

Borja sonrió.

—Para que te lleve al cielo.

—Chulo —lo retó.

—Esa es mi pelirroja —sonrió pícaro mientras, sujetaba sus caderas. Ralentizó el ritmo y giró sus caderas golpeando ese punto sensible que los lanzó a ambos a un placer extremo. Borja sintió como su pelirroja temblaba entre sus brazos. Sujetó su rostro y la besó con dulzura.

—Eres odioso... —dijo ella devolviéndole el beso.

—Te gusto de este modo.

—¿Quién ha dicho que me gustes?

—No hace falta que me lo digas, tú cuerpo habla por ti.

Laura levantó una ceja mirándolo con escepticismo, pero era cierto. Era verlo y se ponía como una moto.

—Tú alucinas.

—¿Estás segura? —inquirió Borja moviendo sus caderas de nuevo en ella.

—Joder —murmuró Laura entre dientes, cerrando los ojos.

Borja sonrió al ver su hermosa cara rendirse al placer. Cuando se ruborizaba de ese modo, las pecas que salpicaban su nariz y mejillas se hacían más evidentes. Le encantaban. Quería besarlas una por una, pero no podía entretenerse de la manera en la que deseaba con ella. A regañadientes salió de su cálido interior, volvió a sujetar su rostro y la besó fundiéndose con ella. Se deshizo del preservativo envolviéndolo en una servilleta y tirándolo en una de las papeleras que justamente estaba junto a ellos.

—Debemos volver a la mesa, tienes a un crío esperando.

Aquello no le gustó a Laura. Se había olvidado de todo y aquella frase la trajo de nuevo a la realidad, una en la que no estaban juntos.

—¿Esto ha sido por él? —preguntó molesta.

—No, preciosa, esto ha sido porque te deseaba.

—Claro, por eso no paras de recalcar me lo de mi acompañante. Te molesta que haya venido con alguien y por eso me has traído aquí, no porque quisieras estar conmigo sino porque querías dejar claro algo sobre lo macho que eres, ¿no? Como un perro cuando mea un árbol —bufó con las manos en las caderas.

Borja apretó la mandíbula.

—¿Así crees que soy? ¡Maldita sea, pelirroja! —alzó la voz, frustrado—. Claro que me molesta verte con alguien que no sea yo.

—¿Y por eso te presentas con esa en mi cumpleaños? ¿Por qué a mí sí me gusta que vayas con cualquiera estando conmigo? Eres un imbécil, Borjamari —bramó tan cabreada como él.

Borja alzó los brazos frustrado. No sabía cómo cojones explicarle que esa mujer no era importante para él.

—Sabes que soy asiduo al Eros, eso no significa nada.

—Para ti no, pero no sabes lo que significa para mí —dijo Laura con voz queda—. Creo que es mejor que vuelva. Esto no debió haber pasado.

Laura se apartó de él y abrió la puerta sin mirar atrás. Volvió a la mesa donde los otros ya habían empezado a cenar, pero no se lo pensó. Se disculpó ante Izar y Darío diciendo que había surgido una emergencia en la clínica que nadie se creyó mientras tiraba de Mateo para que se levantara. Se marchó sin mirar atrás pues si veía a Borja, se desmoronaría.

Sin embargo, no había ido tras ella. Borja se quedó apoyado en pared de la pequeña sala en la que acababan de tener sexo, maldiciéndose a sí mismo por no poder cruzar las barreras que ella levantaba. Esa mujer lo estaba volviendo loco y ella ni tan siquiera se daba cuenta. Parecían hablar idiomas distintos cuando usaban la cabeza, pero cuando sus bocas se unían, se entendían a la perfección. Entonces, ¿qué demonios pasaba? Parecían incapaces de encontrar un punto medio.

A los pocos minutos salió de la habitación dispuesto a cenar con sus amigos sin volver a molestarla o tratar de matar al idiota que la acompañaba. Cuando llegó a la mesa, si le sorprendió su ausencia no dio signos de ello. No quería dar pie a que le preguntaran lo que los seis llevaban escrito en la cara: ¿qué pasaba entre ellos? No estaba listo para responder a eso pues no lo sabía. Solo se sentó y fingió normalidad, aunque por dentro se sintiera confuso y frustrado.

Capítulo 8

Laura pasó todo el fin de semana con un humor de perros por culpa de la fiesta del viernes, de la que acabó escaldada.

Le había salido cara la broma entre el alquiler del esmoquin, el juego y el plus para cositas de Amazon. No hubiera habido problema si llevar a Mateo hubiera servido de algo, pero no. Borja fue solo en aquella ocasión, no tenía que demostrarle que ella podía ser tan liberal como él y estar con varios tíos a la vez sin que eso importara. Si su vecino no fuera tan imbécil y dejara de mostrar una edad mental muy inferior a la que ponía en su carnet de identidad, tal vez la cosa habría salido mejor.

Cuando llegó a su piso ni siquiera se despidió de Mateo. Solo le dijo que le llevara el traje al día siguiente para devolverlo y cobrar. Él esperaba que hubiera sexo de propina, aunque tras lo ocurrido con Borja nada le sería satisfactorio. Y si a eso se sumaba el fantasma del estríper flácido lo mejor era darle con la puerta en las narices.

«Sí, sí, nenita. Eso te dices para convencerte de que mantener a ese tiarrón lejos es lo mejor. Cobarde», su Agnes interior parecía decidida a no dejarla tranquila.

Sin embargo, ya era lunes. Comenzaba una nueva semana que esperaba fuera de vértigo en lo laboral y así no pensar en él, pero es que era imposible sacárselo de la cabeza. Mientras se maquillaba en el baño para ir a trabajar no pudo evitar ver las marcas de sus manos aún sobre su piel. Ser tan blanca era una maldición en ocasiones. Recordó sus besos, sus caricias, lo apremiante que se volvía su deseo cuando la sujetaba con firmeza. No le hacía daño, a pesar de lo que aquello podría indicar. Cualquier roce le dejaría señales que duraban mucho más tiempo que a los demás. Recordar cómo su piel quedó señalada solo hizo que tuviera que apretar los muslos por la manera en la que su cuerpo reaccionó.

—¿Cómo demonios te saco de mí? —gritó molesta.

Iba a pintarse los labios cuando el móvil sonó. Dejó el labial a un lado y descolgó extrañada por quien la llamaba. A esas horas esperaba que fuera Marina diciéndole algo de la clínica, pero no él.

Escuchó atenta y su rostro se iluminó. Al fin algo bueno. Parecía que algo en su vida sí iba por buen camino.

—Claro que sí. Nos vemos en una hora. Muchas gracias por todo.

Y colgó.

Apretó el móvil contra el pecho y respiró aliviada. Las cosas empezaban a tomar forma. Volvió a mirar la pantalla y marcó el número privado de Marina para avisarle que llegaría tarde esa mañana, por suerte su auxiliar no tenía clases ese día y podría atender la clínica sin ella; pero que si surgía alguna urgencia podría llamar a Albert, un amigo que tenía otra clínica y que acudiría a ayudarla sin problemas.

Cuando volvió a colgar el teléfono, se dedicó a terminar de arreglarse con esmero. Esa mañana sí tenía una cita importante.

Laura salió de la entrevista y no podía dejar de darle vueltas a la cabeza con lo que tenía que hacer ahora. Su vida iba a cambiar, sí, aunque sería para mejor. Era arriesgado, pero ¿qué premio se conseguía sin riesgo? Ninguno que valiera la pena.

Iba tan ensimismada con sus elucubraciones que no se dio cuenta de la mujer que salía de un portal de la avenida llena de pisos nuevos y lujosos por la que caminaba la pelirroja. Tropezó con ella con tanto ímpetu que casi acaban las dos en el suelo.

—¡Oh, joder! Lo siento, no me di cuenta de por dónde iba —dijo disculpándose con la extraña. Sí, era una bocachancla, pero no una maleducada.

La mujer la miró sorprendida.

—¿Eres tú, Laura? ¿Laura Hernández?

—Sí... —admitió confusa. Miró a la desconocida sin entender cómo sabía su nombre. En un principio pensó en la vampira y que Borja le hubiera hablado de ella, para burlarse, pero no. Esta mujer era mucho más guapa.

—¿No me reconoces? Soy Rebeca Nieto. Nos conocimos cuando salías con Ernesto.

La mención de su exprometido le revolvió las entrañas, sin embargo, gracias a eso la recordó enseguida.

—¡Dios santo, Beca! —exclamó encantada. Habían sido grandes amigas en la época en que fue la feliz novia de un idiota. Separarse de él había implicado romper con mucha gente, demasiada, y Beca fue uno de los daños colaterales de su infructuosa relación.

—¡Por fin me reconoces! Sé que he cambiado un poco, ahora estoy mucho más delgada. Suerte de las liposucciones —comentó la otra con una sonrisa.

—La verdad es que estás estupenda —afirmó mirándola de arriba abajo—. Pensaba que no volvería a ver a nadie de aquellos días, pero me alegro de que seas tú.

—Si te digo la verdad, he perdido el contacto con todos ellos. Desde que terminamos las carreras en la Universidad Autónoma, no los volví a ver.

Laura miró su reloj y luego a Beca con una sonrisa.

—Tengo un poco de hambre y la mañana libre. Si no tienes otro compromiso, ¿qué te parece si te invito a un café y nos ponemos al día?

—Me parece perfecto —aceptó Beca con una gran sonrisa.

Unos minutos después, estaban las dos sentadas en una cafetería cercana con un humeante café entre las manos y unos deliciosos trozos de pastel.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué haces en Barcelona?

—Estoy buscando trabajo. El veterinario donde trabajaba cerró por jubilación hace unos meses. Me ofreció quedarme con la clínica y no pude hacer frente a lo que pedía para continuar. Probé en otras clínicas, pero estaban todas completas o no les interesa alguien tan mayor. ¿Te lo puedes creer? Aún no tengo ni cuarenta y ya estoy mayor.

—¿Eres veterinaria? —preguntó Laura asombrada por la coincidencia.

—Sí. Terminé la carrera. Me costó decidirme, pero opté por los animalitos antes que los seres humanos —sonrió.

Laura recordaba que Beca quería ser médico de familia. El cambio había sido bastante radical en el tema pacientes.

—Son mucho más agradecidos —resopló la pelirroja—. Yo también los prefiero, adoro ser veterinaria.

—¿También lo eres? —inquirió Beca perpleja.

—Sí, yo también opté por los animales antes que por las personas. Tengo mi propia clínica en la Barceloneta.

—Vaya, sí que te ha ido bien —comentó la otra asombrada.

—Soy hija de contables, para algo me tenía que servir. Poco después de mudarme a Barcelona me tocó un pellizquito en la lotería. Una suerte, porque salí de mi antigua vida prácticamente sin

un céntimo. Supe invertirlo bien gracias a todo lo que me habían enseñado en casa y, en lugar de buscar trabajo en una clínica, fundé la mía. Y ahora mismo acabo de salir de una reunión que creo que te podría interesar.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿No decías que estabas buscando trabajo? En mi clínica no tengo espacio para otro veterinario más. Apenas cabemos mi auxiliar y yo. Pero voy a abrir un centro mucho más grande. Hace apenas una hora he comprado el local. Mi idea era encontrar a alguien a quien le interesara ser mi socio y contratar una segunda auxiliar.

Los ojos de Beca se iluminaron.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Siempre nos hemos llevado de maravilla, hasta que lo que pasó me distanció de todo el mundo y me mudé. Estoy segura de que, de haber seguido viviendo en Cerdanyola, seguiríamos siendo las mejores amigas. ¿Por qué no retomar nuestra amistad disfrutando de algo que a las dos nos encanta como es ser veterinaria?

—Me parece una gran idea, me has caído como un regalo del cielo.

—Y tú a mí, créeme. No sabía con quién contar, la verdad. Mis conocidos ya tienen sus propias clínicas y empezar a buscar entre los recién salidos de la universidad no lo veía factible por la inversión económica. Parece que siempre acabo tropezando con la gente adecuada —dijo Laura riendo y recordando que, por culpa de un tropiezo, conoció a Agnes, Izar y Elena.

—Entonces no se hable más, yo soy tú chica —declaró Beca.

Laura levantó la mano y se la tendió.

—Tenemos un trato.

—Lo tenemos —sentenció la otra, y ambas se estrecharon las manos con una sonrisa en los labios.

Tras arreglar su futuro profesional cercano, la conversación giró a lo que habían estado haciendo en los años que llevaban separadas y en el espectacular cambio de Beca.

Al parecer su vieja amiga se casó. Un amor al que conoció poco después de que Laura se marchase. De hecho, seguía casada, aunque en proceso de divorcio. Llevaba algo más de seis meses en Barcelona viviendo sola, esperando que todo fuera oficial. Como ella, se marchó para empezar de cero.

Laura gruñó cuando escuchó que su futuro exmarido la estuvo engañando con una chica antes y después de la boda. Había tratado de arreglar su relación, a pesar de todo sin éxito ya que él se negaba a olvidarla. La comparaba con su amante todo el tiempo, una que según le dijo era una arpía que no le llegaba ni a la suela de los zapatos a su amiga. ¿Acaso ya no quedaban hombres decentes?

Entendía perfectamente el malestar de Beca y que lo mandara a la mierda, mucho había tardado. Lo suyo con Ernesto se rompió por otros motivos, pero Javi, el chico con el que pensó que podría rehacer su vida, resultó ser un mujeriego que la engañaba con tres mujeres más. En realidad, las tenía a las cuatro engañadas. Tuvo suerte en ser la primera en enterarse y lo mandó bien lejos, tras amenazarlo con separarle los testículos del cuerpo de un solo tajo con un bisturí oxidado.

Había sido una casualidad perfecta. Laura estaba emocionada de tenerla de nuevo en su vida. En el pasado, su relación era casi tan estrecha como la que tenía ahora con Agnes y recuperarla en un momento así, le pareció un milagro.

No, ahora no tenía ya esa relación con Agnes. Ella ahora estaba casada, como Izar y Elena. El grupo había cambiado. No estaba roto, no iba a decir algo tan radical, pero con la llegada de los

chicos, a los que adoraba, las cosas habían evolucionado. Era lo normal. No le molestaba, solo le hubiera gustado tener con quien evolucionar al mismo nivel en el que se encontraban sus amigas. A falta de eso, volver a tener a una buena amiga soltera era el mejor plan B.



Darío dejó a Ethan sobre el cambiador y abrió el pañal que llevaba un premio de campeonato, de esos que perfumaban irremediamente una habitación.

—¿Podrías pasarme el paquete de toallitas húmedas? —le pidió al padrino del pequeño.

—¿Qué cojones le dais de comer? —Borja aguantó la respiración mientras le pasaba el paquete que le pedía.

—Lo que cocina Izar —replicó con una sonrisa. Él ya tenía la nariz atrofiada y no era capaz de notar a qué demonios olían los pañales, pero Borja aún era virgen en eso.

El moreno levantó una ceja.

—¿De verdad te atreves a darle a tú hijo lo que tú brillante mujer cocina?

—A él no. Hay potitos, ¿sabes? Pero tú, chaval, eres de otra pasta. Esta noche cocina ella...

—¡Qué! —exclamó Borja alzando la voz horrorizado.

—Vamos, pensaba que eras un tío valiente, un ejemplo para mí hijo —comentó Darío mientras tiraba la toallita y le ponía un poco de crema en el trasero al pequeño—. Por eso te escogí como su padrino, para que le enseñaras a tener huevos.

—Una cosa es ser valiente y otra un suicida. Hay una pequeña gran diferencia.

—Tranquilo. Tengo el teléfono del Telepizza como recurso de supervivencia. Sobreviviremos —trató de animarlo sin demasiada convicción.

Borja lo miró perplejo.

—Lo tienes todo calculado ¿no?

—Casi todo —dijo Darío cogiendo a Ethan en brazos, que se mostró muy complacido de tener el culete seco y limpio.

—Se te ve feliz, viejo. Jamás pensé que esa noche, cuando ella entró al Eros, sería tu esposa y la madre de tu hijo.

—¿Crees que yo sí? Pensaba que era preciosa y con un cuerpo de infarto, eso sí lo hice. Sin embargo, solo quería divertirme con ella, nada más. La pasión era lo que me movía, estaba convencido de que era solo eso, pero el tiempo me dejó claro que estaba muy equivocado en cuanto a lo que sentía: estaba loco por ella. Suerte que pude arreglar todas las cagadas, que no fueron pocas, si no, seguiríamos siendo dos solteros de oro.

—Cierto, pero tuviste la suerte de que ella te amaba.

—¿Crees que a ti nadie te quiere? ¿Qué hay de Ivet? —preguntó el mayor cotilla del barrio.

Borja sonrió.

—Ivet es asidua al Eros, ya lo sabes. Solo paso el rato con ella de vez en cuando, no soy el único para ella tampoco.

—Me pareció algo más no hace mucho. Os visteis fuera del local. No es algo que sueles hacer. Siempre quedas allí con tus chicas.

—Fue una coincidencia. Nos vimos esa misma tarde en la tienda de accesorios y salió la conversación. Me preguntó si iría al Eros y se me ocurrió pasar con ella por la fiesta. Eso fue todo. En cuanto llegamos al Eros dos amigas más se quisieron unir a nosotros. No me pude negar.

—¡Menudo cabrón estás hecho! —Ethan se removió entre sus brazos—. Perdón, eres un tipo con suerte... Si Izar me escucha decir tacos delante del enano, me corta los huevos.

Borja rio por lo bajo.

—Tú hasta hace poco hacías lo mismo, bueno, sigues haciéndolo, solo que ahora siempre es con ella —comentó Borja.

Darío sonrió. Sí, desde que empezaron como pareja formalmente, tras la presentación de *El placer de Eros*, abrirle a Izar los ojos a todo su mundo había sido un placer. Indagaron en todos los modos en que el Eros podría darles placer a ambos. Además de Borja, Ivet también fue en ocasiones su compañera de juegos. Recordar ver a Izar con otra mujer y después la fascinación que ella sintió al verlo a él con otra hacía que su cuerpo subiera de temperatura.

—Con ella y alguien más en muchas ocasiones, pero el único hombre eres tú. He dejado de lado a las otras parejas. Izar se siente más cómoda así y solo quiero que ella disfrute de esto. El día que no lo haga, se acabó.

—¿Estás seguro que podrías terminar de ir al Eros? —inquirió Borja.

Darío se quedó pensativo un momento antes de responder.

—No creo que se pueda estar seguro de nada, aunque creo que me costará. Llevo años yendo en solitario y ahora con Izar es mucho mejor, pero esto siempre es algo que debe gustarnos a los dos, hacernos disfrutar a ambos. Si eso se acaba, si se convierte en algo que pueda llegar a separarnos... Al principio no creo que lo lleve bien, sin embargo, amo a Izar más que a nada en este mundo, sin contar a este caballerete. Haría lo que fuera por ella. Sé que hay gente que no lo entiende, pero me importa bien poco. Nadie sabe lo que sentimos y la confianza que hay entre nosotros. Nadie puede juzgar mi vida sin vivirla —declaró Darío con seriedad.

—Y yo creo que ella es como tú. No veo a Izar conformarse solo con tenerte en casa.

—Para nada, pero eso no quita que se lo pase realmente bien solo conmigo —replicó su amigo, defendiendo su buen hacer en la cama.

—Y yo también disfruto mucho con vosotros, solo que me resultaría extraño no veros allí.

—Bueno, tal vez para entonces, tú también dejes el Eros.

—No lo creo, llevo muchos años en él y me gusta, ni siquiera me lo planteo, además servir a las parejas en sus juegos es una diversión extra añadida.

—¿Por nada... ni nadie? —volvió a preguntar el editor con aquella cara que todos temían, pues dejaba claro que tramaba algo.

—Sé claro, Darío. Si lo dices por la pelirroja te diré que no, ella no me quiere a su lado.

—¿Quién ha hablado de la pelirroja? —indagó su amigo haciendo como que no sabía nada.

—No juegues conmigo, amigo, que nos conocemos.

—No me atrevería —mintió—, pero si he de apostar, diría que sois tal para cual: cabezotas como vosotros solos...

—Darío, esa mujer me aparta cada vez que me acerco —confesó Borja frustrado.

—Bueno, eso que más da. Ella no te importa.

—Nunca te dije que no me importara. Pero vamos, no eres ciego, ya ves cual es siempre su reacción. Mira lo que pasó tras la encerrona que me hiciste en el Eros, en vuestra boda o en su cumpleaños. Sin olvidarnos de la cena de gala con ese niño que llevó —enumeró Borja cada vez más molesto con sus recuerdos.

—Sí, veo lo que pasa entre vosotros, sin embargo, eso importa bien poco. Te lo digo por experiencia, las amigas de Izar tienen demasiado carácter, no debes dar nada por sentado. Si Laura te interesa para algo más que un par de polvos, te ayudaré en todo lo que esté en mi mano, pero recuerda que son su familia y tú la mía. No le hagas daño o me pondrás en una situación de mierda.

Borja resopló.

—Eso ya lo sé papi chulo. Pero, te sigo recordando que no soy yo quien la aparta. ¡Es ella!

—Y te digo que te ayudaré en lo que pueda, idiota. Pero has ido a elegir a la más loca de todas.

—Joder, lo sé —dijo pasándose la mano por el pelo—. Cada vez que estoy cerca de ella pierdo el control. Y a ella no la entiendo. Parece receptiva a mí y al minuto siguiente no quiere verme ni de lejos.

—Sí, es divertido veros. Tú, tan frío y controlado con todo, menos con una simple mujer que tampoco es tan guapa, la verdad... Demasiadas caderas. Y esas pecas...

—Darío —gruñó—, ella tiene un cuerpo de infarto, es perfecta para mí.

El aludido lo miró con cara de haber obtenido algo que quería, se acercó a él y le dejó a un tranquilo niño en los brazos.

—Voy a ver si Izar a quemado el agua o la cocina. Lleva sin gritar demasiado tiempo y me da miedo que haya liado alguna. Quédate con Ethan y así puedes seguir pensando en eso tan perfecto...

—¡Darío, no puedo apagar el fuego de la olla! ¿Por qué sale más? Oh, Dios... ¡Darío! —gritó Izar desde la cocina como si hubiera sido convocada en ese instante.

Borja sujetó a su ahijado con los ojos como platos.

—¿Ha dicho fuego?

—Te lo dije. Izar en la cocina es un desastre seguro, pero me mira con esos ojos y la dejo... —refunfuñó saliendo a todo correr, para ver qué demonios había hecho.

Borja sonrió, entendía muy bien a su amigo, si Laura lo mirara de la misma forma en que Izar miraba a Darío tampoco podría negarle nada. Una vez solo, dio un vistazo a la habitación del pequeño. No era el típico dormitorio lleno de animalitos en todas partes ni una explosión de colores. Era sencilla, pero, aun así, rezumaba aquel aire de habitación infantil que cualquiera adoraría.

Repasó la pared más alejada del cambiador. Allí había algunas fotos colgadas. Una de la feliz familia posando en el estudio de un fotógrafo cuando el pequeño apenas tendría unas semanas. El amor que desprendía la imagen quemaba. Borja sintió envidia de su amigo por primera vez, una real. Él rozó el sueño con los dedos una vez, aunque lo perdió. Y ahora, lo más cerca que estaría nunca era con su ahijado en brazos.

Al apartar la mirada de la imagen tropezó con otra que tampoco le iba a ayudar: una del bautizo. Bueno, no había sido uno propiamente dicho, más bien una fiesta de bienvenida al mundo. Laura sostenía al pequeño en brazos y él estaba a su lado. Recordó cómo protestó la pelirroja antes de que se tomara la foto, sin embargo ¿cuándo no lo hacía?

Borja era el único padrino y tenía que competir con las tres madrinas del niño. El fotógrafo decidió que él se colocara en el centro de la imagen y ellas lo rodearan. La que tenía el niño en brazos, la que colocaron al lado de él tuvo que ser ella. Las protestas de la mujer fueron para enmarcarlas. Nunca le habían llamado idiota de formas tan creativas. Y joder, aquello le encantó. Le hizo reír justo antes de querer besarla para callarla y estrangularla, por odiarlo de ese modo sin razón.

Agnes se ofreció a cambiarle el sitio, sosteniendo ella a Ethan, pero Laura se negó. Y allí estaban ellos, juntos, con una sonrisa radiante y un bebé en brazos. Si tapaba a las otras dos, parecían una familia perfecta, como la de Darío. Bueno, con Laura no sería perfecta, lo más probable es que quisieran matarse la mayor parte del tiempo si no lograba controlar su genio. Sin embargo, estaba seguro de que funcionaría y la rutina no tendría lugar entre ellos.

La imagen, esa posibilidad de la felicidad le quemó el pecho de un modo que nunca sintió. Alzó a Ethan en brazos y lo acunó contra su torso recordando cómo su pelirroja sujetó a su ahijado en brazos para calmarlo aquel día.

—Pequeño, creo que estoy en un gran problema...

Ethan sonrió con un gracioso gorjeo y levantó su pequeña manita como si quisiera consolarlo.

Borja sonrió besando su rubia cabecita. Necesitaba alejar todo aquello de su mente y de su corazón. Ya hacía mucho de aquel dolor que casi lo destruyó, uno que no quería volver a sentir. Y estaba claro que Laura no quería saber de él a pesar de su interés. Quedarse allí recordando o fantaseando no era más que una tortura inútil.

—Vamos a ver que ha quemado tu mami... Si es que aún queda casa.

Capítulo 9

Al día siguiente de su milagroso encuentro con Beca, su antigua amiga, Laura llegaba al restaurante en el que había quedado para comer. Era por negocios. Ya ni se acordaba de la última vez en que tuvo una cita de verdad, una en la que se sentara a hablar y conocer a alguien, no solo echar un polvo y, con suerte, compartir el número para quedar otra vez.

Su cita era con Marc, el representante de veterinaria que le había estado proporcionando el material y los uniformes de la clínica desde que la inauguró. Ahora, no podía imaginar nadie mejor para que la ayudara con el centro.

Quedaron en un restaurante cerca del Passeig de Gràcia, de modo que pensó que, ya que iba a cogerse la tarde libre, al terminar podría pasar a ver a Izar y disculparse por el modo en que salió huyendo de la celebración por su incursión en el cine. Aún no había reunido el valor suficiente para llamarla por teléfono y los días pasaban. Si lo hacía cara a cara, tal vez no la matase. Solo tal vez.

Suspiró al reconocer que no paraba de meter la pata, parecía descontrolada. No era capaz de actuar con tranquilidad y lucidez, solo reaccionaba y lo hacía guiada por los impulsos menos lógicos y más caóticos de los que disponía.

Sí, estaba dolida con Borja, por presentarse en su cumpleaños con aquella mujer. Si no lo hubiera hecho, no habría tenido que recurrir a Mateo, cosa que le repateaba. Su vecino no era más que un niño imbecil con el que ni tan siquiera se acostaba, solo lo dijo en una noche de borrachera con Agnes, cuando apostaban quien de las dos era la mayor asaltacunas. Claro, ganó ella. Odiaba perder.

Al pensar de nuevo en el modo en que cada vez que veía a Borja tenía que enfrentarse a él y a lo que sentía, se le hizo un nudo en el estómago y, sin darse cuenta, se llevó la mano al cuello, donde aún estaba el colgante de la luna. Sonrió al hacerlo. Al percatarse, se reprendió. No podía dejarse engañar por un cabrón que, antes de tener nada con él, ya la remplazaba con una cualquiera.

«Se te olvida un pequeño detalle, nenita» —dijo volviendo al ataque la voz que a ratos parecía Izar y a momentos, Agnes—. «No estáis juntos, no te debe nada, así que ¿realmente te engaña?»

Sin embargo, eso no quitaba que, si quería que le diera una oportunidad, mostrar que le daba lo mismo estar con ella que con cualquier otra, no era el mejor modo.

Abrió la puerta de su restaurante de fusión asiática favorito y se quedó allí a la espera de que uno de los camareros la guiara hasta su mesa. Se quitó el abrigo de lana blanca y dejó a la vista un vestido granate que se ajustaba a la perfección a sus curvas. Con un escote en uve y sin mangas, hacía un bonito contraste con su piel cremosa y su cabello anaranjado. Completaba el conjunto con unos tacones de aguja. Estaba tan elegante como siempre. Le gustaba vestir de aquel modo cuando estaba fuera de la clínica. Allí siempre iba en pijama. Necesitaba contrastar estilos. Aunque eso no significaba que renunciara a unos buenos vaqueros y a un jersey cómodo, por muy viejo o hecho polvo que estuviera.

Cuando el camarero la guio hasta la mesa en la que su cita de negocios la esperaba, estaba tan sumida en sus recuerdos y preocupaciones, que ni tan siquiera se dio cuenta de que había una cara conocida en el local. Pasó por su lado sin percatarse hasta que su abrigo se enganchó en el mantel.

Ella no detuvo su paso decidido y tiró de la tela, derramando la comida y la bebida sobre el hombre que no le había quitado ojo de encima desde que entró.

—¡Me cago en...! —Las palabras murieron en sus labios al verla de cerca con ese vestido. Sus ojos se deslizaron por esos redondos, turgentes y hermosos pechos que se marcaban a través del escote. Él los había tenido en su mano, ahuecado y pellizcado esos pezones. Jesús, hasta pringado de mierda lo ponía duro.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento mucho. Le pagaré la tinto... —Y entonces vio que era Borja. Había puesto perdido de sushi y salsa de soja a Borja. Lo suyo era una condena—. ¡Tú!

—Sí, soy yo, muñequita. Y empiezo a pensar que me persigues para putearme.

—De eso nada. Tengo una cita aquí.

—¿Una cita? —preguntó Borja levantándose, para limpiarse los restos de comida del traje hecho a medida.

Laura vio el desastre que había hecho en la ropa de Borja y se sintió mal.

—Lo de la tintorería iba en serio. Me haré cargo. Y sí, he quedado para comer.

Lo que no iba a decirle es que era una comida de trabajo, eso no le importaba. Marc era un hombre guapo y si Borja lo veía, seguro que podría irle bien para darle celos.

—No te preocupes por la tintorería. Deberías ir más despacio cuando entras en un restaurante —le recriminó él.

—Estoy tratando de ser amable, deberías valorar mi esfuerzo —dijo la pelirroja cruzando los brazos debajo del pecho.

—¿Esfuerzo? —Borja la miró incrédulo—. Me acabas de joder un traje de dos mil euros.

—Ha sido sin querer. ¿Qué más quieres? Me he disculpado, lo voy a limpiar —dijo repuso la veterinaria, sin entender qué demonios le pasaba.

—Y yo te he dicho que no hacía falta que pagaras nada. ¿Siempre estás de mala leche?

—Define mala leche —replicó con una sonrisa.

—Una provocadora pelirroja que tengo frente a mí.

—Entonces sí. Siempre estoy de mala leche. Y ahora, si me disculpas, me están esperando y todo el mundo nos mira.

—Eso es lo que menos me importa —gruñó Borja—. Adelante, ve con tu cita y que Dios se apiade de él.

Laura tragó saliva al verlo tan cabreado. Solo había sido un accidente, se disculpó y él seguía enfadado. No le dijo nada, simplemente se dio la vuelta y camino hasta la mesa en la que la esperaba Marc, el representante.

En cuanto llegó Marc se levantó y estrechó la mano de ella.

—Buenas tardes, señorita Hernández.

—Hola, Marc. Siento llegar tarde. Acabo de tener un pequeño incidente con un idiota al llegar —dijo Laura tras estrecharle la mano y tomar asiento frente a él.

—¿Todo bien entonces?

—Sí, todo perfecto. El resto de la comida, eres todo mío.

—Bien, te he traído el nuevo catálogo de materiales. Justamente nuestro presidente ha estado en las últimas conferencias y hemos añadido muchas de las últimas novedades. Es innovador en nuestro país —comentó Marc.

—Esto sería lo último de lo último. El centro estaría a la vanguardia en el barrio, ¿verdad? —quiso confirmar Laura con él.

—Exacto, serías la pionera, y por qué no decirte que el servicio ofrecido sería excelente.

—Eso es lo que quiero y necesito. En dos meses quisiera tener el local equipado y listo. No

voy a llevarme nada de la clínica vieja, será todo nuevo —indicó la veterinaria.

—Sabes que Valle S.L nunca falla en instrumental y entregas.

—Lo sé, por eso siempre he confiado en vosotros. Sois los mejores. Y no olvides incluirme unos pijamas lilas, me los prometiste después del último pedido. Sabes que son mis favoritos.

—Vaya, olvidé el catálogo de la ropa para que los pudieras ver... Sé que te encantan, pero hay otros nuevos que tal vez te gustarían. Lástima que no puedas verlos —se lamentó Marc.

Y entonces, como por arte de magia, el catálogo apareció en la mesa junto con Borja.

—¿Te refieres a este? —dijo sentándose al lado de su empleado y fijando su intensa mirada en ella.

—¿Qué narices haces? ¿No ves que es una reunión privada, Borjamari? —inquirió molesta Laura sin fijarse siquiera en lo que había dejado en la mesa.

Marc se quedó blanco. Aquella mujer estaba loca al hablarle así.

—Sí, me dijiste que tenías una cita, pero no te preocupes. La comida va de mi cuenta. —La diversión brillaba en los ojos azules del joven.

—No, no y no. Vete a molestar a otra parte. Esto no es asunto tuyo, es mi trabajo así que no te metas.

El representante quiso decir algo, pero Borja lo detuvo.

—Creo que no me he presentado como es debido. Señorita Hernández, soy Borja Valle, presidente de Valle S.L.

Laura abrió la boca para decir algo, pero no pudo. Se estaba quedando con ella...

—¡Y una mierda! —exclamó la pelirroja confusa.

—Dice la verdad, Laura, el señor Valle es el dueño de la empresa. ¿Ustedes se conocen? —preguntó Marc alucinado por el modo en que se hablaban.

Borja sonrió alzando ambas cejas sin contestar.

—El mundo es un pañuelo, ¿no crees?

—Uno lleno de mocos... Esto no puede ser, es una maldita pesadilla. ¿Eres el dueño de la empresa?

—Sí. Tengo a varios representantes ya que viajo bastante para estar siempre a la última. Independientemente de que sea o no el dueño, no quiero que influya en tu decisión.

—No soy estúpida, señor Valle. Sois los mejores y es lo que necesito. Seguiré haciendo el pedido con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Borja apoyando los codos en la mesa.

—Tú pagas la comida y yo me encargo de tu traje de dos mil euros. Si no, no hay trato.

—Te dije que no hacía falta pagar nada —gruñó él

—Está bien, cabezota —claudicó Laura levantando las manos a modo de rendición—. Tú ganas. De todos modos, iba a comprárselo todo a Marc. Tienes suerte de eso.

—Tengo al mejor —felicitó Borja a su empleado—, y los pijamas van de mi cuenta. Tómalo como regalo de inauguración —dijo levantándose de la mesa.

Laura se levantó también como impulsada como un resorte.

—¿Por qué? —preguntó confusa—. Soy una borde y no te caigo bien.

—¿Qué te hace pensar que no me caes bien? —Borja alucinaba con esa mujer, ¿acaso no veía que lo volvía loco? Mierda, si en ese instante lo que deseaba era tumbarla sobre la mesa y devorarla entera.

—Es una manera suavizada de decir que siempre acabamos discutiendo.

—Discutir es una cosa, muñequita, caer mal es otra. Me gusta discutir contigo —comentó con guasa Borja.

Laura lo miró viendo muy claro porque no podía resistirse a él. A pesar de su perenne cara de cabreo era el hombre más condenadamente guapo que había visto y cuando la miraba de aquel modo la dejaba sin argumentos, cosa que no era fácil.

—Tal vez la próxima vez que nos veamos, si es que eso pasa, puede que discuta contigo solo para agradecerte lo de mis pijamas lilas.

—Entonces espero tu agradecimiento. —Borja sonrió—. Siento abandonaros, pero me esperan en otra reunión.

Borja se despidió de ellos con una sonrisa triunfante en el rostro. ¿Quién lo hubiera dicho? Su pelirroja era clienta de su empresa... Ciertamente sabía que era veterinaria, pero no eran los únicos que ofrecían los suministros para los profesionales. Parecía que estaban destinados a tropezarse de un modo u otro.

Capítulo 10

Normalmente la noche de chicas la celebraban en viernes, pero aquella semana cambiaron las reglas. Agnes se quedó en casa sola. Óscar estaba en Madrid con su hermana arreglando un montón de papeles para la empresa. Y, ¿qué pasaba cuando una se quedaba sola, tenía unas amigas locas, mucho helado y unas cervezas? Pues que llamabas a las chicas y hacías una fiesta.

Estaban tiradas en el suelo del dúplex, sentadas sobre cojines, con la música puesta y rodeadas de comida basura. Había un par de cajas de pizza, restos de sushi y hamburguesas. Sin dejar de lado la artillería pesada: gusanitos, patatas fritas y helado.

Laura se apoyó en su mejor amiga y levantó una patata amorfa.

—Mira... Es igual que un gato —comentó.

—Si ves ahí un gato es que vas más borracha de lo que imaginaba —señaló Agnes.

—No estoy borracha... Solo sufro un exceso de alcohol en sangre —puntualizó Laura.

—En mi pueblo eso es ir borracha. —Izar alzó su copa riendo.

—Y en el de cualquiera, pero Laura es de un planeta extraño —afirmó Elena muerta de risa.

—Del planeta de los Terminators —Agnes alzó ambas cejas divertida.

—Si fuera de un planeta lleno de Terminators, no habría venido al de los *pichaflojas*, ¿no creéis?

—¿*Pichaflojas*? ¿A quién te refieres? —preguntó Agnes.

—Al estríper ese defectuoso... —replicó Laura cambiando las patatas por helado de chocolate a medio derretir.

Todas estallaron en carcajadas.

—La verdad es que tuviste mala suerte, porque estaba bueno —admitió Izar.

—Estoy gafada.

—O el destino te dice que mires hacia otro lado —apuntó Izar con una sonrisa de esas de... *Ya sabes de quién hablo* recordándole a la vocecita que la acosaba. Seguro que era una mini Izar aliada con una mini Agnes dispuestas a amargarle la existencia.

—Ya estamos... —rezongó la pelirroja repelando la tarrina de helado.

Izar lanzó al aire un cacahuete y lo atrapó con su boca.

—Solo te digo lo que hay.

Laura la miró y sonrió de lado. Cogió la última cucharada de helado y, haciendo un extraño movimiento con ella, lanzó el dulce al escote de Izar.

—Ups, he fallado...

Izar la fulminó con la mirada.

—¿Tú quieres morir? —Maldijo, lanzándole varios cacahuetes con fuerza.

—¡Chicas! Si me pringáis el salón lo limpiaréis con la lengua —amenazó Agnes.

Elena se cayó de espaldas al reírse. Iba en busca del apoyo del sofá, pero falló, quedando despatarrada junto a Izar y empezó a reír aún más.

Agnes las miró alzando una ceja.

—¿Y ahora qué les pasa?

—Lo de siempre, Agnes. Lo de siempre. —Elena se levantó y se sentó como pudo, limpiándose

las lágrimas—. Borja.

—Ok, ese hombre que cada vez que entra a un lugar rompe cuellos.

—Ese mismo... Es que menudo culo tiene. Casi mejor que el de Darío.

—Casi —recalcó Izar—. Mi marido está que rompe.

—Bueno, el mío ni te cuento. Menudos mordiscos le doy en el culo —dijo Elena relamiéndose. Izar sonrió plantándole un ganchito en los morros.

—Come y calla o tendré que irme a casa a morderle el culo a mi hombre.

Elena echó la cara hacia atrás con gesto de asco al acercarle el snack. Eran sus favoritos, y sin embargo...

—¡No me jodas! —exclamó Laura recomponiéndose.

Izar la miró perpleja.

—Elena... tu... ¿estás embarazada!

—No lo estoy —replicó mirándola con el ceño fruncido.

—Si no lo estás, come ganchitos. Son tus favoritos —la retó Izar.

—Tócale las tetas —sugirió Laura—. Seguro que las tiene más grandes.

—¡No me vais a tocar nada! Comeré... comeré gusanitos...

Pero en cuanto los miró, sintió que se le revolvía el estómago.

—Ni lo intentes o vomitarás en el parqué de Agnes y que te lo haga limpiar con la lengua... No es plan —sugirió Izar.

—También creo que lo estás, Elena. Ni los has probado y eso es muy raro en ti —apuntó Agnes.

—Subsistes a base de esa asquerosidad. Y aún hay dos bolsas sin tocar, eso para ti es nada —declaró Izar.

Elena las miraba de hito en hito. Embarazada. No podía ser.

—¿Quieres que busquemos una farmacia y traemos un test? —propuso Agnes.

La aludida contestó que sí con la cabeza buscando el apoyo de Izar. Se sentía demasiado perdida.

—Iremos a por uno de cada marca, así no habrá margen de error —sonrió la rubia a su amiga.

—Sois las mejores.

—¡Claro que lo somos! —gritó Agnes sonriendo.

Una media hora más tarde, estaban las cuatro sentadas en el baño, esperando a que aparecieran las rayitas en los cuatro test de embarazo que habían comprado.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar? —preguntó Elena a Izar, la única de ellas que ya pasó por algo así.

—Solo cinco minutos, pero son eternos —sonrió esta.

—Eso me lo creo. Parece que haya pasado una hora desde que hice pis —comentó la otra nerviosa.

Mientras Agnes y Laura iban en busca de las pruebas, Izar se encargó de que bebiera mucho para no esperar demasiado.

—Tranquila que pronto sabremos lo que es evidente. Lo has hecho sin protección, ¿eh?

—Bueno... Creo que el otro día nos pasamos de amorosos. Siempre lo hacemos con protección, Sandro no quiere tener hijos aún.

—¿Crees que será un problema? —susurró Izar preocupada.

—No lo sé —replicó Elena apesadumbrada.

Laura estiró la mano y cogió uno de los *sticks* y miró a Izar.

—A ver, experta. ¿Qué significan dos rayitas?

—¡Qué está embarazada! —gritó la rubia dando saltitos.

—¡Oh, por los dioses! ¡Estoy embarazada!

Elena se abrazó a Izar de un salto. No se lo podía creer. Enseguida notó dos brazos más uniéndose a ellas como una piña. Las cuatro lo celebraron dando saltos de alegría.

—No se llevará mucho tiempo con Ethan.

—Cierto. Van a ser como hermanos.

—Enhorabuena, Elena. Me alegro tanto por ti —dijo Laura dándole un sincero achuchón.

—Felicidades, cielo. —Agnes la besó en la mejilla.

—Gracias, chicas. Vais a ser unas tías estupendas, ya lo veréis —agradeció Elena.

—Seguro que Sandro estará encantado cuando se lo digas.

Entonces Elena palideció.

—No, no puedo decírselo...

—¿Cómo qué no puedes? —preguntó Izar.

—No. Sandro no quiere niños ahora. Lo hablamos ya hace un tiempo. Le quedan un par de años de carrera antes de tener que retirarse de las pasarelas, de los viajes. Quiere quedarse a mi lado durante el embarazo y si está viajando, no podrá. Por eso decidimos esperar hasta que se asiente y se quede en Barcelona. No va a querer este bebé —explicó entre sollozos.

—No creo que Sandro se niegue a este bebé, besa el suelo que pisas Elena —la consoló Izar.

—Pero es su trabajo e hicimos un pacto...

—Venga, nenita —dijo Laura cogiéndola de las manos—. Seguro que Dumbo está encantado de tener un pequeñín contigo. No te preocupes tanto, en cuanto se lo digas se olvidará de ese trato. Seguro.

—No quiero saber cómo llama a mi marido... —susurró Izar a Agnes.

—Paso de preguntarle —convino Agnes.

—Os estoy oyendo —replicó la veterinaria—. Óscar es el Cantajuegos *sexy* y Darío es el Risitas buenorro.

Ambas parpadearon y estallaron en carcajadas.

—Por dios, les has puesto motes a todos. ¿Borja también tiene? —Izar la miró con ese brillo especial en sus ojos.

—Sí, por supuesto —respondió cortante

—¿Lo vas a decir o es qué no te atreves? —la retó Agnes.

Laura le dirigió una de esas miradas que podrían matar a cualquiera antes de responder:

—Satán.

Izar escupió el agua que estaba bebiendo.

—No me lo puedo creer... —dijo tosiendo.

—¿Y cómo querías que lo llamara si cada vez que lo veo me llevan los demonios? —inquirió Laura muy segura.

—Entonces es por el calor qué te entra al verlo, ¿no? —provocó Izar.

—Sí, me hierva la sangre de mala leche —replicó la pelirroja con mordacidad.

Elena se apoyó en Izar. Se divertía mucho cuando discutían, pero la idea de marcharse a casa no la atraía demasiado en ese momento. Temblaba como una hoja solo con pensarlo.

Izar sujetó su mano mientras la miraba directamente a los ojos.

—Elena, Sandro no te va a comer, él te adora. Cuando llegues a casa, habla con él, estoy segura de que se alegrará mucho de tener un bebé contigo —afirmó rotunda.

—Sí... Puede. Creo que debería irme ya. No me encuentro bien.

Fue a levantarse y todas vieron que parecía mareada. Eran demasiadas emociones y muy

contrapuestas en muy poco tiempo. La estaban sobrepasando.

Izar la sujetó de la cintura.

—Nena, empiezas muy mal el embarazo.

—Tal vez solo sea por la emoción —añadió Laura poniéndose en pie junto a ellas—. Sería mejor que no condujeras hasta Pedralbes ahora. Es tarde y está oscuro.

—Pero he venido en mi coche... —replicó la friki.

—Pues deja que te lleve la loca del barrio. Además, se ha ofrecido —dijo Izar.

—¿Lo de loca del barrio va por mí? —preguntó la pelirroja.

—¿Acaso hay otra? —intervino Agnes.

—Espero que no, sería muy violento que fuerais gritando que buscáis a la loca del barrio y os encontraréis con otra... Idiotas, que sois unas idiotas. Con lo seria y formal que soy cuando duermo... y tengo que aguantar que me llaméis loca... —soltó con desparpajo Laura.

—Te lo has ganado a pulso —dijeron Izar y Agnes a la vez.

—Vámonos, Elena. Te llevaré con el Dumbo italiano sana y salva mientras descansas un poco. Y vosotras dos, sois lo peor. Si soy la loca del barrio, al menos regalarme una taza que lo acredite, digo yo...

—Siempre estás pidiendo —resopló Agnes.

—Y dando amor, no os olvidéis que os he regalado a vuestros Terminators. Que no los uséis es vuestro problema —añadió guiñándoles un ojo.

—¿Quién te ha dicho que no lo uso? —Izar levantó ambas cejas, insinuante.

—Oh, no puedo imaginarlo, no puedo... Por eso sonrío tanto el Risitas, ahora lo entiendo —dijo Laura fingiendo asombro.

—¡Perra! ¡Qué no es lo que te estás imaginando, mente sucia!

Cuando Elena le tendió su bolso y su abrigo, Laura no había podido parar de reír por la cara de indignación de Izar.

—Bueno, chicas, os quiero, pero voy a llevar a nuestra futura mamá a casa.

—Nos llamamos —dijo Agnes.

Se despidieron con un beso y un gran abrazo a una compungida Elena. Laura condujo el coche de la joven hasta su casa en Pedralbes. Antes de despedirse, le recomendó que descansara, que tratara de relajarse, que seguro que todo iría bien. Era Sandro, el hombre de su vida, el futuro padre de sus hijos. Ahora todas aquellas locuras que siempre decían se estaban cumpliendo.

Cuando llegaron y aparcó dentro de la finca, Elena estaba algo más calmada, pero aún preocupada.

—¿Quieres entrar y llamar a un taxi? O quedarte a dormir... —le ofreció la friki.

—De eso nada. Esta noche es solo para vosotros. Ya llamo a un taxi desde el móvil. Te mandaré un mensaje cuando llegue a casa, ¿vale?

Elena asintió y le dio un abrazo antes de desaparecer por la puerta de la moderna mansión.

Laura caminó hasta la valla, buscando en la agenda el número del taxi. Fue pasando letras: P... Q... R... S... T. Justo lo que buscaba. Taxi.

Marcó el número guardado sin fijarse en que había cometido un pequeño error al pulsar, y llamaba al último nombre de su agenda que comenzaba por S. El único en realidad.



Borja se encontraba sentado en el sofá de su ático acariciando a Zira, su gata de raza bengalí. Era como tener un leopardo en miniatura en casa y él la adoraba, era su princesa. El móvil vibró y Zira lo miró desconfiada, con una sonrisa al ver quien era, lo contestó.

—Hola, pelirroja, ¿qué ocurre?

—¿Perdón? ¿No es ahí donde los taxis? —preguntó Laura extrañada.

—No, preciosa, no te hagas la graciosa y dime por qué me has llamado. —Borja seguía acariciando a su gata que ronroneaba más que feliz.

—No me hacía la graciosa. Llamaba porque necesito un taxi. He debido equivocarme al marcar —dijo maldiciendo su dedo tonto—. Escucha esto porque no lo voy a volver a decir: siento haberte molestado, Borjamari.

—No me molestas, pelirroja. Si necesitas que te vaya a buscar envíame la ubicación e iré.

—Bromeas —soltó escéptica—. Seguro que te digo donde estoy y se me congela el culo esperándote.

Borja gruñó. ¿Quién demonios se pensaba que era él, un malnacido?

—¿Crees que te haría eso? —inquirió él.

—No serías el primero.

—Pues yo no soy de esos. Mándame la puta ubicación para que pueda ir a buscarte —gruñó algo más que enfadado.

—Si lo pides con tanta amabilidad... —Y colgó.

Durante casi un minuto se debatió entre llamar a un taxi, pero confirmando que llamaba al número correcto o mandarle la ubicación a Borja. Respiró profundamente antes de darle a enviar. Seguramente el alcohol, mezclado con helados y patatas fritas le había afectado la razón. Se arrebujó en el abrigo y salió fuera de la parcela a esperar a Borja.

Miró hacia la casa, deseando que a Elena le fuera bien con su noticia y que Sandro, se volviera loco de alegría al saber que iban a ser padres. Por un segundo, una imagen suya con Ethan en brazos junto a Borja volvió a ella.

Izar le dio una copia de aquella foto a cada una de ellas. La suya estaba guardada para no tener que ver una imagen que le quemaba. No le gustaba admitirlo ni con ella misma, pero la idea de que el bebé que tenía en brazos fuera de ellos, de Borja y suyo... Dios, le gustaba. Sin embargo, sabía que a él no le gustaban los niños. Muchas veces vio un gesto de repulsa cuando Darío le enseñó ecografías de Ethan, o cuando el niño estaba cerca de él. Incluso en el bautizo o en la boda. Los desechaba pronto, sin embargo, ella que, a pesar de todo, no perdía detalle, siempre los vio.

Esa era otra de las razones por las que tenía claro que lo suyo no tenía futuro de ningún modo. Laura quería tener hijos. ¿Cómo iba a poder estar con un hombre que se negaba? No se le ocurriría la idea de forzarlo porque sabía que era algo que debía desearse entre dos, o a la larga acabaría en desastre y no solo para ellos, sino para un niño inocente. No. Con él no habría futuro.

Dejó de pensar en aquello, que no la ayudaba, en cuanto Borja paró frente a ella con su descapotable.

Debía admitir que, cuando recibió el mensaje, se sorprendió tanto de que al final se decidiera como del lugar en el que estaba. No iba a desperdiciar la oportunidad, solo tardó quince minutos en llegar. Bajó la ventanilla y le sonrió.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche?

Laura resopló y rodeó el coche para abrir la puerta del acompañante mientras, entre dientes, volvía a ofrecerse a castrarlo y hacerle un favor a la humanidad.

—Yo también me alegro de verte —resopló él.

—Ya te dije que podía pedir un taxi.

—Y yo te dije que vendría a buscarte. ¿O esperabas a alguien más? —Borja arrancó y se dirigió hacia la Ronda de Dalt.

—A Thor, pero no te pareces en nada.

—Claro, yo estoy mucho mejor, pelirroja.

—¿Quieres dejar de llamarme así? Tengo nombre —replicó molesta.

—No lo hago para cabrearte, me gusta llamarte así, es un término amable, eso es todo.

—Pues me cabrea. Era el insulto favorito de mis compañeros de instituto. Desde entonces nadie me llama así —confesó Laura.

—Vaya panda de gilipollas. Yo te lo digo de forma cariñosa, ya lo sabes —dijo Borja alzando ambas cejas divertido.

—¿Cariñosa? ¿Tú a mí? Ahora en serio, ¿dónde está Borjamari y quién eres tú?

—¿Tanto te cuesta aceptar un cumplido? —resopló él.

—No tengo costumbre de recibirlos.

—Entonces es que están ciegos —gruñó.

Laura lo miró mientras él seguía conduciendo. Parecía sincero al hablar, realmente molesto porque no quisiera que fuera a buscarla... ¿qué tenía que creer de él?

—¿Estabas solo? Espero no haberte fastidiado la noche —preguntó sin poder evitarlo.

—Mi compañera está acostumbrada a mis salidas, creo que tu noche no fue del todo bien, deberías escoger mejor.

Laura apretó los dientes con ganas de mandarlo a la mierda. ¿Estaba con otra? Y luego decía que por qué coño no le daba una oportunidad.

—¿Escoger el qué?

—Al hombre con el que estabas, venías de su casa ¿no? Por lo menos podría haberte llevado. Será muy rico, pero sin modales —soltó Borja sin poderse contener.

—Tú eres gilipollas.

—¿Ahora qué cojones te pasa?

—¿A mí? El que ha pensado que me he tirado a un tío y luego te he llamado a ti para llevarme a casa eres tú. Ni tan siquiera te has planteado otra opción, ¿verdad? —espetó muy cabreada.

—He pensado seguramente lo que has pensado tú de mí. ¿O me equivoco? —Borja salió de la ronda y se dirigió hacia la playa.

—Has dicho que estabas con tu compañera, no me ha hecho falta pensar.

—Pues deberías.

—¿Acaso no era así? ¿No estabas con otra? —preguntó confusa.

—No voy a contestarte a eso.

Laura bufó y giró la cara. Se cruzó de brazos y miró por la ventanilla del deportivo. Le molestaba y mucho el hecho de ponerse tan celosa de otras mujeres. Él tendría docenas y la cosa estaba clara para ella. O aceptaba eso, que no lo haría en la vida, o lo dejaba correr. Era la mejor opción, pero se le retorció el estómago de solo pensarlo.

—¿Molesta? —sonrió.

—No, pensaba en el tío rico que acabo de dejar en esa casa —replicó solo por fastidiarlo.

Resoplando Borja dio un golpe de volante y paró el deportivo en una zona bastante oscura y poco transitada de la playa, a pocos metros del apartamento de Laura.

—Cállate ya...

Borja la sujetó por la nuca para atraerla hacia él y deslizó el pulgar bajo su barbilla obligándola a alzar el rostro hacia su boca y tomar plena posesión de ella. La sangre le hirvió ante la mención de otro hombre.

Aquello a Laura la pilló por sorpresa. Cuando reaccionó, debería haberlo apartado, decirle que se estuviera quieto y se fuera con su *compañera*, pero no hizo nada de eso. Disfrutó de aquel

beso. Siempre la hacía perder la razón con un beso. Odiaba ser tan débil.

Borja no dejaba de sorprenderse de lo suaves y adictivos que eran sus labios. Los recorrió con la lengua y escuchó como Laura soltaba un gemido. Cerró la mano atrapando su precioso cabello, controlando el devorador beso. Solo un maldito suspiro por parte de ella y ya lo tenía tan duro que estaba seguro que se le quedaría tatuada la cremallera en la polla.

Ella apoyó la mano en su muslo para acercarse más a él, y lo acarició casi rozando su entrepierna. Aquella caricia no ayudó a mantener la calma. Los ojos azules de Borja se clavaron en los de Laura intensamente mientras recorría su cuerpo con sus manos. Alargó una alcanzando los controles de su deportivo y, pulsando un botón, los asientos se reclinaron dejándolos completamente tumbados y resguardados del exterior.

—Si estuviéramos en la edad media juraría que me has hechizado, pelirroja. No puedo controlarme cuando estoy a solas contigo —declaró.

—¿Acaso no viste que soy una bruja? —respondió ella haciendo referencia a su disfraz.

—Me gustan las hechiceras. Y más las de ojos azules.

La mano de Borja tiró del escote barco del jersey de Laura. Echó a un lado el encaje que los cubría para que su toque se centrara en sus pechos sin apartar la mirada de ella. La deseaba de una forma que todavía trataba de entender. Los pellizcó, tiró de sus pezones y finalmente los torturó con su lengua. Sonriendo, se amamantó de ellos mientras su mano se deslizaba hacia su sexo.

Abrió el vaquero y su mano se coló dentro de su ropa interior.

—Seguro que ya está llorando por mí, ¿verdad, cielo?

—Sí, le das pena... —trató de burlarse la veterinaria, pero tenía razón. En cuanto lo veía y se ponía en plan chulo su cuerpo se humedecía. Era idiota colándose por alguien como él, aunque no podía evitar sentir lo que sentía. Sabía que tenía que apartarlo, mostrar un poco más de dignidad, sin embargo, deseaba aquello con todas sus fuerzas.

Borja ahuecó su sexo usando el pulgar para acariciar su hinchado clítoris. Las caderas de Laura buscaron su mano y él tomó posesión de su boca al tiempo que con el pulgar acariciaba perezoso su pequeño botón del placer.

Laura gimió y buscó la cinturilla de su pantalón. Quería torturarlo tanto cómo él lo estaba haciendo con ella. Con algo de dificultad por hacerlo con una sola mano mientras él mandaba sus neuronas a la luna, logró liberar su erección. Dios... Era la primera vez que podía acariciarla a placer. Era maravillosa. Gimió de nuevo al pensar en lo mucho que lo deseaba, y empezó a disfrutar.

—Joder... —Sentir sus manos sobre él casi lo hizo estallar. Borja, sin dejar de rozarla, introdujo un dedo, siempre atento a sus reacciones. Añadió otro estirándola con cuidado y frotando ese lugar que la haría volar. Se centró en ello, tocándola una y otra vez, aumentando el placer de la pelirroja—. Jesús, te ves tan bonita... —susurró complacido.

—Y tú eres un maldito peligro —dijo Laura cerrando los ojos, dejándose llevar e intensificando las caricias que le daba a él.

Antes de que estallaran en un orgasmo tanto él mismo como ella, Borja la llevó justo al límite antes de provocarle un gemido frustrado al apartarse. Después, le sujetó la mano para apartarla de su erección. Laura lo miró sin entender hasta que vio cómo se enfundó un condón y empujó sus pantalones. Con un hábil movimiento se posicionó sobre ella y la penetró de una sola embestida gruñendo.

—Mierda, nena, eres deliciosa.

Laura gimió al verse invadida por él. Era maravilloso y demasiado excitante como para apartarlo. Era una droga, algo que sabes que no te conviene, pero que eres incapaz de dejar.

«¡Por todos los santos!», pensó Borja. Ella estaba tan resbaladiza que tuvo que contenerse para no embestir como un animal. Rotó sus caderas, golpeando las paredes de su útero, sujetó su cuerpo mientras se deslizaba dentro y fuera de ella, creando un ritmo constante.

La pelirroja arqueó la espalda todo lo que el habitáculo del coche le dejaba. Sentía que iba a estallar. Cada vez que entraba en ella era una descarga de placer que le recorría todo el cuerpo. Deseaba más, mucho más. Lo quería todo de él, y con él.

—Borja... Oh, sí...

Él sonreía mientras salía de ella y se introducía con fuerza, sus manos serpentearon hasta su trasero alzándolo para introducirse más profundo y entonces embistió con dureza.

—Joder...

Laura sintió que su cuerpo estallaba en mil pedazos y gritó al llegar al más maravilloso éxtasis. Clavó las uñas en su trasero, ese que la volvía loca.

En cuanto Borja cambió de ángulo su miembro, el deleite se disparó en él con un rugido de placer. La penetró una última vez profundamente mientras se corría en ella.

—Pelirroja, me dejas sin fuerzas.

—Y tú a mi sin criterio. Empate.

—Siempre rechistando...

—Es parte de mi encanto —replicó ella, pero no quería separarse de él, aunque debía. No se apartó y lo miró a los ojos como si necesitara grabarlos a fuego en ella. Adoraba esos ojos...

—Tu encanto tiene muchas facetas —susurró él capturando su mirada con la suya.

—¿Eso crees?

—Sí, también creo que no las he visto todas.

—Eso es cierto. Tengo una capacidad de insulto pasmosa que aún no has probado —replicó divertida.

—Creo que no debí mencionarlo —respondió divertido también.

Laura quería besarlo. Quería invitarlo a subir a su casa, hablar. Por una vez tratar de no insultarse cada dos frases, pero no creía que fuera posible si había interrumpido algo con su *compañera*. Mejor dejarlo pasar, otra vez.

—Hay cosas que es mejor no mencionar.

—Cierto —dijo saliendo de ella y abrazándola junto a su torso.

Laura cerró los ojos y aspiró su aroma. No había tenido demasiadas ocasiones de disfrutarlo: lo suyo era discutir. Si tan solo hubiera hecho esto mismo la noche del Eros en lugar de salir corriendo.

—Creo que tendría que irme. Mañana trabajamos los dos.

—Deja que te acompañe a la puerta, nunca se sabe lo que se esconde entre las sombras —propuso él.

—Sí, podría estar el mismísimo Satán... —dijo Laura en tono de chanza.

Los ojos azules de Borja brillaron divertidos.

—¿Es así cómo me llamas, pelirroja?

—¿Qué te hace pensar esa tontería, Borjamari? —replicó ella recolocándose la ropa para salir.

Borja la ayudó y ambos salieron del Maserati Gran C color azul. Laura miró al frente y echó a andar. Su piso estaba a pocos metros, solo al doblar la esquina. Sonrió al ver que no tardó ni un segundo en ir tras ella.

—Es solo intuición. —Eso y que Izar le había hablado de su gran capacidad para poner motes graciosos a todo el mundo.

—Pues es malísima. Ni siquiera te has acercado —respondió parada delante de su portal,

sacando las llaves del bolso.

—Qué raro, porque no me suele fallar...

—Siempre hay una primera vez para todo: para que te falle la intuición, para tener un gatillazo... Ya sabes.

—No me provoques, nena —susurró Borja acorralándola contra la puerta.

—Y, ¿qué harás si no paro?

—No lo sé, me lo tendré que pensar.

—Lo dicho. A los tíos se os va la fuerza por la boca. Creo que será mejor que me vaya a dormir. Además, has dejado a alguien esperándote en casa, ¿no? —soltó Laura más molesta de lo que pretendía.

—Creo que al final te daré unos cuantos azotes en ese trasero respingón.

—Tú flipas, Satán —dijo ella abriendo la puerta y dejándolo con un palmo de narices.

Borja se alejó riendo. Esa mujer, cuando no estaba de mala leche, era divertida.

Capítulo 11

En el momento en que se cerró la puerta y Elena se vio sola, el escaso valor que había acumulado en el camino de regreso, se esfumó.

Sabía que Sandro estaba en casa, podía escuchar la música en el salón y el lugar estaba caliente. Seguro que tenía la chimenea encendida. Respiró hondo, pensó en mil modos de decírselo y en todas las respuestas que podía obtener de él. No iba a ser fácil y tenía que prepararse si él no quería tener un bebé ahora. Era algo en lo que los dos estuvieron de acuerdo cuando hablaron de boda y una vida juntos. Tenía que asumir su parte del trato, en eso consistía también el matrimonio, en cesiones y respeto.

Aun así, la idea de un bebé resultaba abstracta hasta que sabías que lo tenías dentro. No era nada, de eso estaba segura, apenas una cabeza de alfiler. Lo que la estaba angustiando era la idea que siempre soñó y que de repente estaba a su alcance: Sandro Lombardi sería el padre de sus hijos.

Se paró junto a la entrada de la sala de estar. Allí estaba su marido, sentado en el sofá o más bien medio tumbado, con el pantalón del pijama puesto y sin camisa. Eso era jugar sucio, pensó. Si le miraba el torso no sería capaz de pensar con claridad y cualquier argumento para disculparse por lo ocurrido se iba al garete. Respiró hondo por enésima vez para darse valor y dio un paso, después otro, y otro más. Casi sin darse cuenta llegó hasta el sofá y Sandro levantó la cabeza para mirarla con ese rostro tan masculino que hacía que sus neuronas se fundieran y toda su brillantez, al menos para la parte tecnológica de la vida, se evaporaba. Adoraba aquellos ojos azules, aunque ahora mismo eran su peor enemigo.

—Hola, cariño. Ya he vuelto. ¿Qué tal la noche? —saludó de pie tras el respaldo del mueble con una voz demasiado tensa. Lo suyo no era ocultar secretos.

—Triste hasta que llegaste. —Sandro la obsequió con su media sonrisa y, al mismo tiempo, frunció el ceño cuando se centró más en la postura de su mujer—. ¿Va todo bien?

—¡Perfecto! —exclamó la friki levantando los brazos.

—Elena. —Su voz profunda y autoritaria sonó por el salón, él solo empleaba ese tono en la cama, cuando pedía su total entrega.

La joven rodeó el sofá y se sentó a los pies de Sandro. El muy puñetero leía demasiado bien en ella.

—Lo siento mucho, cariño. Te he fallado.

—¿De qué estás hablando? —inquirió él preocupado, mientras se incorporaba y se sentaba en el sofá sin entender nada de nada.

Elena cerró los ojos, estrujó sus dedos y dijo sin mirarlo.

—Estoy embarazada.

Sandro se quedó quieto y mudo por unos segundos que para ambos parecieron horas. Embarazada... Su Elena le iba a dar un hijo...

—¿Por qué lo sientes? —preguntó entonces aclarándose la garganta.

—Porque no era lo que querías ahora. Aún íbamos a esperar un par de años, cuando te retirases de las pasarelas. Ha pasado sin más, entiendo que habrá que tomar medidas, pero, por

favor, no te enfades conmigo.

Sandro tiró de ella y la colocó en su regazo para poder abrazarla.

—*Ucellino*, solo se adelantan un poco nuestros planes, no tienes de qué preocuparte. Me vas a dar el mejor regalo que se le puede dar a un hombre —afirmó cariñoso.

Elena lo miró sin decir nada y parpadeó un par de veces para estar segura de lo que había escuchado.

—¿Me estás diciendo que quieres tenerlo ahora?

—Claro, lo hemos hecho los dos, cariño.

La joven apretó los labios sin saber qué decir. Había tenido tanto miedo en un momento que debía ser tan feliz, pero la mirada de su marido le decía que sí lo era. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con fuerza.

—Oh, Sandro. Te quiero tanto.

—Yo te quiero aún más por este regalo —declaró él.

—Lo hemos hecho los dos —dijo repitiendo sus palabras.

—Sí, pero la que lo llevará en su interior eres tú, mi pequeña *ucellino*.

—Cierto. Y eso me lleva a pensar. ¿Me querrás cuando me ponga gorda y el humor se me vuelva insoportable? —preguntó Elena con media sonrisa.

—Siempre te querré, además te crecerán las tetas —apuntó él divertido.

Elena lo miró abriendo los ojos.

—Pero... pero... ¡Tendrás queja de mis tetas!

—Ninguna, cielo, aunque si crecen no les haré ascos.

—Eres tonto, Lombardi, pero te quiero y estoy segura de que serás un padre estupendo, por eso te voy a perdonar ese comentario.

—Claro que soy tonto, me tienes atontado con tu belleza.

Elena lo besó despacio, disfrutando de aquellos labios que la volvían loca.

—¿Te he dicho ya que siempre he querido hacer algo contigo?

—Soy todo oídos —Tiró de su cintura hacia él.

—Darte un buen mordisco en el culo —soltó Elena.

Sandro estalló en carcajadas.

—Mi trasero es tuyo para lo que quieras.

Elena se quitó la camiseta para quedar en igualdad de condiciones con su marido y sonrió satisfecha.

—Entonces, pienso dejarte los dientes marcados en ambas nalgas.

—Lo que tiene que sufrir un hombre...

—Siempre puedo vestirme otra vez —dijo ella, mientras se deshacía del sujetador—, e irme a dormir.

Sandro la alzó en brazos y la besó con ternura.

—Antes serás mía.



Izar estaba tumbada en el suelo jugando con su hijo, era la mejor forma de que el tiempo pasara hasta que llegara Elena para ponerse a trabajar. La habría llamado por teléfono, pero Darío la miró mal cuando lo intentó alegando que la pareja necesitaba intimidad. Volvió a lanzar a su hijo al aire estallando ambos en carcajadas. Darío, por otro lado, los miraba sonriendo desde el sofá donde estaba sentado con su portátil en sus rodillas.

—Sí que tarda, ¿no? ¿Le habrá ido bien? —preguntó Izar.

—Supongo que sí —respondió Darío. Sabía lo que Elena era para su mujer y esperaba que la morenita llegara pronto o estaba seguro de que Izar iría a buscarla.

—Espero, porque ella es muy frágil y buena. —Izar rio cuando su hijo tiró de su jersey y se lo bajó mostrando el sujetador de encaje lila que llevaba—. Mira, clavadito a su padre.

—Nena... Tápate o mando a Ethan a su cuarto y Elena no vendrá a trabajar...

—Cómo eres... —sonrió la rubia, mientras se subía el jersey.

Darío apartó el portátil y se tiró al suelo junto a ellos. Besó a Izar en la sien y le sonrió al apoyar la barbilla en su hombro.

—Soy un hombre que está loco por su mujer, que aprecia que su hijo se parezca a él y que querría poder desnudarla ahora mismo —declaró juguetón.

—Vaya, esa idea me gusta, pero, como lo tendremos que dejar para esta noche, quiero sesión doble.

—Hecho.

Justo en ese momento, el timbre de la puerta sonó y Darío miró hacia la entrada.

—Creo que ya la tienes aquí. Dame a Ethan.

Izar le pasó a su hijo y los besó a ambos.

—Reconoce que te mueres también por saber...

Izar se levantó y se dirigió hacia la puerta para abrirla.

—Sabes que sí, pero que lo negaré ante cualquier tribunal.

Izar rodó sus ojos antes de abrir la puerta y tirar de Elena hacia dentro.

—¿Qué sucedió? —la interrogó ansiosa.

—¿Cuándo? ¿De qué? —preguntó Elena haciendo que no sabía de qué hablaba.

Izar la zarandó.

—No me vengas con gilipolleces. ¿Qué te dijo tu marido?

Elena sonrió ampliamente y acarició la inexistente tripita.

—Que espera que se parezca a mí.

Izar saltó de alegría.

—¡Nuestros hijos se criarán juntos!

—¡Sí! —dijo Elena abrazándola.

—Y eso, Ethan, son las mujeres. Mucho ojito con ellas o te volverán loco —comentó Darío a su hijo cuando las dos, abrazadas, empezaron a dar saltitos.

Izar estrechó su mirada.

—No le digas esas cosas a mi hijo. Yo me encargaré de que encuentre a una buena mujer.

—Tranquilo, Ethan. No dejaré que ella se meta. Palabra de papá —afirmó Darío.

Elena se rio. Se había asustado mucho el día de antes al pensar que aquello sería un problema en su recién estrenado matrimonio, pero ahora estaba feliz.

—No te quejes, Izar. Es divertido verlos juntos.

—Ya, ya... Bueno, ¿enloqueció al principio o no? —preguntó la rubia.

—Pensaba que sí, que se enfadaría, sin embargo, se lo tomó muy bien. Solo dijo que el bebé adelantaba los planes y que era de los dos.

—¿En serio? Entonces, ¿deja su trabajo?

—Hemos quedado después para comer, pero creo que sí. Él siempre ha querido pasar el embarazo a mi lado, no perderse nada. Si empieza a viajar no será posible —comentó la friki.

—Es comprensible, además te adora.

—Sí, he tenido tanta suerte de encontrarle... A veces tengo miedo de despertarme por las mañanas, ¿sabes? Ese momento en que estas despierta, pero sigues con los ojos cerrados. Pienso

en él y no quiero abrirlos por si al hacerlo descubro que en realidad todo es un sueño y sigo sola en el piso de mi abuela —comentó Elena.

—En eso te entiendo —suspiró Izar, mientras se sentaba en la silla de su despacho—. Yo todavía no me creo estar con semejante hombre y mucho menos ser madre.

—Tú seguro que tienes más idea que yo en eso. En los libros de romántica, ¿cuándo se da cuenta la chica que todo era un sueño de Resines? —preguntó la morena sentándose a su lado—. Lo digo por ir preparándome.

Izar la miró perpleja.

—Eres de lo que no hay.

—Por eso me quieres. Por eso y porque te ahorro tiempo en internet —apuntó Elena con una sonrisa encogiéndose de hombros.

—Bueno, ya sabes que me odia, no es mi culpa.

—No te odia. Es software, no puede odiar.

—A mí me odia, hace todo lo contrario de lo que le digo —resopló Izar.

—Pues dile lo contrario de lo que quieres hacer —dijo muerta de risa—. Aunque mejor no, o me quedo sin excusas para venir todos los días.

La rubia le sacó la lengua, al tiempo que un sonido estridente resonó en el despacho.

—¿Una silla puede romperse de un peo? —preguntó con los ojos muy abiertos, como expectante.

Elena levantó una ceja y la miró acostumbrada a aquello.

—Eso depende. ¿A ti te harán falta puntos?

—Pues ahora que lo pienso he rebotado —dijo muerta de risa.

—¿Ahora te tiras pedos rebotantes? Ostras, ya tenemos título para tu nuevo libro.

—Queda hasta bien y todo. —Izar se secó las lágrimas de risa.

—¿En serio? —se escuchó decir a Darío desde el salón, donde seguía con Ethan— ¡Qué barbaridad! Mejor me voy con él al parque o se le pegará toda esa demencia que destiláis por los poros.

—¡Yo también te quiero, cariño! —gritó Izar desde el despacho.

—Por cierto, Elena. Enhorabuena, pero aléjate de esa loca —añadió Darío antes de salir del piso.

Las dos mujeres se miraron y estallaron en risas. Sabían de sobra que Darío exageraba y lo más probable es que él también se estuviera riendo mientras bajaba en el ascensor.

—Él es único —suspiró Izar enamorada.

—Las babas, jefa, que entre eso y el peo hoy no hacemos nada.

—Aguafiestas —gruñó la escritora.

—Izar, ¿puedo preguntarte algo un poco personal?

—Claro, suelta por esa boquita.

—Sé que habrá muchas cosas malas, pero, ¿merece la pena? —preguntó la friki poniendo una mano en su vientre.

—La verdad, es que sí. Cuando te miran con esa carita dulce y te dan su primera sonrisa, no tiene precio. Además, si se parecen al padre, te derriten.

—Si se parece al padre no querré apartarme de él —afirmó con rotundidad Elena.

—Esa es la realidad —sonrió Izar.

—Gracias por todo, jefa. Sin ti no habría conocido a Sandro y nada de esto estaría pasando.

—No me des las gracias, os conocisteis por el destino, igual que yo conocí al amor de mi vida en el Eros —declaró Izar.

—Creo que un día tendrás que llevarnos al Eros. Con aquella locura empezó todo —dijo la morena riendo, al imaginarse allí con Sandro. Posiblemente al pobre le diera un patatús.

—No veo a Sandro en el club, con lo posesivo que es contigo mataría a todos los que se te acercaran.

—Cierto... Pero es divertido imaginarlo. Bueno, jefa esclavista. Si no vas a tirarte ningún pedo más... ¿empezamos?

—Habló la finolis... No soy la única que se los tira, además los míos huelen a flores.

Elena la miró muy seria, tratando de dejarle claro que sí a lo primero y que ni de coña lo segundo, pero era imposible. Acabaron las dos riendo.

Capítulo 12

Esa misma noche las chicas habían quedado para poder celebrar el embarazo de Elena ya que no pudieron hacerlo el día anterior. Tras comer con Sandro las avisó a todas por el grupo de WhatsApp de que su marido estaba encantado con lo de ser papá, y que, en diciembre, o sea, en apenas un mes, anunciaría su retirada oficial de las pasarelas. Se iba a quedar en Barcelona a lado de ella para disfrutar de todo el embarazo. Así, en ese mes, lo prepararía todo para la que sería su nueva ocupación: cazatalentos. Iba a fundar una escuela de modelos.

Laura iba a salir de su piso ya arreglada para la fiesta, sin alcohol, cuando le sonó el móvil y todo se fue al traste. Marina la llamó por la perrita que acababan de operar esa misma tarde. Al parecer no tenía buen aspecto y ella había quedado con su novio para cenar y conocer a sus padres. Era un paso importante en su relación y no quería privarla de ello. Llevaba a su lado desde que abrió la clínica y le había hecho mil favores. No podía hacerle algo así, de modo que llamó a Elena personalmente para disculparse por no poder ir. Últimamente lo hacía mucho. Por suerte, su amiga lo entendió y le dijo que había tiempo para seguir celebrando aquello. Así que no se detuvo ni a cambiarse de ropa. Cogió el portátil y salió hacia la clínica. Le esperaba una noche bastante larga.

Ya era más de media noche y por suerte, todo iba bien con la paciente. Dormía tranquila en el patio interior y Laura volvió a lamentar tener a los animales prácticamente a la intemperie. Había cubierto parte del patio con un techo provisional, pero la comunidad de vecinos le impedía cerrarlo por completo y convertirlo en una habitación extra, que era justo lo que necesitaba. Bueno, en realidad necesitaba el doble de metros pues la mayoría de los espacios de la clínica eran polivalentes.

Estaba mirando en el móvil una divertida foto de sus amigas, cuando unos golpes fuertes e insistentes resonaron en el silencio de la noche sobresaltando a Laura, que estaba escuchando a Metallica, uno de sus grupos favoritos, para relajarse mientras leía un rato.

Miró el reloj, extrañada. Lo más probable es que fuera que las chicas pasaban a saludar. Si no, no se explicaba el tener visita.

Abrió la puerta y si la hubieran pinchado en aquel momento, no habría salido ni gota de sangre.

—¿Borja? ¿Qué haces aquí? Si es una broma de Izar ya puedes ir olvidándote, no estoy de humor.

—Necesito tu ayuda —respondió él asustado y sorprendido al ver quien abrió la puerta de la clínica con tan curioso nombre: Peluches.

—¿Ayuda? ¿Qué ocurre? —indagó mirándolo.

Borja le mostró el trasportín rosa con dibujitos de patitas de gato que llevaba en la mano.

—Mi princesa se ha caído por el balcón... —Su voz sonó rota en ese momento, el sentimiento de culpa iba impreso en su tono.

Al ver el trasportín Laura entró en modo veterinaria y se olvidó del resto. Tomó la caja en las manos y le indicó con un gesto de cabeza a Borja que la siguiera.

En cuanto puso un pie dentro de la pequeña clínica un grito lo recibió:

—¡Castración! ¡Castración!

Borja miró al loro alucinando.

—¿Por qué no me extraña que sea suyo?... —susurró más para sí mismo que para la pelirroja. Aquello era una locura, sin embargo, Borja la siguió con la esperanza de que pudiera salvar a su princesita.

—Ignora a Manolo, se lo dice a todos los hombres que entran en la clínica, no es nada personal —explicó Laura mientras abría la caja de plástico quitando la parte de arriba. Dentro estaba una preciosa hembra de bengalí que parecía a punto de explotar de lo agitada que respiraba—. ¿Desde qué altura cayó? —le preguntó cogiendo un estetoscopio y ocultándola.

—Desde el ático, unos tres pisos de altura. Fue desde el balcón del salón. La mujer que limpia en casa se dejó todas las puertas abiertas —explicó él conteniendo la furia que bullía en su interior.

—Tuvo suerte entonces, algo debió frenar la caída o no estarías aquí. Muchas veces los toldos o los árboles de la calle los salvan de una caída mucho peor.

Laura apoyó la mano en la de Borja tratando de calmarlo. No tenía buena cara y parecía estar temblando. Realmente quería a ese animal y aquello hizo que su coraza se resquebrajara un poco.

—¿Me podrías ayudar? Estoy sola y voy a necesitar a alguien para curar a... ¿Cómo se llama tu princesa?

—Zira, y sí, solo dime que es lo que tengo que hacer.

Laura sonrió. Por una vez no era el chulo de siempre, parecía alguien, como decirlo... Humano.

Cogió a la gatita en brazos y le pidió que la siguiera a la sala de al lado que hacía las veces de sala de rayos, almacén y quirófano. Dejó a Zira sobre la mesa de metal. La pobre estaba tan asustada como su dueño y no hizo ni ademán de escaparse. Después cogió una especie de delantal de plomo y se acercó a Borja para ponérselo.

—Vas a necesitar esto para proteger a tus soldaditos de los rayos X. Tendrás que sujetar a Zira para que esté estirada mientras le hago una radiografía. Descartaremos que tenga nada roto, que no lo parece, y confirmaremos porqué respira de ese modo tan agitado —comentó lo más profesional que pudo. Acercarse a él de aquel modo no ayudaba a su determinación de mantenerse apartada.

Borja asintió y la ayudó a colocarse el mandil protector. En cuanto colocó sus manos sobre Zira, la gata giró la cabeza hacia él, arrancando del rostro de su dueño una media sonrisa.

—Tranquila, princesa, todo va a estar bien —le dijo con voz suave.

Laura sintió cómo el muro con el que mantenía a Borja alejado se rompía mucho más al ver el modo en que miraba a su gata. Ella también adoraba a los suyos y creía que nadie que amara a sus gatos de ese modo podía ser tan malo. ¿no?

Laura se colocó tras la máquina y disparó un par de veces para poder confirmar lo que sospechaba. Era lo normal en las caídas, pero no quería dejar nada al azar. No lo hacía nunca, pero siendo para él, menos aún.

—No tardará nada en estar lista la foto. ¿Te ayudo a quitarte eso?

—Sí, gracias. No quiero asustarla si hago ruido.

—Vamos, vive contigo. La pobre tiene que estar curada de espanto —dijo la pelirroja, mientras le ayudaba a quitarse la protección.

—Es muy asustadiza y solo la mujer que limpia entra en mi casa. A parte de Darío y su esposa, no ha entrado nadie más. —Borja clavó su mirada en ella.

Laura no sabía qué decirle a eso. Le gustaba la idea, era justo lo mismo que ella hacía en su piso. Solo Agnes había ido allí y nunca llevó a ningún hombre. Que no hubiera habido mujeres lo bastante importantes como para ir a su piso, le agradaba mucho más de lo que querría admitir.

—Pues para no ser muy sociable, se está portando muy bien —dijo ella, acariciando al animal

que cerró los ojos encantada.

—No te fíes, eso es porque estoy justo a su lado. Si me alejo de ella se convierte en una tigresa. —Sonrió al recordar cómo Izar quiso acariciarla y Zira se revolvió como si le hubiera clavado una aguja en el culo—. Pregúntale a Izar su experiencia con ella.

—No hablaba de la gata —declaró Laura mirando la pantalla de la maquina con una sonrisa—. Pero lo tendré en cuenta.

Borja sonrió de medio lado.

—No me considero un antisocial.

—Todo parece estar bien —dijo entonces la veterinaria eludiendo decirle nada más—. Es un neumotórax. Deberíamos pinchar y sacarle el aire que le está oprimiendo, por eso le cuesta respirar. ¿Podrás sujetarla mientras lo hago?

—Sí, hazlo. —Borja sujetó a su gata con ternura para que Laura pudiera trabajar en ella.

Primero le afeitó un poco de pelo a cada lado del cuerpo y después, con mimo y cuidado, sin dejar de hablar con Zira, explicándole a ella lo que le estaba haciendo, pinchó sus costados para extraer el aire que separaba la pleura de sus pulmones y le impedía respirar con normalidad. En cuanto terminó, fue como si no hubiera ocurrido nada.

Borja la miró maravillado.

—Dios, pelirroja, muchas gracias por salvarla —manifestó aliviado.

—Si he podido hacerlo ha sido por mi maravilloso auxiliar de veterinaria de hoy —replicó ella con una sonrisa.

—Mi veterinario tenía razón, eres muy buena.

—¿Tu veterinario? —preguntó extrañada, pero claro, también era extraño que Borja se presentara a esas horas en su clínica cuando ella no hacía guardias nocturnas. Sus pacientes tenían su número para esos casos.

—Sí, él tenía una boda y se encontraba fuera. Me recomendó venir a tu clínica y me dio la dirección asegurándome que eras muy buena. No sabía que eras tú y la verdad es que dudé cuando llegué a la puerta, pero no me arrepiento de haber entrado. No deo que cualquiera toque a mi compañera.

—Tu compañera...

Y recordó las palabras que le dijo al recogerla en casa de Elena.

—Sí, ella es mi compañera, siempre está a mi lado y no me traiciona.

—Sí, son los únicos que no lo hacen. Entonces, es ella con quien estabas —se decidió a preguntar la veterinaria.

—¿Con quién estaba cuándo?

—Cuando me recogiste de casa de Elena y Sandro. Me dijiste que estabas con tu compañera y que pensara un poco.

—Así es, estaba con ella. —Borja se giró para encararla de frente—. ¿Creías qué era una mujer?

—Tú creías que salía de estar con otro y solo salía de llevar a mi amiga, que acaba de enterarse de que estaba embarazada a su casa. Considéralo un empate —replicó Laura con media sonrisa.

Borja hizo una mueca extraña al escuchar lo del embarazo, parecía algo molesto. Fue un gesto pequeño, casi imperceptible, sin embargo, a Laura no le pasó desapercibido confirmando lo que estaba pensando aquella noche de la que hablaban.

—Tienes razón y me disculpo por eso. No debí pensar aquello en primer lugar.

—Bueno, yo tampoco a pesar de lo de la vampira... Podemos olvidarlo y ya está.

—Me la encontré de casualidad, no fue premeditado, créeme —suspiró. Sin embargo, que aún siguiera molesta por aquello significaba que, a pesar de sus esfuerzos por negarlo, le importaba más de lo que admitía.

—Bueno, hay un modo en que pueda olvidar todo eso y es hacerle caso a Manolo. La castración es realmente liberadora. Y ya que estás aquí... Apenas te dolerá, lo prometo. O no.

—Pelirroja... Mejor que estés un rato calladita —gruñó él.

—Lo intenté una vez y fueron los peores treinta segundos de mi vida —replicó divertida.

Borja rio con ella, la tensión que había sentido hasta ahora se disipó gracias a esta preciosa mujer que tenía justo frente a él.

—Es bueno saberlo.

Laura sonrió y se retiró el pelo hacia atrás. Se escuchó un ruido en el patio y ella enseguida se tensó.

—Tengo que ir a ver.

—Ve tranquila, yo estaré junto a Zira, si no te importa.

—Para nada. Es que tengo una paciente allí, por eso estoy aquí esta noche. Tendría que ver si es que le pasa algo. ¿Quieres venir y que te la presente?

—Claro, ahora tengo curiosidad.

Laura abrió la puerta del patio trasero y allí, en una de las jaulas pensadas para que los animales pasaran unos días allí, había una perrita. Era pequeña. Tenía el abdomen vendado y parecía desorientada.

—Esta es Gala. La he sacrificado esta misma tarde.

Borja la miró sin entender nada.

—¿Sacrificado? Nena, yo la veo bastante viva.

—Bueno, sus dueños la trajeron para sacrificar esta tarde, es lo que tenía que haber hecho, pero no pude resistirme a tratar de hacer algo por ellos, por Gala y sus dueños. Así que la operé. Su familia no lo sabe. Si pasa esta noche, mañana los llamaré para que la recojan y se la lleven a casa. El dinero que pagaron para dormirla se lo devolveré en medicinas para que la cuiden hasta que se recupere del todo —explicó Laura mientras abría la puerta de la jaula y acariciaba al anciano animal.

—¿Y si se niegan? ¿Qué vas hacer? No puedes quedarte con todos los animales que te traigan.

—Se la llevarán. En realidad, no querían sacrificarla. Gala es la mejor amiga de Jaume, el hijo de la familia. Gala enfermó, su útero se llenó de pus y la estaba destrozando por dentro. Operarla se salía de sus posibilidades económicas. La crisis, ya sabes. Apenas empiezan a levantar cabeza. Además, la edad no garantizaba que después del gasto Gala sobreviviera. Podía morir solo por la anestesia. No podían curarla, pero tampoco dejar que sufriera y por eso decidieron dormirla. La quieren. Era lo mínimo que podía hacer por ellos —le explicó Laura con pena.

—Entonces, les vas hacer el mejor regalo de sus vidas —afirmó Borja.

—Eso espero. Gala lo está llevando muy bien. Seguro que aún puede jugar con Jaume unos cuantos años más.

—Tienes muy buen corazón, pelirroja. —Borja realmente la admiraba por lo que hacía, la prueba estaba en cómo había tratado a su gata y la manera en la que su compañera reaccionó a ella. No se lo diría todavía, pero Zira no soportaba que la tocara un extraño y con ella estuvo realmente a gusto. Incluso ronroneó a pesar de lo mal que debía estar pasándolo.

Laura lo miró con los ojos muy abiertos y apoyó la mano en su frente, como si le estuviera tomando la temperatura.

—¿Te encuentras bien? Podrías estar incubando algo sin saberlo...

Borja bufó.

—¿No puedo decirte un cumplido? —inquirió él.

—Es solo que resulta extraño, pero me ha gustado. Gracias.

—De nada. ¿Cuándo podré llevarme a Zira a casa?

—Hoy mismo. Has tenido suerte, bueno, ella en realidad. Muchos de los que caen por los balcones se parten el paladar y eso es mucho más complicado. O las patas. Por suerte no ha sido así, solo está dolorida. Te haré un informe para que se lo des a tu veterinario, pero seguramente tengas que pincharle calmantes esta semana para que pueda estar bien, y que coma. Eso es importante. Y mucha agua. No la agobies, pero vigílala.

—Está bien. Tengo mi casa acondicionada para ella, pero esa irresponsable se ha dejado no una puerta abierta, sino dos, la de seguridad también... —Borja cada vez que lo recordaba hervía de furia.

Laura apoyó una mano en su brazo, acariciándolo para reconfortarlo.

—No te centres en eso, hazlo solo en que Zira ya está bien.

—Suerte de que lo está.

—¿Quieres tomar algo caliente? Tengo café. Seguro que te sienta bien.

—Sí, por favor —sonrió Borja.

Laura cerró la jaula de Gala tras comprobar que estaba bien y volvieron dentro. Junto a la entrada a la clínica, había un pequeño despacho, atestado de cosas y animales. El ordenador con la música de Metallica seguía sonando allí.

Laura fue directa a la cafetera de cápsulas y la puso en marcha.

—¿Solo o con leche?

—Solo —contestó Borja mientras se sentaba en la silla frente a la mesa.

Una gata siamesa se enderezó en el escritorio de Laura y se sentó frente a Borja, mirándolo de manera amenazadora. No le dio importancia, pero sí se quedó observando al gato que dormía en una pose un tanto extraña en la otra silla.

—¿No se partirá el cuello?

Laura se giró y miró al animal que dormía con la cabeza abajo y el culo hacia arriba en su asiento. Siempre aprovechaba cuando se levantaba para quitarle el sitio.

—Al principio lo creía, pero lleva años así. Garbanzo es un poco peculiar.

Borja casi escupe el café.

—Pero... ¿Qué clase de nombre es ese?

—¿Uno para gato? Y la que te mira tan atentamente es Patito.

—Jesús, pelirroja, tú te vengas de ellos.

—De eso nada. A Patito la adopté y ya se llamaba así. La hija de la dueña que la tenía antes no sabía hablar muy bien y en lugar de gatito, decía patito, y con eso se quedó. La dejaron aquí para irse una semana de vacaciones y ya lleva aquí tres años. Detrás de ti está Margarita. Es una iguana verde de dos años, el tiempo que llevo buscándole un hogar. Su anterior dueño quería criar y buscó una hembra a la que llamó Margarita. El problema es que también era macho y la dejó aquí... No sé decir que no y no quise cambiarle el nombre, es bonito. Y Garbanzo... Bueno, ese sí es culpa mía. Me hizo gracia —dijo Laura con una sonrisa.

—¿Has pensado en montar un zoo? —la interrogó con guasa Borja.

—Hay días que sí, por eso lo del local más grande. Así podré tener cocodrilos incluso.

—Paso de comentarte nada.

—Vamos, no podía dejarlos en la calle.

—Están las protectoras, pelirroja. Yo doy cada año un montón de dinero a las de gatos.

—Ya, pero te miran con esos ojos... Es como contigo. Me miras y pierdo la capacidad de pensar. Incluso a veces me dan ganas de adoptarte, pero luego me acuerdo de que eres Satán y se me pasa.

Borja sonrió socarrón.

—Al fin reconoces que te gusto.

—¡No! No quería decir eso... Maldita bocachancla la mía.

—Tranquila, mantendré tu secreto. —El moreno le guiñó un ojo mientras se tomaba el café.

—Gracias... Y, por cierto, lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Ser tan borde contigo, no siempre, hay veces que te lo mereces, pero me refiero a las otras.

—Me estoy acostumbrando a tu genio —convino Borja con una sonrisa.

—¡Venga ya! Nadie me soporta cuando soy borde, que es siempre, ya que lo pienso.

Laura lo miró con una cálida sonrisa. Por una vez no estaban a punto de matarse. Toda una novedad.

—Yo no soy nadie, pelirroja. —Borja se levantó dejando la taza en la mesa—. Creo que es hora de irme, ya es muy tarde. Dime cuánto te debo.

—¿Deberme de qué? ¿Del café?

—Del cuidado de Zira.

—Ni lo sueñes, no pienso cobrarte por eso. Considéralo una ofrenda de paz.

—Nena, con una sonrisa tuya me doy por satisfecho, pero, tienes facturas que pagar y a mí no me falta el dinero, dime qué te debo.

—Ya te he dicho que nada. Es parte de la filosofía de la clínica, y seguirá siendo así en el nuevo centro. Lo tuyo era un caso de vida o muerte, eso no tiene precio, no se cobra. Como con Gala.

Borja no discutió, sabía que sería inútil, la filosofía del negocio le gustó. Laura no era solo veterinaria por trabajo, lo era también por vocación. Amaba lo que hacía. Sin embargo, había muchas formas de pagarle lo que había hecho por su gata.

—Está bien, no discutiré.

—Mejor. Cuidala bien e intenta no darle pienso que sea muy grande, eso la ayudará. Espero que me tengas al día de como está.

—Lo haré y... —Se acercó a ella enmarcando su rostro entre las manos y la besó con ternura y calidez—. Gracias por todo.

—Ha sido un placer —respondió ella apoyando las manos en su cintura. Dios, esos ojos...

Borja se separó de ella con una sonrisa en su rostro, cogió el trasportín y salió de la sala, despidiéndose de ella.

Laura se quedó sentada en su silla con Garbanzo en brazos que ronroneaba por poder volver a sentarse sobre ella. Patito se tumbó en la mesa apoyándose contra a su brazo. En cuanto escuchó a Manolo volver a pedir la castración de Borja supo que se había marchado. Estaba perdidamente enamorada de él, lo sabía, aunque ahora también sabía que le dolería mucho estarlo.

Capítulo 12+1

El sábado a mediodía, Laura abrió los ojos aún con ganas de seguir durmiendo. Muchas. Se había acostado pasadas las diez de la mañana, después de llamar a la familia de Gala para que la recogieran antes de que la clínica abriera.

Se habían extrañado mucho que tuvieran que hacerse cargo del animal, y todavía más de que Laura insistiera en que Jaime debía estar presente. Lloró tanto o más que ellos al volver a verlos felices y no destrozados como cuando abandonaron el lugar la tarde anterior. La cara que pusieron al verla viva y operada era el mejor pago a sus esfuerzos. No era la primera vez que hacía algo así y por desgracia no siempre salía bien. En alguna que otra ocasión, la operación no funcionaba y tenía que llorar sola por la pérdida de un paciente. Para ella no eran solo animales, eran parte de la familia de alguien y sabía lo que dolía perder a un ser a quien amabas. Se alegró de que aquella no fuera una de esas ocasiones.

Después de que Marina llegara, la puso al día y se marchó a descansar. O al menos eso intentó, sin embargo, la imagen de Borja, sus ojos, la sensación de tener sus labios contra los suyos... No la dejaron dormir. Aún pensaba que se había vuelto loca. ¿Cómo demonios acabó frente a su puerta? A veces, el destino era un cabrón.

Cansada de dar vueltas en la cama sin poder volver a dormirse, se levantó y se preparó un café muy cargado mientras miraba las noticias en su móvil. Con suerte se habría acabado el mundo y podría volver a la cama. Sin En ese instante, el móvil vibró en sus manos por una llamada entrante.

El número era el de Borja y se sobresaltó.

—Hola... ¿Zira está bien? —preguntó preocupada.

—Sí, está bien dentro de lo que cabe, te llamaba por si querías salir esta noche a tomar algo.

Laura se quedó callada sin estar segura de lo que acaba de escuchar.

—¿Estás ahí? —inquirió Borja preocupado.

—Sí, sí —dijo la veterinaria reaccionando al fin—. Es solo que... ¿Acabas de invitarme a salir?

—Así es.

—Sí, me encantaría, Satán.

Borja abrió mucho los ojos, dejaba de llamarlo Borjamari para llamarlo Satán. ¿Acaso no sabía que tenía nombre? Y luego protestaba porque la llamaba pelirroja. ¡Mujeres!

—Nena... Creo que tú y yo debemos tener una conversación seria —comentó el joven.

—Esa es una gran idea, la duda es si podremos. Ya sabes... Soy un peligro y una deslenguada. ¿Cómo dijiste? Guapa, pero que me perdía la boca.

—Podré con ello. Te paso a buscar a las diez —dijo Borja destilando seguridad.

—¿A dónde me vas a llevar? —quiso saber Laura.

—Donde voy los sábados por la noche, al Eros.

Laura no supo que pensar.

—¿Al Eros? Menos mal que me lo has avisado, estoy sin depilar.

Borja se ahorró el comentario para sí mismo.

—Tienes tiempo hasta las diez, te pasaré a recoger a esa hora.

—Está bien, te espero —contestó ella, con una sonrisa en los labios y el corazón desbocado. Tenía una cita con Borja.

Borja colgó y se dirigió a la ducha sonriendo. Por fin su relación tomaba un rumbo y parecía que debía agradecerse a Zira.



A las diez en punto, Laura estaba en su portal esperando a que la recogiera. Se miró el pelo de nuevo en el espejo del zaguán. Como siempre, su melena parecía tener vida propia, pero al menos había logrado que tuviera unos bonitos bucles. Había escogido un vestido negro, corto y escotado para la ocasión, además de un precioso conjunto de lencería por si tenía que enseñarlo. Ahora todo estaba medio oculto bajo el abrigo blanco, sin embargo, esperaba que le gustara a él.

Estaba nerviosa, mucho, como si aquella fuera la primera vez que salía a tomar algo con un hombre, pero no era con uno cualquiera, era con él. Solo esperaba lograr que su bocaza no le jugara demasiadas malas pasadas.

Borja paró justo delante de su puerta, puso los cuatro intermitentes y salió del deportivo rodeándolo hasta detenerse frente a la pelirroja. Sus ojos se oscurecieron de anticipación al ver cómo iba vestida. Parecía un regalo listo para desenvolverse.

—Me estoy arrepintiendo de haberte pedido salir, pelirroja —dijo con su voz ronca y profunda.

La expresión de Laura cambió a la más absoluta tristeza ante esas palabras.

—¿Por qué? —preguntó insegura.

—Porque estás realmente preciosa y lo que me apetecería es subir a tu casa ahora mismo —afirmó Borja abriéndole la puerta del deportivo como un caballero.

—En serio, me han dado ganas de clavarte el tacón entre los ojos —confesó la veterinaria subiendo al vehículo y recuperando el aliento.

Borja se inclinó sobre ella aspirando el dulce aroma que desprendía, clavó en sus ojos su intensa mirada azul mientras le colocaba el cinturón él mismo y, rodeó el deportivo riendo de su reacción.

El joven entró en el vehículo y arrancó para dirigirse al Eros. La miró de reojo y tuvo que sujetarse con fuerza al volante para no tomarla ahí mismo como un animal en celo. Sus ojos se veían hermosos, casi resplandecían, como deslumbrantes estrellas. Era preciosa.

Y muy nerviosa. No sabía dónde poner las manos y le estaba costando un esfuerzo descomunal no ponerse a parlotear sin control, como hacía siempre que lo estaba. No paraba de retorcer el tirante del bolso y de mirar a todas partes, excepto a Borja.

Poco después dejaron el Maserati en el parquin y entraron al local juntos. La chica de la entrada saludó a Borja con familiaridad, como hizo con Darío e Izar el día que fue con ellos.

—Buenas noches, Borja. Espero que disfrutes de tu visita, como siempre —dijo entregándole las llaves de la sala VIP y las pulseras de las consumiciones.

—Buenas noches, encanto, ya sabes que siempre disfruto de mi estancia —respondió él, guiñándole un ojo y sujetando de la cintura a Laura.

Cuando pasaron las puertas, la oscuridad la desconcertó por un momento. Se sintió incómoda, pero al notar el cuerpo de Borja pegado al suyo lo cambió todo. A su lado estaba segura y se sentía bien.

—Hay mucha gente. La otra vez no me fijé demasiado —comentó solo para él.

—Seguramente estabas nerviosa. Es sábado y es cuando viene más gente a disfrutar de los

placeres del Eros —explicó Borja acercando sus labios a su oído, dirigiéndola a la barra.

—¿Y quién dice que hoy no lo estoy?

—¿Estás nerviosa, pelirroja?

—Siempre que estás cerca —confesó ella.

—Eso no tiene porqué ser malo. —Borja sonrió sujetándola de la cintura y alzándola al taburete—. Dime qué quieres tomar.

—Un refresco —dijo Laura. El alcohol no estaba siendo su mejor aliado últimamente así que, al lado de él, era mejor estar lo más consciente de todo o acabaría liándola.

Borja pidió las bebidas para ellos y se quedó de pie a su lado, muy juntos. Si ella estaba nerviosa lo mejor era mostrarse protector y, tal vez, llevar la conversación a un tema que no la intimidara.

—¿Cuándo abrirás la nueva clínica? —preguntó tratando de entablar una conversación con la que estuviera cómoda.

—Después de Año Nuevo. Al menos esa es mi intención.

—Mi empresa hará todo lo posible para que así sea. Haces un buen trabajo. —Borja bebió de su cóctel despreocupado.

—Podría acostumbrarme a esto, Borjamari.

—¿A qué te haga cumplidos? —inquirió él.

—Sí, y a no llamarte imbécil cada dos minutos, pero le quita la magia —soltó Laura con su habitual gracia.

—Hay otras clases de magia, pelirroja —insinuó el joven con una sonrisa ladeada.

—Sí, ¿cómo cuál? Últimamente soy más de ciencia que de Harry Potter.

—Mujer de poca fe...

Borja la sujetó de la nuca y la besó. Laura gimió contra sus labios y, respondió con tanta hambre y pasión como él. Le separó las piernas y se colocó entre ellas sin dejar de besarla. Acarició todo su cuerpo por encima del vestido hasta que eso le pareció poco y tiró del tirante, dejando uno de sus pechos a la vista de todos.

Laura se mostraba receptiva, no estaba molesta porque la tocara, besara y desnudara delante de toda aquella gente. Eso le gustó y sintió un tirón en su entrepierna. La apretó más contra su cuerpo apoyando su erección contra la humedad de su centro.

Cuando Borja dejó que su mano acariciara su perfecto pecho, un hombre de más o menos la misma edad que él, se acercó insinuante a ellos. Acarició el brazo de Laura con el dorso de la mano.

—¿Puedo unirme a vosotros? —preguntó el recién llegado.

Borja tomó aire mientras estrechaba los ojos que mantenía fijos en el hombre. Su cuerpo se quedó totalmente inmóvil. En todas de ocasiones en que eso había ocurrido, ni lo había dudado. Sabía que entre dos hombres podrían darle un placer desconocido para ella, además de que solía ser una de las fantasías femeninas más recurrentes. Sin embargo, algo que no supo cómo explicar, le impulsó a alejarlo de ellos.

—No estamos interesados.

El hombre asintió y se retiró en busca de otra pareja. Laura miró al hombre que se acababa de ir. Era atractivo, y si tenía que hacerlo, no parecía una mala opción. Después miró a Borja.

—Pensaba que era lo que solías hacer aquí —comentó la veterinaria.

—Aquí se hacen muchas cosas, pelirroja. Se puede mirar, exhibirse... Puedes intercambiar tu pareja, hacer un trío o lo que quieras. Yo lo he hecho todo, pero siempre es consensuado. Y no hemos pactado nada antes de venir. He preferido no forzar nada —replicó él.

En parte era cierto, no hablaron nada sobre qué actividades hacer y cuáles no en el club, sin embargo, no era toda la verdad. La parte más sencilla para muchos era dejarse ver y Laura lo estaba llevando bien. Por cómo reaccionó cuando la tocó aquel hombre, posiblemente hubiera disfrutado de ser tomada por los dos, pero ¿y él?

Algo le oprimió las tripas cuando aquel tipo quiso unirse a la fiesta. Muchas veces fue él quien se ofreció del mismo modo a otras parejas. Era algo tan normal... Sintió algo parecido a la rabia, algo que nunca pasó cuando estuvo allí con otras como Ivet o aquellas de las que olvidó el nombre.

Laura se dejó caer hacia delante, pegándose mucho a su cuerpo.

—Bueno, no entraba en mis planes para hoy. Podríamos hablarlo, en otro momento en que esté más centrada. No soy capaz de pensar en nada que no sea que van a ver mis jodidas pecas. En eso y en tus manos...

—No te burles de tus pecas, a mí me gustan —susurró el empresario.

Borja pasó las palmas de las manos por los brazos de Laura en un suave masaje, sujetó su cuello y la instó a que echara hacia atrás la cabeza para unir su boca con la suya. Se alimentó de ella, su lengua jugó con la de su pelirroja, acariciándola mientras sus traviesas manos exploraban de nuevo las curvas de su cuerpo.

Laura se olvidó de todo, de dónde estaban o quién los rodeaba. En cuanto la besaba ya no era capaz de pensar. Apoyó las manos en el pecho de Borja y gimió complacida, devolviéndole el beso.

Aquello lo enloqueció y tiró del vestido liberando el otro pecho. Los tomó en sus manos deslizando los pulgares por los pezones para endurecerlos y pellizcarlos. Borja cambió las manos por su boca, sus labios calientes y masculinos tomaron el pezón de la pelirroja y se amamantó de él.

Laura cerró los ojos y se dejó llevar, consciente de las decenas de ojos que los miraban, sintió que aquello la excitaba. Se arqueó más para que Borja pudiera saborearla mejor. Deslizó las manos hasta su trasero, pero una de ellas, más traviesa, rozó su incipiente erección provocando un jadeo en él.

La mirada ardiente y posesiva de Borja se centró en ella. Su rostro se veía tenso por el deseo. Sin poder detenerse volvió a besarla, aunque esa vez fue más duro y exigente. Borja mantenía sujeta a Laura de la cintura y empujó su cuerpo más entre sus piernas manteniéndola pegada a él, dejándole constancia de lo mucho que la deseaba.

—Vamos a un lugar más tranquilo, te deseo en este instante y eso quiero que sea solo para nosotros —le susurró Borja al oído.

Laura asintió con la cabeza.

—Sí, yo también quiero más.

Borja tiró de ella hasta llegar a una de las habitaciones vacías que había en la parte pública del club, puso el cordón en la entrada, evitando así que nadie más quisiera unirse a ellos y la tocara sin su permiso. Se giró para observar a su descarada pelirroja. Lentamente se desvistió para ella quedando completamente desnudo.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con una sonrisa seductora.

A pesar de haber tenido sexo con él en otras ocasiones, era la primera que podía verlo en todo su esplendor, lo que hizo que Laura tragara saliva. Joder, sabía que estaba bueno, pero aquello era demasiado para su pobre neurona atrofiada. No pudo evitar sonreír al ver el toro tatuado en la parte baja de su abdomen y, relamerse pensando en que lo único que deseaba, era que la embistiera sin descanso.

—Mucho... —afirmó la veterinaria dejando caer el escueto vestido.

Despacio, como si fuera un depredador, se acercó a ella. La acarició sin prisa, recorriendo cada centímetro de piel con sus labios. La tumbó en la inmensa cama redonda que ocupaba toda la estancia y volvió a apoderarse de su boca.

Ella acarició aquel cuerpo creado para el pecado disfrutando de cada centímetro de su piel, buscando llegar a aquel magnífico miembro que hacía que su Terminator pareciera una broma a su lado. Cuando llegó, lo rozó desde la base hasta la punta.

—Pequeña, deja que sea yo quién te dé placer primero —gimió Borja al sentir como sus manos rozaban su dura erección.

Borja recorrió el cuello de Laura y fue deslizándose hacia abajo despacio, sus dientes mordisquearon el vientre plano e hizo girar la lengua en el ombligo para provocarla.

—Tienes una piel suave y hermosa, tesoro.

Borja la seducía con su profunda y ronca voz. Laura pudo ver en sus ojos el implacable deseo que sentía por ella, aunque era más que eso. Él deseaba romper todas las barreras que ella misma se había impuesto para mantenerlo lejos. Y si el sexo era su única arma para atravesar dichas murallas, sería implacable con ello, porque desde hacía mucho tiempo deseaba a esa mujer para él.

El moreno se deshizo de ropa interior que le impedía alcanzar su meta, mientras separaba sus muslos lentamente, como si estuviera abriendo un regalo, porque en realidad para él lo era. Bajó la cabeza, abrió sus labios rosados y empezó a lamerla, despacio.

Laura se arqueó por el placer. Aquella boca que la sacaba de quicio, también era capaz de volverla loca en el mayor de los placeres. Era perfecto...

Borja la lamía inclemente una y otra vez, succionando, provocándola a que gritara por él. Solo ver como se retorció y gemía mantenía su cuerpo en llamas.

Y ella se retorció, no sabiendo qué hacer con sus manos hasta que las enterró en el espeso cabello de Borja y comenzó a moverse contra su boca. Dejó que su cuerpo tomara el control, quería entregarse a él.

Borja la mantuvo quieta sujetándola por las caderas, bebiendo de su orgasmo. Cuando ella dejó de convulsionar, se enfundó un condón y se colocó de nuevo sobre ella. Su erección era dura y gruesa y, palpitaba de anticipación por volver a estar en su paraíso. Entró en ella muy despacio, sintiendo como su calor lo acogía. Borja se tomó su tiempo, no deseaba ir rápido; tampoco quería perder el control, solo buscaba disfrutar de ese momento de paz con ella, ver su mirada de deseo, la manera en la que sus labios se entreabrían por el suspiro de placer que solo él le provocaba cuando la poseía. Ver cómo sus mejillas se coloreaban y sus pezones se endurecían. Jesús... Era perfecta para él. En cuanto estuvo completamente en su interior, enterrado en lo más profundo de su cuerpo, comenzó a moverse muy lentamente, arrancándole pequeños suspiros.

—¿Quieres más, pelirroja? —inquirió con la voz ronca de deseo.

—Sí, maldito demonio. Lo quiero todo —declaró entre gemidos Laura.

Borja, sin dejar caer su peso sobre ella, apoyó los antebrazos a cada lado de sus hombros e incrementó el ritmo a uno más rápido y duro. Él joven se hundía en ella una y otra vez.

—Oh, joder, que estrecha eres —gruñó, intentando controlarse para darle el máximo placer posible, mientras sus cuerpos se unían con frenesí.

Laura se movía al ritmo que él marcaba, era infernal, pero la volvía loca. Nunca había tenido una pareja que fuera tan mandón como él y eso la excitaba mucho más que cualquier otra cosa. Tanto, que habría estado conforme con enseñar su culo pecoso en pleno Eros, si el hombre que la hiciera explotar de placer fuera él.

Borja sabía que no aguantaría mucho más ese ritmo.

—Venga, muñequita, dámelo todo —ronroneó en su oído, al tiempo que empujaba en ella con ímpetu, deleitándose en los gemidos que salían de Laura, que clavó los dedos en sus hombros para poder seguir sus movimientos y lo besó. Movi6 su cuerpo de modo que, con solo dos embestidas más de 6l, se vio catapultada al más intenso orgasmo que había sentido en su vida.

Borja supo el momento exacto en que Laura se corrió, su útero se contrajo ordeñándolo, dándole muchísimo más placer. Agotado y saciado se desplomó sobre ella. Se mantuvo así unos segundos antes de incorporarse sobre sus brazos y besarla intensamente.

—¿Estás bien? —le preguntó con dulzura.

Laura acarició su rostro con una sonrisa en los labios.

—El diablo se preocupa por mí... Y sí, estoy bien.

—Me alegro, pelirroja. —Borja rodó sobre su cuerpo y la arrastró con 6l manteniéndola encima suyo sin salir de ella. No iba a cometer el mismo error que su primera vez, esa vez la higiene esperaba.

—Sabes que tengo nombre, ¿verdad? —repuso ella con un mohín.

—Sí, pero me gusta más llamarte pelirroja.

—Eres insoportable, Borjamari.

—Yo también tengo un nombre —acotó el divertido.

—Lámame al menos una vez por el mío, y me plantearé usar el tuyo.

—Laura, tienes un nombre precioso, pero te llamo pelirroja porque es mi forma de decirte que eres especial para mí declaró el moreno mirándola a los ojos.

Ella parpadeó un par de veces antes de hablar.

—¿Soy especial?

Borja bufó.

—Nena, ¿eres ciega? ¿Sabes el tiempo que llevo detrás de ti? —inquirió arqueando una ceja.

—¿Sabes cuántos van detrás de mí? —replicó ella.

—Me importa una mierda los que vayan tras de ti, que se atrevan a interponerse —gruñó Borja.

—Solo lo preguntaba por saberlo, tonto. No tengo ni idea de si le intereso a alguien más que a ti o al banco.

Borja inclinó la cabeza hacia ella y capturó sus labios en un beso posesivo.

—Ahora nos asearemos, vestiremos y saldremos a hidratarnos. Después, tú decidirás qué quieres hacer o probar.

—¿Podemos hacer lo que yo quiera, con quien quiera? —preguntó ella dudosa.

—¿Quieres hacer un trío? —indagó Borja.

No sabía por qué, pero la idea no terminaba de gustarle. Sin embargo, quería volverla loca de placer de todas las maneras posibles. Y que probara su mundo. La confianza entre las parejas que conocía era absoluta y eso necesitaba en su relación con Laura.

—Creo que no. Si te digo la verdad, no he terminado de mentalizarme para eso. No descarto que en la próxima visita sí quiera hacerlo, pero me gustaría discutir los detalles primero... Aunque no me importaría que alguien mirase. Antes me ha gustado.

—Dalo por hecho. Esta noche, todos me envidiarán —respondió Borja extrañamente aliviado.

Mientras se aseaban y vestían, una pregunta empezó a quemar en la garganta de Laura. Siempre era capaz de decir lo que pensaba sin que le importara nada la respuesta o lo que pudieran pensar, sin embargo... Con 6l sí le importaba lo que pensara a pesar de que en otras ocasiones se había comportado siempre como una arpía.

—Borja —dijo antes de que se le pasara el valor—. Esto no es solo sexo, ¿verdad?

Borja clavó la mirada en ella.

—Por mi parte no, Laura. Aunque te traiga aquí, ya te he dicho que eres especial, pelirroja.

—Para mí tampoco lo es, Borja. Para mí tampoco.

El empresario sonrió y le tendió la mano para salir juntos de la habitación, esa noche iba a ser larga y placentera para ambos.

Capítulo 14

El lunes por la mañana, Laura empujó la puerta de la clínica con una amplia sonrisa en la cara. Había sido un fin de semana espectacular, al menos por la parte que implicaba a Borja. El domingo estaba agotada, prácticamente no se levantó del sofá. Hacía demasiado que no tenía una sesión de sexo como aquella, si es que alguna vez la había tenido.

Sin embargo, no era solo lo muy satisfecha que estaba lo que la hacía sonreír esa mañana, a pesar del lunes. No. Beca y ella ya habían llegado a un acuerdo económico y el proyecto del nuevo centro estaba en marcha. Era el momento de anunciarlo de manera oficial.

—Bueno, pues bienvenida a mi pequeña clínica —dijo Laura entrando a lo que era la sala de espera, recepción y tienda.

—Ya tengo ganas de empezar —confesó Beca.

—Queda poco. Si todo va como espero, y no sufrimos retrasos, después de las fiestas de Navidad estaremos en marcha.

—Nos irá como la seda, ya verás —afirmó Beca mientras paseaba por la recepción observándolo todo con ojo crítico.

En ese momento salió Marina de la sala de exploración con Garbanzo en brazos y se sorprendió de verlas allí.

—Hola. No sabía que hoy vendrías tan pronto —saludó la auxiliar.

—Marina. Justo a ti quería verte —comentó Laura

—¿He hecho algo? —preguntó la joven, nerviosa.

—No, no, no. Solo quería presentarte a Beca. Es una vieja amiga y también veterinaria.

Rebeca le tendió la mano para saludarla.

—Encantada.

Marina la saludó con una sonrisa, pero no le dio la mano. Seguía ocupada rascándole la barriga a Garbanzo que miraba a Beca con escasa curiosidad. Tras ella, Manolo agitó las alas, sobresaltándolas.

—Un día me mata de un infarto —dijo Laura.

Beca hizo caso omiso de Marina y se centró en el guacamayo azul.

—¿Habla?

—Oh, sí. Manolo suele avisar cuando entra un hombre. Grita: Castración.

Beca alzó una ceja.

—Por Dios, nos sentenciará a estar solteras de por vida.

—Sí le haces caso, sí, pero ignórale. Será divertido tenerle en el centro.

—No creo que los hombres que entren se diviertan —sonrió.

—Los que merecen la pena sí. Si no tienen sentido del humor, ¿para qué sirven? —preguntó Laura.

—¿Para la cama? Yo prefiero que no hablen mucho y se mantengan ocupados en mí —afirmó Rebeca.

—Ya, pero a mí me gustaría encontrar a uno con el que tener algo más que cama, al menos antes de tener que entrar al geriátrico. Allí, ya lo de la cama será un milagro —acotó Laura con sorna.

Beca se encogió de hombros.

—Es cuestión de gustos y preferencias.

—¿Vas a llevarte a Manolo a otro centro? —preguntó Marina sin entender muy bien de que hablaban.

—Oh, bueno. Por eso está Beca aquí. Quería que os conocierais y presentarle a la fauna antes de mudarnos. He comprado un local no muy lejos de aquí, más grande. Es perfecto, Marina, te va a encantar —explicó Laura con mucho entusiasmo—. Allí, Beca y yo, montaremos un centro veterinario: con jaulas para postoperatorio mucho mejores, dos quirófanos, sala de pruebas... ¡Incluso un laboratorio! Así como una zona de tienda de verdad, no esto —enumeró señalando los sacos de pienso apilados en un rincón—. Además, podremos ampliar los servicios a animales exóticos, no solo a perros y gatos. Ya me entiendes. Lo mío no son las serpientes.

Laura y Marina empezaron a reír al nombrar a los reptiles recordando el día en que un joven se presentó allí con una boa en una mochila. A Laura casi le da un infarto y Marina salió de la sala cerrando la puerta, atrapando dentro a la pelirroja con el animal y el dueño, que las miraba alucinado.

—Vaya... Eso es genial —dijo la auxiliar secándose las lágrimas de la risa.

—¡Claro qué lo es! Habrá más ganancias al ofrecer mejor servicio —intervino Beca, que no sabía muy bien de qué demonios se destornillaban aquellas dos. La que iba a encargarse de las serpientes era ella.

—Bueno, tampoco vamos a poner los precios por las nubes o perderemos clientes —afirmó Laura poniéndose más seria.

—Todo es cuestión de un buen márketing.

—Tenemos tiempo para hablar de eso más tarde —indicó Laura—. Ahora hay que pensar en encontrar otra auxiliar, Marina no podrá con todo ella sola.

—Tienes razón, aunque al principio se podría ver cómo va. Tienes que pensar un poco más en las ganancias y menos en la inversión —insistió Beca.

—Sí. Sé que no va a ser fácil del todo, pero al menos ya nos conocen. La clínica Peluches empieza a ser un clásico en la Barceloneta —aseguró Laura con orgullo.

—Aunque te conozcan, la gente es bastante reacia a cambiar de lugar, por eso lo prudente es esperar a ver cómo reaccionan. Pagar otra seguridad social es dinero. Y ese nombre... No es muy serio, querida, habría que plantearse cambiarlo.

—Apuntaremos eso para discutirlo más tarde. ¿Qué te parece si hoy te quedas con nosotras y ves de qué manera funcionamos? Luego te invito a comer.

—Me parece genial, así veré cómo trabajas.



Horas después, ambas salían de la clínica para ir a comer tal y cómo quedaron. La mañana resultó muy entretenida. Lo primero que hizo Laura fue presentarle al resto de animales que vivían allí. Manolo ya se había presentado solo. Garbanzo protestó cuando Marina lo dejó en el suelo para ponerse a trabajar y no paraba de insistir en que Laura le diera los mimos que exigía.

Por suerte para él, la pelirroja lo adoraba. Lo llevó en brazos mientras el muy holgazán ronroneaba y dormitaba acurrucado contra el pecho de la veterinaria. Beca no parecía muy conforme con mantener allí gatos sueltos, sobre todo cuando Patito le regaló una de sus mejores sesiones de mirada asesina, esa que dedicaba a todo el mundo que entraba y permanecía allí más de dos minutos. Sin embargo, era un requisito indispensable para Laura, eran el espíritu de la clínica. Incluso Margarita, que solo sabía pasarse el día subido al tronco de su terrario.

De todos modos, eran pequeños detalles que Laura pensaba pulir antes de que se abriera el otro centro, que se seguiría llamado Peluches. Lo importante era la buena mano que Beca demostraba tener como profesional. Tal vez había que mejorar un poco su trato con el público, aunque eran detalles.

Al abrir la puerta, la pelirroja frenó en seco al ver frente a la puerta un hombre tan atractivo que dejaba a cualquiera sin aliento, y con una mirada tan intensa que sentías que era capaz de ver a través de su alma.

—Hola... ¿Qué haces aquí?

—Te estaba esperando. No entré porque no quería interrumpirte en tú trabajo. —Borja estaba apoyado en su deportivo cruzado de brazos. Llevaba unos vaqueros oscuros y un suéter negro de cuello redondo que se ajustaba a su definido torso dejando a la vista sus torneados músculos.

—Podrías haberte quedado charlando con Manolo, te echa de menos —comentó Laura con sorna.

—Ese loro y yo no nos llevamos demasiado bien..

—No digas tonterías. Yo te dije lo mismo al conocerte y míranos, aquí seguimos.

—*Wow*, nena. ¿Quién es este monumento? —preguntó Beca poniendo ojitos a Borja.

Laura se había olvidado de ella. En el momento en que vio al hombre que ocupaba todos sus pensamientos el resto desapareció.

—Oh, perdona. Beca, este es Borja, un amigo.

—¿Un amigo? —preguntó la rubia relamiéndose los labios.

—Exacto, solo amigos.

Beca sonrió ampliamente y, sin mucho disimulo, tiró del escote de su jersey antes de acercarse a él, para darle dos besos muy pegada a él y demasiado cerca de su boca.

Borja le sonrió y la supo llevar con elegancia. No era la primera que se acercaba a él de aquel modo y sabía cómo lidiar con ellas.

—Hola, preciosa.

—Laura no me había dicho que tuviera amigos como tú.

—El término amigo no es exactamente como yo lo definiría... —Borja clavó la mirada en Laura antes de centrarse en la mujer que se insinuaba a él—. Discúlpame un momento.

Borja se adelantó varios pasos y sujetó del brazo a Laura, apartándola de Beca, arrinconándola.

—Puedo ser más que un amigo con solo que me digas que sí.

—Es que decir *follamigos* me pareció vulgar —dijo la pelirroja con una sonrisa divertida. ¡Con lo fina que era ella siempre!

—No me refería a eso, y lo sabes. No me interesa solo el sexo contigo, quiero más —declaró Borja.

—¿Quieres decir que seamos pareja? —preguntó la veterinaria. Quería tenerlo claro y no acabar desilusionada.

—Eso solo lo decides tú, pero sí. Quiero que seamos una pareja normal —susurró cerca de su oído, provocándola.

Laura se humedeció los labios al sentir el roce de su aliento en su cuello y el maravilloso olor de su perfume la invadió.

—Sí. Quiero que seamos más que amigos —dijo ella en un susurro.

—Entonces... ¿Vas a querer cenar conmigo esta noche? Creo que sería una buena ocasión para conocernos mejor.

—Será un placer, Borja.

—El placer será todo mío. Te paso a recoger a las nueve, ponte elegante, te llevaré a un restaurante caro, no mereces menos —manifestó el moreno antes de separarse de ella.

Laura solo sonrió de un modo que hacía mucho que no hacía, ilusionada, algo que no pasó desapercibido para Beca que estaba cruzada de brazos esperando, molesta porque el hombretón la hubiera apartado para ir directo a por la pelirroja.

—Nos vemos esta noche —dijo Borja al tiempo que abría la puerta del coche para sentarse al volante. Hasta que desapareció al final de la calle, Laura no lo perdió de vista, embobada. Beca, sin embargo, estrechó la mirada. Ese hombre era demasiado *sexy* para Laura.

—¿No erais solo amigos? —preguntó algo molesta.

—Eso creía yo, pero al parecer ya no somos solo amigos —replicó la pelirroja con cara de boba.

Beca resopló.

—A simple vista se ve qué clase de hombre es.

—Y eso, ¿qué significa? —inquirió Laura echando a andar hacia el restaurante.

—Significa que es de clase Dios. Ese hombre me pide que me ponga de rodillas y ni lo pienso. Además, tiene esa aura de dominación... —Beca se abanicó el rostro acalorada—. Seguro que es de los que te sujetan fuerte del pelo y te ponen mirando para Cuenca.

—No pienso contestar a eso sin un abogado delante —replicó Laura muerta de risa, pues había dado en el clavo.

—Oh, ¡asquerosa! ¡Ya te lo has tirado! —exclamó Beca.

—La verdad es que sí, me lo presentó una amiga. Nos acostamos y ahora la cosa parece haber subido de nivel. No te negaré que no me esperaba esto para nada. Estaba convencida de que una vez hubiéramos pegado un polvo saldría corriendo, pero me equivoqué. Lo mío no es juzgar a la gente, está claro.

—Has pisado una buena mierda de vaca —resopló la otra molesta. No podía creerse que ese hombre tan guapo se sintiera atraído por ella, una mujer del montón sin nada especial. No como ella que era más joven y bonita.

—¡Bruta! No has cambiado nada, Beca. Me alegro mucho de estar juntas otra vez —confesó Laura agarrándola con cariño del brazo.

—Y yo, ahora invítame a comer y me pones al día de tus hazañas por la Ciudad Condal y... —sonrió—. ¿Tiene algún amigo para mí o tal vez algún hermano gemelo?

—Se lo preguntaré esta noche.

Sin soltarse, siguieron caminando calle abajo para comer.



Borja le envió un mensaje a su móvil avisándola de que la esperaba abajo, aparcado en doble fila. Por suerte, Laura vivía al final de un callejón con salida al paseo peatonal, y no había mucho tránsito. Mientras esperaba a que su pelirroja bajara, apoyó la cabeza en el respaldo y suspiró.

De momento todo estaba saliendo bien con ella y esperaba que fuera a mejor. No tenía pensado pedirle ser algo más que amigos, pero escucharla presentarlo como tal, le escoció.

Resultaba extraño como con ella no pensaba, actuaba por impulsos. Unos bastante animales pues todos le empujaban a marcar territorio alrededor de la pelirroja, como el sábado en el Eros. Le había costado mucho tiempo llegar a acercarse tanto y no quería desperdiciar la oportunidad. Esa noche se había vestido con vaqueros oscuros y una camisa negra con los dos botones desabrochados del cuello solo para impresionarla.

En ese momento, el portal se abrió y Laura, vestida con un bonito vestido verde oscuro bajo el

eterno abrigo de lana blanco, salió con una sonrisa.

Subió al coche y tras un segundo de duda, se acercó a él para darle un beso, como una pareja normal, sin embargo, Borja la sujetó de la nuca antes de que se retirara y capturó de nuevo sus labios como un hombre hambriento.

—Así está mejor —afirmó el moreno.

—Y eso, ¿quién lo dice? —protestó ella sin perder la sonrisa.

—Yo —manifestó Borja guiñándole un ojo, mientras arrancaba y se dirigía a uno de los restaurantes más caros y elegantes de Barcelona. Una vez en el lugar, bajaron del deportivo y un aparcamiento se les acercó dándole las buenas noches. Borja respondió y le lanzó las llaves sonriendo, sujetó a Laura de la cintura y entraron en el local.

Borja la miró de reojo esperando su reacción.

—Vaya, este sitio es precioso. ¿Estás tratando de impresionarme, Borjamari? —inquirió juguetona.

—¿Lo estoy logrando? —repuso él con una sonrisa.

—Ni de lejos.

—Tendré que esforzarme más —replicó él divertido por su falsa resistencia.

El metro se acercó a ellos y los acompañó a la mesa que previamente Borja había reservado. Estaba situada en uno de los rincones del salón, sin vistas al exterior, no quería que nada la distrajera. Esa noche solo estaban ellos dos. Sin embargo, la pequeña mesa, estaba oculta tras unas plantas y con una iluminación íntima, lo que les permitiría conversar con tranquilidad.

—Por cierto... —Borja inclinó la cabeza al retirarle la silla quedando cerca de su oído y susurró—: Estás preciosa.

—Gracias. Te ha costado reconocer lo obvio, pero te perdono. Tú tampoco estás mal del todo —replicó la veterinaria sintiendo un escalofrío que recorría su espalda provocado por el roce de su voz en la piel.

—*Wow*, un cumplido de la pelirroja, esto tengo que celebrarlo.

—Sí, anótalo en la agenda, ya que es muy posible que no se repita —replicó ella acomodándose. Él la miró intensamente, casi sin parpadear.

—¿Estás segura?

Borja pensó que lo de cenar el uno frente al otro no le gustaba para su cita y decidió hacerlo a su lado.

—Ya no estoy segura de nada —confesó la pelirroja perdida en aquellos malditos ojos que hacían que su cerebro se apagara.

El camarero les trajo la carta y ambos pidieron unas bebidas para ir abriendo boca.

—Cuando venga nuestra cena, deja que el camarero escoja el vino, te sorprenderá.

—Mejor. Si no hay Don Simón, me pierdo. ¿Crees que tendrán? —bromeó Laura.

—Jesús —suspiró Borja—. Cómo te oigan les dará un ictus.

—A eso estoy acostumbrada. La gente se asusta en cuanto me escucha y eso, que no digo todas las barbaridades que pienso.

—Yo creo que es una coraza que te creas. Los chavales a quienes entreno hacen eso —comentó Borja.

—¿Entrenas a chavales? —preguntó ella, evitando darle la razón—. ¿Para ser tan idiota como tú hay que entrenar? Eso explicaría muchas cosas.

—Soy el entrenador de un equipo de fútbol de adolescentes, te sorprenderías de lo que los idiotas podemos hacer.

Laura suspiró.

—¿Lo ves? Es algo que no puedo controlar y menos contigo. Me cuentas algo genial de tu parte, como es lo de entrenar a chavales y yo, lo aprovecho para tirarte al cuello —comentó la joven.

—El truco es no hacerte caso —sonrió él.

—Sabes decir justo lo que una chica quiere escuchar, Borjamari. —Laura dio un pequeño sorbo del vino que el camarero acababa de servirles y asintió con la cabeza—. No está mal, pero no es Don Simón.

—No sabes apreciar lo bueno. —Borja alzó su copa y bebió.

—Sí, lo hago. He accedido a salir contigo, ¿no? —dijo con una mirada pícaro.

—Todavía no me lo creo, eres una mujer difícil, pelirroja.

—¿Y qué mujer no lo es? Es parte de nuestro encanto, yo solo lo hago más divertido —repuso Laura con gracia.

—Deja que me ahorre el comentario —acotó Borja con una sonrisa que no hacía más que darle la razón—. ¿Qué tal te va el proyecto de la clínica?

—Va bien. Beca, la conociste esta mañana, va a ser mi socia así que ya tengo a mi segunda veterinaria. Quedan un par de cosas por pulir, pero parece que todo irá bien.

—Mañana me llegan los uniformes. Te los mandaré llevar el mismo día.

—Muchas gracias. Se me hace extraño pensar en ti como el dueño de Valle. Lo imaginaba calvo, viejo y barrigón —soltó Laura, sin filtro como siempre.

Borja carraspeó.

—Nena, no todos los empresarios tenemos que ser feos y gordos. Mira a Darío y Óscar. Además, por lo que me he enterado, Sandro también lo será.

Laura apoyó la barbilla en una mano, con actitud soñadora. Suspiró.

—Cierto. Esos tres sí que están de toma pan y moja. Menudo culo que tiene Darío. Tengo una foto de él que estoy pensando en ampliar y hacer un poster para mi salón.

Borja se atragantó con la bebida y empezó a toser.

—¿Cómo cojones tienes tú una foto del trasero peludo de Darío?

La risa cantarina de Laura escapó enseguida al ver la cara pasmada de Borja. La verdad era que el puñetero estaba guapo igualmente.

—No es peludo, envidioso. Izar se equivocó y nos la mandó hace ya un tiempo. Me encanta torturarla con eso.

—Izar es una cabra loca. ¿Lo sabe Darío? —preguntó Borja alzando una ceja.

—Pues no lo sé. Le preguntaré el próximo día que lo vea —respondió divertida—. Seguro que Izar no se lo ha contado.

—No sé qué decirte, ese par tiene un vínculo especial.

—Sí —dijo Laura con cierta nostalgia. Era justo lo que ella quería y se le había negado siempre.

El camarero les sirvió la cena y ambos empezaron a comer mientras seguían disfrutando de su mutua compañía. Se hacía extraño pensar que hasta entonces, siempre que estaban a menos de diez metros el uno del otro, lo único que hacían era insultarse.

—¿Qué opinas del Eros? —preguntó el empresario.

—Me gustó. Pensaba que no, que me causaría repulsión, aunque lo respeto, no me malinterpretes. Pero, si te soy sincera, me gustó porque era contigo. La noche de la encerrona estaba más que dispuesta a salir corriendo de allí, todo era tan abrumador... —comentó Laura con sinceridad.

—Es una reacción normal, Izar fue como tú al principio.

—Izar tiene mucha menos vergüenza que yo, eso tenlo por seguro. Y ella quería saberlo todo para su libro —apuntó la pelirroja.

—Y tú, ¿no quieres saberlo todo? Dijiste que podríamos hablarlo en un lugar más tranquilo — indagó Borja.

Laura se mordió el labio por dentro, pensando cómo responder a aquello.

—Sí, quiero hacer algo más que solo dejarme ver, o al menos probarlo. Tú llevas años teniendo ese tipo de sexo. Izar está encantada y lo que leí en su libro parece divertido... — declaró sonrojada.

Borja sonrió. Que ella quisiera participar de su mundo le gustaba. Si podían compartirlo estaba seguro de que la relación funcionaría.

—Está bien. Pero hay ciertas reglas, pelirroja.

—¿No darme de comer después de medianoche, no mojarme y que no me dé el sol en las pecas del culo? —preguntó nerviosa ante la perspectiva de hacer un trío.

—Mira que llegas a ser bruta. Deja tus pecas tranquilas, que ya me encargo yo de ellas. No me refiero a eso, sino entre tú y yo. Este tipo de relación implica mucha confianza entre nosotros. Habrá más gente con la que tengamos sexo, pero no serán parte de nuestra relación. No los veremos por separado, ni nos acostaremos con ellos o sin consentimiento del otro. ¿Lo entiendes? —enumeró Borja.

—O sea, que son juguetes sexuales... por simplificarlo mucho —soltó Laura.

—Si quieres verlo así...

—Vale, lo entiendo. En el sexo podemos ser más de uno, pero fuera de la cama, solo somos dos.

—Exacto. Solo tú y yo, pelirroja.

—Me parece perfecto.

—Si quieres, tengo unos amigos, son una pareja encantadora. Podría llamarlos y organizar una noche para los cuatro en el Eros.

—¿Los cuatro? —preguntó Laura con curiosidad. Izar solo había estado con hombres, Darío y Borja para ser exactos. Lo de incluir a una mujer en el juego parecía excitante.

—Sí. Podemos empezar por un simple intercambio y ver hasta dónde podemos llegar. Los cuatro, mi sala vip... Será más tranquilo. ¿Qué me dices?

Laura lo pensó unos minutos jugueteando con la copa de vino.

—Sí. Hagámoslo —aceptó.

—Perfecto, pelirroja. Así podremos disfrutar juntos.

—Lo que quiero es conocerte un poco mejor. Ese era el propósito de esta cena, ¿verdad?

—Sí, quiero demostrarte que soy bueno en otras cosas —presumió Borja alzando las cejas.

—¿Además de en la cama y en sacarme de mis casillas? No flipes. Es imposible que sepas hacer más cosas —dijo Laura con fingida indignación.

—Muy graciosa. Te recuerdo que soy un empresario de éxito, además dono cada mes una suma considerable a la protectora de los felinos y, en mi tiempo libre, entreno a unos chavales un pelín rebeldes. Darío me ayuda en ocasiones.

—Vaya, pareces un buen tipo. Entonces, ¿por qué sigues soltero? ¿Tienes algún defecto que deba saber? —preguntó la pelirroja sin poder evitarlo, dando otro sorbo del delicioso vino.

La mirada de Borja se ensombreció.

—Soy divorciado.

—Vaya, lo siento, no pensé antes de preguntar, como siempre.

—No lo sientas, ya hace mucho tiempo de eso. Fueron las formas en decir y hacer las cosas, lo

que todavía me duele de aquello —aclaró Borja.

—Te entiendo. Hace ya unos años que dejé a mi exnovio, pero aún duele saber que tenía a otras tres mujeres en nuestra cama —comentó Laura cogiéndole la mano por encima de la mesa.

Borja la miró asombrado.

—Nena, dime quién es ese cabrón para darle su merecido.

—Oh, no te preocupes por Javi. Es idiota, y ya no me importa. Lo que me duele fue haber sido tan imbécil de no darme cuenta antes y dejar que me menospreciara como lo hizo.

—Esos hombres suelen ser manipuladores y os halagan de tal forma que no podéis ver su verdadera personalidad. Ha sido una suerte que lo dejaras, así he podido conocerte y tenerte entre mis brazos —afirmó el moreno.

—En el fondo eres un encanto... ¿Seguro que eres tú?

—Muñequita, eres tú la que se empeña en no verme en realidad.

—A lo mejor es que me da miedo ver la realidad —confesó Laura—. Llevo mucho tiempo escondiéndome de ella.

—No lo hagas más, déjate llevar por el presente y veamos qué sucede. —Borja pinchó un trozo de carne y se lo metió en boca sin dejar de observar a la pelirroja.

—Me gusta la idea. Sin normas —respondió con una amplia sonrisa—. Excepto las de los *gremlins*.

—Lo tuyo no tiene remedio, nena. Pero si vamos a empezar a salir juntos, tienes que aprender una cosa: yo siempre tengo razón —afirmó Borja divertido.

—Ni de coña. No te lo crees ni hartos de vino de este de Don Simón caducado. La que siempre lleva razón, soy yo. ¿Quieres que te lo demuestre, Borjamari? —lo retó.

—Vale —dijo él, recostándose en el respaldo de la silla.

—Sé que el hombre con el que Darío e Izar juegan cuando van al Eros eres tú, lo has sido siempre. Y no has querido decírmelo para no molestarme, ¿verdad? —preguntó Laura mirándolo a los ojos, sin una pizca de reproche, aunque pidiéndole sinceridad.

Los ojos azules de Borja brillaron divertidos.

—Así es. Darío tiene plena confianza en mí para compartir a su mujer. Es más, yo con mi exmujer hacía lo mismo que Darío. También tenía a alguien fijo y de confianza —comentó el moreno.

Si en ese momento la hubieran pinchado no habría sangrado.

—A ella también la compartías...

—Sí, de hecho, fue ella la que me propuso empezar en el *swinger*. Empezó como un juego en el que yo no quería entrar y al final, no he podido dejarlo.

—¿Rompió las reglas? —aventuró Laura sin poder evitarlo.

—No, no. El sexo fue en lo único en que lo no me falló. Sin embargo, como persona no era lo que parecía. Prefiero las mujeres sin filtros que dicen lo primero que piensan y que van de frente, sin esconderse.

—Me gusta la idea de no ser como ella.

—Cielo, te aseguro que no lo eres, gracias a Dios. —Borja alzó la copa para brindar—. ¿Sabes por qué se brinda?

—No, sorpréndeme —dijo levantándola con él.

—Antiguamente se brindaba por si la bebida que te ofrecían estaba envenenada, al chocar las copas o lo que era entonces, los cuencos, el líquido se mezclaba envenenando las dos bebidas.

—Cierto, creo que lo vi en una serie. Lo decía el chico repelente, como hoy —replicó la pelirroja divertida—. ¿Crees que te he envenenado?

—Tu veneno es de otra clase —insinuó pícaro.

—¿A sí? —preguntó ella echándose hacia delante en la mesa, dejándole unas buenas vistas de su escote.

—Sí, creo que al final, la cremallera de mis jodidos pantalones se quedará tatuada en mi polla —susurró Borja acercándose a su oído.

Laura parpadeó dos veces asimilando lo que acababa de decirle antes de estallar en risas. Borja se unió a ella, mientras ambos entre bromas y confesiones terminaron de cenar y el camarero les trajo el café.

—Uno de mis otros placeres: el café solo —dijo Borja.

—El café, sea como sea, es un placer.

—En eso te doy la razón, pelirroja.

—Al final me gustará y todo que me llames pelirroja, Borja.

—Ya te lo dije, nunca te lo he llamado para molestarte, es de forma cariñosa —apuntó él con una sonrisa.

—Ahora lo sé —replicó Laura.

Borja miró su reloj y se terminó el café.

—Ya va siendo hora de irnos. Mañana marcho de viaje a Alemania y mi avión sale pronto.

—¿Negocios? —preguntó ella levantándose de la mesa.

—Sí, si todo sale bien abriré una nueva sucursal —comentó el empresario.

—Vaya, eso es genial. Espero que sea así, de verdad.

—Yo también lo espero.

Tras pagar la cuenta ambos salieron del restaurante. Su Maserati ya estaba aparcado en la entrada y Borja, como un caballero, abrió la puerta del acompañante, para que Laura pudiera entrar en el deportivo.

—Ha sido una cena perfecta. Y he de admitir que no lo esperaba —reconoció Laura, cuando Borja arrancó el motor y se incorporó al tráfico.

—¿Te esperabas que fuera un idiota?

—Pues sí, suele ser al tipo de hombres a los que atraigo y el único que no lo era lo acabé espantando igual... —dijo ella con sinceridad.

—Esta vez ha sido diferente.

—Sí, eres el idiota más encantador con el que he tenido una cita —soltó Laura.

Borja colocó la mano en su muslo mientras le lanzaba una sonrisa y se concentraba en la carretera. En poco tiempo llegaron al hogar de Laura.

—Llegaste sana y salva —declaró el moreno.

—Sí. Todo un caballero. Repito, ha sido un placer cenar hoy contigo.

—El placer siempre es mío, pelirroja —Borja acunó con su mano el cuello de Laura y tiró de ella hacia él para capturar sus labios. Dibujó con su lengua el contorno de ellos de forma firme y dominante como lo era él. Inclino la cabeza un poco más y tomó posesión de su boca.

Laura le devolvió el beso con la misma pasión. No quería dejarlo marchar, quería que subiera a su piso y la mantuviera despierta toda la noche, pero él debía viajar y ella trabajar. Sin embargo, no importaba. Ahora eran más que amigos y aquello se repetiría.

—Creo que es hora de irme. Espero que tengas un buen vuelo —anunció la pelirroja.

—Te llamaré en cuanto llegue. —Borja le guiñó un ojo, esperó a que Laura cerrara la puerta y se marchó con una sonrisa de triunfo en el rostro.

Capítulo 15

Laura estaba encantada con las obras que se estaban realizando en el nuevo local. La clínica sería perfecta, disponía del espacio que necesitaban para poder atender a todos los animales, dando un servicio mejor incluso que el de ahora.

No había ido sola al local, Beca la acompañó. Ya que eran socias, lo lógico era que viera en qué se invertía su dinero y de paso, si tenía alguna buena idea para mejorar las cosas, sería bienvenida. La pelirroja abrió la puerta despidiéndose del jefe de la obra dejando que Beca saliera primero.

—Me encanta cómo están dejando todo, ¿y a ti? —preguntó ilusionada a Beca.

—Estoy impaciente por ver cómo quedará —declaró la socia.

—Y yo —afirmó la pelirroja con entusiasmo saliendo a la calle, con tanto que, como el día en que se reencontró con su antigua amiga, embistió a una mujer que caminaba por la acera.

Agnes jadeó sujetándose de su esposo para no dar con su culo en el suelo. Su pie palpitaba de dolor por el pisotón que le había arreado aquella... Agnes abrió los ojos al darse cuenta de quién se trataba.

—Mierda, Laura, mira por dónde vas, joder —manifestó.

La aludida iba a pedir perdón cuando escuchó la queja por parte de la *pobre señora*.

—¿Yo? Pensaba que la torpe eras tú. Deberías mirar mejor, en lugar de estar babeando por Óscar. Seguro que no mirabas al frente —protestó Laura guiñándole un ojo al exmúsico que las miraba pasmado.

—¿Perdona? —gruñó Agnes—. La que salía de ese local y sin mirar has sido tú. Yo soy la pobre víctima que paseaba tranquilamente con su *sexy* marido por la calle.

—Pobre víctima y reconociendo que tienes un marido *sexy*. No tiene ningún sentido. He debido darte más fuerte de lo que pensaba, no piensas con claridad —respondió la veterinaria cruzándose de brazos.

—Me has clavado el maldito tacón. Si no hubiera llevado estas botas, me habrías perforado el pie —dijo Agnes muy seria.

Agnes estrechó la mirada al ver como la rubia que iba con ella miraba con demasiado interés a su marido. Aún no se acostumbraba a que Óscar atrajera tantas miradas femeninas.

—Vamos, Agnes, no habrá sido para tanto. Son unos tacones no un arma de destrucción masiva. ¿Estás bien? —preguntó Laura ya más tranquila. Si en verdad le había hecho daño, sí le dolería.

—Ya se me está pasando, pero los tacones y tú si sois armas de destrucción masiva lo mires como lo mires. Eres como Izar en la cocina.

—¡Eh! No te pases —exclamó su amiga.

Agnes sonrió levantando una ceja.

—Igualitas.

—Eres una idiota, en serio. Pero mira, si quieres, para que veas que soy igualita a Izar os invito a comer. En un restaurante, por supuesto, no en casa de Izar.

—Ahora nos vamos entendiendo muy bien —Agnes estiró su cuello para ver a través de Laura—. Por cierto, ¿qué haces por aquí? ¿No deberías estar en la clínica a estas horas?

—Y en la clínica estoy —dijo esta con una sonrisa.

Agnes miró a su amiga pensando que había perdido la escasa cordura que se suponía que tenía, sin entender lo que decía.

—No me pongas esa cara. Vamos a comer y os lo explico —comentó Laura.

Beca no perdía detalle de la amiga de Laura. Le habló de ella en alguna ocasión. Agnes fue la que ocupó su lugar, el más cercano a la pelirroja, tras su marcha a la gran ciudad. Eso, unido al hombretón que iba a su lado, solo la ponía la primera en su lista de cuanto más lejos, mejor.

El marido parecía su sombra, no se había despegado de ella en ningún momento y eso la molestó. Ella era mucho más guapa que aquellas dos mujeres y, sin embargo, ninguno de los hombres con los que estaban, la miraron con el más mínimo interés. Aquel hombre miraba a su mujer como un depredador observa a su presa. Cuando sonrió a Laura tuvo que mirar al suelo para ver si las bragas de su amiga seguían en su sitio.

El restaurante donde comieron era justo el local contiguo al del futuro hospital, lo que, una vez que empezaran a trabajar, podría irles de perlas para esos días en los que el trabajo las sobrepasara o simplemente no les apeteciera ir a casa.

—Bueno, lo primero dejad que os presente a Beca. También es veterinaria. Nos reencontramos hace poco, la atropellé en realidad. Éramos amigas cuando todavía vivía en Cerdanyola, a día de hoy seguimos siéndolo —aclaró Laura, una vez estuvieron sentados todos en una mesa tranquila con vistas a la plaza.

—Oh, encantada —dijo Agnes tendiéndole la mano —Si la conoces desde hace tanto, seguro que puedes contarnos detalles vergonzosos de Laura.

Beca se la estrechó fingiendo su mejor sonrisa y añadiendo una con mucho encanto a Óscar, que le tendió también la mano, pero sin devolverle el gesto coqueto, lo cual le molestó.

—De eso puedes estar segura —afirmó Beca.

—Eh, perras, que estoy aquí.

—También es un placer conocerte, Beca —saludó el empresario.

—Tú rostro me es conocido de algo... ¿Eres modelo? —preguntó interesada Beca.

Agnes tuvo que morderse la lengua para no mandarla a la mierda. El tono en que le hablaba a su marido y las posturas que empleaba desde que se tropezaron con ellas la estaban sacando de quicio. Sin embargo, decidió darle el beneficio de la duda por deferencia a Laura.

Óscar se rio con ganas. ¡Modelo!

—Me temo que me confundes. Yo soy hombre de oficina.

Beca lo negó con la cabeza.

—Creo que te vi en alguna revista, estoy segura.

Óscar no quiso darle la razón y decirle que posiblemente lo vio en las del corazón, cuando todo lo ocurrido con su hermanastro se destapó tras la muerte de su padre y su obligación, a asumir el cargo de director de su empresa.

—Tengo una cara muy común —declaró encogiéndose de hombros.

Beca sonrió.

—Bueno, puede que esté confundida. —Aunque no lo creía. Ella nunca olvidaba una cara bonita y menos a un hombre con esa altura y cuerpo de gimnasio.

—Entonces vamos a comer. Si no como pronto me convertiré en algo peor que un *gremlin* mojado.

Agnes resopló.

—Tú siempre te conviertes en un *gremlin*, con o sin mojar—dijo Beca mostrándole su mejor sonrisa.

Laura sacó la lengua con un gracioso mohín.

—Menos mal que sé que me quieres, que si no...

Mientras hablaba, Agnes no perdió detalle de los gestos. Había algo en la vieja amiga de Laura que no terminaba de gustarle. Cuando les sirvieron la succulenta carne, Laura se relamió con ganas.

—Entonces, pareja. ¿Os habéis tomado el día libre? —preguntó a su amiga. Normalmente aquellos dos pasaban las mañanas en la oficina.

Agnes miró con amor a su esposo.

—Sí, ha sido idea de él. Me está llevando de compras.

—Y luego me decías a mí que yo trabajaba menos que los Reyes Magos. En serio, Óscar, no la malcrías tanto.

—Pero, es que me encanta hacerlo. Así después me lo tiene que agradecer, ya me entiendes —replicó el aludido con una sonrisa pícaro.

Agnes le dio un pequeño codazo en las costillas.

—No hace falta que me compres nada, tonto.

—Ya sé que no, pero me apetece hacerlo. Aunque si me das más fuerte, lo siguiente que hago es regalarme un seguro médico...

Agnes lo miró pasmada.

—Ya te pareces a Laura. Todo se pega —resopló la excamarera—. Seguro médico... —murmuró, mientras pinchaba un trozo de carne y se lo introducía en la boca.

—Por eso me cae tan bien tu marido —dijo la veterinaria con una sonrisa traviesa.

—Claro, cómo no... Y a todo esto, sigues sin explicarme qué haces por aquí. No me quejo de que invites a comer, pero ibas a contarnos algo.

—Cierto. Tenía que contaros que voy a cerrar la clínica.

Óscar y Agnes la miraron pasmados. Debía ser una broma. Laura no lo dudó y aprovechó el momento para tomar una foto de sus caras.

—Madre mía, esta la enmarco y la pongo en la entrada de casa, junto a la del culo de Darío.

—Pero ¿serás capulla? —exclamó Agnes cuando recuperó la compostura. Óscar por su parte estaba muerto de risa y Beca los miraba sin saber bien qué decir.

Cuando Laura dejó de carcajearse, respondió:

—Sí, sí. Soy una capulla. No la enmarcaré. Solo la mandaré al WhatsApp del trapiés para que vean las chicas la cara que se os ha quedado cuando os anuncio que me lanzo a la piscina. Por fin voy a abrir una clínica más grande y mejor equipada que Peluches. En el local de al lado, de dónde salíamos. Veníamos de ver cómo iban las obras. Si todo va bien, mi huevo hospital estará listo a primeros de enero.

—Nuestro —corrigió Beca con una sonrisa amable.

—Eso, nuestro. Beca es mi socia en esta aventura —dijo Laura.

—Eso está genial —exclamó Agnes—. En serio, ya era hora de que lo hicieras y así dejes de quejarte de lo enano que es el otro local.

—Sí, va a ser genial. Ya os lo enseñaré cuando esté acabado, quiero que sea una sorpresa.

—Cuenta con nosotros —añadió Óscar, encantado con la idea de que la loca de su casamentera fuera avanzando con su carrera.

Continuaron hablando sobre los planes para la clínica y entonces, salió a relucir el nombre de la empresa que surtía a la clínica. Agnes y Óscar reconocieron el nombre enseguida, para eso era uno de sus clientes, y teniendo en cuenta quién era, le prestaban especial atención.

—Bueno, todo eso está muy bien, Laurita, pero ¿y los avances con el morenazo? Porque los habrá, ¿no? —sonrió Agnes alzando ambas cejas.

—¿Siempre tiene que salir Borja en la conversación?

—Solo pregunto, es lo normal. Me preocupa mi amiga soltera.

—Bueno... eso de soltera —dijo Laura sofocándose un poco— He de admitir que no todo es malo. Izar se quedó corta hablando de él, pero si se lo dices a la rubia, te coso el chichi.

Agnes dejó los cubiertos en el plato y clavó su mirada en ella.

—Joder... Al final has caído como todas —replicó sonriendo satisfecha—. Un momento... ¿has dicho corta? —dijo abriendo los ojos de par en par.

—¡No pienso hablar de eso contigo cuando te has negado mil veces a darme detalles de Óscar a pesar de que, si no fuera por mí, seguirías destrozando a tu Terminator! —exclamó Laura tal vez con demasiada efusividad, haciendo que algunos comensales se giraran curiosos a tiempo para ver, cómo el aludido casi se atragantaba con el bocado de carne que tenía en la boca.

«¿Alguna vez estas dos no serán un peligro para mi salud?», pensó el pobre a punto de morir asfixiado.

Agnes le tendió un vaso de agua para que pudiera beber y al mismo tiempo fulminó con su mirada a Laura.

—Tú pides más que detalles. Además, baja la voz que, como siempre, se entera todo el mundo —la reprendió Agnes.

Beca le tendió una servilleta a Óscar para que se limpiara y eso provocó los celos en Agnes. No por el hecho de que quisiera ayudarlo, sino por la actitud y gestos con los que lo hacía. Si seguía tirando del escote, en nada le verían el ombligo.

—Bueno, pues quedamos en tablas —convino Laura.

—Entonces, ¿ya no estás soltera? —quiso confirmar Agnes.

—No, ya no. Oficialmente somos pareja. Es extraño pensar en Borjamari como mi novio, pero me gusta —confesó la veterinaria poniéndose roja hasta la raíz del pelo. No era una persona muy dada a contar sus sentimientos a nadie, sin embargo, allí estaba con personas a las que apreciaba mucho—. Si esto no acaba bien, prometo que te contaré detalles, ¿de acuerdo?

—Está bien. La semana que viene tenemos que quedar, quiero comprarle a Ethan una casa de juegos que vi el otro día.

—Sí, yo tengo que llevarle un par de conjuntos que le compré al enano. Me tiene loca, la verdad.

—Es un encanto y cuando crezca será un peligro, como su padre —sonrió Agnes al imaginar la escena.

—Sí, miedo me da que Elena tenga una niña... —apuntó Laura.

—¿Te imaginas? —dijo riendo Agnes—. Sandro lo castraría.

—Y nos tocaría, como sus madrinas que somos, defenderlo.

—Eso siempre.

—Y tú, Agnes. ¿Tienes hijos? —intervino Beca a la que no le gustaba nada que la dejaran de lado.

—De momento no. Llevamos poco tiempo de casados.

—Vaya... Pues deberías darte prisa, ya sabes que las mujeres tenemos fecha de caducidad —dijo, insinuando que se le pasaba el arroz, como se decía de forma coloquial.

Agnes estrechó la mirada.

—Llegarán cuando tengan que llegar —respondió encogiéndose de hombros.

—Claro. Seguro que el encargarlos resulta magnífico —soltó Beca, mirando descaradamente a Óscar.

Agnes hervía de rabia. ¿Esa mujer no respetaba a las parejas casadas?

—No te lo puedes llegar a imaginar —respondió mordaz.

Claro que podía. Aunque lo que seguía sin entender era cómo aquellas dos mujeres tenían a unos hombres como Borja y Óscar babeando por ellas. Conoció a Laura años atrás y ya entonces no lo entendió. Ernesto podría haber tenido a cualquiera, y sin embargo, escogió a la pelirroja sin clase y con los modales de un felpudo.

Ni Agnes ni su amiga eran espectaculares, de hecho, a su socia le sobaban unos kilos en la parte del culo, aunque los disimulaba con las tetas. Ella era alta, delgada, rubia, con curvas. Una belleza, vamos. Pero ni Borja, ni el tipo que tenía sentado delante, parecían apreciarlo con ellas cerca. No tenía la más mínima lógica.

Los cuatro terminaron de comer y, tras los cafés y varias conversaciones sin importancia, se despidieron.



Agnes se alegraba muchísimo por el nuevo proyecto de Laura, y aún más de que lo suyo con Borja, al fin llegara a buen puerto. Sin embargo, estaba segura de que esa mujer no era buena compañía para Laura.

—Deja de rechinar los dientes, nena. Los escucho desde aquí —dijo Óscar en cuanto entraron en su piso—. ¿Qué ocurre?

—Esa Beca. Si hubiera podido se habría lanzado a comerte a ti.

—¿Y eso es un problema? Yo no se lo veo —bromeó él.

Agnes puso sus ojos en blanco.

—¿Y si hubiera sido un hombre quién se lanzase a por mí?

Óscar se acercó a ella y la abrazó.

—Agnes, ninguna mujer que no seas tú me interesa lo más mínimo —declaró el exmúsico.

Ella suspiró.

—Lo sé, de verdad. Es solo que desde que la he visto no me ha gustado nada, además de que no paraba de mirarte y hacerte ojitos. ¿Qué mujer hace eso a un hombre casado?

—Una que no merece la pena.

—Exacto, pero resulta que es la socia de mi amiga. Óscar, no me fío de ella, no me gusta que esté cerca de Laura —dijo Agnes alzando su mirada para poder ver su rostro.

—Y por la expresión de tu cara, no crees que, si se lo dices a la pelirroja, se lo tome muy bien, ¿me equivoco? —preguntó Óscar acariciándole la mejilla.

—Sí, Laura confía en ella, la ha hecho socia de su sueño y eso me asusta. Puede herirla, ya sabes que ella habla mucho, pero en realidad no es nadie —confesó la excamarera impotente—. No sé qué hacer.

—No te alejes mucho de ella. Si esa mujer puede hacerle daño no la dejes sola.

—Estaré cerca de ella, aunque el problema será hacérselo ver. No puedo llegar y decirle: “*Eh, tu vieja amiga me cae como el culo y creo que no es buena para ti.*” Conociéndola me mandará a la mierda.

—O, si lo que ha comentado comiendo va bien, el estar con Borja la alejará de ella. No creo que ese hombre le deje mucho tiempo libre.

Agnes sonrió a su marido.

—Creo que es peor que tú —apuntó Agnes.

—Oh, eso no puede ser —declaró Óscar.

—Cuenta que todavía no están casados y ya sabes que, cuando se está de novios... —Levantó ambas cejas riendo—, se piensa con la entropierna.

—Me estás diciendo que al estar casados no podemos pasar el resto del día desnudos en la cama, ¿es eso? —dijo su marido apartándose de ella, fingiendo indignación.

—¡Claro qué no! —exclamó Agnes sin poder esconder su diversión—. Solo lo veo más dominante, no sé, lo veo perfecto para ella como tú lo eres para mí.

—Te salvas por los pelos. Entonces... ¿Qué planes tienes para esta tarde? —preguntó él quitándose la camiseta.

Agnes no perdió de vista el ondular de sus músculos cuando aparecieron tras desprenderse de la prenda.

—Mmm. De momento ver cómo te desnudas para mí y después pasar el resto de la tarde y noche en la cama —anunció con desparpajo.

Óscar sonrió de un modo que hizo que el cuerpo de su mujer temblara de anticipación. Despacio, desabrochó el cinturón de sus vaqueros que no tardaron en acabar en el suelo, junto a la camiseta. Después, con demasiada lentitud para el gusto de Agnes, se deshizo de la ropa interior sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Qué has dicho que haríamos ahora? —preguntó enarcando una ceja y con una sonrisa *sexy* de medio lado.

Agnes se humedeció los labios, mientras admiraba el cuerpo de su marido.

—Ahora disfrutar de nuestros cuerpos —afirmó ella—. De verdad cariño, eres el hombre más *sexy* que he visto nunca.

—Yo no sé si puedo decir lo mismo de ti —dijo caminando hacia el dormitorio, dejándole ver unas buenas vistas de su perfecto trasero.

Agnes le lanzó un cojín de uno de los bancos que servían más de adorno que de asiento.

—No he escuchado eso... —gruñó Agnes.

—Oh, sí lo has oído. Llevas demasiada ropa como para que pueda apreciarlo —replicó él agachándose a recoger el cojín y cubrir su erección con él—. O te quitas toda esa ropa que te sobra o me visto de nuevo.

Agnes rio por lo bajo.

—A sus órdenes.

Ella entró en la habitación moviendo sus caderas de forma provocadora. Empezó a quitarse la ropa de forma insinuante hasta que solo le quedó el diminuto tanga negro que llevaba.

—¿Sigo?

—Sí, necesito apreciarte por completo.

Ella se deshizo de la última prenda y se acercó a su marido.

—¿Tengo el visto bueno?

Óscar lanzó el cojín y la abrazó, pegándola a su cuerpo dejando que sintiera la dureza de su erección contra su vientre.

—¿Tú que crees? Eres lo más perfecto que he visto nunca —declaró el exmúsico.

Agnes suspiró entre sus brazos.

—Y tú el gran amor de mi vida —afirmó ella, que alzó sus brazos rodeando el cuello de él y alzándose de puntillas lo besó profundamente.

Óscar respondió a su beso con hambre, tanta como el primer día. Su amor y pasión, lejos de calmarse o disminuir, no hacia otra cosa que crecer con cada segundo que pasaban juntos.

La tomó de los muslos, alzándola, para apoyarla en la cómoda, tirando algunos de los botes de perfume, pero no le importó. Si alguno caía al suelo y se rompía se lo volvería a comprar.

Sin romper su beso, Agnes sonrió. Óscar siempre terminaba alzándola contra lo que fuera. Ella enredó sus dedos en su suave cabello sin querer soltarse de él jamás.

Óscar separó sus piernas más para poder tener un mejor acceso a su cuerpo. Apoyó la cabeza rosada de su sexo en la húmeda entrada del cuerpo de Agnes, sin llegar a penetrarla. Sus manos decidieron que querían torturar sus turgentes pechos antes.

Agnes gimió bajo su toque. Ella se sujetó de sus hombros para poder exponerle sus pechos.

Aquello era una invitación que Óscar no pensaba rechazar. Apartó las manos y tomó uno de ellos con la boca, succionando y lamiendo. Sus manos no querían apartarse de ella, de modo que acariciaron el cuerpo de su mujer en busca de otro lugar con el que jugar. Cuando llegaron a sus muslos, las manos se movieron hacia el interior de estos, buscando la entrada de su sexo. Sus pulgares jugaron con la entrada resbalosa y con la cabeza de su pene, provocando que ambos se excitaran.

—Óscar... —gimió Agnes.

—Dime, mi amor. ¿Qué quieres de mí? —preguntó él con falsa inocencia.

—Todo — dijo ella que sonrió traviesa—. Pero ahora prefiero esa parte tuya tan grande y dura.

El exmúsico no podía negarle nada y menos algo que deseaba tanto como ella. Apartó las manos y se introdujo en su interior despacio, separándola poco a poco hasta acomodarse por completo.

—Eres tan maravillosa...

Agnes sujetó su rostro y lo besó, demostrándole con aquella caricia de sus labios que lo amaba más que a nada.

Y también hizo que el movimiento de caderas de su marido comenzara. Primero iba despacio. Tratando de disfrutar de cada caricia durante su movimiento. Pero aquello le urgía a moverse con más rapidez.

Agnes rodeó con sus piernas las caderas de Óscar, permitiendo que su marido se moviera con más libertad.

Y él no dudó en hacerlo. Sus caderas se convirtieron en un pistón bien engrasado que entraba y salía del cuerpo de su mujer, arrancando gemidos y gritos de placer de ambos con cada embestida. Óscar la abrazaba cada vez con más hambre. Era como si quisiera fundirse con ella, ser solo uno en cuerpo y alma.

—Oh Dios... —jadeó: Agnes, que se sujetaba con fuerza a él siguiendo sus rudas embestidas.

—Espero que con esto nunca llegues a olvidarte de mí —bromeó Óscar.

—Como si pudiera... —resopló la excamarera.

—Una vez creíste haberlo hecho... —dijo él antes de apoyar la cabeza en su hombro apretando los dientes para no dejarse ir sin ella.

—Creí, tú lo has dicho, no quería admitir que te amaba —Agnes le obsequió con una sonrisa—. Y ahora mi amor, sé rudo y hazme ver las estrellas.

¿Había dicho ya que era incapaz de negarle nada?

Sus caderas se dejaron ir, golpeando cuerpo contra cuerpo con fuerza y pasión.

Agnes besó a su marido antes de dejarse llevar por el intenso clímax, consiguiendo arrastrar a Óscar con ella.

—Te quiero, Agnes.

—Y yo a ti, mi amor. Algún día podremos llegar a la cama para tener el primer polvo —sonrió esta.

—¿No te gusta la cómoda? —preguntó él acariciando su rostro.

—Oh, claro que me gusta, y la pared y la mesa del comedor... —respondió Agnes con su risa cantarina y pegadiza—. Pero en la cama se pueden probar varias posturas, ya me entiendes. No me estoy quejando, me gusta todo lo que me haces.

—Te olvidas de la encimera de la cocina, nena. —La cogió en brazos y la dejó en la cama—. Entonces... ¿qué dices que puede hacerse aquí?

—Túmbate, ahora me toca a mí y estoy especialmente creativa esta vez —sonrió lanzándole una mirada que prometía mucho placer para ambos.

Y Óscar la obedeció, dejándose caer en la cama bocarriba con cara de satisfacción.



Laura salió del baño desnuda, frotándose el pelo con una toalla. Llegó hasta la cama donde había dejado el bonito pijama de raso de dos piezas. No sabía si admitirlo en voz alta o no, pero echaba de menos a Borja. Durante la comida puso al día a Agnes sobre su nueva relación con él. Ahora eran pareja, una normal. O todo lo normal que podían ser teniendo en cuenta el carácter de ambos. Su amiga se había alegrado mucho por ella, aunque claro, tampoco había dejado pasar la oportunidad de recordarle todas las lindezas y desplantes a los que había sometido al pobre Borjamari.

Laura sonrió al recordarlos. Sí, estaba tratando de comportarse como una mujer normal, no como la bocachanca que era, pero todas sus capas de autodefensa seguían vigentes y le estaba costando mucho dejar de darle caña siempre que tenía oportunidad.

Ahora Borja estaba fuera de la ciudad por negocios y lo echaba de menos. No iba a ser una psicópata mirando todo el tiempo el teléfono, celosa, por si era una excusa para estar con otra mujer, él no lo necesitaba. O al menos eso creía ella teniendo en cuenta la cantidad de mujeres con las que había estado en el Eros. Aun así, necesitaba hablar con él.

«—Pareces idiota, Laura», —le recriminó su vocecita levantándose de la cama una vez vestida para regresar al baño y tratar de domar su melena pelirroja.

En ese momento, como si hubiera sido invocado, el móvil de Laura sonó. Estaba en la cocina, pero al ser un pequeño loft, la distancia era poca. Salió disparada para cogerlo. Sería un mensaje de él, seguro. Posiblemente estuviera en el hotel echándola de menos, como ella.

Abrió el WhatsApp para hablar con Borja cuando vio que el mensaje era de un número que no tenía en la agenda. Eso la extrañó.

Lo abrió y lo que leyó la dejó pasmada:

Hola, pelirroja. En cuanto vi tus tetas supe k quería restregar la cara x ellas. kieres k kedemos xa pegar un polvo? Seguro k te dejo bien rellenita. Ah, y es verdad k las pelirrojas tenéis todo el pelo rojo? Nunca me he comido un toto rojo...

Laura lo tuvo que leer tres veces para estar segura de que no alucinaba. Entre lo que decía y cómo, estaba pasmada. No entendía aquello. ¿Quién demonios era aquel tipo? Le entraron ganas de llamar para decirle que sus tetas no las iba a tocar y que se iba a comer el *toto* de su puñetera madre, aunque al momento pensó que eso no era lo mejor.

Sonrió al pensar que tal vez era influencia de Borja el hecho de que pensara antes de actuar.

Bloqueó al mensajero pensando que tal vez era para otra pelirroja, ella no era la única de Barcelona. Y cabía la posibilidad de que aquel Don Juan no fuera ni de allí.

Olvidándose del mensaje, se metió en la cama con solo un hombre en la cabeza, uno con los más increíbles e hipnóticos ojos azules que nunca había visto y que la tenía locamente enamorada.

Capítulo 16

Era viernes por la noche. Lo normal hubiera sido que las cuatro estuvieran tomando unas cervezas con algo de picar en el Rabbit, sin embargo, ni estaban las cuatro ni el local en el que estaba era el Rabbit Hole. Solo eran Beca y ella.

No era que eso le importara... Bueno, sí que lo hacía, pero le costaba reconocer sus sentimientos incluso a ella misma. Por eso, entre otras cosas, lo suyo con Borja había costado tanto que empezara. Ahora solo faltaba que su boca no lo estropeará.

Adoraba a sus chicas y quería estar con ellas. Eso no impedía que entendiera que ahora las tres estaban casadas, tenían sus propias familias o estaban en camino, como era el caso de Elena. Y eso se traducían en que ella, la soltera, si quería marcha tenía que buscarla en otra parte. Bueno, si volvía a ser sincera, ya no era la soltera. Ahora tenía novio. Borja. Casi se echó a reír al pensarlo teniendo en cuenta cómo se llevaban. Sí, podría estar con él, pero Borja estaba en un avión camino de El Prat. Llegaría de madrugada y le insistió en que saliera con sus amigas a despejarse de la semana de trabajo, que ellos dos se verían el sábado por la noche. Tendrían una noche especial, juntos.

De manera que allí estaban las dos en una mesa de un bar del que ni se fijó en el nombre, tomando su segunda ronda de cervezas contando anécdotas de cuando eran más jóvenes e inocentes.

—¿Te acuerdas de aquella vez en la que Nacho y Sonia se metieron borrachos al baño de aquel pub al que solíamos ir, a pegar un polvo y se les olvidó cerrar la puerta? —preguntó Laura muerta de risa al recordarlo.

—Cómo olvidarlo, por fin pude disfrutar de ese culito respingón —respondió Beca riendo.

—Tú, yo y todo el mundo.

—La pena es que no fuera conmigo, te aseguro que no habría sido en el baño —afirmó Beca.

Laura la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Te gustaba Nacho! —exclamó Laura.

—¿Y a ti no? Joder, estaba buenísimo.

—Sí, sí que lo estaba... Pasaba casi el mismo tiempo en el gimnasio poniéndose cachas que en el pub tomando cervezas. Lo que pasa es que yo estaba con Ernesto y no me fijaba en otros —comentó la pelirroja.

Beca resopló.

—Ese era un gilipollas, no sé qué le viste.

—Alto, rubio, ojos negros, culo prieto... Ni idea. Además, tenía tanta labia que era el típico tío que vendía arena en el desierto.

—Los hay mejores. Por ejemplo, ese moreno tuyo de ojos azules ¿Borja se llama? —Beca se hizo la despistada, sin embargo, había llamado su atención.

La cara de Laura cambió y su expresión soñadora dijo mucho más que cualquier confesión.

—Sí, él es mucho más guapo y también me vende arena en el desierto. Toneladas de arena —musitó.

—Deberías tener cuidado. Lo veo demasiado guapo para que se fije en una mujer de tu edad,

creo que es el típico hombre que evita el compromiso —soltó como si se preocupara por Laura.

—¿De mi edad? Oye, que aún no se me ha arrugado el kiwi. Lo tengo bien terso y funcional —replicó Laura tomándose aquello a broma.

—Ya sabes a lo que me refiero —Beca movió la mano en un gesto de quitarle importancia a algo que ella misma había dicho muy en serio—. Además, debe de tener una larga cola de amantes.

—Sí, la tiene. Muy larga —Y empezó a partirse de risa con el doble sentido. Pero era verdad, mujeres en su cama había muchas.

Beca la miró con la boca abierta.

—¿Y no te importa? Tú puedes ser otra más de esa interminable lista. Me sorprende que tus amigas no te hayan advertido sobre él —insistió la rubia.

—Mis amigas me lo presentaron y creo que apostaban a mis espaldas, sobre lo que tardaría en liarme con él.

—Entonces eso no son amigas, al menos no de las de verdad, como yo —protestó Beca. Borja debía ser para ella, era mucho más guapa que Laura y el hombre estaba muy bueno, era de los que te girabas más de una vez para observarlo.

—¿Por qué no? Borja es un buen hombre. —O eso creía. Después de cómo se había estado portando con él que aún quisiera estar con ella era un buen punto a su favor...

—Eso es lo que te hace creer. Pareces una quinceañera —resopló la supuesta amiga—. Un hombre cómo él solo quiere una cosa de una mujer, sexo sin compromiso. Y tú, no eres de esa clase, saldrás herida cuando se canse de ti y busque a otra más joven —afirmó rotunda.

—Ya, no lo soy. O no lo era, pero lo que pasó con Ernesto, y luego con Javi me hace pensar en otras cosas. A lo mejor ya me da igual el compromiso —mintió Laura. A pesar del dolor, se negaba a dejar de soñar. En el fondo era una romántica y algo le decía que Borja podía ser el amor de su vida o el que desterrara ese sentimiento de su vida para siempre.

Beca se encogió de hombros.

—Por mucho que te diga, hasta que no te des de narices contra el problema, no lo verás. En fin, luego no me digas que no te avisé —terminó diciendo.

Laura apoyó la cabeza en el hombro de su amiga.

—No seas tonta. Veo que me quieres ayudar, pero es que él es tan... tan... Es Borja. Es tan todo, que no sé ni pensar.

—¿Es bueno en la cama? —indagó Beca.

La pelirroja empezó a abanicarse solo de recordarlo.

—Bueno, no. No es bueno. Es un puñetero dios del sexo.

Beca la miró sorprendida.

—No creo que sea para tanto, no lo puede tener todo, vamos, es guapo, alto con un cuerpo de infarto, no puede ser tanto...

—No voy a decirte que lo compruebes, pero no exagero. Si te digo la verdad, yo a veces también pienso que es demasiado bueno. Aunque no me voy a quejar... —convino Laura.

—¿No? Tengo entendido que va al Eros, no debes ser la única que prueba su cama apuntó con saña Beca.

—¿Cómo sabes lo del Eros? —inquirió Laura encarándola, sorprendida de que supiera de aquel local.

Beca se maldijo por ser tan bocazas, no podía decirle que lo había investigado para poder acceder a él. El libro de la amiga escritora de su socia fue todo un descubrimiento. Eso y la web de la empresa, redes sociales... Teniendo a alguien con dotes para la informática, averiguarlo

todo sobre otra persona era sencillo, si no te importaba saltarte varias leyes, claro. A pesar de que estuvo a punto de meter la pata, se sentía satisfecha. La semilla de la desconfianza empezaría a arraigar en Laura, su trabajo estaba hecho y ahora le tocaba esperar los frutos.

—Lo comentaste con tu amiga Agnes en la comida que tuvimos —mintió Beca con la esperanza de que no se acordara de todo lo que se habló.

—Ah, sí, puede ser. Pero bueno, ya sabía de sobra que va allí muchos días. Ya lo hemos hablado, no hay secretos.

El móvil de Laura pitó. No esperaba que Borja le escribiera aquella noche, debería estar a esas horas en el avión por lo que sería imposible que le enviara nada. Y no era él quien le escribía. Era otro de esos extraños mensajes pidiéndole más fotos de sus tetas, interesándose en el color de su vello púbico o bien ofreciéndose descaradamente a desatascarle las cañerías. Lo borró y siguió con su conversación sin darle importancia.

—Entonces no te insistiré más. ¿Vas con él a ese club? —preguntó la socia.

Laura se sonrojó hasta la raíz de su pelo rojo.

—Sí.

Beca se acercó más a ella.

—Debe de ser excitante.

—Lo es. Solo entrar, no te hace falta nada más. El ambiente ya te pone a cien —aseguró la pelirroja.

—¿Lo hacéis delante de todos? —Beca sentía curiosidad de cómo Borja actuaba con Laura.

—¡Beca! No pienso darte detalles. No soy como Nacho y Sonia, no voy a enseñarte el culo —exclamó Laura.

—No te estoy pidiendo que lo hagas delante de mí —respondió ofendida—, solo pregunto. Vas a un club de intercambio, tengo curiosidad.

—Sí, lo hacemos delante de otros —admitió al fin y dio un buen trago a su bebida.

—Oh, eso tiene que ser muy... muy... Joder, qué suerte tienes.

—Un día podrías venirte —sugirió Laura con una sonrisa traviesa.

—¡Me encantaría! —dijo Beca emocionada.

Laura levantó la nueva ronda que les sirvió el camarero.

—Pues brindemos por una noche en el Eros inolvidable.

Beca brindó con ella. Estaba más que decidida averiguar cómo funcionaba ese club.



Borja terminó de abrocharse los vaqueros descoloridos y sujetó dudoso el jersey de cuello alto negro. No se decidía si escoger el negro o el de color vino. Miró a su princesa que estaba sentada sobre el lavamanos y le tendió ambos.

—¿Cuál escojo, Zira?

La gata se acercó y husmeó ambos, con una de sus patitas le dio al negro mientras se acercaba a él y ronroneaba. Borja se rio y acarició la cabeza de su gata con cariño. Gracias a Dios que ya estaba perfectamente recuperada y todo se lo debía a su pelirroja. Esa noche la recordaría siempre.

—Buena elección, princesa. Tienes un excelente gusto.

Borja terminó de vestirse, se perfumó y le dio un beso en la cabeza a la gata.

Antes de salir comprobó si tenía comida y agua. Cogió las llaves de su deportivo y con una sonrisa que debería estar prohibida, salió de su casa en busca de su pelirroja. Mientras conducía y escuchaba la radio, pensó en lo afortunado que era de haberla conseguido, al fin. Demonios, casi

se había dado por vencido con ella. Sin embargo, necesitaba convencerla de que iba en serio y eso era lo complicado de su relación. Ambos eran dinamita pura y en cuanto se acercaban demasiado, estallaban. Borja sonrió recordando que esa explosión de carácter se aplacaba en la cama.

En cuanto llegó, paró en doble fila para enviarle un mensaje de texto avisándola de que ya estaba. Salió del coche y se apoyó en él, cruzando los brazos sobre el pecho, manteniendo la mirada fija en el portal.

No tuvo que esperar mucho pues Laura llevaba un rato lista. Era su primera cita después de estar una semana separados por el viaje de trabajo de Borja y estaba muerta de nervios por volver a verle. Aquella noche iban a salir como una pareja normal, o todo lo normales que ellos dos juntos pudieran ser.

En cuanto recibió el mensaje, cogió el abrigo, el bolso, cerró la puerta del apartamento y bajó por las escaleras con los zapatos en la mano. Ni siquiera iba a esperar al ascensor.

Cuando llegó al portal pudo ver a Borja apoyado en su coche, esperándola, mientras se calzaba los tacones. Abrió la puerta y, como un torbellino, se lanzó sobre él para besarla.

Borja la sujetó de la cintura y profundizó el beso.

—Nena, esta es la bienvenida que me gusta. Te he echado de menos —declaró con voz ronca.

—A mí me encantaría decirte lo mismo, pero mentiría —replicó con una sonrisa.

—Claro... —Borja alzó una ceja mientras la acercaba más a él y volvía a besarla —. Tengo algo para ti.

—¿Para mí? —preguntó ella sorprendida—. Dime que no es un bozal...

—No me tientes, pelirroja. —Borja abrió la puerta del deportivo y se adentró sacando una caja grande envuelta con un lazo rojo—. Espero que te guste.

Laura abrió la caja con cuidado. Le encantaba tomarse su tiempo para desenvolver regalos. Le gustaba tanto como descubrir qué había dentro. Lo que no esperó era ver un precioso vestido negro que, a juzgar por el logo en el papel de seda en el que estaba envuelto, debía costar una fortuna.

Borja no le compró un bozal, pero casi, pues había conseguido dejarla sin habla.

—Es... Oh, Dios... Esto es... es...

—Sí, es el último diseño exclusivo de Giorgio Armani.

—¿Armani? Dios, Borja, no creo que pueda aceptarlo, es demasiado.

Y bien lo sabía que llevaba años suspirando por un trapito de estos y siempre se prometía que alguna vez...

Borja sujetó con suavidad su rostro.

—Puedo y quiero hacerlo. Si lo nuestro continua me acompañarás a eventos importantes y quiero que mi mujer sea la más hermosa —manifestó él.

Aquellos ojos la hechizaron en el momento en que los miró fijamente. No se sentía capaz de negarle nada. Tampoco había nada más a su alrededor. Solo eran ellos dos y su precioso vestido. El mundo había desaparecido. Con un beso rápido en los labios, Laura aceptó.

—Está bien, pero solo porque si vas solo a esos eventos te aburrirás mucho —acotó con una sonrisa pícara.

—En eso tienes razón —sonrió él—. Vamos a cenar, la noche solo acaba de empezar.

—Eso, que llevo sin comer desde ayer para hacerte gastar un pastón —dijo la veterinaria muerta de risa.

Borja le abrió la puerta como un caballero y, antes de que Laura entrara, le palmeó el trasero.

—A ver si te pondrás mala ahora.

—No creo. Soy tan bicho que ni los virus me quieren, por eso puedes estar tranquilo —afirmó riendo.

—Menos mal —respondió con una carcajada.

Cerró la puerta y rodeó el deportivo. Una vez dentro arrancó y se dirigieron a una masía a las afueras de la ciudad condal.

Tras una cena estupenda, Borja y Laura subieron al coche para ir a seguir su velada en el Eros. Resultaba extraño que, si lograba controlar esa bocaza suya, eran capaces de pasar un rato realmente agradable hablando de trabajo y de sus vidas. Una vez acomodados en los asientos, Laura estiró la mano para cambiar el dial de la emisora. No hacía más que tocar botones arriba y abajo.

—Joder, no consigo acordarme de qué frecuencia era —murmuró.

—¿Tanto te cuesta dejar la que estaba? —preguntó el empresario alucinando al ver su determinación a cambiar la música.

—La verdad, sí. Necesito un poco de rock.

Borja resopló.

—¿En serio? Hay que escuchar de todo no centrarse en un solo estilo.

—Claro que escucho de todo. Todo lo de AC/DC, todo lo de Metallica, Bon Jovi, Aerosmith, Evanescence...

—A ti te gustan los gritos —gruñó Borja—. Esa clase de música da dolor de cabeza —afirmó rotundo.

—¡Dolor de cabeza! ¿Gritos? Vamos, ahora me dirás que la música de verdad es esa de *juntitos los cuatro*...

—¡Claro qué no! Pero, está el pop, disco... Nena, lo que se llama música.

—El rock también es música, o ¿es que no conoces a Elvis? —inquirió Laura.

—Ese hoy en día se comía una mierda.

Laura lo miro sin poder creer lo que había dicho. ¿Acababa de insultar al Rey del Rock? Entendía que hubiera gente a la que no le gustara el rock, estaban locos, por supuesto, pero era respetable. Sin embargo, su relación con Elvis era especial. Con él conoció toda aquella música que le encantaba, además fue su primer amigo. En los peores momentos con su familia, aquellos en los que la humillaban por no querer seguir los pasos que ellos opinaban que debía seguir, se encerraba en su cuarto con un viejo vinilo de su abuelo y no dejaba de escucharlo una y otra vez. Aquello la hacía olvidar y también empezó a creer que ser diferente no era malo. Ella era única y siempre lo sería. Si la gente no lo veía era su problema. Así que no iba a tolerar que nadie se metiera con su amigo Elvis, ni siquiera el mismísimo Diablo.

Borja paró el coche en un STOP y ni lo pensó. Notaba un extraño peso en el pecho por el que solo quería correr y alejarse. Se sentía de nuevo como entonces. Abrió la puerta y bajó hecha una furia.

—¡Si esto ya me lo temía! ¡Eres idiota y seguirás siendo idiota! —gritó Laura desde la acera.

Borja la miró atónito. ¿Qué cojones acababa de suceder? Bajó la ventanilla del coche y asomó la cabeza por ella, suerte que era un camino poco transitado.

—¿Qué coño estás haciendo? ¡Vuelve al coche! —exclamó el moreno.

—Una mierda. Mis gritos, mi ruido y yo nos vamos a casa —declaró la pelirroja andando en dirección contraria a la que se dirigía el coche. Caminaba con energía y casi tropezó por culpa de los zapatos, pero no iba a parar por nada.

—¿Te has vuelto loca? No podrás llegar a casa andando y estamos muy alejados de la ciudad. ¿Es qué no ves que solo nos rodea bosque? —le preguntó Borja.

¿Acababa de llamarla loca? Pues iba a ver lo loca que estaba. Sin pensarlo mucho, se quitó uno de los zapatos y lo lanzó contra el coche de Borja que continuaba con el motor encendido y parado en el cruce. Cuando el tacón golpeó en la chapa, Laura vio con horror cómo la cabeza de Borja desaparecía de la ventanilla y la luz de marcha atrás se encendía antes de que el coche comenzara a avanzar hacia ella. Poco le importó estar medio descalza, rodeada de bosque y lejos de la ciudad. En el momento en que vio el deportivo retroceder, echó a correr en dirección contraria.

—¡Que te den, Borjamari! —gritó Laura en su ridícula huida.

—La madre que la parió... —gruñó el empresario.

Borja detuvo bruscamente el coche y salió dando un portazo antes de dirigirse hacia Laura con largas y firmes, zancadas. Una vez la atrapó, cosa que no le costó demasiado, la sujetó de la cintura y la cargó sobre su hombro como si fuera un saco de patatas. Le dio un par de azotes en el trasero mientras la llevaba de vuelta al coche.

—¡Suéltame, cavernícola sin modales ni oído musical! ¡Blasfemo! ¡A Elvis ni me lo toques y menos aún a Bon Jovi! Si ya sabía yo que eras un pijo insufrible. Tenía que haberte pegado un polvo y hasta luego, Maricarmen —clamó Laura fuera de sí.

Sonrió cuando su carácter estalló.

—Esos modales, pelirroja.

—Mis modales los guardo para quien se los gana. Bájame ahora mismo, Borjamari.

—Ahora te bajo, pero creo que debería enseñarte a comportarte.

En cuanto llegó al coche la dejó con cuidado sobre el capó. Sujetó la larga melena de Laura tirando hacia atrás de ella, para unir sus bocas en un beso salvaje. Introdujo la lengua, posesivo, tratando de dominar a esa fiera salvaje. Borja deseaba sentir su dulce sabor y llevarlo siempre con él.

—Cavernícola —protestó Laura contra su boca con los ojos cerrados—. ¿Crees que así me vas a domesticar?

—Espero que sí, porque me excitas demasiado cuando eres peleona. No puedo estar todo el tiempo duro como una piedra —afirmó el joven.

Borja le subió la falda y de un tirón le arrancó el tanga, elevó sus piernas para apoyarlas sobre sus hombros y así sumergir la cabeza en su caliente, rosado y húmedo centro. Ella era irresistible para él.

—Cada vez que pierdo la cabeza, cielo, la encuentro entre tus piernas. — Sonrió al tiempo que deslizó sus manos debajo del trasero de su pelirroja, para levantarla un poco más hacia su boca. La lamió muy lentamente, a conciencia, y con la intención de hacerla gemir solo por él.

Laura levantó las manos y se enganchó cómo pudo de la chapa del capó para no caer. Arqueó la espalda y apretó más las piernas sobre él.

—Te has vuelto loco... Estamos en mitad de la calle...

Borja levantó la cabeza de entre sus piernas con una sonrisa de pirata.

—Una calle por la que apenas pasa un alma, cálmate y deja que disfrute de esta delicia. — Borja deslizó su lengua rodeando su hinchado clítoris, sopló y lo torturó hasta que notó cómo ella se iba tensando de anticipación—. Vamos pequeña, dame el primero.

Como si se lo pudiera a negar... Desde que la apoyó en el coche Laura estaba a cien. Estalló con un gemido que ahogó mordiéndose el labio para no gritar.

Borja siguió lamiendo hasta que el último temblor se apagó.

—Seguiría, pero estamos en plena calle y aunque no pase un alma no deseo arriesgarme — manifestó Borja, que logró encontrar su voz tras el deseo que sentía por ella.

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó la veterinaria sin querer dejarlo ir.

—Ahora lo verás —dijo sonriendo. Se apartó de ella y desabrochó sus pantalones. Se enfundó un preservativo que sacó de sus vaqueros. Se sentó sobre el capó de su coche y tiró de ella para que se acercara. Con su fuerza, la levantó para que se sentara sobre él.

—Sujétate fuerte, nena —gruñó él antes de dejarla caer sobre su erección lentamente. Borja siseó de placer al notar cómo se abría paso a través de su canal, tan estrecho, caliente y suave, que creía que moriría en ese mismo instante.

—¡Estás loco de verdad! —dijo Laura riendo por el placer que le proporcionaba y por verse haciéndolo en plena calle. Si los paraban, lo de enseñar las tetas iba a ser una simple anécdota comparado con aquello.

—Por ti, pelirroja. Ahora cabálgame, nena, necesito sentirte bien profundo —le pidió Borja.

—A mí también me vuelves loca o no haría esto —confesó ella besándolo y moviéndose como le había pedido, disfrutando de la manera en la que la llenaba por completo, cómo la excitaba de manera que nunca imaginó. Era un idiota, un cavernícola sin gusto musical, sin embargo, era suyo y quería ella ser suya.

Borja hundió los dedos en sus caderas para urgirla a que se moviera más rápido y duro.

—Jesús... —gimió el empresario.

El placer iba tomando cada vez más control de ella. Escucharlo gemir contra su cuello era demasiado erótico como para ignorarlo, además, la invasión de su dura y gruesa erección no hacía más que llevarla cada vez más lejos hasta que sintió que estaba a punto de estallar.

Tragó saliva con fuerza y hundió el rostro en su cuello, estrechándola con fuerza. Esa mujer le estaba robando el corazón.

—Mierda, pelirroja —gruñó Borja tomando aire. Si seguía a ese ritmo no lograría aguantar—. Dame otro orgasmo.

—Contigo —gimió ella antes de dejarse llevar presa del placer.

Borja también gimió con ella cuando sus temblores lo sacudieron a él. Su orgasmo llegó con una abrumadora intensidad dejándolo sorprendido. Solo ella le provocaba ese placer...

—Cada vez que salgas corriendo, este será tu castigo, pero la próxima vez, dejaré tu culo bien sonrosado —aseguró Borja con la voz ronca.

—¿Me vas a azotar? Mira por donde, ya tengo mi propio Grey... —apuntó Laura burlándose, pero a la vez, la idea no le desagradaba—. ¿También tienes helicóptero?

—¿Quieres uno? —preguntó él en tono burlón.

—Teledirigido —contestó la pelirroja con una sonrisa.

—Ya sé que regalarte la próxima vez. —Borja sujetó sus caderas y la levantó separándola de él—. Deberíamos entrar al coche.

—Sí, o al final pasará alguien.

Cuando la dejó en el suelo, Laura se recolocó la falda y lo miró a los ojos sin poder apartar la mirada de ellos. Eran demasiado intensos y en la penumbra de la calle podían resultar amenazadores. Sin embargo, algo dentro de ella le decía que nunca lo serían y que, a pesar de toda aquella chulería, eran sinceros. O al menos eso quería creer. Lo que sentía estando con él era demasiado bueno y temía perderlo en un descuido como cada vez que había tenido algo bueno en su vida. Aunque en realidad Borja no era algo bueno, lo era todo.

Borja se separó unos pasos y recogió el zapato que ella había lanzado en su ataque de defensa de ese idiota con tupé.

—Ponte el zapato, no quiero que te cortes si pisas algo —dijo el joven tendiéndole el zapato.

—Oh, mi pobre tacón. Espero que no se haya estropeado contra tu coche...

Borja resopló.

—Debería haberlo hecho, ¿siempre tienes esos ataques?

—Define ataques —pidió Laura haciéndose la despistada mientras se ponía de nuevo el zapato apoyada en la puerta del deportivo.

Borja levantó una ceja divertido.

—Histeria, salir corriendo como si te persiguiera el diablo en persona... y todo para ¿qué? Defender a alguien que ya está muerto y encima sin cobrar.

—Bueno, lo de la defensa podemos decir que no suelo hacerlo, pero es que me has pillado en un mal momento. Ten en cuenta que, entre la regla, la pre-regla, la post-regla, la ovulación, los lunes, las resacas, los problemas que me busco y los que el mundo me pone... como mucho, tengo un día bueno al mes y no sé si ese es hoy. Lo de huir del diablo en persona... Cada vez que te veo lo he hecho, ¿o no lo habías notado? —comentó graciosa.

Borja la observó durante un buen rato.

—Definitivamente no me aburriré contigo.

—En eso, mi querido Satán, tienes toda la razón, y yo no suelo darle la razón al diablo ni, aunque sea tan guapo como tú —dijo Laura poniéndose de puntillas y besándolo.

—¿Vas a seguir llamándome Satán a pesar de que te llevo siempre al paraíso? —preguntó él divertido sujetando sus caderas y pegándola hacia él.

—Si te portas bien, prometo cambiarlo.

—¿Cambiarlo? —inquirió confuso.

—De mi agenda de teléfonos. No quieres saber lo que pone en ella, te lo aseguro.

Borja estalló en carcajadas.

—Viniendo de ti me lo espero todo ya.

—Chico listo —admitió Laura con una encantadora sonrisa.

Borja la besó de nuevo antes de soltarla y rodear el deportivo.

—Vamos, todavía nos queda noche para disfrutar.

—¿A dónde iremos ahora? —le interrogó la pelirroja, subiendo al asiento del copiloto.

—Pensaba llevarte al Eros. Le estuve dando vueltas a lo que hablamos en la cena antes de marcharme. Espero que no te importe. Hablé con unos amigos, Iván y Andrea. Nos están esperando allí. Si te sientes preparada, pueden acompañarnos esta noche —le explicó Borja.

Laura abrió los ojos y respiró nerviosa. Claro que pensó en su última conversación, esa sobre meter más personas en su cama. La idea la excitaba, de hecho, solo pensarlo notó cómo se humedecía. Sin embargo, seguía teniendo miedo a no ser lo que Borja esperaba.

—Una pareja —murmuró apenas sin voz.

—Sí, creí que sería más sencillo empezar por un simple intercambio. Estaríamos los cuatro en mi sala vip, así no nos molestaría nadie y estaremos más cómodos. Solo hay una cama por lo que no estaremos lejos. Yo tendré sexo con Andrea y tú con Iván, aunque al estar juntos, habrá juegos en los que podrá intervenir más de uno o dos. ¿Te parece bien? Si no, solo dilo. Un mensaje y estaremos solos.

—Me parece bien. Suena excitante.

—Oh, nena. Te prometo que será mucho más que eso —declaró Borja convencido.



Borja miraba a la mujer que tenía frente a él sin entender lo que acababa de ocurrir. La observaba con los ojos muy abiertos, tratando de ordenar sus pensamientos antes de hablar, algo que en ella no era lo habitual, pero que, por alguna extraña razón, estaba haciendo en ese momento.

Acarició la cintura del cuerpo femenino desnudo a su lado, era tan suave... Subió por su torso hasta la curva de sus senos, tan llenos y deliciosos. Los disfrutó solo unos minutos atrás, pero seguía deseando saborearlos. También gozó de sus labios, ahora hinchados, enrojecidos por sus besos, pero también por el modo en que su pecosa lo devoró con descaro.

Ninguno de los dos era tímido en la cama. De hecho, habían disfrutado de sus cuerpos sin remilgos o tabúes. No les importaba mostrar su pasión en público, les gustaba, añadía un extra a su relación. Era excitante, morboso. Y decidieron llevarlo a un nuevo nivel.

No es que no tuvieran suficiente con lo que hacían, no, pero él llevaba mucho tiempo compartiendo cama con muchas personas, incluso con más de una a la vez. Sin embargo, no le gustó que Laura pensara que dejaba su estilo de vida por ella. No dejaba de hacer tríos porque pensara que ella no era lo bastante buena para él, como le dijo. Por eso le propuso empezar poco a poco.

Sus ojos, grandes y expresivos, siempre lo atrapaban, tan azules como el cielo de verano e intensos como la tormenta, eran hechizantes. A través de ellos veía que toda aquella palabrería que siempre usaba para molestar a todos no era cierta. El día en que casi pierden a Izar lo vio claro. Vio como sufría y sin embargo fingía una fortaleza mayor. También mostraban una determinación que admiraba.

Su lengua afilada, rápida de reflejos, era una muestra de su inteligencia, una mujer con la que tener una conversación profunda, además de alguien con la que divertirse y disfrutar de las cosas más sencillas. Y también capaz de enloquecerlo cuando acariciaba con ella cualquier parte de él. Jesús, solo recordar la manera en la que esa lengua traviesa suya lo recorría despacio, lo hacía endurecer al instante. Siempre era así con ella, era perfecta era él.

Sí, esa era su Laura. La bruja pelirroja de piel cremosa salpicada de canela. La mujer que lo volvía loco y a la que había prometido una sesión de sexo con otra pareja, un intercambio que no sucedió, y esa era la razón por la que estaba tan sorprendido.

La noche empezó bien. Quedaron Iván y Andrea en la sala VIP de Borja en el Eros. Hubiera preferido la cama redonda, una capaz de acoger a unas diez personas con comodidad, pero era la primera vez de Laura y no quería que nada saliera mal.

Tras hablar un rato de cosas insustanciales, se desnudaron. Iván estaría con Laura y él con Andrea. Comenzó a acariciar a la mujer. Era hermosa, sí, excitante también y sabía cómo encender la pasión de un hombre, aunque no lograba centrar su atención en ella. La suya estaba puesta en Laura que estaba siendo acariciada por Iván. Ella parecía incómoda, pero no porque él la tratara mal, al contrario, era realmente bueno, sin embargo, sus hermosos ojos estaban fijos en él y eso tocó algo muy profundo en su interior.

Él tampoco lograba disfrutar de su compañera. Sus ojos, sin poder evitarlo, buscaban los azules de Laura. Su boca anhelaba su sabor, sus manos picaban por no tener el tacto de su piel suave bajo las suyas. No pudo evitar rozar los muslos cremosos de la veterinaria, en lugar de aquellos que se abrían para él. Su boca buscaba los pecosos pechos, y antes de darse cuenta o entender por qué, estaba enredado con ella, empujando en su interior como un condenado a muerte devoraría con ansia su última cena.

Aun después de haberla disfrutado dos veces, parecía no haber tenido suficiente. Iván y Andrea se habían marchado solo unos minutos atrás. Estaban solos allí, tumbados, mirándose sin saber qué decir. Tocándose como si tuvieran miedo de que, al romper el contacto, fueran a esfumarse.

Aquella tenía que haber sido una noche de descubrimiento sexual, y, sin embargo, lo que acababa de comprender iba mucho más allá. En el fondo de su corazón sabía que ella era especial, lo supo solo verla, sin embargo, lo que acaba de ocurrir entre ellos solo le demostraba que Laura

era la dueña absoluta de su corazón, aunque de momento, sus sentimientos los mantendría solo para él.

—Nadie más... Nunca. Solo tú y yo —logró decir Borja al final tras aclararse la garganta.

Laura curvó los labios en una sonrisa dulce que a él le llegó al alma.

—Sí, solo tú y yo —convino ella con dulzura.

Borja la atrajo hacia él y selló su pacto con un profundo beso.

Capítulo 17

El mes de diciembre comenzaba bien. Laura estaba emocionada y mucho más nerviosa de lo que creía ante la perspectiva de aquella noche.

Estaba sentada en el asiento del acompañante del deportivo de Borja. La música estaba encendida, pero eso no provocó una rara discusión, al menos esa vez. Habían llegado a un acuerdo de paz musical y encontrado algo que les gustara a ambos. Resultaba extraño dialogar con él en lugar de tirarse los trastos a la cabeza, aunque también era reconfortante. No quería emocionarse demasiado y empezar a encargarse de las flores para la boda, sin embargo, aquello parecía que podría funcionar.

Sobre todo, después de la noche en el Eros con Iván y Andrea. La relación cambió en aquel momento y fue para mejor. Cada día que pasaba se encontraba más a gusto a su lado y, se daba de golpes contra la pared por haber sido tan idiota y no haberle dado una oportunidad tiempo atrás. ¡Lo que se estuvo perdiendo por idiota!

Era el cumpleaños de Óscar y estaban invitados. Iba a ser la primera vez que se reunía con el trío de psicópatas a las que llamaba amigas del brazo de Borja. Estaba segura de que no iba librarse de las burlas, pero, ¿qué demonios? Poco le importaba. Borja y ella estaba juntos, y ella era feliz.

Joder, lo era. Sonrió y se acomodó en el asiento antes de mirar su perfil, tan anguloso y masculino. Era tan guapo y *sexy*... pero sobre todo era el hombre perfecto para ella. Tenía un carácter fuerte y decidido, capaz de soportar su bordería y hacerla sentir bien con su propio temperamento de mierda. Incluso lo suavizaba. Y para rematar era increíble en la cama. ¿Qué más podía pedir?

Borja sonrió al notar la perpetua mirada de Laura en él.

—Parpadea, pelirroja, o se te secarán esos preciosos ojos que tienes —comentó.

—¿Y cómo sabes que no parpadeo si estás mirando la carretera? —contestó ella con una sonrisa.

—Porque te conozco ya bastante bien y poseo visión periférica —dijo Borja en tono divertido, sin apartar la vista de la carretera.

—Oh, seguro que sí —replicó ella con un ligero tono burlón. Las viejas costumbres nunca se iban del todo—, pero, sin que sirva de precedente, tienes razón. Es que a veces pienso que, si parpadeo, desaparecerás.

Borja desvió la mirada y la clavó en ella.

—¿Y por qué haría tal cosa con lo que me costó conquistarte?

—No serías la primera persona que lo hace, pero sí la que más me importaría —confesó la veterinaria en un susurro antes de darse cuenta. Al parecer, su carencia de filtro entre el cerebro y la boca no afectaba solo a su mal carácter.

Borja colocó la mano sobre su muslo y lo acarició suavemente.

—No voy a dejarte, Laura. Me importas demasiado para dejarte ir... Mierda, ¿de verdad tenemos que ir ahora a ese cumpleaños? —refunfuñó el empresario.

Laura apoyó la mano sobre la de Borja y lo guió un poco más arriba bajo la falda de su vestido

para después volver a bajarla hasta la rodilla.

—Sí, tenemos que ir. Es Óscar y lo aprecio mucho por lo que hizo con Agnes —declaró la joven.

Borja asintió no muy contento con su respuesta, si fuera por él habría dado media vuelta y dirigido el coche hacia su casa para tenerla debajo de él lo que restaba de día.

—Tú mandas, pelirroja, aunque tengo una curiosidad.

—Escúpela.

—Conocí a Óscar cuando llegó al bar para tocar. Luego volví a verlo en el nacimiento de Ethan. Alguien comentó que era el marido de Agnes. Lo raro es que en ese breve tiempo Izar no comentó nada de un novio o una boda, y créeme que si no Izar, el cotilla de Darío habría dicho algo. Sin embargo, tras la muerte de su padre, Darío sí me comentó algo sobre aprovechar una amnesia para engañar a Agnes. Así que dime, ¿de quién fue la idea de que Óscar fuera su esposo? —inquirió Borja.

—¿No me juzgarás mal?

—No, así que suéltalo.

Laura suspiró. Aún había días en los que la idea de que todo hubiera salido mal y Agnes acabase destrozada la torturaba.

—La idea fue de él, pero yo le apoyé delante del médico y de Agnes. Después lée a las chicas para que me siguieran el rollo...

Borja se carcajeó.

—¡Lo sabía! Eres tremenda, pelirroja, pero hiciste bien.

—¡Oye! No te rías, Satán. En el fondo soy un maldito encanto, solo que lo disimulo —acotó con una sonrisa de niña buena.

—Y he de decirte que lo haces demasiado bien. —La mano de Borja subió peligrosamente por el muslo debajo de la falda hasta casi rozar su sexo—. Lástima que estemos a punto de llegar.

—No seas descarado... —dijo Laura recolocándose el escote para dejar bien claro que ella también preferiría pasar la noche con él—. También estarán Darío e Izar.

Él lo sabía bien, como también sabía que debía de hablar con ellos dos de su situación.

—Me lo imagino siendo el cumpleaños del marido de una de las cuatro siamesas —replicó él divertido.

—Prometo compensarte, mi *sexy* Satán.

—Más te vale—convino él y sonrió.

En cuanto llegaron, Borja estacionó en un aparcamiento cercano y sujetó a Laura de la cintura mientras se dirigían hacia el Rabbit.

Óscar miró a su alrededor y sonrió. Cumplía treinta y siete años rodeado de viejos y nuevos amigos. Pensó en los muchos cambios que había sufrido su vida en el último año, no podía negarlos y no solo en los dígitos de su edad.

Solo unos días después de cumplir los treinta y seis había entrado en aquel mismo local, para hacer una prueba de fin de semana con su grupo, Los Lobos. Gustaron, mucho, y se quedaron allí como grupo residente, sin embargo, él ya no formaba parte del conjunto. Aquella noche su vida cambió para siempre en cuanto la vio. Agnes, su mujer. Su todo.

Fue amor a primera vista, ese del que mucha gente habla, pero en el que pocos creen. Existía, pobres ilusos, claro que existía, y ellos eran la prueba. Cometió una locura para poder conquistarla: aprovechó la amnesia que le provocó un accidente de tráfico para hacerse pasar por su marido y así poder estar a su lado, enamorarla. Ella lo descubrió y eso casi acaba con ambos. Por suerte, ahora sí eran marido y mujer, de los de verdad, los dos recordaban la ceremonia civil,

casi privada. No les hacía falta más. Solo ellos y lo que sentían. No se arrepentía ni un solo segundo de nada de lo que hizo. Si Agnes era el premio, lo haría de nuevo una y mil veces.

Ahora, aquel local que era parte del corazón del barrio de la Barceloneta, era también suyo. Era socio con Manuel, el antiguo jefe de su esposa. Juntos daban la oportunidad a nuevos talentos en el Rabbit Hole donde Los Lobos seguían siendo los reyes del escenario, ya sin él. No había perdido el contacto con sus amigos de años de triunfos y dificultades. Aún había días en los que cogía su bajo y tocaba con ellos. No había vuelto a cantar en público, excepto en aquellas dos ocasiones en que lo hizo para recuperar a su preciosa chica. Ya no lo volvería a hacer, solo cogía la guitarra y susurraba melodías en el oído de su mujer. Era la única que lo inspiraba a entonar.

Eran los vicepresidentes de una de las más importantes empresas de transportes del país, y a nivel internacional no les iba nada mal. De hecho, tanto Borja como Darío estaban entre sus clientes. Darío estaba allí, con su esposa, Izar. La escritora de éxito y el editor. Una pareja curiosa y tan bien avenida que podrían llegar a ser la envidia de cualquiera, excepto de Elena, quizás. La más tímida de las amigas de su mujer, sus cómplices durante el engaño.

Elena estaba casada con el modelo masculino más deseado del momento: Sandro Lombardi. Alto, guapo, *sexy*, italiano... No, Elena no les envidiaba y menos ahora que iban a ser padres.

Y estaban las dos, junto a Agnes, esperando a la más loca de todas: Laura. Aquella pelirroja le apoyó en su mentira casi sin pensarlo. Como decían en una de sus películas favoritas, no sabía quién de los dos, era peor: si el loco o el loco que seguía al loco. Su mujer le había contado que acudiría con pareja aquella noche, y no una como la de la cena organizada por Darío e Izar, no. Con Borja, la horma de su zapato. Le daba pena el pobre diablo, pero tenía mucho que agradecerle. La veterinaria peleó por su relación con Agnes tanto como ellos mismos, lo hizo cuando ninguno de los dos creía en su amor, y por eso le estaría eternamente agradecido.

Miró a su alrededor de nuevo, rodeado de sus nuevos y viejos amigos, en el local que lo vio empezar todo, con su grupo en el escenario afinando los instrumentos para la fiesta que habría más tarde. Solo estaban ellos en el local, era una fiesta privada para celebrar su cumpleaños, aunque también su nueva vida, una que nunca creyó llegar a tener, pues se alejó de todo lo que significaba ser hijo de quien era. Ahora había vuelto a serlo, sin embargo, no en el puesto que siempre quiso su padre, eso se lo dejó a Erika, su hermana pequeña, que no dejaba de reír junto al que era su mejor amigo: Lucas. Nota mental, a pesar de lo mucho que lo apreciaba, partírla las piernas.

Y hablando de nuevo de Agnes... Allí estaba, con aquel precioso y ajustado vestido largo negro que resaltaba su preciosa figura. Estaba tan elegante que daban ganas de hacerle una reverencia. De hecho, se la haría en cuanto regresaran a casa, los dos solos, para celebrar su cumpleaños en privado.

Izar alzó la cerveza que Agnes le había servido y miró de nuevo hacia la puerta.

—Te digo que esta es capaz de no venir. Seguro que Borja la tiene bien entretenida —comentó la rubia con guasa.

Agnes sonrió estando de acuerdo.

—Es lo normal. Si se ven de vez en cuando querrán aprovechar al máximo. Yo lo haría —aseguró la excamarera.

—No seáis así. Seguro que viene —las recriminó Elena más positiva—. No creo que falte al cumpleaños de Óscar, lo aprecia mucho.

—Se trata de Borja versus cerveza, está claro quien ganaría —dijo Izar.

Agnes estalló en carcajadas.

—¿Versus?

Izar le sacó la lengua mientras daba otro trago a su bebida.

—Estáis fatal, de verdad. ¿Dejaríais de venir a mi cumpleaños por echar un polvo? Menudas amigas sois... —se burló Elena.

—No quieras escuchar la respuesta —replicó Izar guiñándole un ojo.

—La tuya no, pero que sepas que Laura sí iría. De hecho, acaba de llegar, pandilla de malpensadas —respondió la friki dándole un trago a su refresco.

Todas miraron hacia la puerta. La vieron entrar escoltada de forma posesiva por su morenazo de ojos azules.

—Hacen muy buena pareja —susurró Agnes.

—Mientras no se maten, sí —le contestó también en voz baja Elena.

—Cierto, veremos lo que dura la paz entre ellos —convino Izar.

—En cuanto Laura abra la boca. Se aceptan apuestas —remató Agnes tendiendo la mano para cerrar el trato.

Laura no se apartó ni un centímetro de Borja hasta que llegó a las chicas, a las que miró esperando sus bromas. Parecía tonta, sintiéndose nerviosa al presentarse frente a sus amigas con su novio, pero este fue más listo, o tal vez un cobarde, ya que en cuanto las chicas sonrieron salió huyendo, dejándola sola ante el peligro.

—Hola, petardas. Estáis muy guapas. ¿Qué tal va esa barriguita, Elena? —inquirió acariciando un vientre aún plano.

—¿Llegas tarde por uno rapidito? —preguntó Izar con una sonrisa.

—Llego tarde por lo que cuesta aparcar aquí... —le respondió la pelirroja entornando los ojos en lo que pretendía ser una amenaza.

—Hay párquines por esa razón —apuntó Agnes tendiéndole una cerveza.

—Pero, tenía que domar mí pelo, que todo hay que decirlo y eso me lleva mucho tiempo. En serio, sois peor que la Gestapo.

—Vamos a ver, te presentas tarde, con un hombretón que parece que marque su territorio cada vez que te mira. ¿Qué quieres que pensemos? —la interrogó Izar.

—Vosotros no pensáis, eso no me preocupaba.

Elena le lanzó un cacahuete que no falló y dio entre los ojos de la pelirroja.

—¡Joder! —protestó esta frotándose la frente.

Izar y Agnes estallaron en carcajadas.

—¿Así es como me recibís cuando por fin me presento con el tío con el que lleváis meses tratando de liarne? —demandó enarcando una ceja.

—¿Querías pétalos de rosa? —preguntó Agnes.

—Como poco. Una tarta y cava tampoco habría estado mal —soltó la veterinaria con guasa.

—Eso es para mi amado esposo, hoy es su cumpleaños —dijo Agnes con ojos de enamorada.

—Lo sé, lo sé. Por cierto, ¿dónde está el guapetón? —indagó la pelirroja.

Agnes señaló la mesa de al lado del escenario.

—Se han acomodado todos allí. Apartados. Como si nos tuvieran miedo —resopló—. Hombres...

—Sí, hombres.

Las cuatro miraron a los suyos. Tan guapos, *sexys*, el sueño húmedo de cualquier mujer. Laura apenas se lo podía creer. Ya no era la amiga soltera del grupo y su novio era todo un pibón.

Darío dio un golpe en la espalda de Borja, felicitándolo por haber domado a la fiera.

—Das fuerte, Darío —gruñó Borja.

—A lo mejor es que tú estás debilucho —repuso su amigo en broma.

—Quizás tengas razón, necesito hacer ejercicio más a menudo. —Borja se centró en Óscar—.

Felicidades, ¿cómo lo llevas? —dijo tendiéndole la mano.

—Genial, no hay nada como cumplir años rodeado de amigos —replicó el homenajado estrechando la mano de Borja.

—Te doy la razón en eso. He visto que tu empresa prospera muy bien, me alegro mucho de que sea así. Estoy acostumbrado a vuestros servicios y no quisiera cambiar —declaró Borja.

—Erika es realmente buena, yo solo la ayudo en todo lo que puedo. Y mi mujer, Agnes, también está trabajando duro a mi lado. Seguiremos juntos por mucho tiempo, seguro.

—Entonces mantendremos el contacto a menudo, en más de un aspecto. Ya me enteré de que tú mujer y Laura siempre conspiran juntas.

—Oh, sí. Se adoran. Y también son un peligro. Una de las últimas veces que salieron, Laura acabó en comisaría. Suerte que cogí a Agnes a tiempo o hubieran ido las dos.

A Darío se le descompuso la cara en aquel momento. No le habían dicho nada de aquello a Borja y juraron no hacerlo al recogerla de la comisaria, pero se les olvidó hablar con el resto de los testigos.

—¿En comisaría? ¿Cuándo? ¿Qué hizo para acabar allí? —inquirió mosqueado el moreno.

—Oh, vaya... Yo creía que lo sabías... —acertó a decir Óscar buscando dónde esconderse.

—No, no lo sabía y te agradecería que me lo contaras, más que nada para conocer un poco mejor a la mujer que comparte mi cama. —Su mirada fulminó a Darío. Apostaría todo su dinero a que el muy cabrón sí era consciente de aquello y, no le dijo nada.

—Tampoco fue para tanto. Solo le enseñé las tetas a un poli —dijo Darío quitándole hierro al asunto.

Borja abrió los ojos asombrado.

—¿Solo? ¿Te parece poco? Joder... ¿Por qué no me lo dijiste?

—No le des importancia —insistió el editor, pasándole el brazo por los hombros y apartándolo de un confuso Óscar—. Verás, ella no quería que lo supieras, creo que por vergüenza.

—Esa mujer va a ser mi perdición. Podría haberle pasado algo mucho peor —bufó Borja.

—No creo que vaya a ser tu perdición, más bien lo contrario.

—De momento he logrado que salga conmigo sin demasiados insultos —dijo el moreno, sabiendo a qué se refería.

—Así que se puede decir que es oficial, ¿no? —le preguntó su amigo.

—Sí. Se acabó lo de ser solo amigos o que la tengáis que encerrar en una habitación para que estemos juntos. Somos pareja, ¿contento?

—Vaya, vaya. Me alegro por ti, de verdad. Izar y yo queríamos que encontraras a alguien.

—No sabía que era objeto de cotilleo —se burló Borja mientras deslizaba su mirada por la espalda y trasero de la pelirroja.

—Eres mucho más divertido que otros temas...

—Muy gracioso —resopló Borja.

Las luces del Rabbit se atenuaron y una sonriente Agnes apareció en escena con un gran pastel entre las manos seguida de las chicas.

Óscar, a pesar de estar acostumbrado a ser foco de atención sobre un escenario, se puso rojo como un tomate. En el momento en que vio a Agnes, tan bonita, llevando su tarta de cumpleaños, sonrió como un niño al ver un dulce. Y que quedara claro, ella era el pastel por el que salivaba.

Todos comenzaron a cantar a coro el cumpleaños feliz.

—Feliz cumpleaños, cariño. —Agnes dejó el pastel frente al gran amor de su vida y lo besó en los labios. Óscar la tomó de la cintura y no dejó que se alejara de él, profundizando más el beso.

—Es el mejor de mi vida, Agnes, porque lo comparto contigo —aseguró mirándola a los ojos.

—Vamos a tener muchos de estos —sonrió ella—. Mi regalo te lo daré en casa cuando estemos solos —le susurró pícaro en el oído.

—No puedes ser tan cruel conmigo, lo quiero ahora —protestó su marido.

—No podrá ser, pero te puedo dar ahora una parte —Agnes le tendió unas llaves—. El resto sería escandaloso mostrarlo aquí.

Óscar miró las llaves sin entender, y entonces vio el logo grabado en ellas. No podía ser...

—¿Esto es lo que creo que es? ¿Son las llaves de una Honda CBR1000RR Fireblade? —preguntó esperanzado.

—Sí, vi cómo salivabas en cuanto salió el nuevo modelo... ¿Cómo no iba a comprártela?

—Sabes que tengo todo lo que quiero con ese regalo escandaloso, ¿verdad? —inquirió él con voz ronca.

—Sí, la moto es un extra —declaró Agnes con una sonrisa, rodeando su cuello y besándolo.

—Te quiero —dijo él antes de besarla de nuevo, recibiendo los aplausos de todos los presentes.

Izar sonrió a sus amigos sentándose sobre las rodillas de su marido, sin perder detalle de la pareja protagonista.

—Ahora solo falta comer esa deliciosa tarta y podremos empezar la verdadera fiesta —comentó la rubia.

—¿Te da igual que nos miren todos? Porque con tarta te referías a sexo, ¿verdad? —aclaró Darío, al ver como Izar lo miraba extrañada.

—Cariño, en casa nos espera una gran tarrina de nata, allí estaremos solos. Y no, no pensaba en eso precisamente ahora —repuso la escritora.

—Eres cruel.

—No lo creo. Solo creo más expectativa y deseo —afirmó traviesa.

—¿Crees que te hace falta? Sabes que estoy loco por ti, siempre tengo ganas de comer tu tarta. En cuanto llegemos a casa, serás mía.

Izar miró el reloj calculando el tiempo que le quedaba.

—Lo estoy deseando.

—Hoy tenemos toda la noche por delante, nena. Disfrutemos de cada momento.

—Siempre tienes respuesta para todo. —Izar sonrió acercando su rostro al de su marido, hasta rozar sus labios con un beso juguetón.

—Soy como la Wikipedia, pero más guapo —replicó con gracia Darío.

Izar rodó los ojos por la ocurrencia. Su marido, la mayoría de las veces, era un caso para el estudio.

Junto a ellos, Sandro reía al ver cómo Agnes le manchaba la nariz a Óscar con la tarta, mientras abrazaba protector a su preciosa mujer. Sus manos descansaban en el abdomen donde crecía su hijo.

—Se veía venir —dijo divertido.

—Espera a que sea el cumpleaños de Borja. Entonces verás a Laura estrellar la tarta entera en la cara de su chico, en lugar de a Agnes manchando la nariz de su marido de manera dulce y delicada... —declaró Elena.

—¿Estás segura? —preguntó Sandro asombrado.

—Sí. Al cien por cien. Si duran lo suficiente, seguro que lo vemos.

—Creo que el pobre hombre debería ser advertido —acotó el exmodelo.

—¿Por qué? —preguntó su mujer con cara de inocente—. Así es mucho más divertido.

—No creo que para él lo sea. Solo me apiado de él, nena.

—¿Te he contado alguna vez que cuando se conocieron le ofreció castrarlo? Si no se hace ya una idea de cómo es Laura, se lo merece —repuso la friki.

Sandro rio mirando al hombre que estaba apoyado de forma despreocupada en la mesa, sujetando a la pelirroja de la cintura de manera posesiva.

—Creo que sabe más de lo que aparenta —manifestó el italiano.

—De hecho, espero que así sea y les vaya tan bien como a nosotros afirmó Elena.

—Seguro que sí —dijo él besando su cuello.

Elena gimió. Aquel descarado sabía de sobra cuál era su punto débil, ese que la hacía temblar las rodillas.

—Cariño, si vuelves a hacer eso, tendremos serios problemas —susurró él en su oído.

—No me toques el cuello de ese modo o te arrastro al almacén —decretó ella provocadora.

Los ojos de Sandro brillaron divertidos.

—Pequeña tramposa, no me des ideas.

—No me provoques, pajarraco.

—Eso me lo dices más tarde.

Elena se mordió el labio inferior y sonrió. Las hormonas del embarazo la tenían con la libido disparada.

—Creo que el embarazo ha sentado de pena a Elena —comentó Laura.

—¿Por qué dices eso? No veo a su esposo molesto porque esté embarazada, aunque podría estarlo. Hay parejas a los que les irrita ser padres. No todos sienten esa vocación —respondió Borja.

Laura lo miró y parpadeó dos veces. En un extraño momento por parte de su lengua, se quedó en silencio. Aquello fue como un jarro de agua fría. ¿Acababa de insinuar que la idea de ser padre le molestaba? Bueno, no era algo por lo que preocuparse tan pronto, ¿no? Ni tan siquiera eran pareja en exclusiva. Él seguía acostándose con Izar. Sí, era con su marido y con Izar, pero eso no quitaba que tenía sexo con otras personas y eso no la incluía a ella. Se recompuso y simplemente continuó la conversación.

—Solo lo decía porque ella era una cosita muy tímida con los hombres. Ahora mira al Dumbo como si se tratara de una bolsa de gusanitos enorme, a punto de saltar a devorarla —replicó la veterinaria.

Borja tuvo que reprimir una carcajada.

—¿Lo llamas Dumbo? ¿Al modelo más famoso del momento?

—Claro. ¿Has visto esas orejas? Son acordes al tamaño de su nariz, la verdad. ¿Sabes? Hay una teoría de que los hombres de nariz grande lo tienen todo en proporción..

—Nena, no sigas por ahí —gruñó Borja.

—Oh, ¿mí chiquitín se ha sentido amenazado por el Dumbo italiano? —dijo Laura como si hablara con un niño pequeño.

Borja la atrajo hacia él, pegándola a su cuerpo.

—No me gusta que hables de otro hombre y menos que compares, pelirroja, además creo que mi tamaño es más que suficiente para llenarte por completo y que incluso te cueste andar —repuso el moreno.

—Ummm —dijo Laura pensando, apoyando el dedo índice sobre sus labios, pensando—. La verdad es que entre tú y Terminator tengo dudas. Él es tan incansable...

Borja no la dejó terminar, sus labios estaban capturando los de ella en un beso ardiente y dominante a la vez. El moreno la saboreó, la única forma de mantenerla callada era de esa, y él lo adoraba.

Laura se fundió con Borja en un beso intenso, mientras sus amigas contenían el aliento acostumbradas a que escenas como aquella acabaran con la cara de Borja cruzada por un bofetón de la pelirroja. Sin embargo, eso no iba a ocurrir, ya no. Adoraba que la besara, desde el principio de hecho, pero hasta ahora no lo admitió ni para sí misma.

Borja profundizó su beso, acariciando sus curvas desde los muslos hasta sus pechos. Se interrumpió al escuchar varios carraspeos masculinos. Agnes se recostó contra Óscar suspirando al ver a la pareja. Izar sonreía pícaro a Darío al ver que por fin dejaban de lado sus arrebatos de mala leche para cambiarlos por otros de pasión.

—Nos están mirando, pelirroja —susurró Borja contra sus labios.

—Pero no os cortéis, por nosotros, podéis seguir —se burló Darío.

Laura se puso roja hasta la raíz del pelo al ver las caras de sus amigas observándola con aquellas sonrisas que no anunciaban nada bueno. Eran unas cotillas y no tardarían en acosarla para pedirle detalles, lo sabía.

—Por mirar son cien euros. Y por cincuenta más, foto firmada —dijo Laura como si nada, sin apartarse de él.

—Ya, claro y ahora di que tu Terminator está caducado —se burló Izar. Agnes sonrió junto con Elena.

—No te metas con Terminator, él nunca lo haría. Además, todas tenéis uno, que de eso me he encargado yo —replicó la pelirroja cruzándose de brazos.

Elena se apretó contra su marido queriendo que se la tragara la tierra. Aún recordaba el día en que se lo regaló. Agnes e Izar estallaron en carcajadas.

—Bueno, ahora tengo uno mejor y más grande—soltó Agnes mientras alzaba la copa a modo de brindis.

Óscar le tapó la boca con la mano, muerto de risa.

—Ni caso. Se ha pasado con el cava.

Izar estrechó su mirada.

—Esa conversación la tenemos pendiente —amenazó la rubia a su amiga.

Agnes se reía bajo la mano de su marido y Borja las miraba sorprendido y a su vez divertido por el tema en cuestión. Las mujeres nunca dejaban de sorprenderlo. Sobre todo, aquellas cuatro.

—¿Qué conversación? Si lo que queréis es ver quien la tiene más grande es el momento. Chicos, abajo los pantalones —exclamó Laura.

Óscar palideció de golpe. No podía hablar en serio. La apreciaba, mucho... pero, no iba a pasar por ahí. Borja gruñó sujetándola de la nuca con firmeza y besándola como si estuviera muerto de hambre.

—¿No tienes bastante conmigo, pelirroja? —gruñó sobre sus labios.

Izar miró a Darío sorprendida de su reacción con Laura. Borja era un hombre al que no le importaba compartir y exhibir, nunca lo había visto de ese modo, por eso era tan extraño arrebato.

—Le he quitado las pilas a Terminator por ti ¿No dice suficiente? —soltó la pelirroja.

—No me refiero a ese consolador, me refiero a más hombres.

—¿Más? Bastante tengo con lograr que uno me soporte —afirmó ella.

—Te soporto más que bien, créeme.

—Entonces, ya tengo bastante. ¿Y tú? —preguntó ella casi en un murmullo. Temía que si le decía que no quería compartirlo con nadie se ofendiera. No tenía celos de Izar, sabía que lo suyo con Darío era bien sólido, sin embargo, se sentía extraña.

—Solo tengo ojos para ti, preciosa —susurró Borja mientras se acercaba a la curva de su cuello y lo recorría con pequeños y dulces besos.

De nuevo, los carraspeos de los chicos hicieron que la pareja se separase, aunque no demasiado.

—En serio, Borja. Todos queremos ir a casa ya, pero hoy es el cumpleaños de Óscar, y aún queda fiesta. ¿Podrás esperar, como hacemos los demás, capullo? —demandó el editor con sorna.

Borja resopló.

—No me hagas hablar, Darío.

Agnes se levantó y le tendió la mano a Óscar para sacarlo a la improvisada pista de baile en cuanto sonaron los primeros acordes de una lenta. Este no dudó en tomar la mano de su esposa y hacerla girar para pegarla a su cuerpo, moviéndose al son de la música con una facilidad innata.

Sandro siguió a la pareja con Elena, ambos eran perfectos bailarines. Borja le susurró a Laura que debía hablar con Darío e Izar antes de besarla para ir en busca de la pareja.

—¿Podemos hablar un momento? —les preguntó a sus amigos.

—Claro. Dime —aceptó Darío besando a Izar. Borja los miró a ambos.

—No voy a poder seguir siendo el tercero en vuestros juegos —declaró serio.

—Vaya —dijo Darío, al que no terminaba de sorprenderle la afirmación tras el modo en que acababa de verlo reaccionar, y por lo que sabía de sus últimas visitas al Eros.

Izar se apoyó en Darío apenada. Confiaba en Borja, pero entendía su posición. Si había algo que regía el estilo de vida que practicaban era el consenso. Debían escogerlo por voluntad propia y disfrutarlo, sobre todo eso. Si alguien se sentía obligado, todo se desvirtuaba.

—Creí que podría compartirla, jugar con ella en el Eros como lo hago con vosotros, igual que lo he hecho siempre. Vamos que pensaba que sería lo mismo que con cualquier otra mujer, sin embargo, no puedo, no puedo soportar que alguien más la toque. Que miren lo que quieran, pero que no la toquen. Nunca me ha sucedido nada igual —confesó el moreno sorprendido de sus propios sentimientos.

—Te entiendo, Borja —admitió Izar.

—Y yo que pensaba que nunca te escucharía decir algo así. Me alegro, de verdad. Creo que hablo en nombre de los dos diciendo que os deseamos lo mejor. Si esa mujer te gusta tanto, no la dejes escapar. Está lo suficientemente loca como para quererte de verdad.

—Lo está —sonrió Borja.

—Cuidala, parece muy fuerte, pero no lo es —le aconsejó la rubia.

—La estoy conociendo, Izar, no entra en mis planes hacerle daño.

Darío dio un paso hacia él y lo abrazó con cariño, ese que se le tiene a tu mejor amigo, al que es casi como un hermano.

—Ve con ella. Te lo mereces, viejo.

Borja resopló.

—Viejo... Si tenemos la misma edad.

Izar esa vez rio con ganas.

—Pero, yo soy más guapo, ¿verdad, Izar?

—Claro, cariño, para mí no hay nadie más.

—¿Lo ves, viejo? —se burló Darío.

—Ella no es imparcial, cretino —replicó Borja.

—Yo también te quiero.

Borja negó con la cabeza, alejándose de ellos para volver con su pelirroja que estaba apoyada en un rincón mirando a las parejas moverse acompasadas.

—¿Quieres bailar? —le preguntó.

Laura lo miró de arriba a abajo y parpadeó muy lentamente antes de responder.

—¿Me lo dices a mí? Yo nunca bailo.

—Lo harás conmigo, pelirroja. No acepto un no por respuesta —Borja la alzó al aire y la llevó en brazos a la improvisada pista.

—Eres un idiota —protestó Laura.

—Un idiota que está loco por ti. —La sujetó contra su cuerpo y la besó mientras la deslizaba con pericia por la pista.

Laura se dejó guiar en el baile, algo que no solía hacer.

—Pensaba que no sabías bailar —comentó Borja con una sonrisa.

—A lo mejor ahí estaba el problema, en que has pensado y no preguntado —replicó con gracia la pelirroja.

—Me apetecía bailar contigo, es una de las formas en que puedo rozar mi cuerpo contra el tuyo. No iba a dejar que te negaras.

—Para eso no hace falta lo de la pista de baile.

—No tienes sentido de la aventura.

—Si no fuera así, no estaría contigo —dijo Laura con una sonrisa.

Borja la arrastró por la pista mezclándose entre las demás parejas. Le gustaba la forma en que se adaptaba a su cuerpo, era suave y tentadora.

Laura se acomodó contra él y disfrutó de la canción, pero sobre todo del momento. Se encontraba tan a gusto que el resto del mundo desaparecía estando con él. Era algo nuevo. Placentero. Amaba estar a su lado tanto como a él. Entonces la música cambió y por los altavoces del Rabbit sonó algo bastante fuera de lugar, al menos para ella: Bachata. Se alejó un poco del cuerpo de Borja y le sonrió con pena.

—Creo que mi momento baile se acabó —declaró.

—No lo creo, puedo guiarte —dijo él sin soltarla.

—En serio, ¿crees que esto que suena va conmigo? Te has propuesto vengarte por el zapato que le tiré a tu coche, ¿verdad? Si ni siquiera lo abollé...

—Mmm, puede que sí que me acabe vengando por esa ofensa, aunque me gustó mucho como terminó —Borja tiró de ella y empezó a moverse para seguir la melodía.

—Eres un idiota, lo vuelvo a afirmar.

Laura iba a rastras tras él. Borja empezó a moverse cogiéndola de la mano. El muy condenado seguía el ritmo tan bien como lo hacía en la cama. Y con ropa era tremendamente *sexy*... Laura no se movía, solo lo miraba con sorna, molesta porque todos la observaban con diversión.

—Venga nena, o ¿es qué no te atreves con este reto? —la provocó Borja. Agnes pasó justo por su lado y le susurró a Laura:

—Me apuesto cien a que no eres capaz de bailar con él...

Laura miró a su amiga desafiante antes de mirar a Borja con una sonrisa que asustaría a cualquiera. Enderezó la espalda, apoyó el peso de la cadera sobre la pierna izquierda y empezó a moverse. Sus movimientos eran sensuales, felinos, acompasados tanto con la música como con los que hacía Borja. Se movía no como una mujer a la que acaban de retar a hacer algo que odiaba, sino como una que sabía perfectamente cómo hacerlo.

Borja la sujetó de las caderas y siguió sus movimientos.

—Tramposa... tú sabes bailar esto —le dijo el moreno.

—Lo dicho, pensaste, no preguntaste...

—Y a ti eso te gusta.

—Mucho. Me encanta ver cómo la gente no sabe qué hacer conmigo.

—En eso te equivocas. Yo sé qué hacer exactamente contigo en la cama. —Borja afirmó su

agarre acercándola más a su cuerpo. Jesús, esos movimientos lo estaban poniendo a cien.

—¿Y fuera? Porque dentro ya sé que te manejas muy bien —acotó Laura enarcando una ceja.

—Pero, no tienes queja, ¿o sí?

—Me encanta quejarme de ti...

—Eso ya lo sé.

—Entonces, promete no enfadarte demasiado con mi bocaza. Y yo prometeré tratar de controlarla un poco más.

—Eso será fácil, ya me tienes acostumbrado.

—¿A mi maravillosa personalidad? Sí que vas a ser el mismísimo demonio...

—Te sorprendería de lo que puedo ser capaz, pequeña —afirmó Borja.

—No, no, no... Ya sé que pequeña no es —se burló ella recordándole de paso su primer encuentro en casa de Darío.

Borja la dominó hasta detenerla contra la pared, la miró fijamente y la besó apasionado.

—No me provoques... —murmuró el empresario contra su boca, con la voz ronca.

—¿Y por qué no hacerlo si acabas besándome así? —demandó Laura con los ojos envueltos en un brillo de deseo.

—Porque no puedo tumbarte en esa mesa y hacerte gritar hasta que quedes afónica, por eso, nena —aseguró él.

Laura se puso un poco más de puntillas sobre sus tacones de aguja y le susurró al oído:

—Voy a torturarte un poco más porque no vamos a irnos de aquí hasta el final de la fiesta, pero... No llevo ropa interior. Este ajustado vestido no lo permite.

Borja cerró los ojos con el vano intento de mantener el escaso control que le quedaba.

—Eres una mujer malvada, pelirroja.

—Lo sé y eso te gusta tanto como disfruto yo haciéndote sufrir.

—Esta noche vas a gritar... —susurró él contra sus labios antes de volver a besarla y escuchar las risas de los demás.

Laura se alejó de él contoneando las caderas para que se fijara bien en que no había ni una sola costura que marcara la tela de su vestido y se acercó a sus amigas.

—No seáis pedorras. Vosotras estáis igual o peor que yo —habló antes de que ninguna pudiera decirle nada.

—No lo sabes bien —resopló Izar mirando a su marido. Agnes asintió acalorada colocándose bien su escote, mientras que Elena se relamía pensando en volver a morderle el trasero a su marido, como siempre deseó cuando fantaseaba con él.

—Esto es tan bueno, que a veces pienso que un día me despertaré y no habrá pasado... —musitó Elena.

—Algo debo estar haciendo mal si *la mia bellissima moglie* no se cree que me tiene a sus pies —dijo Sandro acercándose al grupo.

Agnes suspiró al escuchar sus palabras, mientras que Izar susurró un *wow*.

—Lo haces demasiado bien, cariño. Por eso parece un sueño —afirmó Elena abrazándose a él.

—Eso es porque te quiero —Sandro la besó provocando vítores y risas entre las demás parejas.

—Vamos, vamos, Lombardi, no nos dejes mal a los demás —protestó Darío con sorna.

—Te dejará a ti, viejo —respondió Borja apoyado en la pared, sujetando a Laura.

—Será que no sabes de sobra lo mucho que adoro a mi Izar. Si hasta le he encargado un robot de cocina... —anunció Darío.

Izar lo miró sorprendida.

—¿En serio?

—Sí, cariño. Será lo más seguro para todos, ahora que el pequeño tiene que empezar a comer algo más biberones o papillas.

—¿Tendré que cocinar yo con eso? —Izar parecía indecisa.

—Nena, es por el bien de Ethan...

—Y por el tuyo, no me seas cobarde ahora —gruñó la rubia.

—Lo admito, eres un peligro en la cocina y me tienes acojonado —aceptó el editor entre risas.

—No soy un peligro, solo me tiene manía, eso es todo —dijo la escritora indignada.

Todas carraspearon y miraron hacia otro lado para evitar darle la razón a Darío y acabar escaldadas. Izar estrechó la mirada.

—Sois unas traidoras, ¡tenéis que estar de mi lado!

—Izar, te quiero un ovario y parte del otro, pero Darío tiene razón: por el bien de tu hijo, usa el maldito chisme. Todas hemos comido lo que has tratado de cocinar y, es cruel alimentar a un niño con eso, podrían denunciarte por maltrato infantil —declaró Laura.

Borja sofocó una carcajada tras fingir que tosía. Agnes se acercó a ella y le sonrió.

—Cielo, ahorrarás tiempo. Óscar y yo lo tenemos y va bien.

—Me da igual, no cocino tan mal...

—Que no dice —bufó la pelirroja.

—¿Quieres morir? —amenazó la rubia.

—De vieja.

—Pues mejor que cierres la boca. Y tú —dijo girándose hacia su marido—, sigue así y hoy duermes en el sofá y yo en el Eros.

Todos rieron por la palidez que adoptó la cara de Darío. La noche estaba siendo realmente buena, divertida y perfecta. Tanto que Laura temía que le pasara como a Elena y, volviera a despertar sola en su piso.

Izar resopló separándose de su marido para dirigirse a la barra a coger una cerveza. La rubia bebió un largo trago para sofocar su genio. Borja miraba la situación divertido.

—¿Problemas en el paraíso, Darío? —inquirió socarrón.

—Se le pasará en cuanto vea el robot. O mejor, en cuanto lleguemos a casa y yo personalmente le explique las ventajas... —aseguró el aludido.

—Por lo rebotada que la veo tendrás que emplearte a fondo. —Borja sonrió a su amigo sabiendo que Izar lo perdonaría en cuanto su esposo la besara. La conocía bien y sabía el amor que había entre ellos.

—Eso no será un problema, con ella siempre me empleo a fondo, y lo sabes. Aunque ahora tengamos que buscar a otro para darle un toque especial —manifestó el editor.

El comentario sorprendió a Agnes y al resto.

—Puedo presentarte a un amigo que es de confianza —apuntó Borja.

—Eso estaría bien. No quiero a nadie en quien no pueda confiar, aunque nadie podrá sustituirte, viejo.

Borja guiñó un ojo a Laura.

—Ahora tengo otras tentaciones —afirmó sonriendo.

Laura lo miraba sin terminar de entender lo que estaba escuchando. ¿Borja ya no iba a ser el tercero en la cama de Izar? ¿Sus tentaciones eran ella?

Izar se acercó a ellos con su cerveza ya medio vacía.

—¿De qué habláis?

—De cómo conseguir que sigas durmiendo a mi lado esta noche —replicó Darío.

Izar lo miró chasqueando la lengua.

—¿Y necesitas consejo para eso? —indagó curiosa.

Dio un paso hacia ella, la sujetó de la nuca y la besó con tanta fiereza y pasión, que consiguió que las rodillas de su esposa temblaran una vez más.

—Ninguno.

Borja sonrió.

—Eso es lo que Izar quería —susurró cerca del oído de Laura.

Laura sintió cómo su aliento rozaba su piel y el resultado en su cuerpo fue el mismo que el de aquel beso en la rubia. Se derritió y notó que su cabeza giraba. Lo deseaba mucho y por muchas más razones que solo aquellos ojos y su sonrisa cautivadora.

—Vámonos. Ya me disculparé con Agnes, pero vámonos ya...—replicó la pelirroja en un tono bajo.

—Nena, tienes que cumplir con tus amigas. Cuando termine la fiesta te llevaré al Eros —susurró Borja divertido.

—Maldito demonio... —protestó la veterinaria y se alejó de él para lograr calmarse. Aquella noche se iba a hacer eterna.

Borja solo la observó alejándose de él con una sonrisa canalla en su rostro. Sí, iba a ser una noche muy divertida...

Capítulo 18

Laura se removió en la cama. Seguía dormida y desnuda entre las sábanas de Borja. Había sido una noche perfecta, el broche final tras la fiesta de cumpleaños.

Fue una tortura tenerse tan cerca, con tantas ganas y no poder hacer nada. El plan era acabar la noche en el Eros, sin embargo, no llegaron hasta el local. El piso de Borja estaba más cerca y no dudó en meterla en su cama. No era un hombre de conquistas ni de llevar a decenas de mujeres a su piso, para eso estaba el club. Sin embargo, ella era distinta.

Se levantó y la dejó descansar un poco más antes de volver a la carga, para disfrutar de nuevo de su fogoso carácter.

Mientras estaba preparando café, el pitido de un móvil no dejaba de romper el silencio del apartamento. No era el suyo, que lo tenía justo al lado. Era el de Laura. No es que fuera un cotilla celoso controlador, pero ella era veterinaria y aquella insistencia no era la de una amiga para preguntarle si se veían para tomar café. Podía ser una emergencia.

Cogió el móvil y vio la cantidad de mensajes que aparecían en la pantalla:

«Quiero más fotos de tus tetas, se ven deliciosas».

«¿Eres pelirroja en todas partes? Muero por comprobarlo».

«Nena, qué pollazo te daba».

¿Qué coño significaba todo aquello? ¡Incluso uno de ellos mandaba la foto de sus tetas dentro de un escueto bikini!

Deslizó la pantalla y le sorprendió que no tuviera un código de bloqueo o algo. ¿En qué pensaba? Era demasiado confiada. Tenía que saber qué pasaba, de modo que decidió fingir que era Laura para tratar de averiguar algo. Era una suerte tener un hermano policía, gracias a él sabía indagar en las nuevas tecnologías.

«Hola, guapo. ¿Cómo te llamas?».

«Ey, nena. Puedo llamarme como quieras si me dejas meter la cara entre tus tetas».

Borja bufó. ¿En serio aquel tipo pretendía ligar con semejantes modales? Aguantando las ganas de matarlo, respondió:

«Te dejo hacerlo si me dices de qué te conozco. Estoy con resaca».

El tipo no tardó en responder.

«Nena, de la app para buscar con quien pegar un polvo. Me gusta que no te acuerdes de las cosas, así no se entera nadie de lo que hicimos. Pero, ponme buena nota cuando acabemos, eso sí».

Borja no daba crédito a lo que estaba leyendo. Tenso y ya de un humor de perros se acercó a ella.

—Despierta, pelirroja —gruñó con la mandíbula apretada.

—Solo cinco minutos más... —protestó ella girándose para darle la espalda. Estaba agotada.

—¡Joder, despierta ya de una puta vez! —le gritó. Él nunca gritaba a una mujer, nunca...

A Laura aquel tono no le gustó nada. ¿Quién se había creído que era?

—Pero ¿a ti que narices te pasa? —preguntó la veterinaria sentándose en la cama, cubriéndose con el edredón.

Borja le lanzó el móvil sobre la cama.

—Esto me pasa ¡Esto!

Laura, aún adormilada, miró el móvil y aquellos malditos mensajes que llevaban días llegándole. No le habría dado importancia hasta que vio la foto.

—¿Cómo es posible...? —inquirió cogiendo el teléfono con las manos—. Esta foto es privada.

—Por lo que estoy viendo, no es tan privada como te pensabas... ¿Quiénes son esos tíos? —preguntó Borja todo lo calmado que pudo, aunque tenía ganas de golpear algo.

—No... No tengo ni idea.

—Venga, nena, hazlo mejor —insistió el moreno.

—No me hables en ese tono, no tengo por qué hacerlo mejor. Esa foto estaba en mí portátil y no sé quiénes son estos gilipollas. Llevo días recibiendo mensajes, pensaba que sería alguna broma o un error, pero que tengan esta foto... Eso ya no resulta gracioso —declaró la pelirroja son salir de su asombro.

—Estás conmigo ahora, Laura —dijo Borja acercándose a ella y acorralándola contra el cabecero—, y si yo he dejado los juegos de pareja con mi mejor amigo, necesito que tú dejes los tuyos.

Laura parpadeó y tragó con fuerza. Normalmente, su rostro siempre parecía enfadado con aquel ceño fruncido que le daba tanta personalidad y que a ella le encantaba. Sin embargo, ahora parecía aún más molesto, si es que eso era posible.

—No estoy jugando con nadie y menos contigo. No sé quiénes son esos tipos ni por qué me molestan, yo solo quiero estar contigo, Borja —afirmó.

—Entonces, no entiendo cómo llevas días recibiendo esto y no dices ni haces nada.

—Yo tampoco lo sé —gruñó ella pasándose las manos por el rostro, cansada y frustrada.

—¿No lo sabes? Hacerse un perfil en una aplicación lleva un tiempo —apuntó el empresario.

—¿Una aplicación? ¿De qué hablas?

—Ese tipo dice que es una aplicación para follar. ¿Acaso no tenías bastante conmigo? Te di la opción de estar con otros hombres con cierta libertad y dijiste que te daba asco que te tocara otro hombre, sin embargo, sí te apuntas a esto —dijo él señalando el terminal—, para hacerlo a mis espaldas.

—No, eso sí que no. Mira, puedo ser una *bocachancla* y no tener criterio para los tíos, solo hay que ver a mi vecino o a ti, pero nunca y repito nunca, me ha hecho falta una mierda de estas para pegar un polvo cuando he querido. Y ya te dije, y te lo vuelvo a repetir, que no quiero estar con nadie más que no sea contigo, si no quieres verlo es que realmente mereces que te castre, eso sí, con el bisturí oxidado —manifestó Laura enfadada.

Los ojos de Borja brillaron con emociones contenidas. Parecía tan sincera. Y estaba el hecho de que hablaba sin pensar, como siempre, gesticulando mucho con las manos. Empezaba a conocerla y, cuando hablaba así, no fingía.

—¿Solo conmigo? —preguntó el entonces.

—Sí, solo contigo...

—Está bien, olvidémoslo. Pero, acaba con eso. No quiero ver más fotos de tus tetas en el móvil de nadie que no sea yo. Y hablando de eso... Quiero esa foto.

Con una sonrisa canalla, tiró del edredón para dejar sus pechos expuestos, pero Laura no le dejó.

—De eso nada, aún no te has ganado una foto de estos monumentos —replicó ella aliviada de que la tormenta amainara.

—Oh, yo creo que sí. Levántate, vamos a desayunar —dijo él poniéndose en pie.

—¿Qué es eso de que has dejado los juegos con Darío? —inquirió ella antes de que se alejara y perdiera la oportunidad.

Borja carraspeó y volvió a sentarse junto a ella.

—Ayer hablé con ellos durante la fiesta, no participaré más como su tercero. Salgo contigo y tú eres amiga de Izar, simplemente no lo veía correcto. Además, dijimos que solo seríamos tú y yo. Es lo justo.

Laura se acercó a él y lo besó. Sabía lo que significaba su relación con Darío y que la dejara por ella... Demostraba tanto como algunas palabras.

—Gracias, de verdad. Y te juro que no sé qué es esto —dijo ella levantando el móvil—, pero pienso ponerle fin. El único que se puede interesar por mis tetas pecosas eres tú.

—Cierto, nena, sin embargo, esto necesita un castigo —Borja, la sujetó del pelo y lentamente la acercó hacia la erección que empezaba a hacerse bien notoria bajo el pijama.

Laura se relamió y lo miró con picardía tirando de la cinturilla, liberándola.

—¿Esto es un castigo? —preguntó ella lamiendo ligeramente su glande.

Sus ojos brillaron de hambre salvaje solo con visualizar esa lengua pecaminosa deslizarse sobre su erección. Reafirmó su agarre y la guió hasta su duro miembro. Borja apretó los dientes soltado un pequeño silbido.

—Lo es... Y no se te ocurra parar.

Laura separó sus carnosos labios y lo envolvió con ellos. Su lengua lo acarició y empezó a deslizarse arriba y abajo. Adoraba su sabor, era un afrodisíaco para todo su cuerpo que, con cada lametón o succión, se encendía más.

Borja soltó varios gemidos bajos, esa mujer iba a matarlo. Sus caderas comenzaron a moverse dentro y fuera de su boca.

—Mierda, Laura, si no me apartas me correré en tu boca y esta vez quiero que me cabalgues —Borja rechinó los dientes intentando apartarse de ella.

Laura sintió cómo su bajo vientre se contrajo excitado ante la idea de sentirlo dentro. Despacio, acarició su erección con los labios y lamió su glande antes de empujarlo para que quedara tumbado bocarriba en la cama. Lamió sus labios y lo miró con deseo antes de acomodarse sobre él. Se estiró para coger un preservativo de la mesilla de noche. Con calma, acarició su miembro mientras lo enfundaba en látex antes de guiarlo a su interior.

—Delicioso...

Borja sujetó sus caderas con fuerza en cuanto notó cómo su dura erección se hundía en su cálido y húmedo interior.

—Sí...

Laura cerró los ojos y dejó que el placer la guiara. Sus caderas empezaron a moverse. El fuego la quemaba por dentro. Sin dejar de mirarlo a los ojos, sus manos empezaron a acariciar su propio cuerpo, excitándose aún más y dándole un buen espectáculo a su amante. Atrapó sus pechos con las manos y pellizcó sus pezones. Gimió y apretó sus músculos provocando que Borja lo hiciera también.

Borja empujaba duro dentro de ella buscando sus pechos para ser él quien los disfrutara.

—Pequeña malvada... —murmuró él con la voz ronca.

—Aprendí del mejor, Satán.

Borja la sujetaba imponiendo su ritmo, manteniendo su orgasmo a raya.

—Entonces... Suplícame correrte, pelirroja —le ordenó él.

—Hazlo, demonio. Haz que me corra...

Y Borja alzó con fuerza las caderas embistiendo duro contra ella, una y otra vez hasta que notó

cómo su pelirroja, palpitaba a su alrededor. Solo entonces se dejó llevar por su propia liberación.

—Jesús...

—No, prefiero llamarte Satán —dijo ella cayendo rendida y satisfecha sobre su pecho.

Borja la estrechó entre sus brazos sonriendo.

—Entonces seré un demonio para ti, muñequita.

Laura quiso decir algo más, pero todas las palabras se le atascaban en la garganta. Solo lo abrazó.

Zira escogió ese momento para saltar sobre la cama y exigir los mimos de su dueño. Borja rio al ver a sus dos hembras juntas.

—Zira, sé buena con mí pelirroja, desde hoy compartiréis mi espacio.

Laura estiró la mano y acarició la cabeza de la gata entre las orejas. El animalito se tumbó a su lado ronroneando.

—Si es con esta preciosidad, no me importa compartirte —declaró con una sonrisa la pelirroja.

Borja acariciaba a su gata mientras disfrutaba de la mujer, no estaría del todo mal tenerla siempre en su cama y en su vida.

—Ambas sois preciosas. Soy un hombre afortunado.

Laura sonrió sin dejar de acariciar a la gata que estaba encantada de tantas atenciones.

—Y nosotras unas chicas malas con mucha hambre —apuntó.

—¿Tienes hambre? El desayuno tiene que estar helado —replicó él divertido. La besó en los labios, salió de la cama, sin molestarse en vestirse esta vez, se dirigió hacia la cocina para servirle el desayuno a su chica que se relamió admirando aquel trasero que podía usarse para partir nueces.

Borja después de asearse, sirvió el café y las tostadas en una bandeja que colocó sobre la cama.

—Podríamos quedarnos hoy en mi casa, de todas formas, está lloviendo con fuerza —comentó él.

Laura cogió un trozo de pan y lo mordió encantada. No tuvo ni que pensarlo:

—Me parece perfecto.

—Entonces, ya tenemos plan para hoy —dijo Borja antes de morder la tostada de Laura.



Aquella era una semana atípica por los días de fiesta. Muchos días libres, las primeras nevadas, las Navidades a la vuelta de la esquina, hicieron de aquellos días unos muy tranquilos en la clínica Peluches. La gente estaba de viaje o empezando sus compras navideñas. Ella, como era muy previsora, tenía ya el regalo de Borja guardado en su armario. No había querido envolverlo, aún temía que todo fuera un sueño y al despertar él no estuviera. Así, sin papel de regalo y un lazo, solo metido en la bolsa, parecía una compra cualquiera a la que no darle importancia.

A lo que sí quería dársela, era al motivo por el que habían discutido el fin de semana que pasaron en el fabuloso dúplex de Borja: aquellos mensajes. Aún temblaba pensando en el momento en que abrió los ojos y vio cómo le tiraba el móvil a la cabeza acusándola de algo que nunca en su vida hizo o se le pasaría por la cabeza hacer. Desde entonces, solo pensaba en lo primero que haría en regresar a la clínica. Acabar con los molestos mensajes.

La foto en cuestión estaba guardada en el portátil de la clínica, uno que normalmente solo usaba ella. Tenía otro ordenador para los expedientes de los pacientes, tratamientos, pedidos... y para jugar al solitario. Pero el portátil era privado. Marina lo sabía y en los años que llevaban juntas

nunca lo había tocado. Entonces, ¿cómo?

Encendió el aparato y buscó el álbum de las últimas vacaciones. Estuvo con Héctor en la playa un par de días. Él había sacado la foto y se la pasó por mail con unas cuantas más. Eso no le preocupaba, era policía, no haría algo así... Además, la foto que guardaba él era mucho más sexy que la que tenía en pantalla. Nota mental: Pedirle que la borrara. Ahora tenía novia, si quería la foto de una chica en topless, que se la pidiera a ella. Bueno, esa era la foto. Lo que no explicaba era porqué la tenía aquel tipo con el que Borja chateó en su móvil.

Volvió a mirar la conversación de WhatsApp y seguía sin entender cómo aquel tipejo decía que la conocía de una aplicación para buscar polvos. ¡Ella nunca había recurrido a esas aplicaciones! ¡Nunca! No era por echarse flores, pero es que no le gustaban nada en absoluto. Prefería verle la cara al maromo, la de verdad, no la foto que a saber si era o no la suya, lo actual que fuera o si es la única que tiene en la que no saca cara de asesino en serie. Tal vez no sería la mejor calando a la gente, pero si se le erizaba el pelo, salía corriendo en dirección contraria.

Entró en el historial de su navegador y, para su sorpresa, encontró no solo visitas a esa página en cuestión, sino a dos más.

Clicó en el enlace y pudo ver que tenía un perfil creado: *guarrillapecosa99*. Debía ser una maldita broma...

Empezó a leer su perfil de presentación. Ponía una serie de barbaridades sobre ella, que Laura era capaz de entender. Y como contacto, que prefería el móvil, nada de la mensajería de la aplicación. ¿De dónde salía todo eso? No daba crédito a las vulgaridades que leía. Ella podía ser una bocachancla sin filtro, una borde, pero no era una vulgar *choni*.

No lo dudó ni un segundo. Borró los perfiles de todas aquellas páginas y revisó el bloqueo de los números que le habían mandado wasaps. No quería que la molestaran de nuevo ni que aquello afectara a su relación con Borja.

Quitó también las fotos de las vacaciones, las copió en un USB y se lo guardó en el bolso. Aquello se acababa allí excepto en una cosa: nadie más volvería a tocar el ordenador. Siempre había confiado teniendo la clínica como una segunda casa o la primera si contaba las horas que pasaba allí, pero de momento iba a andarse con pies de plomo. No quería desconfiar de Marina pues con la futura mudanza, las prácticas de Beca y las nuevas ayudantes, cada día había allí más gente. Sin descartar a los clientes, por supuesto. Así que optó por ponerle una clave al ordenador. No iba a llevárselo para seguir con sus rutinas y el trabajo que hacía en él, como controlar sus finanzas. Solo quedaba esperar a ver si alguien le preguntaba el porqué de la contraseña y se delataba por sí solo.

Revisó la comida de los animales, que todo estuviera bien apagado y cerrado, aunque Beca pasaría en dos días para revisarlo todo pues ella se marchaba a pasar el largo puente con Borja. La idea de estar cuatro días juntos en su piso la asustaba y entusiasmaba el mismo tiempo. Esperaba no acabar matándose, si no era a besos. Cerró con llave y salió a la plaza con una gran sonrisa.

Capítulo 19

Cuando despertó por la mañana, Laura apenas podía creer lo mucho que estaba disfrutando del largo fin de semana de puente. Llevaba desde el jueves por la noche en casa de Borja, en su magnífico piso, al que él aseguraba no haber llevado nunca a una mujer antes que a ella. En eso se parecían. Prácticamente podía afirmar que solo Agnes había estado en su sofá. Ser la única en aquella cama le gustaba más de lo que iba a admitir en voz alta.

Su idea sobre Borjamari cambió mucho en aquellos días. Su primera impresión al conocerlo fue de un tipo creído, sabedor de su atractivo, que se aprovechaba de ello y se pensaba superior a los demás por una maravillosa combinación de genes en la que solo el azar intervenía. Aunque, pasar tiempo a su lado, hablando de cosas sin importancia y otras realmente profundas le dejó ver que había un gran hombre tras aquel ceño fruncido que la volvía loca.

Y otro de sus talentos para enloquecerla era el sexo. Era realmente increíble. Sabía hacerla volar de mil maneras. Al principio temió no estar a la altura, sin embargo, el placer que veía en él le dejaba claro que disfrutaba tanto como ella y eso la animaba a ser cada vez más descarada a su lado.

La noche anterior fue perfecta. Cenaron en la terraza, dónde había una mesa de forja y cristal, y las sillas eran del mismo material con mullidos cojines. A pesar de ser diciembre y del frío que hacía en la Ciudad Condal, la estufa de exteriores los mantuvo calientes mientras hablaban y degustaban una pizza con unas cervezas, como una pareja normal, o todo lo normal que podía ser una relación entre ellos. Una vez acabada la cena, tomaron juntos el postre, abrazados bajo una manta en una de las tumbonas, viendo las estrellas. Allí, Borja demostró que, a pesar de no ser su tipo de hombre, cosa que ella no dudó en decirle a la cara, era perfecto para ella.

—Así que, no soy tu tipo —comentó el empresario.

—Ni de lejos. Eres muy pijo y estirado para mí. Yo soy más de tíos duros —soltó la pelirroja.

—No, no, no. De tipos duros nada. ¿Qué me dices del niño ese con el que fuiste a la cena de Darío?

—Era un peligroso pandillero. Lo buscan por tantos delitos que no acabaría de enumerarlos todos —aseguró Laura.

Borja la miró levantando una ceja, dejando claro que no creía ni una sola palabra.

—Nena...

—Nada de nena. Sabes que tengo razón, soy una pecosa y no deberías discutir conmigo, tengo muchos puntos a mi favor.

Borja trató de parecer serio, pero acabó sonriendo y ahí se la terminó de ganar. No, no era su tipo para nada. Le gustaban más musculosos, rubios, de ojos oscuros y menos impresionantemente guapos, pero era el único que soportaba su genio, su bocaza y su extraño sentido del humor.

Terminaron la noche, abrazados bajo las estrellas, besándose como dos adolescentes antes de pasar al dormitorio y hacer el amor durante horas hasta acabar agotados, de nuevo abrazados bajo el edredón. ¿Cuándo había hecho nada parecido con nadie? Ni tan siquiera con su ex, Ernesto o en sus mejores tiempos con Javi; y con respecto a Héctor, lo suyo siempre fue más pasional que racional. Aquello solo tenía una palabra, aunque no quería pensar en eso. De momento, solo

quería disfrutar del momento que tenía frente a ella.

Borja terminó de abrocharse el pantalón de su traje negro frente al espejo, listo para salir. Aquel sábado se celebraba la fiesta de blanco y negro en el Eros y era la primera a la que asistía emparejado, pero de verdad, no solo llevar una mujer bonita con la que tener sexo que, cuando abría la boca, él apagaba los oídos porque lo aburría sobremanera. Como Ivet, por ejemplo. Guapa pero insulsa. Pensar en Laura como su pareja le gustaba mucho.

Desde el momento en que la conoció supo que aquella mujer iba a acabar entre sus brazos, lo que no tuvo claro era el modo en que lo haría. Era peleona y divertida a su manera. No se dejaba impresionar fácilmente, sabía lo que quería y luchaba por ello. Solo tenía que ver el modo en que levantó su negocio y cómo lo mantenía haciéndolo rentable, la admiraba.

Eso le gustaba. Estaba cansado de mujeres que solo veían en él un talonario de cheques y un cuerpo para el pecado. Laura no buscaba eso en él. Aún seguía enfadada por que no dejó que ella pagara un traje nuevo a modo de compensación por el que Laura le estropeó en la comida en la que descubrieron que llevaban años trabajando juntos. Al menos sus empresas. Y sí, físicamente le atraía, pero no sin antes dejar claro que los tíos como él no eran los que la hacían babear. Sonrió para sus adentros, le había dicho en su cara que no era su tipo, ninguna mujer se lo había dicho jamás. Eso para él era importante, en realidad no se había dado cuenta lo mucho que significaba para él que una mujer lo viera a él y no solo un físico impresionante forrado de dinero.

Sin embargo, sabía que mucho de lo que la deslenguada dejaba ver era solo fachada. Era insegura en cuanto a aquel cuerpo que a él lo volvía loco. No hacía más que referirse a aquellas pecas que adornaban su rostro y su cuerpo como un defecto, algo que repelía a los demás. Sin embargo, para él eran como azúcar espolvoreado sobre un delicioso postre que no se cansaba de devorar. Sus curvas eran de vértigo, tan perfectas y tentadoras que solo con recordarlas sentía que salivaba, deseando degustarlas. Y ella pensando que todo aquello no era *sexy*... Dios, era todo lo contrario.

Además, poseía una lengua tan peligrosa, que era el azote de cualquiera. A él le divertía y le ponía de los nervios a partes iguales. Y a pesar de eso, nunca trataría de domarla. Si no, ¿qué tendría de especial? Sería como el resto de mujeres y no quería eso. Quería a la loca pelirroja deslenguada que pusiera su mundo patas arriba cada vez que lo mirase, que le sonriera o que dijera una de aquellas burradas. Le encantaba que lo provocase, él disfrutaba castigándola en la cama cada vez que lo retaba.

Laura era perfecta para él. Nunca se propuso buscar a alguien más tras su ruptura con Melisa. De hecho, eso era lo último de su lista. Pero, en ocasiones, el destino se desmarca de tus objetivos y hace lo que le da la gana poniendo a una veterinaria deslenguada frente a tus narices, y claro, a él no le quedó más remedio que enamorarse de ella.

Dándose una última mirada sonrió para sí mismo. Debía reconocer que el traje negro le sentaba muy bien. Tenía ganas de verla de nuevo y eso que solo hacía un par de horas que se marchó de su casa. Aquello era nuevo para él y empezaba a gustarle.

Laura lo esperaba en su loft. Quiso arreglarse en su casa para la fiesta, darle una sorpresa, mantener el misterio. Sí, era una loca, pero una loca deliciosa. Antes de salir de casa, revisó el agua y la comida de Zira; la acarició y besó su cabecita para ir en busca de la pelirroja. En cuanto llegó la llamó para que bajara.

No tuvo que esperar apenas. Como en cada cita con él, los nervios se la comían y llevaba ya unos minutos preparada en la puerta. Su melena de rizados rojos lucía luminosa y domada. Destacaba sobremanera con el vestido blanco que llevaba. Era corto, a mitad de muslo de manga larga y justada. El escote en uve, tanto de la espalda como en el pecho, resaltaba sus atributos.

Abrió la puerta y al verlo, con traje oscuro, apoyado en su deportivo con aquella expresión de perdonavidas, casi perdió la escasa ropa interior que llevaba. Se quedó parada en seco sin apenas poder hablar. ¿Cómo podía ocurrir aquello si solo hacía unas horas estaban juntos y teniendo en cuenta el fin de semana que estaban disfrutando?

—Hola... —murmuró apenas sin voz.

—Hola, preciosa —carraspeó él. Esa mujer cada vez estaba más bonita. La sujetó de la cintura y capturó sus labios de forma sensual y ardiente—. ¿Cómo esperas que cumpla con semejante vestido?

—No me digas que vas a ser el más rápido del lugar —bromeó Laura.

—Eso jamás, pero mírate, estás preciosa —aseguró Borja.

—Tú también estás precioso, nene. Demasiado para la cordura de cualquiera —soltó la veterinaria.

—Mientras sea tu cordura me doy por satisfecho, ahora vamos, no quiero llegar tarde.

Borja abrió la puerta de forma elegante y ella tomó asiento acomodándose en el lugar del copiloto. Estaba tan nerviosa que agradecía sentarse, sus rodillas amenazaban con no sostenerla. Pero, cuando Borja colocó su mano sobre su muslo, sintió que un escalofrío recorría su cuerpo de arriba abajo.

—¿Nerviosa? —preguntó él con una sonrisa de medio lado.

—No, acojonada más bien —declaró Laura.

—¿Por? No es la primera vez que vas a Eros.

—Lo sé, sin embargo, esto es una fiesta y es la primera vez que vamos juntos después de que dejes a Darío. No sé cómo decirlo, pero se siente como algo más serio —manifestó la pelirroja.

—Eso es cierto, aunque la fiesta solo consiste en la ropa que llevaremos todos los del club. Habrá alguna performance para amenizar y después, podremos hacer lo de siempre.

—Pensaba que el objetivo de la fiesta era quitarse la ropa...

—No siempre, pero antes podemos divertirnos juntos. ¿Estás bien?

—Juraría que sí, pero ya sabes. Mis neuronas trabajan por su cuenta y no puedo afirmarlo al cien por cien. He traído un bozal por si te hiciera falta controlarlas.

Los ojos de Borja chispearon divertidos en cuanto la miraron.

—En cuanto lleguemos a Eros te voy a relajar de golpe.

—Menos lobos, Borjamari.

Borja le lanzó esa mirada que ella conocía muy bien.

—¿Quieres provocarme? —indagó él socarrón.

—¿Yo? Nunca haría eso... —replicó Laura con picardía.

—Claro...

Al cabo de un rato, Borja aparcó en el estacionamiento privado de Eros y le abrió la puerta para que saliera.

—Muchas gracias.

Se quedó de pie frente a él y no pudo evitarlo. Se puso de puntillas y lo besó.

—Nena... —susurró Borja, profundizando el beso a la vez que sujetaba sus nalgas y la acercaba hacia él—. Sigue así y no entramos.

—De eso nada. No me he pasado media tarde depilándome para nada.

—Jesús...

Soltó la americana en el coche para estar más cómodo, dejando al descubierto el suéter negro de cuello de pico que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Pasó la mano por sus pantalones para alisarlos. Sonrió al recordar, que Laura le dijo una vez que en un cuerpo como el suyo debería

estar prohibido. Tiró de ella hacia el interior del Eros y se dirigieron, tras los saludos pertinentes, hacia una de las esquinas de la barra. Desde allí tenían unas buenas vistas de lo que sucedía en la sala común y estaban medianamente tranquilos, teniendo en cuenta la cantidad de gente.

—Está muy animado, más que otras veces. ¿Siempre es así cuando hay fiesta? —curioseó Laura.

—Sí, y más cuando es sábado. —Mientras tomaban una copa Borja la mantenía sujeta de la cintura apoyándola, de espaldas, en su torso. Despreocupadamente la iba acariciando, dibujando su figura—. Fíjate en esa pareja de enfrente y no pierdas detalle.

La pareja a la que se refería estaba acariciándose. El hombre se inclinó sobre la mujer y la colocó sobre sus manos y rodillas. Ahuecó su rostro antes de besarla. Las manos masculinas masajearon sus pechos y ambos pudieron ver cómo le tiraba de los pezones.

Laura tragó saliva. No sabía cómo explicarlo, pero era tan erótico... Se apretó más contra el cuerpo de Borja, que alcanzó el dobladillo de su vestido y lo subió hasta sus caderas. Se acercó a su oído y le susurró:

—Ese pequeño tanga que llevas sobra, quítatelo, pelirroja.

—¿Aquí? —preguntó ella de manera entrecortada por lo excitada que se sentía.

—Sí, pelirroja, aquí.

El tono en que lo dijo, tan cargado de mando y deseo, junto con el ambiente que los envolvía, hizo que no dudara en hacerlo. Despacio, tiró de la pequeña prenda y se desnudó para él.

Borja le separó las piernas mientras deslizaba los dedos sobre su clítoris y para obrar su magia, sin apartar la mirada del espectáculo que daba la pareja, sus ojos azules no perdieron detalle. El hombre, sin dejar de torturar los pechos de la mujer, sacó un consolador y lo introdujo lentamente en su vagina. Los gemidos fueron altos y claros, llegando a sus oídos por encima de la música y el murmullo de voces mezclado con otros gemidos. No eran los únicos que disfrutaban del espectáculo.

—Estás muy mojada —indicó Borja deslizando su humedad sobre su caliente sexo.

—Lo sé... Y quiero más —dijo Laura con un suspiro.

—Mira y no pierdas detalle, porque eso es lo que pronto te haré —susurró él en su oído.

—Sí, eso es lo que quiero.

El hombre se enfundó un preservativo y lo impregnó de gel para lubricarse, seguidamente separó las mejillas de su trasero y se introdujo en ella lentamente. En ese instante Borja se deslizó la cremallera de sus pantalones, se colocó la protección, separó más las piernas de Laura y guio su erección hacia su entrada empalándola de una sola embestida.

—Mierda, sí... —gruñó él.

Laura no perdía detalle de la escena de sexo ante sus ojos que intensificaba el placer que le proporcionaba Borja. Se sentía a punto de explotar. Los pechos le dolían necesitados de atenciones y de la liberación del orgasmo que sabía que pronto llegaría. Sentía que el control de su cuerpo lo tomaba el placer y tuvo que sujetarse de la barra para no caer.

—¿Quieres mostrar tu dulce sexo, pelirroja? —le preguntó el empresario.

—¿Cómo? —preguntó la veterinaria en un jadeo.

—Déjame hacerlo —sonrió él satisfecho.

Mientras la pareja que estaba en los sofás comunes disfrutaba de un sexo ya salvaje: el hombre se introducía en su culo con embestidas duras con el consolador intensificándolo todo. Borja sujetó las caderas de la pelirroja y la subió sobre sus muslos, obligándola a separar las piernas, de ese modo, todo aquel que los mirase, podría ver claramente cómo la penetraba. Laura no pudo evitar cerrar los ojos y disfrutar del placer, dejándose caer sobre su pecho. Disfrutó de lo que

sucedía a su alrededor, de saberse observada, pero, sobre todo, del que le proporcionaba Borja. Sus dedos bailaban sobre su clítoris. La pareja de enfrente estalló en un ruidoso orgasmo y eso hizo que el cuerpo de la joven oprimiera el sexo que la penetraba.

—Nena... —gruñó él—. Dámelo ya —le pidió, mientras se introducía con fuerza una y otra vez, más y más rápido.

¿Cómo negarse a lo que él y su cuerpo pedían? Estalló dejando caer la cabeza sobre el hombro de Borja sintiendo cómo sus rodillas temblaban.

—Eres increíble... —murmuró el moreno en el oído de la pelirroja.

Borja besó la curva de su cuello reacio a salir de su interior a la vez que la sostenía con firmeza contra su cuerpo.

—¿Te ha gustado esta experiencia?

—Nunca pensé que diría esto, pero sí. Me ha encantado.

—Podremos hacerlo más a menudo. Tus gemidos suenan a música en mis oídos, pero música de la buena, nena, de la buena —sonrió pícaro.

—Metallica... ¿verdad? —replicó ella, acomodándose el vestido y pasándole los brazos alrededor del cuello.

Borja estrechó la mirada.

—Ya sabes que no —susurró Borja, antes de besarla lentamente.

Ella respondió apretándose a él más mientras alargaba el beso durante mucho tiempo, hasta perder la noción de todo.

—¿Puedo preguntarte algo que me ronda desde que me dijiste que ya no estarías con nadie más que yo?

—Claro, pelirroja, pregúntame lo que quieras.

Lo miró a los ojos y respiró. Había tenido oportunidades, pero siempre se atragantaba por si la respuesta no le gustaba. Sin embargo, el ambiente y lo que acababa de pasar la impulsó.

—Has dejado a Darío e Izar, sin embargo, eso ha sido lo que te ha gustado hacer siempre. Y lo haces por mí... ¿Estás seguro? ¿Tendrás suficiente con esto?

Borja clavó su azulada mirada en ella.

—Sí, siempre y cuando seas tú mi compañera de juegos. Pelirroja, una cosa es que no quiera compartirte y la otra dejar de venir al Eros. A mí me gusta este club, mucho y si a ti te gusta también, serás la pareja perfecta.

—Claro que me gusta. La verdad es que desde fuera todo esto se ve muy distinto. Si me lo hubieran dicho hace un par de años no me lo creería. Me gusta porque es contigo —afirmó rotunda.

—Eso le pasa a todo el mundo, además es un aliciente más en una pareja. La prueba la tienes en Izar.

—Sí, leí cómo os las gastabais los tres... —replicó Laura soltando un bufido.

—¿Celosa, pelirroja? —indagó Borja divertido.

—Tú flipas.

—No, no lo hago, tu cara lo dice todo y eso te molesta. No puedo cambiar el pasado, pero sí puedo asegurarte lo que pase a partir de ahora.

—No, no me malinterpretes. Es solo que se me hace raro que te acostaras con mi amiga. Nunca he compartido un ex o he hecho un trío con nadie —confesó la veterinaria.

—No soy el ex de Izar, Laura. Solo era el compañero de juegos de Darío. Su mujer y él necesitaban a alguien de confianza para eso. Ser un ex implica sentimientos por ella, y yo nunca he amado a Izar. La respeto, y es mi amiga, pero sobre todo, es la esposa de mi mejor amigo.

—Ya me entiendes... En la cama. Sin embargo, no quiero que nos enfademos por esto, ni que discutamos. Solo quería saber si estarías cómodo así, solo conmigo. Has dicho que sí y para mí es suficiente —declaró Laura.

—No estoy discutiendo contigo, solo quiero que tú lo tengas claro, es tú amiga y también es mía, no quiero que te sientas incómoda. Además, vendremos más veces y seguramente coincidiremos con ellos.

—Estaré bien, de verdad. ¿Me invitas a beber algo?

—Claro, preciosa.

Borja llamó a la camarera por su nombre y le pidió las bebidas de ambos mientras la sujetaba de nuevo contra su cuerpo y miraban lo que sucedía en la sala común del club.

—Sabes en que estoy pensando...

—No.

—En el jacuzzi que hay en la habitación donde nos acostamos por primera vez. ¿Podríamos probarlo?

—Esa era la sala VIP de Darío. Aunque yo también tengo una, y podemos usarlo cuando quieras.

—¿Ahora? —sugirió la pelirroja acariciándole el pecho, jugueteando con los botones de la camisa.

—Antes debería pasar por el vestuario —sonrió él travieso—, a por toallas.

—Pues, ¿a qué estamos esperando?

Borja sonrió y terminándose la bebida de un trago la tomó de la mano para dirigirse a los vestuarios del club.

—Recuerda el número de la taquilla —le indicó Borja.

—¿Es el sesenta y nueve? —preguntó ella divertida.

—Muy graciosa... —gruñó él dándole una palmada en el trasero.

—Iré primero al baño y después vamos al jacuzzi.

—Tómate tu tiempo —dijo el moreno antes de que lo parase un hombre joven de la misma altura que Borja y se saludaran divertidos.

Laura se apartó de ellos y fue a refrescarse. Se lavó las manos y se mojó el cuello con agua fría. Miró su reflejo en el espejo y sonrió. Se la veía feliz y hacía mucho que aquel rostro que le devolvía la mirada no se veía tan bien. Se secó las manos para ir al encuentro de Borja.

Una rubia alta con cuerpo de modelo se paró a su lado.

—No creas que Borja se conformará solo contigo.

La pelirroja parpadeó un par de veces antes de levantar un poco la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—¿Hablas conmigo?

—¿Hay alguien más? —resopló la rubia—. Además, la que lleva días viniendo con Borja eres tú. Os he estado observando.

Laura la miró con desconfianza.

—No creo que eso sea cosa tuya —afirmó la veterinaria tratando de ser educada.

—Mira, hace tiempo que le conozco y nunca está mucho tiempo con la misma, solo te estoy advirtiendo. Él no es un hombre de una sola mujer, ha roto muchos corazones por aquí.

—A lo mejor ahora sí —repuso Laura con algo de valor por la conversación que acababa de tener, pero con las dudas aún acosándola.

—Sigue soñando entonces, cuando se canse de ti volverá a mí y, a las demás, que lo estamos esperando para sus legendarios tríos. ¿No lo sabes? Es una leyenda en este club.

—¿Las demás?

—No soy yo sola, tontita —afirmó la rubia—. Borja tenía a una diferente cada día o dos, dependiendo de lo inspirado que se sienta.

—Eso es solo aquí, ¿verdad? Fuera no estaba contigo —replicó Laura con esperanza.

—Hemos quedado varias veces fuera —sonrió la rubia maliciosa.

Laura levantó una ceja sin querer creerla.

—¿Dónde?

—En mí casa, en la de una amiga, ya te he dicho que le gustan los tríos. Lo hemos pasado realmente bien en el jacuzzi de su sala VIP. Es espectacular y la tiene muy bien equipada de juguetes. ¿Y ya habéis ido a su restaurante favorito? ¿Te he hecho un regalo bien caro y especial?

—La rubia sonrió con maldad al ver que había dado en el clavo—. No te creas la bomba, solo eres una más. Y no eres de las mejores.

—No nos hace falta hacer ningún trío. A lo mejor es que buscaba una mujer de verdad y ahora ya la tiene, será por eso no te llama. Y si me permites el consejo, rubia, tienes que retocarte las raíces o rebajar el negro de tus cejacas. No quedan bien... Y ahora, si no te importa, voy a pegarle un polvo hasta dejarlo sin sentido —replicó Laura.

La mujer se encogió de hombros.

—Tú misma, yo te he avisado, no eres la primera que se cree con el derecho de reclamarlo como suyo. Ni serás la última. Acabarás igual que todas, llorando en un rincón.

Laura salió esquivándola, aunque le apetecía agarrarla de los pelos y deshacerle aquel peinado perfecto. Cuando salió al pasillo de los vestuarios, vacío, se apoyó en la pared y respiró agitada. Aquella rubia era una jodida diosa y ella una mujer normal, a la que podían sobrarle un par de kilos y con el culo pecoso. Si a eso le sumabas su carácter de mierda... No, él había dicho que quería estar solo con ella... Y sí, eso era lo que les decía a todas. Se recompuso y subió a la sala VIP de Borja, sin embargo, las palabras de aquella rubia no la dejaban.

Borja esperaba apoyado en la pared en mitad del pasillo de la planta superior del Eros. No estaba seguro de haberle dicho a su pelirroja cual de todas era la puerta a la que debía llamar. Seguro que, si acababa en la sal de otro, le patearía el trasero y se acabaría la noche de pasión.

Sonrió al pensarlo, cruzó los brazos sobre su torso desnudo. Solo iba vestido con una toalla sujeta a la cintura. Las mujeres que pasaban por la zona VIP lo saludaban sonriendo, sin embargo, el moreno solo estaba impaciente por ver a su pelirroja aparecer por el ancho pasillo de las habitaciones. Quizás debería haberla esperado en los vestuarios, pero deseaba ganar tiempo mientras ella se acicalaba.

Laura llegó por el pasillo, abrazando una toalla que cogió de la taquilla. Estaba seria, pensativa. A pesar de todo, no podía dejar de darle vueltas a lo que le dijo esa maldita diosa rubia. Caminaba mirando al suelo y no se dio cuenta de que había llegado a su destino, hasta que prácticamente tropezó con él.

Levantó el rostro para encontrarse con el ceño fruncido de Borja. Tardó unos segundos en reaccionar y cambiar la expresión de su rostro, sonreírle. Sin embargo, eso no sirvió de mucho pues él se dio cuenta de que parecía estar en otro lugar desde que entró al pasillo.

—Hola, guapetón. ¿Me echabas de menos?

—Siempre.

Borja la besó con suavidad, tomándose su tiempo en mordisquearle el labio inferior, suave, seductor como el infierno.

—¿Vas a decirme qué ocurre? —preguntó él cuándo se separó de ella.

Laura se sintió pillada con las manos en la masa, pero siguió negándolo. Debía olvidar lo que le

dijo aquella arpía y confiar en él.

—No hay nada que decir.

—Nena... ¿Prefieres que nos marchemos? ¿Algo de lo que ha pasado abajo no te ha gustado?

—¡No, no! Todo está bien. Lo de antes ha sido perfecto, y quiero quedarme y probar el jacuzzi. Solo pensaba en que el lunes tengo que comprar leche, eso es todo. Iba distraída —comentó sin mucho convencimiento la pelirroja.

—Está bien. Pienso conseguir que te olvides de todo, incluso de eso.

Incapaz de resistirse por más tiempo, tomó su boca con posesión. Su erección palpitó de necesidad, mierda, la deseaba de nuevo, necesitaba estar dentro de ella, notar cómo su caliente seda lo envolvía de nuevo. Lo deseaba todo y eso lo dejaba un poco descolocado. La cogió en brazos queriendo salir de allí.

—Vaya, ¿has estado haciendo pesas solo para sorprenderme? —indagó la veterinaria.

—¿Te gusta lo que ves?

—No sé, no se... Me falta perspectiva.

Borja sonrió mientras abría la sala con ella en brazos. Entró y cerró la puerta empujándola con el pie. Dejó a Laura en el suelo. Una luz tenue iluminaba la estancia, haciendo que el fuego de su pelo brillara aún más.

—Eres libre de mirar lo que quieras —dijo él.

Laura se relamió y alargó el brazo para coger la toalla envuelta en la cintura masculina. Tiró de ella dando un paso atrás, dejando el cuerpo desnudo en todo su esplendor.

—Esto ya está mejor... —comentó con una sonrisa pícaro.

—Juegas sucio, pelirroja. Tú llevas demasiada ropa.

—¿Quién dijo que tenía que jugar limpio con el mismísimo Satán? Pero, si ese es el problema tiene solución.

Laura soltó la toalla que aún llevaba en brazos. Bajó la cremallera de su vestido deslizándolo por su cuerpo hasta el suelo, quedando desnuda frente a él.

Los ojos de Borja recorrieron la espléndida anatomía de ella mientras brillaban de deseo.

—Si has mirado lo suficiente, dilo. Porque no creo que pueda aguantar estar parado aquí sin hacerte nada —manifestó con la voz ronca de deseo.

—No, no he mirado lo suficiente. No traje la lupa —se burló la pelirroja.

Borja resopló dando una larga zancada hasta plantarse delante de ella. La alzó en brazos y la colocó con cuidado en el borde del jacuzzi. Acto seguido, se apartó de esa peligrosa mujer y, abrió un armario de dónde sacó una barra con correas en los extremos.

—No te muevas cielo.

—¿Eso es para castigarme o para qué? —preguntó Laura, pensando barbaridades sobre los usos de aquella barra.

—No soy un Dom, pelirroja. Aunque, verdaderos maestros dominantes me han ofrecido sus enseñanzas, no es mi mundo. Me gusta mandar en la cama y dar el máximo placer posible, pero no castigo, como mucho te palmearía el culo. —Borja sonrió al recordar el momento en que lo hizo —. Solo voy a jugar contigo y te aseguro que lo vas a disfrutar.

Borja sujetó sus tobillos con suavidad, de esa forma la barra impediría que cerrara las piernas. La cogió en brazos y antes de colocarla en un saliente dentro del jacuzzi, comprobó que el agua estuviera en su punto. Borja la contempló. ¿Alguna vez había visto algo tan hermoso? Su cabello rojo caía sobre sus hombros cubriendo sensualmente sus apetecibles pechos. Su piel cremosa salpicada en esas dulces y *sexys* pecas lo tentaban. ¿Cómo demonios podía pensar que no era suficientemente hermosa para él? Algo dentro de él se despertó con ese pensamiento. Mierda, si

seguía por esa línea acabaría antes de lo que esperaba.

Laura admiró aquel cuerpo de infarto recorriendo con la mirada su pecho, esos abdominales marcados sin poder evitar detenerse en el tatuaje de la cabeza de un toro que decoraba sus caderas. Quería que la embistiera una y otra vez y, con aquella sola idea, sintió cómo su sexo palpitó. El impulso de cerrar las piernas y apretar le fue negado por la barra. Solo él, con la erección que lucía bajo el tatuaje, podría calmarla.

—Deja de mirarme así y haz algo... Te deseo, Borjamari.

Borja clavó la mirada en su sexo y la elevó hasta sus ojos; la sonrisa que lucía no presagiaba nada bueno.

—Y... ¿Qué quieres que te haga? —preguntó enarcando una ceja.

—Eso que estás pensando —afirmó Laura.

—Vaya... —replicó con una sonrisa socarrona—, mi pelirroja es capaz de leer la mente.

Borja se arrodilló frente a ella, su respiración quedó a la altura de sus pezones, por lo que sin pensarlo los pellizcó ligeramente para endurecerlos.

—Joder... No, no leo mentes. Solo entiendo de demonios —le rebatió Laura con la voz entrecortada.

—Eso me gusta —gruñó él colocando su mano bajo el trasero de ella para levantarla.

Acto seguido pulsó un botón y una fina capa de agua cayó sobre ellos. El agua del jacuzzi cubría la cintura de Borja, mientras la que caía del techo los mantenía calientes a ambos. Ver su sexo expuesto y parte de su trasero hizo que su erección palpitará con más fuerza. Con los dedos recorrió su sexo, su humedad los cubrió y él le lanzó una sonrisa satisfecha.

—A mí no me gusta esto... Quieres volverme loca —protestó Laura.

—Eso es evidente, verte tan húmeda por mí me pone tremendamente duro —murmuró el moreno.

Borja abrió los labios vaginales de la pelirroja con suavidad, su dedo la acarició con delicadeza, arriba, abajo, un pequeño roce a su clítoris y volvía a empezar. Laura dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió. Quería cerrar las piernas, oponerse hasta que no accediera a entrar en ella, pero aquella barra de metal no la dejaba. La tenía a su merced, y aquello, en lugar de resultarle molesto, la excitaba. ¿Qué demonios hacía con ella?

Jesús, ver cómo reaccionaba hacía que peligrara su orgullo de hombre. Seguía sin recordar una mujer que lo hubiera vuelto tan loco con solo una mirada, con una palabra. Su cuerpo lo llamaba con lujuria, lo tentaba. Quería devorarla siempre. Mirándola a los ojos, bajó la cabeza hasta su sexo y comenzó a lamerla. Primero de forma suave, provocándola con la punta de su lengua.

—Adoro verte así, tan expuesta y entregada a mí —afirmó Borja.

Ella no era capaz de hablar, solo gimió en respuesta, elevando sus caderas para instarlo a que no dejara de torturarla. Borja deslizó la lengua por su entrada y empujó. Colocó sus manos en sus caderas para mantenerla inmobilizada y empezó alimentarse de ella. Estaba pendiente de sus reacciones, sus gemidos, su respiración y hasta la forma en que ella tensaba las piernas. No le dio respiro alguno, él estaba disfrutando tanto como ella.

—Estás tan bonita, pelirroja... —dijo antes de lamer su hinchado botón—. Dime qué es replicó ella que necesitas.

—A ti, Borja. A ti —replicó ella casi en un jadeo.

Borja la lamió durante un tiempo, más rápido y duro, su dedo se deslizó dentro de ella de forma constante.

—Vamos nena, dámelo para que pueda poseerte como deseo —la instó el empresario.

Laura no tardó en dejar que su cuerpo se liberara con un delicioso gemido que excitó más a

Borja. Toda ella se tensó cuando el orgasmo la atrapó.

Borja rasgó el envoltorio de un preservativo, con rapidez se colocó y se cernió sobre ella, mirándola a los ojos con una sonrisa canalla.

—Ahora vas a ser mía, estás completamente abierta a mí y eso es muy excitante, pelirroja.

—Lo es —susurró.

Borja se apoderó de su boca, su mano sujetaba la nuca de ella impidiendo que pudiera moverse, la sostenía con extrema suavidad, aunque la dominara con su beso y se introdujo en su interior despacio. Borja gimió en sus labios. Era tan estrecha y apretada que le suponía un gran esfuerzo controlarse.

Ella se movía al mismo ritmo que él, compenetrados. Eso solo hacía que cada penetración fuera aún mejor. Eran perfectos el uno para el otro.

Borja se retiró un poco, solo para empujar con fuerza en su interior. Escucharla gemir lo volvía loco. Se apartó de ella solo para poder mirar el brillo de placer en sus ojos.

—Eres maravillosa —susurró antes de volver a embestirla una y otra vez manteniendo un ritmo constante.

Laura volvió a gemir al ser penetrada de nuevo. Lo sujetó por los hombros y lo besó con ansia.

Borja tuvo que apretar su mandíbula, esa posición, que lo besara de esa forma y verla tan sumida en su propio placer lo lanzaban al borde del suyo.

—Córrete nena, córrete ahora conmigo.

La pelirroja no dejó de mirarlo a los ojos completamente entregada. Cuando el segundo orgasmo llegó, fue aún más intenso que el primero si es que aquello era posible. Era perfecto.

Borja no pudo parar de moverse sobre ella, empujaba muy profundo hasta que la escuchó gritar y fue entonces cuando él también se corrió. Borja notó los espasmos provocando que su erección se sacudiera más en su interior. Apoyó la frente en la suya suspirando.

—A este ritmo vas a matarme —declaró él.

—Sería lo justo. Quieres acabar conmigo.

—¿Eso es una queja? —sonrió él travieso. Borja salió de ella y desató sus tobillos dejando la barra fuera del jacuzzi, se deshizo del preservativo para abrazándola contra su cuerpo. Juntos se sumergieron en el agua caliente—. Mantente así un rato conmigo, me gusta tenerte en mis brazos desnuda.

—No querría estar en otro lugar —dijo Laura apretándose contra él—. Y no es una queja, es una realidad. Quieres matarme de placer, lo justo es que yo haga lo mismo.

—Realmente no me quejaré si lo haces.

—Yo tampoco. Creo que este es el mejor fin de semana que he pasado en años —afirmó Laura.

—Me halaga que lo digas, esa era mi intención.

—Pues lo has conseguido. Y no pienso repetir esto en público, tengo una reputación que mantener, pero creo que me equivoqué contigo durante mucho tiempo. Eres un buen hombre —declaró la veterinaria.

Borja sonrió para sus adentros.

—Eso ya lo sabía, solo hacía falta que abrieras esos hermosos ojos que tienes, pelirroja.

—Eres un creído, en eso no me equivoqué. Aunque en lo de los ojos tienes razón...

—Mira quién habla ahora... —resopló el empresario.

—Una mujer maravillosa, ¿no es así? —lo retó la veterinaria acariciando sus abdominales, camino del tatuaje del toro con la punta de los dedos.

—Maravillosa y traviesa, nena como sigas a este ritmo saldremos del jacuzzi arrugados, porque volveré a entrar en ti—gruñó posesivo Borja.

—Hay una cama justo ahí... —comentó mimosa Laura.

—¿Me estás retando?

—¿Yo? ¿Cómo puedes pensar eso de mí? —preguntó ella con una muy falsa y exagerada inocencia.

—Piensa mal y acertarás, pequeña. Pero, si ese es tu deseo... ¿Quién soy yo para negarte nada?

Borja la alzó en brazos y sin molestarse en secarse la llevó directamente a la cama, se colocó sobre ella sujetándola con su cuerpo y la besó intensamente. Esa noche se aseguraría de que no pudiera andar al día siguiente.



Borja se deslizó lentamente de la cama para no despertar a su pelirroja. Tras la noche en el Eros fueron a su apartamento y allí volvió a hacerle el amor antes de quedar exhaustos cerca del amanecer. Ahora ella dormía profundamente, con su sedosa melena esparcida como fuego sobre la almohada, sus largas pestañas acariciando las mejillas, el rubor de su rostro y sus labios todavía hinchados por la noche de sexo increíble la hacían irresistible. Sin embargo, no la tomaría, aunque se muriera de ganas. Seguramente estaba dolorida y que lo alcanzara un rayo si iba a causarle más molestia, aunque maldita fuera su estampa si no era la cosa más difícil que haría. Aquel cuerpo de pecado, salpicado de pimienta, lo tentaba sobremanera.

Sacudiendo la cabeza, giró sobre sus pies y se dirigió al cuarto de baño. Una ducha fría aplacaría algo su lujuria por ella. En unas rápidas y duras pasadas se lavó con rapidez. En cuanto terminó, salió de la ducha, cogió una toalla seca y procedió a secarse. Envolvió su cintura con la toalla húmeda y salió del baño para encontrarse con la mirada hechizante de su pelirroja. Aunque tentado de acercarse a ella y besarla, algo lo carcomía por dentro: la expresión de su rostro cuando avanzaba por el pasillo hacia él. Suponía que estaba abrumada por las sensaciones que experimentaba en el club, pero sabía que no era el caso; había estado allí las suficientes veces, como para no sentirse extraña. Le preocupaba que estuviera cambiando de opinión con respecto a ellos.

—Ya estás despierta —comentó él.

—No... En realidad, no —replicó Laura con voz pastosa, volviendo a cerrar los ojos.

Borja se acercó a la cama y alzó una ceja.

—¿A no?

—Claro que no. Yo no miento, solo distorsiono la verdad. Ahora hablas con mi contestador automático —dijo la veterinaria, abrazándose a la almohada.

—¿No será que estás evitando que te pregunte algo?

—Si es el número de la lotería de Navidad, sí, lo evito porque no lo sé.

—Laura —ordenó Borja con su voz profunda y firme—. Dime qué es lo que te ocurre.

La aludida abrió solo un ojo luchando contra sus ganas de seguir durmiendo, pero el modo en que lo preguntó el moreno le dejó claro que seguir en el reino de Morfeo no era una opción.

—¿Ocurrirme? No entiendo...

—Cuando subiste a la sala VIP tenías una expresión extraña. Parecías molesta. Demasiado seria. Aunque te mantuve toda la noche ocupada, y hemos hablado poco. Ayer no quise presionarte, deseaba que fuera una noche especial entre los dos, pero ahora, quiero que seas sincera conmigo. —Borja cruzó los anchos brazos sobre su torso.

Laura maldijo su boca de nuevo, esta vez por mantenerla cerrada. Tanto abrirla dejaba huella por lo que podía comprobar. Sí que estaba molesta, aunque no entraba en sus planes contarle el

motivo a Borja.

—Bueno, no creo que sea tan malo que estuviera calladita, así meto menos la pata y ofendo un poco menos. A lo mejor es una mejora en mi carácter, ¿no crees?

—No digas gilipolleces, nena —gruñó molesto—. ¿Vas a decirme qué te pasaba o no?

—Oh, a mí no me hables así, Borjamari. No eres uno de mis chuchos para que gruñas, y si lo fueras acabarías castrado por hacerlo. ¿Quieres saber qué me pasa? Pues te lo diré, que no estoy segura de a qué juegas —soltó Laura enfadada.

Borja parpadeó incrédulo.

—¿Qué a qué juego? ¿A qué cojones crees qué juego, pelirroja?

—¡Eso, explícamelo tú! ¿A cuántas has llevado a ese restaurante, o paseado en tu coche? Y espero que estas sábanas estén bien desinfectadas, porque me han dicho que no es la primera vez que tratas a una chica así. Que no soy especial. Y mira, no soy idiota, sé que no soy la maldita cenicienta ni ninguna princesita de cuento, pero al menos ten la decencia de no hacerme pensar que lo soy —replicó la veterinaria son poder contenerse.

Borja estrechó su mirada, mientras descruzaba los brazos y los mantenía al lado de sus caderas cerrando los puños, furioso.

—¿De qué va todo esto? —inquirió.

—De que no sé si esto es algo que vaya más allá de un montón de noches maravillosas, eso no te lo puedo negar. Pero, una mujer me dijo que esto lo habías hecho antes —contestó Laura insegura.

—Y antes de venir directamente a mí y decirme lo que te molesta, tú solita te montas esta película... —gruñó él entre dientes—. Lo que estoy haciendo contigo, no lo he hecho con nadie. Ese restaurante me lo recomendó Sandro y en esta cama solo has estado tú y mi princesa.

Laura lo miró sopesando hasta qué punto era cierto o si le estaba mintiendo.

—¿Lo dices en serio? —le interrogó Laura.

—¿Qué gano con mentirte? —repuso Borja.

—No lo sé, por eso tampoco te lo conté. No estaba segura de nada y sigo sin estarlo.

—Laura... —susurró el empresario paciente—. Si yo te digo que solo estoy contigo, es que lo estoy. No necesito a otra mujer. Además, dejé los juegos de tríos, ¿recuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo. Pero...

—Mierda, nena, eres inteligente para unas cosas y corta para otras... —Borja deslizó las manos por su pelo mojado—. ¿No te he demostrado ya que no soporto que nadie te toque? ¿No quedamos en eso tú y yo?

Laura lo miró con los ojos vidriosos y suspiró.

—Sí... pero, esa mujer sembró dudas en mí, me hizo pensar de nuevo que te avergonzarías de mí —confesó la veterinaria al fin—. Mí culo es tan pecoso...

Borja se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

—Adoro ese culo pecoso. Nunca me he avergonzado de ti, preciosa, al contrario, te llevo a mi lado con orgullo.

—Entonces, ¿soy la primera chica a la que llevas a cenar?

—Sí.

—Y la única que ha pasado por esta cama...

—Sí —repitió Borja.

—Y, ¿de verdad soy la primera a la que no quieres compartir, que no quieres que nadie más me toque? —preguntó apoyando la cabeza en él.

—Sí, eres la única —suspiró Borja—. Soy el primer sorprendido, créeme.

—Y eso te molesta —dijo divertida.

—Me descoloca —confesó él—. Es la primera vez que me sucede y me gusta.

—A mí también me gusta, pero no pienso admitirlo o te pondrás muy chulito —comentó Laura.

—Entonces deja de prestar atención a los chismes. No sé quién te dijo esas barbaridades, pero seguro que esa mujer estaba muerta de envidia. Soy un tipo guapo.

—Y muy creído. En cuanto a la *peliteñida* de cejas negras y grandes como orugas, no creo que me la tropiece en el súper comprando naranjas.

Borja sonrió besando su frente.

—Seguro que no.

Aquel beso a Laura le pareció el más maravilloso de todos. Era delicado, íntimo. Suyo. No era el que compartes con un amante sino el que le das a alguien importante, a esa persona a quien quieres cuidar y mantener cerca. Ese que, sin querer, dice más que las palabras. Un beso en el que creer. Se acurrucó más contra él, buscando el cobijo de sus brazos y su cuerpo.

—Olvidémonos de ella. Disfrutemos juntos de lo que queda de fin de semana —propuso la pelirroja al final, dispuesta a dejar atrás toda duda y empezar a confiar de verdad en ellos.

—Tienes razón, mientras te recuperas haré la comida para ti. Hemos dormido toda la mañana —apuntó Borja.

—¿Cocinas? —preguntó ella asombrada.

—Y muy bien. Tengo una titulación, lo hice como hobby.

—Vaya... Cocinas, jinkas de muerte y tienes mejor culo que Darío. Izar va a odiarme, pero, que se joda —dijo Laura muerta de risa.

Borja rio con ella.

—*Wow*, nena, eso se lo pienso soltar a Darío, es mi oportunidad de fastidiarlo bien.

—Sí, ese es mi chico. Me daré una ducha rápida e iré a ayudarte —declaró la veterinaria.

Se levantó de un salto de la cama y, sin cubrir su piel pecosa, le dio un cariñoso beso en los labios antes de meterse corriendo al baño.

Borja la vio desaparecer tras la puerta del baño, era asombrosa, hermosa y solo suya. Con una sonrisa se deslizó de la cama, pensando en que le prepararía un plato bien sabroso.

Capítulo 20

Borja miró los billetes que sostenía en la mano con una sonrisa traviesa en el rostro. Aquellos pasajes iban a sorprender, esperaba qué para bien, a su preciosa pelirroja. Eran sus primeras Navidades juntos y no quería que fueran las típicas fiestas de una pareja en la gran ciudad, pasando las tardes de compras en los centros comerciales, tomando algo caliente en algún bar o las no tan típicas veladas en el Eros. No, con ella quería algo especial. Algo que los hiciera sonreír cada vez que recordaran estas fechas.

Sabía, desde el primer día que la vio, que sacudiría su mundo hasta los cimientos. La mirada que le lanzó, junto a su indiferencia, removió algo dormido en su interior desde hacía mucho tiempo.

A partir de aquel día no dejó de desearla; lo hacía a todas horas, pero también sentía algo muy profundo dentro de él que no se atrevía a confesarse ni tan siquiera a sí mismo. Quizás fuera miedo o simplemente pura cobardía. En el trabajo era un tiburón de los negocios que mantenía la mente fría y el corazón encerrado en cada negociación, para no dejar que la furia provocara errores. En el Eros siempre se comportó del mismo modo. Nunca en el amor, porque desde su divorcio, jamás volvió a entrar en su vida.

Ya estuvo profundamente enamorado de una mujer, sus sueños y esperanzas se marchitaron en cuanto ella lo dejó. Bueno, si era sincero, se aseguró de no dejarle nada antes de marcharse. Pisoteó cada célula de su cuerpo. Y desde entonces, se juró a sí mismo no volver a caer en las garras de ninguna arpía más. Prácticamente todas las mujeres entraron en esa categoría desde ese instante. Serían fugaces y efímeros compañeros de cama. Nada más. Sin embargo, apareció su pelirroja como un huracán en su vida haciéndole recuperar la esperanza que creía perdida.

Y ahí estaba él, en el portal de una preciosa mujer, con dos billetes de avión y rezando para que aceptara pasar las Navidades junto a él. Sonrió para sí mismo. Si aceptaba, esas serían las mejores de su vida.

Sonriendo llamó al interfono. No tardó en recibir respuesta:

—¿Quién osa llamar a mi castillo a estas horas?

Borja se frotó el puente de la nariz alucinado. Esa mujer siempre acababa sorprendiéndolo.

—El guardián de la dama, mi señora —respondió divertido y sonriendo a los peatones que pasaban por su lado en ese momento, mirándolo como si no estuviera bien de la cabeza.

Laura parpadeó dos veces apoyada en la puerta de su piso con el telefonillo en la oreja. ¿Qué demonios hacía él allí?

Miró el reloj. Eran más de las siete de la tarde. Hizo memoria, que cada día la tenía peor, y no recordaba haber quedado. Suspiró por su aspecto deplorable: moño alto y despeinado, mallas viejas y un jersey grande. Enorme. Deformado por el tiempo. Lo que a una *influencer* de Instagram le valía unos cuantos miles de *likes*, en ella era más bien el look de venir de comprar drogas, trasnochada.

—¿Borjamari? ¿Qué haces aquí? —preguntó extrañada.

—Esperar a que me abras la puerta, se me están congelando las pelotas.

—Tampoco se perdería nada. Anda, sube —dijo la pelirroja antes de pulsar el botón y colgar

el aparato en su lugar.

Borja abrió la puerta sonriendo, con ella siempre era así. Una vez arriba llamó al timbre de la puerta que se abrió enseguida.

—Hola, guardián de la dama. ¿Qué te trae por aquí? —dijo Laura poniéndose de puntillas para darle un beso en los labios, y de paso, rozar con descaro el bulto de su entrepierna con la mano—. ¿Tus pelotas bien?

Borja gruñó en aprobación y tiró de ella para profundizar su beso.

—Tengo una sorpresa para ti, descarada.

—No soy descarada, has dicho que te peligraban y me preocupaba por ti... —replicó ella con una amplia sonrisa

—Sigues siendo una descarada, pelirroja. Pero, me gusta que seas así. —La besó en la punta de la nariz y, con el pie, cerró la puerta—. Ahora, si me prestas atención y no me entretienes, podré darte la sorpresa.

Laura se giró y entró al salón, dejándose caer sobre el sofá en el que minutos antes estaba sentada viendo una de sus series favoritas del momento: Chicago Fire. Desde que confirmó que un grupo de bomberos de lo más *sexy* iba al mismo karaoke que ellas, se enganchó a la serie. En cuanto lo compartió con Agnes, confirmándole que el grupo de hombres *sexy* al que le echaron el ojo meses atrás, eran bomberos, esta dio saltos de alegría consiguiendo gruñidos por parte de su esposo.

—Mejor sentada, ¿no? Es por si la sorpresa es muy fuerte, no caerme de culo.

—Tranquila, yo no dejaría que tocaras el suelo —aseguró Borja guiñándole un ojo y sentándose a su lado.

—Chulo...

—Te gusta.

—No pienso contestar a eso sin un abogado cerca.

Borja resopló.

—Toma, a ver si esto sí que te gusta. —Le tendió un sobre blanco.

Laura lo tomó con cierta cautela, pero también con curiosidad. Tras ver lo que era miró a Borja sorprendida.

—Son pasajes de avión, para mañana...

—Así es —respondió él socarrón—. ¿Me vas a responder o voy a tener que adivinar lo que piensas?

—¿Responder a qué? —preguntó descolocada.

—Mira bien los billetes.

Laura volvió a mirarlos.

—A Laponia... Para los dos.

—Me gustaría pasar estas Navidades contigo, los dos a solas y lejos de todos.

La veterinaria lo agarró de la pechera de la camisa y tiró de él para besarlo.

—¿Te vale la respuesta? —inquirió.

—Me vale —susurró Borja en sus labios antes de besarla profundamente.

—De verdad, estás loco. ¿Por qué no me has avisado con más tiempo? Apenas tengo unas horas para hacer la maleta.

—¿Y crees que vas a usar mucha ropa? —indagó el moreno alzando una ceja.

—Hombre, si no quieres que se me congelen los pezones y puedas colgar la chaqueta en ellos, al menos un abrigo, ¿no? —le rebatió Laura.

—Pelirroja... No me des ideas.

—Como si te hicieran falta...

El aludido sonrió y besó su mejilla en un beso rápido.

—Llévate ropa de abrigo y si te faltara algo lo compraremos allí, pero lleva una maleta pequeña. No quiero perder el tiempo facturando.

—Está bien. Nos vemos en unas horas.

—Te pasaré a buscar.

Borja se levantó y se dirigió hacia la puerta. Laura fue tras él para acompañarlo. Antes de que saliera, lo llamó.

—Borja.

Él se giró quedando frente a ella.

—Dime.

—Gracias.

Eso sorprendió al moreno.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por llamar a mi castillo —declaró Laura.

En realidad, por insistir una y otra vez hasta tirar abajo las defensas. Cualquiera otro, tras la manera en que lo trató cuando se conocieron, y el resto de veces, se hubiera dado por vencido, pero él había seguido peleando.

—No me las des, pequeña, es mi deseo estar contigo y tú me lo estás concediendo. —Borja acortó la distancia, sujetó su cintura y la besó profundamente.

Cuando se separaron, Laura se acarició con la lengua el labio superior.

—No tardes en venir a buscarme.

—Joder, pelirroja, si continuas provocándome no me iré nunca —gruñó él.

—Si no te vas, el que se quedará con las pelotas congeladas, serás tú. Vete.

Borja sonrió y se marchó. Si tan solo permaneciera allí un segundo más sabía que la arrastraría a su dormitorio y nunca llegarían a tiempo al aeropuerto.

El viaje fue bastante entretenido. Mucho más cuando la sorprendió al confirmarle que los billetes eran de primera clase. Estaba decidido a que aquellas Navidades fueran únicas.

Una vez desembarcaron y estuvieron frente la entrada del Hotel Iglú, Borja le tapó los ojos y entró pegado a su espalda, empujándola con el torso, con suavidad. Se detuvo y apartó las manos de sus ojos.

—Ya puedes abrirlos.

Lo primero que vio ante ella fue el cielo teñido de los colores del anochecer, y no porque frente a ella hubiera un amplio ventanal, no, sino porque ante ella se abría un iglú compuesto de cristales, que le permitían ver todo a su alrededor. Todo era visible desde el exterior excepto el lujoso baño a su izquierda, se veía bastante completo y estaba segura de que la bañera de hidromasaje, no tardarían en estrenarla para después dormir, en el centro de la estancia, en la gran cama cubierta de edredones, mantas y mullidos cojines.

—Borja... Esto es precioso —comentó Laura.

—Sé que lo que voy a decirte es un tópico, pero nena, tú eres más bonita.

—Eres un pelota... No hace falta que me digas eso, voy a acostarme contigo igual.

Una sonrisa socarrona cruzó sus labios.

—Eso tenlo por seguro. No escogí este iglú solo por las vistas —apuntó Borja.

—Eres tonto, pero en serio, me encanta. Creo que esta va a ser la mejor Navidad en años.

—Esa es mi intención, además en este lugar se respira paz y tranquilidad.

—Se respiraba —apostillo Laura quitándose el abrigo y tirándose en la cama para mirar al

cielo—. Este lugar era tranquilo hasta que llegamos, o ¿esperabas tener paz a mi lado?

—A tu lado prefiero tener otra clase de cosas... —Borja se dirigió hacia la pequeña mesa donde se encontraba una botella de vino junto dos copas adornadas con pétalos de rosas, alzó la botella junto con una copa fijando su mirada en sus ojos—. Tengo planes muy placenteros para esta noche. ¿Te apetece? —preguntó, mientras el resplandor de las luces brillaba en sus ojos.

—¿Dormir? —bromeó Laura al tiempo que tendía una mano para tomar la copa.

—Nada de dormir. Brindemos por nosotros. —Borja clavó la mirada en ella, una sensual y brillante que recorrió el cuerpo de Laura hambriento.

—Deja de mirarme así... —protestó juguetona Laura.

—¿Cómo te estoy mirando? —preguntó él fingiendo inocencia.

—Como si fuera comestible.

—Lo eres...

Borja dejó la copa en la mesa y acortó la distancia entre ellos. Tiró de ella poniéndola en pie, pasó el brazo alrededor de su cintura para pegarla a su cuerpo y la besó. Como siempre le ocurría, en cuanto probaba sus succulentos labios, el beso pasaba de tierno a salvaje en un parpadeo. Borja la instó a que abriera la boca para él. Cuando ella lo hizo no dudó en poseerla con su lengua. La lamó, dibujando el contorno de sus labios y el oscuro interior haciendo que ambos empezaran arder.

—Joder... Si solo con besarte ya estoy así de duro, moriré en cuanto esté dentro de ti, pelirroja. —Su voz sonó ronca y llena de deseo.

—Nunca pensé que realmente acabara matando a un viejo de un polvo —replicó la veterinaria lamiendo el sabor de su beso de sus labios.

—Yo te demostraré quién es viejo... —gruñó.

Borja empezó a desnudarla lentamente. Le gustaba tomarse su tiempo y a su vez, ver la impaciencia en los ojos de Laura. En cuanto ambos estuvieron desnudos, él la obsequió con su perpetua sonrisa socarrona. Deslizó una mano entre sus muslos, acariciando su sexo de forma suave.

—Ya estás mojada para mi... —susurró él con voz ronca.

—Siempre —jadeó Laura alargando la mano y acariciando su pétreo pecho.

—Siéntate en la cama, preciosa.

Laura lo miró juguetona y le obedeció. Borja rodeó su erección con la mano y suavemente comenzó acariciarse.

—¿Quieres jugar con ella? —preguntó divertido.

—¿Al parchís?

Sonrió al ver que Borja ponía los ojos en blanco. Lo intentaba, pero no podía mantener la boca cerrada ni en un momento así, y pensó que abrirla bien era lo mejor que podía hacer para compensarle. Retiró la mano de Borja y la sustituyó por la suya. Lo acarició despacio, mirándolo a los ojos. Le gustó y excitó al mismo tiempo, la manera en la que él apretaba los labios y tragaba saliva. Sintió cómo sus pezones se endurecían más. Separó los labios y los humedeció antes de besar su glande.

—Venga, pelirroja, no seas tímida ahora, Jesús... —Borja esperaba poder soportar esa bendita tortura.

—Es que no quería matarte a la primera.

Laura lo tomó entre los labios en toda su longitud y sintió que Borja se tensaba. Se retiró y volvió a introducirlo en la boca jugando con la lengua, acariciándolo.

—Mierda, Laura... —gimió él.

Saber que lo tenía a su merced, excitándolo de aquel modo, solo hacía que provocar lo mismo en ella, se sentía la mujer más *sexy* y poderosa del planeta en aquel momento y no dudó en seguir torturándolo de aquel modo. No dejó de lamer y succionar su erección. Le resultaba deliciosa y adictiva. Quería más y eso que nunca había disfrutado así con ningún hombre, pero con Borjamari todo era diferente.

Por su parte, Borja solo deseaba empujar las caderas con fuerza para introducirse en su garganta y estallar en ella. Su pelirroja era muy peligrosa con la boca, demasiado para su control.

—Dios, nena. Detente o la diversión acabará antes de empezar —murmuró con la voz ronca.

Laura se retiró y se acomodó en la cama, dejándolo disfrutar de una buena vista de su cuerpo desnudo y más que listo para él.

—¿Eyaculación precoz? Realmente eres un viejete... Tal vez debí quedarme con el yogurín de mi vecino —dijo para provocarlo.

—Voy hacerte pagar cada una de esas palabras...

Borja clavó la mirada en sus muslos, esos que ocultaban algo que lo volvía loco. Un hombre podría perder la razón solo con desear hundirse entre esas preciosas piernas. Se posicionó junto a ella y, sujetándola firmemente de la nuca, la besó con hambre. Sus labios poseyeron los de ella en una danza ardiente. Borja recorrió su cuello con pequeños besos. Sus manos no perdieron la ocasión de recrearse en acariciar sus turgentes senos.

—Adoro tus pechos.

—Hoy son tuyos —dijo ella moviéndose debajo de su cuerpo, excitada.

Obedeciendo a su preciosa mujer, bajó para capturar un pezón en la boca y tirar de él. Sus pequeños gemidos avivaban el deseo y la lujuria. Sin embargo, Borja se tomó su tiempo. Succionaba un pecho mientras pellizcaba el otro para después calmarlo con la lengua. Sus besos le recorrieron el vientre hasta llegar a ese monte que lo atraía como un imán. Alzó la mirada y la clavó en la de ella, al tiempo que con la punta de la lengua lamía su clítoris con pequeñas y firmes barridas.

—Nunca me canso de lamerte. Resultas adictiva, para mí —afirmó rotundo.

—No sé quién de los dos va morir hoy... Te deseo tanto...

—Te prometo que será placentero.

Borja se colocó mejor y la devoró. Dobló con cuidado sus piernas y, con los pulgares separó los labios de su sexo.

—Joder, eres preciosa —gimió antes de empezar a lamerla a conciencia.

Laura se arqueó, dejando caer la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos y elevó las caderas para darle un mejor y más intenso acceso a ella. El lugar era precioso, mágico en un día como aquel, pero ella ya no lo veía, no sentía nada que no fuera a Borja devorándola por completo. Su lengua recorría su sexo, se sumergía en él, la empujaba a cumbres cada vez más altas y en cuanto Borja notaba que iba a correrse, detenía el ritmo para provocarla.

—Por favor... Quiero más, no me tortures así. Te necesito... —lloriqueó Laura.

—Solo me estoy divirtiendo contigo. Te gustará.

Riendo volvió a lamerla, pero esa vez introdujo dos dedos en su interior y empezó a moverlos.

—Eres un imbécil —gimió la pelirroja.

Borja tuvo que apretar los dientes para no correrse en ese momento, ver cómo tomaba sus dedos en su interior, escuchar sus gemidos y lo receptiva que siempre era con él amenazaba su autocontrol.

No le dio tregua. Aprovechó sus jugos para introducirle un dedo en el ano y notar en los que tenía en su sexo los temblorosos espasmos de placer. Joder, era preciosa y era suya... Su preciosa

pelirroja gritó al sentir cómo el orgasmo que había estado creciendo en su interior estallaba. Todo su cuerpo tembló de placer al sentir la invasión de sus dedos unida a la tortura de su boca.

Borja la miró divertido, en cuanto apartó los dedos de su sexo se los llevó a la boca, degustándolos como si fueran el mejor manjar, después sujetó de nuevo sus muslos y lamió su sexo.

—Soy adicto a ti, pelirroja.

—Pues podría envasarlo y venderlo —replicó ella jadeante.

Borja resopló ante el comentario, esa mujer no se callaba ni debajo del agua. Con una sonrisa tiró de ella hacia él y deslizó su erección en el húmedo interior.

—Estoy en el cielo, pelirroja.

Laura movió las piernas, abrazándolo con ellas. Apretó el pecho contra el suyo antes de besarlo.

—Ya somos dos, Borjamari...

Borja dejó de pensar con claridad y empezó a embestir duro. Se movía a un ritmo constante sin dejar de mirarla a los ojos. Tomó sus labios en un profundo beso, mientras entraba y salía de ella. La notaba moverse al compás que él marcaba, el sonido del choque de sus cuerpos, los gemidos ahogados en sus besos... Era demasiado, sentía que nunca estaría saciado, era una droga. La embestía con dureza, sujetando firmemente sus caderas.

—Adoro estar dentro de ti —gruñó el empresario.

—Pues no salgas nunca —replicó Laura con seriedad.

—No pienso hacerlo.

Él podía ver, y sentir, cómo se estaba formando el orgasmo en su interior, sus ojos azules se oscurecían y sus muslos se empezaban a tensar. Mientras que él apretaba la mandíbula para no correrse en ese instante.

—Nena... Es demasiado... —jadeó intentando contenerse.

Laura mordisqueó su garganta sintiendo que ninguno de los dos podía o quería aguantar más.

—Dámelo, Borja... Quiero ver cómo te corres por mí.

Borja gimió al escucharla y estalló en su interior gritando su nombre, quedó tendido sobre ella, sosteniendo su peso en los antebrazos. Adoraba sentir la manera en la que ella se estremecía entre ellos, mientras notaba sus últimos espasmos de placer.

—No saldría de tu cuerpo jamás —le susurró al oído.

—Y no pienso repetir esto sin un abogado delante, pero quiero que sepas que este ha sido el mejor sexo de toda mi vida.

Borja sostuvo su mirada con una sonrisa satisfecha, llena de orgullo varonil.

—Estoy de acuerdo contigo, mi preciosa pelirroja pecosa.

—Sí, un espécimen único, por suerte —soltó la veterinaria.

—Suerte para mí.

Borja saboreó aquel momento en que ambos, satisfechos y agotados, quedaban abrazados bajo las estrellas.



Borja contemplaba a su preciosa pelirroja que dormía profundamente a su lado. La mantuvo toda la noche despierta y suponía que estaría agotada, tanto como él mismo. Recorrió con la mirada su cuerpo destapado y completamente desnudo. Su piel era suave y clara, salpicada de pecas que él adoraba recorrer con la lengua o dibujar con la yema de los dedos. Era como un delicioso postre de crema salpicado de canela.

Sus pechos llenos lo enloquecían y el embriagador calor de su cuerpo era abrumador. La deseaba de nuevo solo con contemplarla recordando cómo se sentía entre sus muslos. Era su perdición.

Pasaron toda la noche en el iglú de cristal, poseyéndose el uno al otro sin descanso después de la pequeña siesta tras su primer encuentro. Y ahí se encontraba ahora, recordando cómo se introdujo en su trasero, el modo en que lo había apretado y lanzado al paraíso en un parpadeo. Y lo mejor de todo, era que jamás le habían dado tanto placer como el que le estaba dando Laura. Sí, era suya y sabía que estaba enamorado de ella. Solo que no se atrevía a pronunciarlo en voz alta. Quizás tuviera miedo de que, si lo hacía, el hechizo que los envolvía desaparecería. O tal vez, que el cuento de hadas acabara y viera que en realidad no era más que una pesadilla. Otra vez.

Aun así, no podía dejar de mirarla. Alejar la vista de ella hacía que le doliera el pecho. Gentilmente le apartó un mechón de pelo de su rostro. Se estiró para tirar del nórdico y cubrirla. Sonrió al recordar lo mucho que se movía en la cama. Ya había tomado nota mental para comprar una cama de dos metros de ancho. Si su destino era dormir junto a esta mujer, una cama grande era su prioridad. Eso y clavar las mantas al suelo, porque estaba seguro de que acabarían ahí.

En ese momento, Laura se movió rozando su cuerpo contra su dura erección. Borja gimió apretando la mandíbula y fue en ese instante cuando su pelirroja abrió los ojos, perezosa. A Borja se le secó la boca en cuanto vio cómo esos brillantes y seductores ojos azules recorrían su torso con una sonrisa que le estaba robando el corazón. Sus manos temblaban por el deseo de acariciarla de nuevo, de volver a recorrer esas curvas tentadoras...

—Feliz Navidad, Borjamari.

—Feliz Navidad, preciosa.

—Creo que es la primera vez que Papá Noel me deja un hombre desnudo en la cama. Lástima que no sea guapo y *sexy*.

—¿Me estás provocando, pelirroja? Ya sabes cómo terminan tus provocaciones —dijo divertido.

—¿Yo? —preguntó ella con inocencia.

—¿Hay alguien más?

—Diría que soy la única por aquí.

—Suerte para mí, aunque eres mejor que un regalo —susurró Borja, sin apartar la mirada de esos preciosos ojos azules.

—Ahora eres tú el que trata de provocarme —replicó la veterinaria completamente perdida en él. Cuando la miraba de aquel modo, era incapaz de pensar con claridad.

Borja enmarcó el rostro de Laura con las manos, no dijo nada, solo la miró con algo más que deseo y cubrió sus labios. No fue un beso suave, sino uno dominante y voraz, lleno de hambre solo por ella, que respondió pegando su cuerpo curvilíneo al de él.

Un gemido agudo y masculino brotó de la garganta de Borja en cuanto Laura se rozó de nuevo contra su erección. Tiró de su cabello hacia atrás y después de mordisquearle el labio inferior, profundizó más el beso.

—¿Qué me estás haciendo, pelirroja?

—Nada de lo que te gustaría —replicó ella con una sonrisa traviesa.

—Móntame. Móntame hasta que no pueda más —suplicó Borja, al tiempo que acunaba su trasero y frotaba su erección contra su clítoris notando a su vez su humedad.

Podría haberse negado y torturarlo un poco más. Habría sido divertido y justo lo que la Laura de siempre habría hecho, pero ella lo deseaba tanto como él, así que, ¿para qué negárselo a ambos?

Se colocó a horcajadas sobre Borja, disfrutando de las vistas, acariciando el bien torneado torso antes de guiarlo para introducirlo en su interior. Por los dioses, como decía su querida Elena. Tenerlo dentro era tan bueno...

«Sí, ahora dices que es bueno. Ya pensaba que no ibas a hacerme caso cuando te decía que te lanzaras a por él» Atacó su vocecita interior, esa a la que creía haber desterrado al aceptar a Borja en su vida. Aunque tenía razón. Le costó horrores, pero mereció la pena.

—Oh, sí, nena, tómame todo —gimió Borja, mientras él elevaba las caderas para poder penetrarla más profundamente.

Laura dejó caer la cabeza hacia atrás. Apoyó las manos en el vientre de Borja y gimió antes de empezar a moverse de manera cadenciosa haciendo que con cada giro de caderas ambos sintieran un escalofrío que recorría todo su cuerpo.

—Así, pelirroja... —susurró él sujetando con firmeza sus caderas.

No dejó de moverse, despacio al principio, sintiendo cómo el calor crecía poco a poco en su interior. Con cada movimiento quería más y giraba más deprisa... Y más... Y más... Hasta que dejó que su cuerpo tomara el control por completo.

—Joder... —Borja elevó las caderas con dureza clavándose en su interior sin piedad. Solo ella podía hacerle perder el control de esa manera, y lo perdió por completo.

Laura abrió la boca. Quería gritar de puro placer, pero no pudo emitir ningún sonido cuando el orgasmo la golpeó dejándola casi sin aliento. Él la siguió con un gruñido, mientras sujetaba su cuello y tiraba de ella para alcanzar sus labios.

—Este año debería felicitar a Papa Noel... —susurró Laura contra su boca.

—Ya lo creo.

—No quiero volver a casa —protestó la veterinaria.

Borja clavó su mirada en la de ella.

—Esto lo podemos continuar cuando volvamos a casa. No serán las mismas vistas, pero estaremos los dos, que es lo que importa.

—Eso es verdad. Nunca habría pensado que fueras tan inteligente.

—Nena, te estás jugando que te ponga sobre mis rodillas y palmeo ese precioso culito respingón.

—Atrévete y realmente acabas castrado. Y lo peor es que, no te haré descuento —le amenazó Laura juguetona.

Borja sonrió elevando de golpe las caderas, para así recordarle que estaba todavía en su interior.

—¿Estás segura de que quieres castrarme?

Laura tragó saliva. El muy imbécil sabía de sobra de qué manera derretirle las neuronas.

—No eres tan impresionante.

—Y lo dice quien acaba de gritar como una loca...

—¿Me has llamado loca? —preguntó Laura bajando de él y tumbándose a su lado.

—Te lo tomas todo muy en serio —suspiró Borja, lamentando estar fuera de ella.

—Si me tomara las cosas en serio, no disfrutaría de nada, pero me encanta volverte loco. Eso sí me lo tomo en serio.

—Pues no te lo tomes tanto —gruñó él levantándose de la cama y dirigiéndose al cuarto de baño.

Laura se mordió el labio al admirar aquel culo prieto alejarse de ella. En cuanto Borja desapareció tras la mampara de madera que separaba los espacios, saltó de la cama y rebuscó en su maleta. Dentro tenía dos cajas envueltas en papel de regalo con un bonito lazo.

Volvió a la cama de un salto y se tumbó como si no se hubiera movido de allí, tras esconderlas bajo la almohada.

Diez minutos después, Borja salía de la ducha vestido con unos vaqueros oscuros, un jersey oscuro y una chaqueta marrón claro por encima. Se dirigió hacia su maleta y sin que Laura se diera cuenta, deslizó una cajita negra en el bolsillo de la chaqueta.

—¿No vas a vestirte? Podemos ir a comer a un buen restaurante.

—Pensaba que el plan era no salir de la cama. No traje ropa, me dijiste que no me haría falta.

Borja la miró pasmado.

—¿Me estás hablado en serio?

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos, impasible. Pero no fue capaz de mantener su máscara mucho más y rompió a reír con ganas.

—¡Nunca lo hago!

—Ya debería estar acostumbrado... —susurró Borja, sentándose en la cama y tendiéndole la caja negra envuelta en un lazo lila.

—¿Qué es esto? —inquirió Laura cogiéndola con grata sorpresa—. Pensaba que ya había recibido mi regalo.

—Me gusta sorprenderte.

Laura se sentó en la cama y se cubrió con la manta para no enfriarse. Quería hacerlo con calma, y le costó, pero desenvolvió el paquete para descubrir un precioso conjunto de pendientes, pulsera y colgante de oro blanco y zafiros.

—Borja... Esto es... joder, es precioso.

—Hace juego con tus ojos.

Laura dejó la caja sobre su regazo y cogió el rostro de Borja con las manos para atraerlo a ella y besarlo.

—Me encanta. Es realmente precioso.

—Si con hacerte un regalo consigo esa mirada en tu rostro, prepárate porque no pararé de colmarte de ellos —afirmó rotundo.

—Eres tonto. —Metió la mano bajo la almohada y sacó una de las cajas y se la entregó—. Feliz Navidad, Borjamari.

—¿Me has comprado un regalo? —indagó él asombrado, realmente no se lo esperaba. Tomó la caja y empezó abrirla quedándose pasmado con lo que había en su interior—. ¿Un collar para Zira? Es precioso, pelirroja.

—Es que me cae realmente bien, es mucho más simpática que tú... pero, aun así... —comentó y sacó la otra caja de su escondite—, no podía dejarte sin algo que te recuerde a mí.

—Muy graciosa, nena... Muy graciosa —resopló Borja aceptando la caja que le tendía y abriéndola. Dentro había dos elegantes gemelos grabados—. ¿MS?

—Ese eres tú, Míster Satán —aseguró Laura como si fuera obvio.

Borja la miró igual que si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Yo soy Míster Satán?

—Sí. Eres el señor de todos mis demonios. Eso y que tu móvil empieza por seis, seis, seis.

Borja sonrió, acortó la distancia que los separaba y la besó.

—¿Cómo sabías que me gustan mucho los gemelos? Estos serán muy especiales para mí. Gracias, pelirroja.

—Solo me fijo. Suelen llevarlos.

—Sí, me gusta ponerme un juego diferente con cada traje.

—Espero verte alguna vez con estos. —Lo besó rápido en los labios y se apartó de él, para

dirigirse a la maleta que había dejado medio abierta tras asaltarla para coger los regalos—. Me visto en un segundo.

—Eso en tu idioma qué será, ¿una hora?

—Eso solo escoger las bragas.

Borja cerró los ojos y gimió.

—Nena, ten piedad de mí.

—Tu flipas, Satán —dijo ella riéndose.

—Vístete antes de que me arrepienta —la apremió Borja.

Capítulo 21

Las fiestas prácticamente habían terminado. Tan solo faltaba el día de Reyes, pero para Laura aquel era un día tan festivo como cualquier otro.

Hacía años que no se tomaba las Navidades como vacaciones, no tenía motivos. La única fiesta para ella era la cena con las chicas, que seguían celebrando a pesar de que tres de ellas ya estaban casadas. Desde que cumplió los dieciocho no había vuelto a pisar la casa familiar, que hubiera sido la excusa perfecta para cerrar la clínica dos semanas. Hasta él.

Después de que Borja le dijera que irían a pasar unos días a Laponia, no tardó en hablar con Marina y Beca para que se encargaran de todo entre las dos. Debía admitir que tenía demasiada suerte con ellas. Se turnarían junto con Carol y Alicia, las nuevas auxiliares, para cubrir el horario y tener sus propios días libres.

Hasta la noche del día de Año Nuevo no volvió a pisar Barcelona y su piso, lo que hizo que los dos días antes de aquel, el de la inauguración del nuevo Hospital para Peluches, fueran frenéticos y casi no hubiera hecho otra cosa que preparar el local. No había podido ver a Borja, se mandaron muchos mensajes, eso sí. Agradecía que comprendiera que tenía que apretar el culo para tenerlo todo listo y, no le viniera con el rollo de: estás poniendo el trabajo por encima de lo nuestro. Tenía suerte también con eso. Tal vez debería plantearse echar el Euromillón...

Se pasó las manos por la cara mirando todo a su alrededor. Apenas podía creerlo. El Hospital ya era una realidad y una que pintaba realmente bien.

La tarde anterior aquello estuvo lleno de gente para celebrar la apertura: Marc, el representante de Valle S.L., muchos de los pacientes, con sus mascotas, que llevaban años a su lado y también sus amigos. Ellas no podían faltar. Al final pudo presentarles a Beca a todas. Le ilusionaba la idea de que al fin su pasado y su presente se unieran. Solo lo echó en falta a él. El trabajo de ambos, tan unido, los mantuvo separados en un momento como aquel, pero solo en lo físico pues no pararon de mandarse wasaps toda la tarde.

Al fin el primer día del Hospital de Peluches llegó. No habían dejado de recibir pacientes y clientes para los nuevos servicios. Ahora tenía una sala de recepción y tienda mucho más grande que la anterior. Demonios, ¡si prácticamente su antigua clínica cabía allí! Vendían de todo para las mascotas, desde alimentación a ropa, pasando por productos de peluquería y transporte. Allí estaba Marina al frente de la recepción de pacientes, de la agenda, de cobrar las tarifas...

Beca y ella se encargaban de las dos consultas perfectamente equipadas. Frente a ellas, el quirófano con todo lo necesario para operar incluso a un caballo. Adoraba aquella sala. Llevaba tanto tiempo soñando con poder atender con todo lujo a sus perretes, gatos y demás... Porque, ahora también atendían a animales exóticos. Incluso poseían un pequeño laboratorio en la sala de rayos. Y, ¿qué decir de la sala de postoperatorio? Allí podían tener en unas condiciones perfectas a los pacientes que necesitaran más cuidados y no, como en el patio con una cubierta de uralita de su vieja clínica.

Pero, lo mejor de todo aquello eran sus uniformes: lilas. Se echó a reír al recordar cómo Borja se los había regalado el día que le arruinó un traje de dos mil euros y la comida. Además de descubrir que era el dueño de la empresa que le proporcionaba todos los equipos.

Metió la mano en el cajón del escritorio de su nuevo despacho para buscar el llavero antes de despedirse de Marina y las dos auxiliares de veterinaria que ahora trabajaban allí. Una de ellas, Alicia, era solo una muchachita en prácticas que apuntaba muy buenas maneras. Esperaba que después quisiera quedarse con ellas, si seguía trabajando tan bien. Cuando las chicas se fueron y tras pasar la llave, Laura se giró hacia su socia Beca con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ha sido una mañana genial, ¿verdad?

—Más de lo que esperaba. Esto tiene futuro —dijo Beca sonriendo.

—¡Pues claro que lo tiene! Todos mis antiguos pacientes seguirán viniendo, pero es que en esta plaza y con el quirófano, vamos a ganar muchos más.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo. Ya te dije que lo de discutir con una pecosa era tontería. Tenemos muchos puntos a nuestro favor. —replicó Laura con seguridad.

—Si tú lo dices... —murmuró Beca—, ¿Me vas a invitar a comer?

—Claro, aunque primero nos cambiamos, este pijama morado es divino, pero no tanto —afirmó, moviendo la cadera con sensualidad.

Beca rio con ella y la siguió para cambiarse en el genial rincón de vestuario.

Fuera, en la plaza, Borja estaba apoyado en un coche aparcado frente a la nueva clínica. Desde allí, vio como Laura meneaba las caderas de esa forma sensual suya a través del gran ventanal y, maldijo por lo bajo al encontrarse en plena calle.

La puerta de la clínica se abrió y una mujer rubia salió con ímpetu, aunque frenó en seco en cuanto vio a Borja. Lo miró de arriba a abajo y se relamió.

—Hola. Si venías a la clínica siento decirte que ya hemos cerrado —dijo divertida, pero muy interesada en él.

Borja alzó una ceja.

—No estoy aquí por la clínica, estoy esperando a su dueña.

—¿A mí? —inquirió acercándose más a él, siguiendo con la broma.

—No, a la pelirroja —respondió el empresario sin querer seguirle el juego, cruzando los brazos frente a su torso. De esa forma creaba una barrera entre ambos.

—Pensaba que tenías más sentido del humor. O a lo mejor Laura exagera cuando me cuenta cosas sobre ti.

—Sí, ¿la pelirroja habla de mí? —preguntó divertido y halagado.

—Algo así. Lo que no suele comentar es lo guapo que eres, aunque es algo que no he podido olvidar. —Levantó el brazo y acarició su bíceps con descaro—. Ni lo demás.

Borja se apartó de ella educadamente.

—Me lo imagino, ella tiene una peculiar forma de hablar de mí.

—Bueno, peculiar es quedarse corto. Su boca no suele tener control.

—Eso fue una de las cosas que me atrajeron de ella.

Beca levantó una ceja con escepticismo. Eso no tenía sentido.

—Hay muchas otras cosas en una mujer en las que fijarse —dijo echándose el pelo hacia atrás, con un estudiado gesto y una sensual caída de pestañas. Dio otro paso más hacia él abriéndose el abrigo para que pudiera apreciar el escote de su blusa.

Borja alzó ambas cejas sorprendido.

—No todo es superficial, cuando se madura, un hombre se fija en otros aspectos.

—Con lo de madurar no te referirás a ti, ¿verdad, Borjamari? —se burló Laura, sin darse cuenta de lo cerca que estaba Beca de él. Solo tenía ojos para su chico.

Borja esquivó a la socia rubia y fue al encuentro de su pelirroja. La sujetó de la cintura para

besarla profundamente.

—Hola, preciosa. Tengo que decirte que estás muy *sexy* con el pijama.

—Sabes que no uso pijama —susurró.

—Lo sé, me refiero al que te regalé para el trabajo —replicó él antes de volver a besarla.

Ambos no vieron como Beca apretaba sus manos en forma de puños. Ni tampoco la cara de asco al verlos achucharse.

—¡Me has visto con eso! Dios, dime que no vas a dejarme por mi *antisexy* pijama lila.

—Nena, estás jodidamente *sexy* cuando mueves estas caderas. —Borja golpeó su trasero y seguidamente lo acarició.

—Mira que eres tonto... A todo esto, ¿qué haces aquí? No recuerdo que hubiéramos quedado.

—Me apetecía comer contigo, en nuestro viaje me acostumbraste mal y lo echaba de menos. Además, tenía un hueco en mi agenda y quería compensarte por no haber podido venir ayer a la fiesta; no tengo que volver hasta las cuatro para una reunión.

Laura sonrió como una tonta por el hecho de que sacara tiempo para estar con ella en un día normal.

—Eso sería genial, pero iba a comer con Beca...

—Oh, no, por mí no te preocupes. Con una condición —la interrumpió su socia con rapidez.

—¿Una condición? Tú dirás.

—A ver, íbamos a comer para celebrar el primer día de la clínica con éxito, sin embargo, podemos hacerlo esta noche. Así que puedes comer con el tiarrón hoy, pero las copas serán conmigo.

Eso a Borja no le gustó demasiado. Sabía cómo era Laura cuando salía de copas con Agnes y no le hacía nada de gracia. Solo esperaba que con Beca no fuera tan salvaje.

—Pórtate bien, nena —susurró en su oído.

—¡Siempre lo hago! Además, tiene razón. Íbamos a celebrar que la mañana ha ido genial. Es lo menos que podría hacer... —dijo con voz zalamera.

—Claro, te está costando la vida —resopló Borja.

—Te prometo que te lo compensaré. Me he comprado un conjunto de encaje azul que te va a encantar.

—¡Ey! Que estoy presente, dejaros de coquetear. —Beca sonrió, sin embargo, por dentro se moría de envidia. Ella era mucho más guapa y parecía más joven que Laura. No entendía por qué un hombre como Borja se había fijado en ella. Los hombres eran idiotas.

Laura se giró hacia su amiga y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Vale, cielo, me comporto. Nos vemos esta tarde y luego iremos a celebrarlo —afirmó.

—No me falles, Laura —le pidió Beca.

—No, no lo haré.

La pelirroja se giró y, besando a Borja, se alejaron de Beca. Su vieja amiga no había perdido detalle del modo en que se miraban y tocaban. Cuando lo hacían parecían no darse cuenta del mundo que los rodeaba y eso le repateó las entrañas.

Laura ni siquiera lo sabía, pero ella le había robado en el pasado: el hombre al que siempre había amado. Su encuentro fortuito meses atrás, conocer al tipo con el que se acostaba ahora, sus amigas, sus inquietudes... Todo aquello le dio las armas que necesitaba para arrancarle el inútil corazón que tenía y pisoteárselo después de quitarle todo: Borja. Le golpearía donde más le dolía y ya sabía cómo.

Desde que tropezara con ella meses atrás, pensaba en cómo vengarse, en hacerle pagar que le robara a Ernesto. Tenía un plan que ahora sabía que no podía fallar gracias a Borjamari. Todas las

piezas encajaron a la perfección.

Giró sobre sus pies y se alejó solo unos pasos de la puerta del Hospital para Peluches, al restaurante contiguo para comer antes de volver al trabajo. Entró con una sonrisa satisfecha al local. Pronto, muy pronto la vería caer. Sacó el móvil e hizo una llamada. Laura acabaría destrozada y ella lo disfrutaría.

La tarde en la clínica fue tan bien como Laura siempre pensó que iría. De hecho, incluso tenían su primera intervención programada para la siguiente semana. No era un motivo para alegrarse el tener un animal tan enfermo como para precisar cirugía, sin embargo, sí lo era el poder contar con un moderno y equipado quirófano disponible para realizar todo lo posible por él.

Se sentía tan feliz que apenas lo creía. Cumplir su sueño del hospital veterinario fue fruto de su esfuerzo de años. Lo de encontrar a su vieja amiga en el momento perfecto, una de esas casualidades que te alegran la vida. Sin embargo, lo de salir con Borja era algo que tal vez Iker Jiménez sería capaz de empezar a intuir. Así que, si lo sumaba todo, tenía muchas razones con las que brindar aquella noche.

—Venga, Beca. Un brindis por las veterinarias más *sexys* y guapas de toda La Barceloneta — propuso Laura elevando su copa de combinado de ron.

Beca alzó su copa y brindó con ella.

—¡Por nosotras y que encontremos tíos buenos!

Laura se echó a reír por la idea.

—Eso para ti, que yo ya tengo uno. Doble de energía para mi Beca.

—Podrías tener a dos —provocó la rubia.

—¿Y qué narices hago con dos? Si soportar a uno ya es complicado...

—No me creo que tu hombre sea complicado. Parece un modelo. ¿Dónde lo conociste?

—En un libro —dijo con normalidad.

—¿Cómo? —preguntó Beca alucinada.

—Sí. En el libro de Izar. La muy cabrona contaba ahí como se lo tiró en un trío la noche que lo conoció. Lo normal, vamos.

Beca la miraba con la boca abierta.

—A ver si lo he entendido: ¿tu amiga hizo un trío con tú novio y te quedas tan pancha?

—Sí. Ten en cuenta que eso fue antes de que lo conociera y le ofreciera castrarlo gratis. No es que la idea me emocione, pero ya lo llevo bien. Ahora solo se acuesta conmigo.

—¿Estás segura? Porque, por lo que dices es un aficionado a los tríos. Un hombre no cambia de la noche a la mañana.

Laura dio un sorbo a su bebida. Respiró hondo y miró a su amiga con paciencia.

—Sí, lo estoy. Sé que es raro, pero lo estoy. Lo que hace Izar o la relación que tratamos de tener nosotros se basa en la confianza. Si él dice que solo se acuesta conmigo, yo confío en lo que dice.

—Pero, es un hombre, Laura. Todos mienten para meterse entre tus piernas —insistió Beca antes de dar un largo sorbo de su bebida.

—O para salir de ellas —dijo recordando a su ex, Ernesto—. Beca, sé que no es fácil de entender. ¡Joder, ni yo lo hago! Pero creo que Borja es distinto. Tal vez sea él quien acabe haciendo que siente la cabeza.

—Eso será imposible —bromeó la rubia.

—Vale, sí... En eso te doy la razón. No creo que lo haga en la vida, pero trataba de quedar bien.

—Eres una tía con suerte. Tienes a un morenazo de infarto. ¿Tiene algún hermano? ¿Amigo que

sea como él?

—No sé si tiene hermanos. O familia, ya puestos. El amigo es el marido de Izar, pero en el Eros conoce a un montón de tiarrones igual de guapos que él. —Dio otro sorbo de la copa de ron —. ¡Oye! El próximo día que vayamos podrías venirte y que te los presente.

—¿Harías eso por mí? —dijo ilusionada.

—Claro, todo sea por dejar de regalar Terminators, estoy tratando de reformarme.

—Cuando el infierno se congele.

—Qué poca fe tienes en mí... —protestó Laura indignándose, solo un poco porque, en el fondo, sabía que tenía razón. Lo cierto era que si no le había dado el Terminator que le compró por Navidad fue porque Borja prácticamente la secuestró para pasar juntos las fiestas en aquel maravilloso iglú de cristal.

—Puf, ya tienes otra vez esa sonrisa de idiota —se quejó Beca bebiendo un trago de su copa.

—¿Solo la sonrisa? Entonces estoy mejorando mucho —dijo Laura antes de partirse de risa. Cuando se calmó un poco, dio buena cuenta de lo que quedaba de la bebida.

—¿Ya estás borracha? Si solo es la primera.

—Yo nunca me emborracho... —afirmó la pelirroja con una cara de inocencia infinita.

—Dentro de nada estarás viendo visiones de unicornios —resopló Beca.

—Los unicornios están sobrevalorados —afirmó Laura haciendo señas al camarero para que les sirviera otra ronda—. Prefiero los elefantes rosas.

—Lo que sea, yo solo espero salir de aquí con un tío bueno y si pueden ser dos, mejor. ¿Te gustaría eso?

—¿Que te llevaras a dos? Perfecto, el doble de diversión.

—¿No te gustan los tríos? Estando con Borja y sabiendo lo que sé ahora, imagino que harás muchos...

—No entran en mis planes, pero he visto más de uno.

Beca se inclinó hacia ella curiosa.

—Cuéntame eso.

—Bueno, en el Eros. Ya lo verás cuando vayamos. Allí la gente *jinka* por todas partes.

—*Wow*, ahora tengo más ganas de ir. —En esa ocasión fue Beca quien pidió una ronda de chupitos para las dos.

—Sí, pero ahora cuéntame... ¿A cuál de estos maromos te piensas llevar a casa a celebrar la apertura de nuestro nuevo hospital? —preguntó Laura mirando descaradamente un par de culos masculinos.

Beca siguió su mirada y sonrió triunfante.

—Quizás sea ese moreno al que le miras el culo con tanto interés, no me decido todavía, puede que necesitemos más dosis —dijo la rubia alzando el último chupito y bebiéndolo de un trago.

—No me hagas beber mucho que, la última vez, la lie pardísima —comentó la pelirroja muerta de risa, antes de dar buena cuenta de la bebida.

—No creo que fuera para tanto —la provocó Beca.

—Acabé en comisaría, Beca —admitió Laura tapándose la cara con el bolso.

—¿En serio? ¡Eres una temeraria! —replicó la otra muerta de risa.

—Por eso... No me tientes demasiado.

El moreno y su amigo, aquellos a los que Laura había estado inspeccionando, estaban apoyados en la barra, mirando a las dos mujeres que se divertían en una mesa.

—Hay que soltarse, Laura —dijo Beca divertida sin quitarles ojo a los observadores.

—No, no, no. Hoy es tu día, y como que me llamo Laura, hoy *jinkas*.

—No te preocupes por mí. —Beca volvió a pedir para ambas sonriendo.

—Hola, guapas. ¿Podemos invitaros a una copa? —preguntaron los chicos que se habían acercado a ellas.

Beca les sonrió coqueta.

—Claro, yo soy Beca y esta es Laura. Cuatro beben mejor que dos.

—Genial —dijo el que no había hablado aún sentándose junto a Laura, arrimándose demasiado. Ella lo miró con una cara de asco que podía rivalizar con el famoso meme de la niña rubia... —Nosotros somos Fer y Pablo —se presentó el otro pegando su cuerpo al de Beca al sentarse, señalando que él era Fer.

—Nos habéis alegrado la noche. ¿Verdad, Laura?

—No tengo palabras para explicarlo —afirmó ella, poniendo los ojos en blanco. Eran tan obvios que le daban ganas de reír si los comparaba con Borja.

—Entonces la siguiente ronda va de mi cuenta —dijo Pablo guiñándole un ojo a Laura.

—El mío doble, majete, que me va a hacer falta.

Beca la miró entrecerrando los ojos.

—Es nuestra noche, Laura, tienes que soltarte y divertirte.

—Sí, en cuanto abran la boca me voy a reír, eso seguro.

Beca puso los ojos en blanco.

—Chicos no le hagáis mucho caso que ya va algo achispada.

—No te preocupes, rubia. Pablo sabe cómo hacer que se divierta —afirmó Fer mirando los pechos de Beca con lujuria.

—Me lo creo —dijo alzando la bebida hasta sus labios.

—Bueno, un brindis por Beca y su chichi. Que hoy acabe contento —soltó Laura, ignorando al tal Pablo y los intentos de arrimarse aún más a ella.

Todos alzaron sus copas y bebieron largos tragos.

Beca observaba a la pelirroja sin perder detalle, esa noche la recordarían ambas.

—Y por ti también.

Laura bebió otro trago de la copa. El cabrón del camarero le había hecho caso con lo de que fuera doble...

—Claro... Es una noche para celebrar... —comentó con voz algo gangosa.

—Hay que pasarlo bien —apuntó Beca apoyada en el torso de Fer. El hombre le acariciaba la cintura insinuante.

—Vamos, Laura —dijo Pablo acariciándole el brazo—. Seguro que nos divertimos todos juntos.

La pelirroja no se apartó. Se acomodó en el respaldo del sofá curvo en el que estaban sentados los cuatro. Sonrió como una tonta y dio otro trago. Tampoco era mala idea pasarlo bien...



La cabeza iba a explotarle, y lo agradecería. Seguramente así dejaría de dolerle. También le ardía, aunque eso era nuevo.

Estaba boca abajo en el colchón y la idea de moverse no la atraía demasiado, pero si quería tomarse un par de aspirinas o cortarse la cabeza, necesitaba llegar al baño, a rastras si fuera necesario. Se giró como pudo y se sentó. Le dolía todo el cuerpo como si la hubieran atropellado unas seis veces con un tren. Al apoyarse en la pared para levantarse sintió como todo el piso giraba sobre sí mismo, lo que no ayudó.

Sosteniéndose en la pared caminó hasta la puerta que estaba a solo un par de metros de su

cama, el baño. Solo tenía que bajar el escalón que delimitaba la zona de su dormitorio del resto del *loft*... Un escalón. Aquello parecía el maldito Everest. Al apoyar el pie sintió cómo el estómago se le giraba, igual que si aquellos escasos centímetros realmente fueran como bajar una montaña. Cerró los ojos y respiró fuerte para controlar las ganas de vomitar que sentía.

Al entrar al baño no encendió la luz. Por la experiencia en resacas anteriores eso no iba a ayudarla en nada con su dolor de cabeza. Palpando el mueble del baño, abrió el cajón donde guardaba los medicamentos. Básicamente eran todos analgésicos. Cogió una pastilla para tomársela y agradeció tener un vaso allí. Tenía la boca seca, tanto que podrían empezar a llamarla Dakar. Sí, eso no era novedad, pero lo que la sorprendía de aquella resaca era la intensidad. Ni tan siquiera las náuseas eran normales.

Solo con pensarlo, ayudado seguramente por las vueltas que daba su piso y el dolor de estómago, tuvo que levantar la tapa del inodoro para dejar que su cuerpo expulsara todo rastro de la cena y el alcohol que había tomado el día anterior. No fue poco el esfuerzo que hizo para deshacerse de todo. Cuando minutos después terminó, la cabeza aún estaba peor, además de que el dolor de estómago y espalda se había trasladado a cada centímetro de su cuerpo. Se tomó la pastilla y rogó porque hiciera pronto efecto.

Se arrastró de nuevo hasta la cama y cogió el móvil de la mesita. Al parecer, aún borracha, porque no recordaba cómo llegó, sí fue capaz de poner el despertador que empezó a sonar en ese momento. Volvió a lo de los recuerdos. Si lo pensaba, después de llegar al bar dónde fue con Beca, todo estaba en blanco. Se esforzó por hacerlo sin resultado un par de veces y cerró los ojos. Si seguía así, iba a acabar muy mal. Lo había dicho muchas veces y nunca lo cumplía, pero tenía que hacerlo de una vez: dejar de beber como si no hubiera un mañana. Su edad ya no lo aguantaba tan bien, solo tenía que ver su estado ese día, mucho más perjudicada y afectada que en las múltiples ocasiones anteriores.

Miró al ventanal junto a la cama. Entraba demasiada luz para ser las siete de la mañana... Miró el teléfono y maldijo. Eran las diez. Lo que había sonado era un SMS de su compañía de la luz para recordarle que ya tenía disponible la factura y no el sonido del despertador. Posiblemente lo ignoró si es que llegó a sonar. Marcó el número de Beca antes de dejarse caer en la cama.

—Hola, Laura, ¿cómo vas? —respondió su socia al otro lado. Sonaba despejada... Qué envidia.

—Hola, Beca. Estoy hecha una mierda. No puedo ni levantarme de la cama. ¿Anoche nos dieron garrafón caducado o qué?

Beca sonrió al otro lado de la línea, satisfecha.

—No creo que fuera la calidad, sino la cantidad. Un poco más y dejás el bar sin existencias, nena. Bebes como los cosacos. ¡Qué digo! Los dejás en ridículo.

Laura sintió vergüenza. Quería que se la tragara la tierra, como el día que le enseñó las tetas a un policía en medio de la plaza.

—Dios... No recuerdo nada.

—Bueno, tampoco fue tanto. Solo te reías sin parar y te acompañé a casa. Fin del misterio. ¿Tan mal te encuentras?

—La verdad es que sí, la peor resaca de mí vida. Siento hacer esto el segundo día de tener abierto, pero...

—No digas más —la interrumpió Beca—. Yo me encargo, tú descansa hoy, total, mañana es fiesta y puedes aprovechar.

—¿De verdad no te importa?

—Para nada. Descansa, Laurita.

—Gracias, Beca. He tenido mucha suerte al reencontrarme contigo.

Beca sonrió de nuevo al otro lado de la línea, aunque su sonrisa daba miedo. Sí, ella también había tenido mucha suerte al tropezársela.

—No hay por qué darlas. Somos socias en esto.

Y colgó. Laura dejó caer el móvil al suelo y cerró los ojos, tratando de descansar un poco más en cuanto el analgésico hiciera efecto.



En cuanto la noche cayó, Borja salió de su casa en busca de Laura. Esa vez encontró aparcamiento y no dudó en estacionar su coche cerca de donde vivía su pelirroja. Se dirigió al portal y una amable anciana le abrió la puerta. Ya en el rellano, se colocó la chaqueta de piel sobre el hombro y llamó al timbre.

El sonido del timbre provocó que Laura diera un respingo y eso hizo que su cabeza y su estómago volvieran a las andadas. Pensaba que lo tenía medio dominado. Apenas había vomitado desde la mañana, pero bueno, tampoco había comido casi nada. No esperaba visita, así que volvió a acurrucarse en la manta, meter los pies cubiertos con unos gruesos calcetines de lana bajo ella, y convertirse en un gusanito para entrar en calor en el sofá, donde estaba tratando de ver una serie, con el volumen al mínimo.

Borja frunció el ceño y volvió a llamar. Sabía que estaba en casa, se escuchaba la televisión desde dónde estaba él, levemente, pero se escuchaba.

—Si eres Mateo no estoy de humor para prestarte ni un euro. Si traes comida, déjala en la puerta —gimió desde su refugio sin moverse.

Borja se quedó mirando la puerta como un gilipollas. ¿Qué forma era esa de contestar a quién llamaba a su puerta? Con el puño golpeó la puerta varias veces seguidas.

—¡Haz el puñetero favor de abrir la puerta, pelirroja!

Cuando la puerta se abrió, una Laura con ojeras, el pelo que parecía un nido de pájaros, vestida con un pijama de franela y envuelta en una manta lo recibió con cara de agotada.

—¿Crees que son formas de llamar a la puerta de mí castillo? Has perdido tu estatus de caballero, Satán.

Borja la miró con la boca abierta.

—¿Se puede saber qué coño te ha pasado?

—Garrafón caducado —dijo Laura alejándose de la puerta para ir a dejarse caer de nuevo al sofá. Lo de estar de pie no era buena idea si todo daba vueltas.

Borja la siguió y cerró tras su espalda. Dejó la chaqueta en una silla y se plantó delante de ella con los brazos cruzados frente a su torso.

—¿Piensas quedarte así?

—¿Así cómo? No me pidas que piense, no me funcionan las neuronas... —protestó la pelirroja. Borja resopló.

—Hecha una mierda, nena. Apesta, así que desfila a la ducha.

Laura lo miró y, a pesar del dolor de cabeza, levantó una ceja.

—¿Perdona? ¿Acabas de decir que apesto? —inquirió.

—Exactamente. Ve a la ducha, ahora —dijo Borja en tono autoritario.

—Hace frío, me duele la cabeza y no me apetece —protestó la veterinaria, mientras se arrastraba hacia el baño. A lo mejor el agua caliente la ayudaba. De hecho, llevaba tiempo pensándolo, pero la pereza le podía.

—La ducha te despejará y hasta te quitará el dolor de cabeza —apuntó Borja con una sonrisa

en los labios. Era encantadora cuando obedecía sin darse cuenta.

Laura se paró en la puerta del baño y lo miró como si por primera vez se diera cuenta de que estaba allí, en su piso.

—¿Te vas a quedar? —indagó curiosa.

—Si me dejas, sí.

—Quédate —le pidió Laura.

—Dúchate —ordenó Borja, que señaló el baño con un dedo.

—Eres un tirano.

Pero entró, y poco después se escuchó como el agua de la ducha golpeaba los azulejos.

Unos minutos más tarde, Laura salía envuelta en un par de toallas.

—¿A qué has venido? —preguntó la pelirroja.

—Venía para llevarte a cenar, aunque ya veo que no estás en condiciones. —Apoyado en el marco de la puerta se recreaba en las vistas de su pelirroja.

—Me duele mucho la cabeza. Es la peor resaca de mi vida...

—¿Qué tomaste? —la interrogó preocupado.

—Ron con naranja, chupitos. Lo normal.

—No tan normal si reaccionas así...

—No va a volver a pasar. Voy a declararme abstemia. Si quieres cenar, siento decirte que no he ido a comprar, no hay mucho en la nevera, aunque hay un par de folletos de comida a domicilio pegados en la puerta. Puedes mirar que te apetece mientras me cambio.

—Está bien.

Borja sacó su móvil y marcó el número de su restaurante favorito. En apenas unos minutos encargó cena para los dos.

—En cuarenta minutos estará la cena.

Laura abrió la puerta corredera del armario empotrado junto a su cama, aún desecha, y rebuscó para poder vestirse antes de dejar caer la toalla.

—Genial. Después de todo lo que he vomitado pensaba que no tendría hambre, pero la verdad es que sí me apetece comer.

—Es lo que debes hacer... ¡joder! —Borja estaba estupefacto al darse cuenta del aspecto de la habitación de Laura— ¿Qué ha pasado aquí, un tornado?

Ella miró a su alrededor antes de subirse las braguitas.

—Sí, uno muy peligroso y bipolar: yo.

Borja clavó la mirada en su culo.

—Tienes un culo de infarto, sin embargo, eres una desordenada, pelirroja.

—¿Bromeas? ¿Crees que entre estas cuatro paredes hay sitio para el desorden? Ni de broma. Solo no he hecho la cama, pero es que no me encuentro en condiciones. Y si tanto te molesta, ya sabes... Puedes ponerte a ello —replicó Laura alargando el brazo para invitarlo a que se pusiera a limpiar mientras ella se ponía un pantalón cómodo y un jersey.

Borja cruzó la habitación en dos zancadas y la sujetó del rostro sonriendo.

—Esa es mi pelirroja peleona y malcarada —afirmó justo antes de besarla profundamente.

Laura respondió gimiendo. Él sí sabía bien y era capaz de emborracharla sin una gota de alcohol.

—Te gusta...

—Me gusta que seas tú. La que estaba tirada en ese sofá no era mi *sexy* pelirroja —comentó Borja.

—¿Había alguien en mí sofá y yo sin saberlo? Voy a tener que ponerme una alarma —bromeó

la pelirroja.

—Ahora en serio. No vuelvas a beber si no sabes controlarte —dijo preocupado.

—Sí sé controlarme —exageró—, nos dieron garrafón, pero no voy a volver a beber. Estoy mayor para esto.

—Laura, solo es saber controlarse. Y eso no es lo tuyo.

—Yo me controlo muy bien —replicó la pelirroja dándole un golpe en el brazo—. Eso no quita que haya tomado una decisión. Una copa de vino en una cena puede estar bien, pero nada más.

—Me parece bien. Esta noche en la cena solo una copa.

Ella sonrió y se abrazó a él.

—Trato hecho, aunque hay una pega para la cena...

—¿Qué pega?

—No tengo una mesa decente. Aquí siempre como yo sola. O el sofá o la barra de la cocina. Tú decides.

En ese momento llamaron al timbre y Borja abrió la puerta tomando el pedido y pagando al repartidor. En cuanto cerró la puerta se giró levantando las bolsas de la comida.

—Creo que nos podemos apañar en el sofá.

Laura quitó el portátil de encima de la mesa y dejó el mando del televisor a un lado.

—Traeré platos y unas copas.

Borja empezó a poner la comida que consistía en unas tostadas con pavo, arroz blanco y un exquisito puré de verduras. Se encargó de pedir una cena blanda para ella y él, como su caballero que era, cenaría lo mismo.

—Mejor vasos, no estás para otra bebida que no sea agua —apuntó el moreno.

—Agua en copas da más glamour —bromeó Laura poniendo dos copas de cristal, los platos y los cubiertos en la mesa—. Huele muy bien.

—Es comida sana y preparada por uno de los mejores chefs.

—Eso excluye a Izar —soltó la pelirroja con sorna.

Borja la miró sonriendo.

—Al principio envidiaba a Darío, pero fue probar su talento culinario y agradecer no haber sido yo —replicó el moreno.

—¿Te gustaba Izar? —preguntó Laura tomando una cucharada de puré.

—No me malinterpretes, envidiaba la situación de Darío. De repente, pasó de amargado a hombre sonriente con una mujer increíble a su lado —comentó Borja.

—No lo hacía. Era curiosidad. Pero en eso coincidimos. Yo también envidié a Izar. Y a Elena. Y a Agnes, aunque te advierto que como digas algo de esto, lo negaré y te castraré.

—Prometo no decirlo, aunque lo que hiciste por Agnes fue formidable —declaró él con seriedad.

—Calla, que me veía en primera plana en las noticias, en la sección de sucesos: pelirroja bocachanca acaba asesinada por su mejor amiga al convencerla que estaba casada con un tío al que ni conocía... Sí, fue genial.

—Ayudaste a una amiga. La verdad es que forman muy buena pareja. Yo dependo de ellos en mi empresa —manifestó Borja que sonrió.

—Hacen una pareja estupenda. Los adoro. Y lo de tu empresa... Aún no puedo creer que sea clienta tuya de tantos años y no lo supiera.

—No suelo encargarme de los clientes personalmente, de eso se encarga mi gente. Yo dirijo y voy a congresos para estar siempre a la última.

—Apenas he ido a congresos últimamente, la verdad —apuntó Laura.

—Eso puede cambiar —dijo Borja tomando una tostada con pavo.
—Si hay hombres tan guapos como tú, me lo pensaría, la verdad —replicó ella provocándolo.
—Tus ojos solo puestos en mí —gruñó él mientras le daba un gran bocado a la tostada.
—¿Celoso? — preguntó la veterinaria.
—Mucho. Soy un hombre posesivo con lo suyo, ya deberías saberlo.
—No pienso ser tuya, pero puedes intentarlo.
—Ya lo eres, pelirroja —Borja le guiñó un ojo con su perpetua sonrisa de pirata.
—Quédate a dormir. Si yo soy tuya, tú eres mío. Quédate.
—Será un placer... Antes come o te desmayarás sentada.
—Lo haré porque está bueno y tengo hambre, no porque tú lo mandes.
—Claro, pelirroja.

Después cenar y recoger los platos, volvieron a acurrucarse juntos en el sofá. Laura estaba apoyada en el pecho de Borja con los ojos cerrados. Inspiraba con fuerza para disfrutar de su aroma, no solo el de la colonia, sino también del de su piel. Acariciaba con pereza su pecho, dibujando círculos con la punta de los dedos.

—Creo que me estoy quedando dormida comentó la pelirroja.
—Eso es señal de que te encuentras mejor.
—Sí, mañana estaré como nueva. Dando guerra...
—No sé si alegrarme de oírte decir eso —manifestó con sorna Borja.
—¿Temes a mi lengua viperina? Pensaba que ya la tenías superada.
—Temo lo que me provoca esa lengua viperina, pelirroja.
—Para el dolor de cabeza tengo ibuprofenos —dijo ella riendo al levantarse del sofá—. Lo que no tengo es un pijama para ti.

Borja levantó una ceja divertido.

—¿Desde cuándo necesito yo un pijama?
—Desde que te quedas a dormir en una casa decente —replicó la veterinaria, tratando de parecer seria.

Borja carraspeó todavía sentado en el sofá y con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Decente? ¿Quién eres tú y qué le hiciste a mí pelirroja descarada?
—Me la bebí junto con todo lo demás. ¿Vienes a la cama? —contestó juguetona Laura.
—Esa proposición es difícil de rechazar —afirmó Borja.

Laura se dirigió a la cama y se deshizo del jersey dejando sus pechos expuestos. Tras el jersey, lo siguieron los pantalones quedando vestida solo con unas braguitas de algodón.

Borja rompió la distancia entre ellos, sujetó el rostro de Laura entre sus manos y pasó un dedo por los labios de ella fijando su intensa mirada en ellos.

—Eres preciosa incluso con resaca —le aseguró divertido al ver cómo sus ojos se oscurecían.
—Eres un rey en el tema piropos...
—Solo para quién lo merece de verdad.

En ese instante, la sujetó con firmeza y suavidad de la nuca, despacio bajó la cabeza sintiendo a escasos centímetros su aliento contra él y sin poder detenerse, la besó.

—Me gusta que me mires así —susurró Laura con voz ronca.
—No se te puede mirar de otra manera —dijo contra sus labios.

Borja volvió a capturar su boca en un beso largo y profundo. La provocó jugando con sus labios y su lengua hasta que la escuchó gemir. Jamás había sentido esa necesidad por nadie, ni había besado nunca de esa forma a ninguna mujer. Ni siquiera a su exmujer. Era rozar esos succulentos labios y desear más. Como si fuera un muerto de hambre y ella un banquete listo para

ser devorado. Laura hacía estragos en él.

—Y eso me vuelve loco.

—A mí me encanta esa boca tuya...

Con la fuerza de su cuerpo la obligó a tumbarse en la cama, sujetó sus caderas y la estrechó junto a él con más intensidad haciendo que su erección se clavara en ella.

—Quiero ir despacio, pero eres demasiado tentadora —gimió Borja con su enorme cuerpo tenso y más duro que nunca.

—¿Y quién ha dicho que yo quiera que vayas despacio? Es la noche de reyes y quiero mi regalo.

—Y te aseguro que vas a tenerlo.

Despacio se fue desnudando hasta quedar piel con piel, las braguitas de Laura desaparecieron. Borja creía que moriría al sentir la manera en la que su pelirroja rozaba su erección en cuanto se deshizo de su ropa interior. No le dio tiempo a ponerse juguetona, la necesidad de acariciarla era abrumadora. Acunó sus pechos con firmeza y delicadeza a su vez. Pellizcó los pezones y observó su reacción. Adoraba ver cómo se le dilataban las pupilas por el deseo que solo le provocaba él.

Laura se arqueaba, moviéndose azuzada por el mismo deseo que lo consumía. Como una ilusa, pensó que tras la primera vez que se acostara con él todo aquello se diluiría, que iría a menos. Lo que ocurría era todo lo contrario: cada vez era mayor su necesidad de él.

—Quiero devorar cada parte de ti, preciosa —susurró Borja contra su rígido pezón, antes de envolverlo con la lengua y succionarlo con dureza.

—Joder —gimió la veterinaria.

Laura enredó los dedos en su oscuro cabello, atrayéndolo más, instándolo a que no dejara ni un pedacito de ella.

Se colocó sobre Laura, jugando con sus pechos, excitándola. Sin tregua, succionaba sus pezones al tiempo que acariciaba sus caderas. Deslizó los dedos en los hermosos pliegues de su sexo.

—Jesús, qué mojada estás...

—Por ti, Borjamari...

—Abre más las piernas, cielo —la instó con voz profunda.

Aquella vez, obedeció sin poner pegas ni protestar.

—Así —murmuró él mientras introducía los dedos, más profundo en su interior.

—Por los dioses.

Elevó las caderas antes de separar las piernas más. Aquello era delicioso. Sin darse apenas cuenta, una de sus manos empezó a jugar con uno de sus hinchados pezones.

—Preciosa... —gimió él al ver cómo se retorció de placer y se acariciaba ella misma sin detenerse.

Borja recorrió el cuerpo de Laura con besos húmedos hasta llegar a su monte de venus, cubrió su clítoris con los labios sin dejar de mover los dedos, y al instante los hundió profundamente. El movimiento lo hizo una y otra vez.

Ella enredó los dedos en su pelo, sujetándole la boca contra ella. Se movió al compás de cada penetración de sus dedos hasta que estalló en un intenso orgasmo.

—Joder, con solo escucharte estoy a punto de correrme... Vamos a por otro más, nena. —Borja continuó moviendo los dedos hábilmente con duros y profundos envites sin dejar de succionar el clítoris, lamiéndolo con fuerza y torturándolo hasta volver a escucharla jadear.

—Eres cruel... —acertó ella a decir casi sin aliento.

—Dame otro más y te haré mía —aseguró Borja.

Quería decir que no era posible, discutirle que pudiera seguir tan excitada como para tener otro orgasmo, pero cuando sintió como crecía con tanta fuerza en su bajo vientre, se quedó sin argumentos.

—Borja...

—Esa es mi chica —Borja se colocó sobre Laura. Casi nunca usaba la postura del misionero. Le resultaba demasiado íntima, demasiado fácil mirarla a los ojos y mostrarse vulnerable. Pero, esa noche necesitaba marcarla de alguna forma, decirle sin palabras que la amaba, que estaba locamente enamorado de ella. La punta de su erección se introdujo despacio y con un ronco gemido, Borja presionó hasta quedar sumergido por completo en su interior.

—Joder, Laura —bramó él.

Ella no era capaz de hablar. Su cuerpo estaba tan sensible que apenas era capaz de respirar, mucho menos de pensar algo coherente. Con las pocas fuerzas que le quedaban, enredó las piernas a su cintura y se movió para pedirle más.

Borja empezó a rotar las caderas, introduciéndose en ella en un ritmo lento y torturador para ambos. El deseo se apoderó de ellos y en cuanto Borja vio cómo se retorció debajo de él, supo que era su perdición.

—Siempre haces que pierda el poco control que tengo contigo...

—Mejor.

Laura se relamió al ver el placer en la expresión de Borja que empezó a embestir con dureza, penetrándola con su miembro tan profundo que creía que quedaría marcado para siempre en ella. Capturó sus labios sin bajar el ritmo, deseaba todo de ella.

Laura le arañó la espalda, queriendo arrastrarlo con ella una vez más. En cuanto Borja notó que se estremecía violentamente debajo de él, soltó un ronco gemido antes de liberarse en su interior. En cuanto pudo controlar su respiración, pasó la mano por su pelo rojo y la besó con mucha intensidad.

—Conseguirás matarme de placer.

—Si es una competición, puede que tú lo consigas primero —dijo Laura acariciándole el rostro, mirándolo con devoción.

—No compito, pelirroja, solo te ofrezco lo que soy.

—Me gusta lo que eres y lo que me das.

—Punto para mí —declaró la veterinaria con una sonrisa.

Sin poder remediarlo, una agotada Laura, bostezó.

—Tú tienes uno. Yo decenas en la piel —bromeó.

—Deja a tus pecas tranquilas, a mí me gusta cada una de ellas. Ahora cierra los ojos, debes estar agotada —susurró él besando su frente.

—Un poco.

Borja salió de su interior y Laura, con rapidez, se abrazó a él. No iba a dejar que se apartara de ella esa noche ni un instante. Él sonrió y la estrechó contra su torso. Desearía pasar el resto de su vida así; pasar cada noche abrazados, verla sonreír por la mañana, servirle el desayuno y desearse feliz día.



Era la mañana del día seis de enero. Laura hacía mucho que había dejado de ser una niña que se levantara muy temprano para ver los juguetes que los Reyes Magos le hubieran dejado, junto a los zapatos. Sin embargo, ese año encontró un regalo sin necesidad de moverse de la cama: Borja.

Despertar a su lado en su pequeño refugio blanco fue algo que ni en sueños imaginó, y no le

disgustó. Más bien al contrario. Despertaron tarde, y se levantaron más tarde aún disfrutando de sus cuerpos hasta casi agotarlos de nuevo. Por eso debían reponer fuerzas cuanto antes y para ello, Laura había preparado su especialidad en la cocina: lasaña. Había poca cosa en la nevera, pero fue suficiente.

Puso la mesa en la barra. La luz que entraba por el ventanal de la cocina a aquella hora era perfecta a pesar de ser enero. Y tenían unas buenas vistas de la playa desde allí. Sirvió dos platos y le ofreció a Borja una botella de tinto para que la descorchara.

Borja lo hizo y sirvió dos copas.

—Qué bien huele —dijo tendiéndole una.

—Es lo único que se cocina —bromeó tomando la copa y dejándola frente a ella.

—No me digas que eres como Izar.

—Ahí te has pasado.

—¿Quieres decir? —preguntó divertido.

—Que yo sé cocinar, no carbonizo todo lo que toco. ¿Sabías que esa es capaz de quemar el agua hervida? —respondió gesticulando con los brazos, armada con un tenedor.

Borja estalló en carcajadas.

—Te diría que es imposible, pero he visto a Izar en acción.

—Pues si lo sabes, no puedes comparar mi lasaña con nada que haya tocado Izar —afirmó Laura.

—Solo lo he preguntado, pelirroja. Pero, estás muy guapa cuando te enfadas.

—Y tú eres un capullo que está guapo incluso siendo un capullo...

—Un capullo con clase, nena —dijo él alzando ambas cejas— ¿Vas a ofrecerme un plato de lasaña?

—No sé si lo mereces... —sentenció la veterinaria, antes de servirle una generosa ración.

—¿No me he esforzado lo suficiente? —indagó juguetón, mientras probaba un bocado—. ¡Joder, nena, está buenísima!

—Hombre de poca fe. Claro que está buena, no tanto como yo, pero te la puedes comer igual —bromeó como si supiera que esa iba a ser su reacción, pero en realidad había estado aterrada hasta ese momento.

—En serio, nunca he probado una lasaña tan buena.

—Te la has ganado por cuidar tan bien de mí —declaró la pelirroja con una sonrisa.

Borja disfrutó de cada bocado que tomaba. Pero, lo que Laura no sabía era que no era en sí la lasaña, si no el hecho de que ella hubiera cocinado para él. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien lo hizo.

—Es un buen premio.

Laura lo observó un rato, con aquel aspecto descuidado, rezumando sexo por todas partes a pesar de que simplemente estaba allí sentado, comiendo. Sin embargo, no era solo que fuera demasiado *sexy* para la cordura de cualquiera, sino verlo allí, con aquella cotidianidad. Era viernes, festivo, pero podía ser un día cualquiera, de un año cualquiera, seguirían siendo ellos dos allí, juntos, comiendo, como si nada más importara. Despeinados, sin arreglar, pero perfectos. Así es como lo veía y entonces, lo supo.

Siempre imaginas cómo puede ser tu futuro en el amor. Tu vida en pareja o en soltería, aunque siempre, la que sueñas. Borja no se parecía a los deseos que ella tuvo durante años con Ernesto, él estaba fuera de su liga. O eso pensó ella. Ahora tenía claro que era él al único que quería para pasar a su lado el resto de sus días. Sin embargo, no lo diría. No era tan tonta. De su relación con Ernesto aprendió algo: a levantar barreras bien altas y resistentes. Borja empezaba a derribar

algunas, a debilitar otras, pero aún había demasiadas alrededor de su corazón.

«Pero él no es Ernesto, por suerte. Dale una oportunidad, cabezota» —su vocecita siempre tan oportuna... Aunque tenía toda la razón.

—¿Puedo decir una tontería?

—¿Una sola? —sonrió él apoyándose en el respaldo de la silla y dejando el tenedor en el plato ya vacío.

—Vale, sé que digo muchas al cabo del día, pero es parte de mi encanto. No hace mucho pasamos unos días en tu piso, que me encantó. Ya sé que mi *loft* entero cabe en tu salón, pero ¿te gustaría quedarte lo que resta de fin de semana?

—Me parece una idea genial. Lo único es que el domingo por la mañana tendré que irme temprano. He quedado con Darío para entrenar con los chavales.

Laura levantó una ceja.

—¿Entrenas chavales? Dime que lo que hacéis implica mucha ropa.

—No soy un asalta cunas —gruñó Borja—, y creo que ya te lo comenté. Entreno junto con Darío a unos adolescentes un pelín problemáticos, pero el que jueguen a fútbol les hace mucho bien.

Laura sonrió con ternura.

—Pero mira que eres tonto —dijo revolviéndole el pelo como una madre hace con un niño travieso—. Sí, creo que me lo dijiste, aunque últimamente parezco Dory... No hay problema. Ve el domingo a entrenar a los niños y yo aprovecharé para hacer algo escandaloso: la colada.

—Eso significa poner esas diminutas braguitas en la lavadora... —sonrió alzando ambas cejas.

—Y la bragafaja de cuello alto también, que esa me lo pongo cuando no me ves.

Borja resopló.

—Eres única en romper el encanto en una escena romántica.

Laura se acercó a él y le plantó un beso en los labios.

—Admítelo, Satán. Te tengo loco.

Borja sujetó la cintura de Laura y tiró de ella sentándola en su regazo.

—En eso te doy toda la razón, por eso voy a tomar mi postre favorito: tú.

Y la besó lenta y concienzudamente.

Capítulo 22

Borja se encontraba en su despacho sumergido en un montón de papeles, pero feliz. Ese fin de semana con Laura le había demostrado que podría volver a ser feliz con una mujer a su lado, tener un futuro que creía imposible tras su ruptura con su ex. Aquella traición lo marcó a fuego, sin embargo, volvía a ver la luz con su pelirroja y por esa razón, esa misma noche le propondría que se fuera a vivir con él. No pensaba dejar que se le escapara. Solo esperaba que le dijera que sí.

—Señor Valle. Tiene una visita. Dice que se llama Beca y que es socia de Laura —dijo la voz de su secretaria extrañada, por la línea privada del despacho—. ¿Quiere recibirla?

—Sí, dile que pase, gracias.

La comunicación se cortó y seguidamente la puerta del despacho se abrió para dejar paso a una apesadumbrada Beca.

—Buenos días, Borja. Gracias por recibirme sin avisar.

Borja le indicó con la mano que se sentara en la silla frente a su mesa.

—¿Ocurre algo? —Frunció el ceño preocupado. Tal vez había problemas en el trabajo y Laura no se atrevía a decirle nada.

—La verdad es que sí, pero no sé ni cómo decirlo. Llevo días dándole vueltas a si debía hacerlo o no... Al final esta mañana me armé de valor y he venido a hacerlo.

—Bueno, pues dime de qué se trata a ver si te puedo ayudar. ¿Hay problemas en el hospital?

Beca sacó una tableta de su bolso y la dejó sobre la mesa. Mientras la desbloqueaba y buscaba las imágenes, habló:

—Verás, el día en que salimos a celebrar la apertura de la nueva clínica, Laura se pasó mucho bebiendo, sin embargo, eso fue después de que hiciera lo que voy a mostrarte. He pasado las fotos a la tableta para que las pudieras ver mejor. Dicen que una imagen vale más que mil palabras, así que no diré más...

Eran efectivamente unas fotos de aquella noche, recordaba el *sexy* vestido de cuando comieron juntos ese mismo día. Se veía a Laura abrazada a un hombre. Dejando que la besara en el cuello, los pechos... En la siguiente imagen eran dos los que la tocaban.

Borja se quedó frío. Aquellas imágenes le estaban desgarrando el alma, todos sus sueños se rompían de nuevo, pero en esa ocasión era mucho peor. Una furia que no sabía que albergaba se instaló dentro de él. Cerró los puños para no empezar a golpear su escritorio y maldecir violentamente. Arrastró las manos por el pelo antes de volver a clavar la mirada en esas condenadas fotos. Sus ojos se estrecharon de cólera y dolor. Había confiado en ella y juraría que vio amor en sus ojos. Porque él no la había follado como a las otras, él le había entregado una parte de sí mismo. Laura era la única dueña de su corazón y ella solo lo tiró al suelo y lo pisoteó.

—Esto... —Se aclaró la garganta—. Esto no puede ser verdad, ella no...

—Yo misma tomé las fotos. Y no sé muy bien por qué. Traté de pararla, decía que no le importaba, que solo quería divertirse. Lo siento, de verdad, pero tenía que decírtelo. No podía dejar que le hiciera esto a alguien más.

Eso llamó la atención de Borja.

—¿A alguien más?

—Sí. A Ernesto, su exprometido, el hombre del que yo estaba enamorada antes de que ella se metiera por medio.

—Eso no va con la personalidad de Laura, ella se entrega a sus amigas, no puedo creerme que... —Borja cerró los ojos dolido.

—Ya, esa es la imagen que da. Siempre ha sido así, créeme, la conozco desde que empezamos la universidad. Ernesto empezaba a fijarse en mí, pero en cuanto Laura le echó el ojo, se acabó. Primero se enamoró de ella y empezaron a salir. La cosa empezó a ir en serio y se prometieron, sin embargo, dos meses antes de la boda, él la plantó. Al principio ninguno de nosotros éramos capaces de entenderlo, hasta que supimos la verdad: ella estaba con otro hombre. Hay quien dice que varios, aunque solo supimos de uno, era algo mayor para ella, pero tenía dinero.

»Mucho. Si no, ¿de dónde crees que pudo comprarse ese *loft* frente a la playa y tener el armario de ropa de firma que tiene? No tiene ni un solo préstamo, todo fue de lo que consiguió de ese tipo, mientras seguía adelante con su boda. Y creo que hace lo mismo contigo: busca su propio beneficio sin renunciar al resto de hombres.

—No... Ella no es esa clase de mujer... —la voz de Borja se rompía con cada palabra.

—¿Necesitas más pruebas que eso? —preguntó Beca señalando de nuevo las fotos.

Borja clavó la mirada de nuevo en esas imágenes que le estaban rompiendo el alma y regresándole a unos recuerdos muy dolorosos.

Él se había casado por amor, en cuanto la vio supo que fue amor a primera vista, y ella le había jurado que sentía lo mismo; hasta aquel día en que descubrió su engaño. No solo lo había estado engañando con uno de sus mejores amigos, sino que le había arrancado la posibilidad de ser padre. Ella lo decidió por los dos, sabiendo que era una de las cosas que más deseaba: un hijo. Eso lo destrozó. Y ahora, la pelirroja, le estaba haciendo lo mismo...

Quizás esta vez debía agradecer que no estuviera embarazada o seguro que lo acabaría matando de dolor. Borja aprisionó de nuevo el dolor desgarrador que amenazaba con destruirlo mientras se aclaraba la garganta y respondía a la pregunta de Beca con voz sombría.

—Te diría que sí, pero las imágenes hablan por sí solas.

—He estado dudando muchos días sobre si debía mostrártelas o no, sin embargo, no quería que sufieras por una mujer que no lo merece, Borja —dijo Beca estirando el brazo para tocar su mano.

Borja no la retiró, solo se quedó mirando la imagen de Laura acostada con ese infeliz.

—Debiste habérmelo dicho en cuanto sucedió.

—Apenas te conozco, no sabía cómo podrías reaccionar, aunque el modo en que ella habla de ti, burlándose, me dio valor para venir.

Borja estrechó su mirada.

—¿Burlándose?

—No se me ocurrió mejor manera de expresarlo. Le hace gracia que no la compartas, pero que ella sí haya encontrado el modo de hacerlo. También habla de los regalos que le has hecho o de los que conseguirá que le hagas... De que no te estás enterando de nada.

Borja cerró los puños, lleno de ira y dolor.

—No puede ser verdad... Esto es una pesadilla.

Beca se levantó y se acercó a él. Apoyó la mano en su hombro, con pesadumbre, tratando de dejarle ver que ella era un buen hombre sobre el que llorar.

—Lo siento, de verdad. Me gustaría poder hacer más por ti.

—Ya has hecho suficiente, créeme.

Beca sonrió con una maldad que, de haberla visto Borja, se le hubiera helado la sangre.

—Creo que debería dejarte. Laura me espera en la clínica y no quiero tener que explicarle dónde he estado —comentó fingiendo inocencia.

—Está bien, gracias por contarme la verdad —dijo Borja aclarándose la garganta.

Beca no dijo nada más. Salió del despacho con paso firme, sonoro y sensual, contoneando sus caderas.



Borja no tenía buen aspecto cuando salió de la oficina esa noche, pasó todo el día ahogado entre papeles para intentar olvidarse de Laura. Sin embargo, eso resultaba imposible. Estaba enamorado de ella, volvía a tropezar con la misma piedra.

Recordar a Melisa era como caminar sobre brasas descalzo.

Melisa... La *sexy* y cautivadora Melisa. Había caído rendido a sus encantos desde el mismo momento en que la conoció. Era deliciosa, siempre con esa sonrisa que prometía noches de pasión. Su melena rubia y sus ojos verdes lo atraparon, tanto que en apenas un año se casaron por todo lo alto.

Tras la luna de miel le propuso subir de nivel sus relaciones sexuales. Hasta ese momento él era un clásico, pero Melisa le presentó un nuevo mundo. Lo introdujo en los juegos sexuales, se divertían juntos. Comenzaron a incluir más personas en su cama, el intercambio de parejas se convirtió en lo normal para ellos, aunque siempre con consentimiento y conocimiento de ambos. Nunca por separado.

Él la adoraba, no solo por su belleza, sino por cómo lo hacía sentir. Era entregada en la cama, activa y siempre complaciente. Fuera de la cama era lo que todo el mundo consideraría la esposa perfecta. Hasta el día en que su mundo se hundió bajo sus pies.

Ya llevaban tres años casados y decidieron tener una noche de celebración en un hotel de lujo. Allí le propuso intentar ser padres. Él deseaba tener un hijo con ella, era lo único que le faltaba para ser feliz y nunca se lo ocultó. Desde el principio de su relación le dijo que quería formar una familia. Sin embargo, jamás esperó la respuesta de ella: un no rotundo. Su excusa: estaban muy bien como estaban, los hijos destruían un matrimonio y eran una complicación. Intentó convencerla, sin éxito, así que por un tiempo lo dejó pasar. Hablarían del tema más adelante, en otro momento.

En Semana Santa tenía programado un viaje a Alemania por una conferencia, le ofreció que fuera con él y también se negó. En ese momento no sospechó nada, no era la primera vez que no lo acompañaba. Sabía que aquellas charlas sobre equipos veterinarios la aburrían. Sin embargo, la conferencia duró menos de lo previsto y regresó antes a Barcelona. Lo que se encontró al llegar, lo hundió.

Su esposa estaba desnuda, acurrucada en la que era su cama, entre sus sábanas, con su mejor amigo. Estaban dormidos, seguramente agotados por una sesión de sexo. No supo cómo mantuvo su sangre fría y el control suficiente para no matarlos a ambos en ese preciso momento, pero lo hizo. Salió al salón, se sirvió un whisky e hizo ruido suficiente como para dejar claro que había vuelto a casa. No tardaron en aparecer, sorprendidos, confusos y semidesnudos. Discutieron y él rompió todo lazo con su amigo y su mujer.

Pensó que con aquello todo habría acabado, pero la muy zorra no había terminado con él. Empezó a perseguir sus bienes, aunque a ese respecto fue algo inteligente e hizo caso de su hermano Diego. Su matrimonio fue con separación de bienes, por lo que todo lo que poseía antes del matrimonio, era completamente suyo. Como era de esperar, Melisa se enfureció y fue cuando le soltó la bomba que lo acabaría de destrozar por dentro: le dijo que había abortado porque no

deseaba ningún hijo suyo.

La mujer que había amado con locura, a la que se entregó sin límite alguno, era la que lo estaba destrozando y privándolo de lo que más quería: ser padre. Al parecer, hacía ya varios meses de aquello. Estaba de apenas diez semanas, era algo pequeñito dentro de ella, algo de los dos. Nunca supo nada hasta ese momento en que le tiró las ecografías a la cara. La muy zorra las guardó, no sabía bien el motivo, pero fue efectivo verlas, saber que fue real, no solo algo dicho para dañar. Allí aparecía su nombre, la fecha... De hecho, en aquel momento, en lugar de descubrir la infidelidad de ella, estarían recibéndolo en sus vidas.

Y justo cuando estaba decidido a pedirle a Laura que fuera a vivir con él, porque se había enamorado de ella y la amaba, la historia se repetía dejándolo hundido en la miseria.

Borja estaba parado frente a la clínica, sujetando fuertemente el volante, con la frente apoyada en él. No sabía si podría salir ileso esta vez. Laura era demasiado importante para él. Sabía que la amaba mucho más de lo que amó a Melisa, su pelirroja era única y se había colado muy profundo bajo su piel.

En cuanto salió el último cliente Borja entró en la clínica.

Laura iba a decir que estaba cerrado al escuchar la puerta abrirse, cuando Beca le dijo que tenía visita. La cara de su socia no era la alegría de la huerta, cosa que la extrañó, porque estuvo todo el día feliz y cantarina. Abrió la puerta del despacho y vio a Borja que parecía que iba de funeral.

—Ey, que sorpresa. ¿Me cambio y nos vamos? Solo tardo un par de minutos.

—No es necesario que te cambies. Tenemos que hablar —dijo él en tono lúgubre—. ¿Nos disculpas, Beca?

—Claro —respondió Laura, sin saber muy bien qué pasaba. A lo mejor tenía una enfermedad terminal y nadie se lo había dicho—. Pasa al despacho y me cuentas.

Borja entró con el rostro serio, apretando la mandíbula para no hacer una escena en medio de la clínica, una que pudiera verse desde la calle. Su mirada recorrió el cuerpo curvilíneo que lo volvía loco. Seguía teniendo el culo más tentador que había visto nunca. Sabía que era la única mujer que pese a todo lo que le hiciera siempre lo tentaría, queriendo quebrar su voluntad. Pero la decisión estaba clara. Borja gimió silenciosamente, apartarla de él iba a ser muy duro. Quizás lo más duro que había hecho en su vida.

—¿Qué ocurre? No tienes buena cara —preguntó ella preocupada. Sí, era el hombre enfadado, o al menos esa solía ser su expresión, sin embargo, había aprendido a diferenciar su expresión normal de la del verdadero enfado.

—¿Qué crees que me ocurre, Laura? —gruñó él cruzándose de brazos.

—Iba a decir estreñimiento, pero seguro que fallo —dijo la pelirroja tirando de su carácter borde para no mostrar lo mucho que la estaba asustando.

Borja intentó mostrarse paciente, aunque no era fácil cuando ella actuaba de esa forma.

—No estoy bromeando.

—Es que no sé qué te ocurre. Te has presentado aquí, lo cual me encanta, pero pensaba que íbamos a vernos mañana ya que hoy estabas muy ocupado. Y oye, lo entiendo, tienes una empresa, no me voy a molestar por eso. Lo que no comprendo es que vengas con esa cara de funeral de la que empiezo a pensar que debería saber la razón y de la que no tengo ni la más remota idea.

Borja clavó su mirada helada en ella.

—Te diría que hicieras un poco de memoria y me explicarás qué pasó la noche que fuiste de copas. —Su voz en ese instante era más ronca y áspera.

—¿Cuándo salí con Beca? —preguntó extrañada—. Ya te lo conté. Salimos, bebimos y volví a

casa. Nada más.

Borja rechinó los dientes, preso de una ira que no sabía que fluía dentro de él. Odiaba que le mintieran tan descaradamente.

—¡Mientes!

—¿Pero a ti que te pasa? No te miento. Pregúntale a Beca.

Borja sonrió de una forma un poco aterradora.

—No metas a nadie más en esto. He visto las fotos.

—¿Fotos? ¿Qué fotos? De verdad, Borja, no entiendo nada de lo que dices.

—Como tampoco entendías lo de aquellos mensajes de tipos que querían verte las tetas. ¿verdad?

—¿A qué viene eso ahora? Ya te lo expliqué. Además, me di de baja en esas páginas y ya no han vuelto a molestarme.

—Admites que estabas apuntada —atacó Borja.

—No, me di de baja. Alguien me apuntó. Pero, ¿a qué viene todo esto? Pensaba que las cosas estaban ya claras entre nosotros. Nadie más. Solo tú y yo.

Borja no dijo nada, solo le tendió su móvil con las imágenes de ella tendida en la cama con un hombre.

Laura miraba aquello sin entender nada. Aquella mujer parecía ella, sí. Tenía su pelo y sus pecas, pero no era ella. Si no, ¿cómo explicar que estuviera tirada de aquella manera con un tipo al que ni conocía? Empezó a asustarse de verdad. Sentía que el corazón se le aceleraba y le costaba respirar.

—¿Qué es esto? ¿Algún tipo de broma? —le interrogó.

—¿Me crees tan ruin para hacer este tipo de montaje?

—No, pero no puedes creer que yo sea esa.

—Claro que lo creo, tiene el mismo lunar en la cadera que yo tantas veces he besado. ¿Cómo no puedes ser ella? ¿Tienes una gemela?

—No, no la tengo, pero esa no soy yo. No sé quién es ese tipo y desde que salimos juntos no he estado con nadie. Ni antes, para ser sinceros —replicó Laura empezando a molestarse por su falta de fe en ella. Ni tan siquiera parecía plantearse la opción de la duda.

—Lo que odio más en una mujer, Laura, es que me mienta a la cara y no afronte las consecuencias de sus actos. Yo confié en ti y me has fallado. Por mucho que intentes inventar excusas baratas no te servirán de nada. La de la foto no puedes negar que eres tú —gruñó el empresario, tensando todo su cuerpo.

—No son excusas, Borja. Te juro por lo más sagrado que no he estado con nadie que no seas tú. No entiendo nada de esto... Parezco yo, pero no lo soy —replicó la pelirroja, a punto de que le saltaran las lágrimas.

—¡Basta de mentirme, Laura! Creí que tú serías diferente, que podría tener un futuro... Estaba muy equivocado. Sé todo sobre Ernesto y la verdad, no me extraña nada que te dejara plantada.

Aquello fue como si le echaran un cubo de agua helada por la cabeza. El aire se le quedó parado en los pulmones. ¿En serio acababa de decirle que entendía que aquel desgraciado la plantara? Las barreras que creó para defenderse de aquel dolor cayeron, destrozadas por aquel mazazo. Sin ni siquiera pensarlo, le cruzó la cara con todas sus fuerzas.

—Eres un desgraciado. Si lo que querías era dejarme, te podías haber ahorrado toda esta mierda —gritó Laura, antes de tirarle el móvil a la cabeza y salir del despacho como una exhalación. Necesitaba alejarse de él.

Borja cerró los ojos y se apoyó en la mesa con la cadera. Sus mentiras le desgarraban el alma.

Parecía molesta por lo ocurrido. Seguro que era porque la opción de vaciarle la cuenta bancaria se esfumaba, no porque lo amara lo más mínimo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Beca, apoyando la mano en su brazo. Ya se había cambiado y llevaba el *sexy* vestido con el que fue a verlo por la mañana, pero que ocultó bajo su chaqueta. Ahora era el momento de dejarse ver.

—¿Cómo quieres qué me encuentre? Acabo de dejar a la única mujer que... Da igual, ya todo da igual.

—Ella no se merece tu dolor, Borja. No se merece nada —afirmó la rubia poniéndose frente a él, acariciando su pecho.

—Estoy pensando que ninguna mujer se merece mi dolor.

—Yo solo querría tu placer —susurró ella, acercándose insinuante a su boca.

Borja la dejó hacer, algo se había apagado dentro de él dejándolo completamente frío y sin emoción.

—¿Estás intentando meterte en mi cama?

—Solo quiero hacer que olvides.

Beca terminó de recorrer el camino que la separaba de sus labios y lo besó, despacio, esperando por si la apartaba o le devolvía el beso. Borja se dejó hacer, sin embargo, él no hizo ningún avance. No estaba preparado para ir más allá de un beso, aunque quisiera vengarse de Laura con todas sus fuerzas, su corazón le pertenecería siempre a su pelirroja.

Beca no se detuvo y profundizó, enredando los dedos en el cabello del hombre que se dejó hacer, sintiendo que era lo mínimo que esa pelirroja traidora y mentirosa merecía.

—Sé que hoy no es el mejor momento para continuar con esto, pero, si has acabado con esa mujer, yo puedo ayudarte a olvidarla. Soy muy complaciente.

—Todavía no estoy seguro de haber terminado con ella, solo necesito estar solo.

—Está bien. Seré paciente. Cuando no quieras estar solo, llámame.

—Lo haré.

Beca se dio la vuelta y salió del despacho contoneándose. Se giró y lo miró.

—¿Vienes? Tengo que cerrar.

—Claro —Borja la siguió hasta la salida, se dirigió a su deportivo y antes de entrar la miró.

—Ya nos veremos.

Borja entró al deportivo y se marchó sin ver la sonrisa cruel en el rostro de Beca. Sí, lo logró. Tras años queriendo vengarse de aquella perra pelirroja, al fin lo conseguiría. Solo quedaba una cosa más y acabaría con ella.



A la mañana siguiente, Laura seguía destrozada. No había logrado dormir en toda la noche dándole vueltas a lo ocurrido con Borja. Aquellas fotos, su afirmación de que entendía que Ernesto la dejara...

Le había pedido explicaciones sobre su salida con Beca, pero es que no recordaba nada de lo que debiera avergonzarse. Aunque si era sincera, no recordaba mucho de aquella noche. Lo achacaba al alcohol, a que en los últimos meses se le fue la mano en más de una ocasión y a que, tal vez, en aquel bar les hubieran dado garrafón del malo, si es que existía uno bueno. Estaba segura de haber llegado al local juntas, sentarse en un rincón tranquilo, un sillón redondo con una mesita en medio, perfecto para brindar por su nuevo futuro juntas. Bebieron bastante y se acercaron dos moscones a los que espantó, y después... después... Nada. Ni recordaba cómo llegó a casa. Solo despertar en su cama.

Joder. Tal vez si fuera ella la mujer de las fotos, no un montaje o una broma de muy mal gusto. ¿Y si se había acostado con aquel tipo? Se le retorció el estómago de solo pensarlo. Otro hombre, uno al que ni conocía o recordaba, la tocó y le hizo fotos, fotos que habían llegado hasta Borja, pero ¿cómo? ¿Acaso el tío de las fotos lo conocía? ¿Lo habría enviado él para probarla en un intento retorcido de acabar con su relación?

No, eso no lo veía posible. Satán era un idiota, sí, pero no era así. Iba de cara. Lo que no entendía era cómo sabía lo de Ernesto. Solo las chicas sabían su historia. Ni tan siquiera Marina, su fiel ayudante desde que abrió la clínica tenía idea de lo ocurrido. Pensó en Beca.

Estaba con ella cuando esos dos se acercaron. Apenas recordaba sus caras, no se fijó pues ninguno de los dos le interesaban. Si alguna de ellas tenía que salir del local acompañada, era su amiga. Como un fogonazo, la imagen de la rubia insistiéndole en que se divirtiera apareció en su mente. ¿Y si...? No, no era posible. Beca no la empujaría a ser infiel y tomaría fotos para después enseñárselas a su novio. ¿Por qué haría algo así? Eran amigas. Vale que llevaban años sin verse, pero desde que tropezaron por casualidad fue como si no hubiera pasado el tiempo.

Si ella se las enseñó a Borja, también fue ella quien le habló de Ernesto. Recordaba que nunca dijo su nombre en sus conversaciones con él.

Ernesto... Su primer gran amor. Estaba convencida de que no volvería a sentir nada tan fuerte por un hombre. Y se equivocó tanto con eso, como con él.

Era el chico por el que todas en el grupo babeaban. Alto, rubio, de ojos negros. Además, tenía una de esas personalidades que embelesaban. Cuando la invitó a salir, ni se lo creía. Su familia siempre la hizo creer que su físico no era de los que gustaban a los hombres, no se parecía a ellos. Que alguien como Ernesto se fijara en ella, era casi impensable.

Empezaron a quedar y no tardó en besarla. De ahí a entregarse a él no faltó mucho. Temió que tras verla desnuda y haber tomado lo que quería, la dejase, pero no. Lo suyo siguió adelante. Hasta el punto de que, dos años después, se prometieron. Pensó que no se podía ser más feliz que el día en que se arrodilló frente a ella y le pidió que se casara con él, que lo hiciera el hombre más feliz del mundo diciéndole que sí.

Se entusiasmó preparándolo todo. Bueno, lo que su futura suegra le dejó hacer. La familia de Ernesto era bastante acomodada, más que la suya. Ella casi podía considerarse huérfana. Su familia ni le hablaba desde que se fue de casa con dieciocho años. Marga, la madre de Ernesto, la miraba siempre con recelo, pensando en ella como alguien indigno, una trepa que buscaba su dinero. Nada más lejos de la realidad.

Su familia eran todos economistas, contables. Los fondos de inversión eran el pan nuestro de cada día en todas sus conversaciones. Había mamado cómo y dónde invertir dinero desde la cuna, cosa que aprovechó siempre logrando hacer que su dinero creciera en la mayoría de sus inversiones. Alguna no funcionó del todo, pero fueron mínimas. Tenía ojo, un talento natural que su familia consideraba un sacrilegio desperdiciar en algo tan insulso como la veterinaria. O para ser sinceros, en algo que no fuera la contabilidad.

Sin embargo, Marga no iba a querer saber eso, de hecho, la llamaba Lorena o Lara o, de cualquier manera, menos por su nombre, dejando claro lo poco que le gustaba. Cuando se prometieron no disimuló su malestar. Por eso le sorprendía los preparativos tan estupendos que estaba haciendo. Solo le dejó a ella el tema de su vestido.

Faltaban dos meses para la boda cuando supo el porqué del esmero de Marga. Ernesto quedó con ella en una cafetería cercana a su piso, con gente alrededor, supuso que era la mejor manera de evitar un escándalo. Y lo cierto es que le funcionó. La vergüenza evitó que Laura gritara y lo abofeteara delante de tanta gente cuando le dijo que rompía el compromiso.

Aquello la dejó fría. No entendía el por qué. Le pidió una explicación que el muy merluzo se jactó en darle: su madre, Marga, habló con él para que se casara con otra chica más adecuada para ser su esposa: tenía más dinero, familia, más delgada, sofisticada... En definitiva, mucho mejor que ella, una mujer que merecía la pena. Ernesto suspendió su compromiso sin mucho protestar, pero no la boda. Se casó con aquella chica a la que apenas conocía y a ella solo le quedó un vestido de novia que vender de segunda mano porque no soportaba ni verlo.

Aquello la marcó. Confirmaba todos los reproches de su propia familia y le dolió como el infierno, pero no tanto como cuando Borja le dijo: “Sé todo sobre Ernesto y la verdad, no me extraña nada que te dejara plantada”. Él lo entendía... Lo que más temió desde que le dio una oportunidad, pasó: no era lo suficientemente buena para nadie.

Ninguna relación desde Ernesto había funcionado: Mateo, su vecino idiota; Javier, su exnovio que tras ocho meses averiguó que salía con ella y con tres mujeres más. Lo suyo con Héctor no cuajó porque en el fondo, el amor que sentían el uno por el otro no era el que se necesitaba para que una relación funcionara. Sí, tuvieron buen sexo, pero era más alguien de la familia que un futuro compañero de vida. Y a eso sumaba ahora a Borja, el único hombre al que de verdad había amado. Estaba segura de eso porque el dolor que sentía era demasiado grande para no significar nada.

Cogió el móvil con una estúpida esperanza de que le hubiera mandado un mensaje diciendo que todo era una broma, pidiendo disculpas o a saber qué. No había nada. Llamó a la clínica y esperó que le atendiera Beca, tal vez podía decirle algo, pero respondió Marina.

—Hola, jefa. ¿Ocurre algo?

—La verdad es que sí. Creo que ese virus estomacal que me atacó a primeros de mes, no se me ha ido del todo. Voy a necesitar un par de días. ¿Estaréis bien?

—Caro, no te preocupes, todo está controlado. Recupérate, Laura. La verdad es que llevas días con mala cara. Prácticamente desde que abrimos, llevas mucho estrés encima.

Si ella supiera... Marina era un encanto. Llevaba años con ella y la conocía demasiado bien.

—Sí, voy a descansar, lo prometo, pero si necesitaras algo, solo llámame, ¿de acuerdo?

—Trato hecho. Descansa. Un besito, jefa.

Laura colgó y volvió a mirar la ausencia de llamadas y mensajes. Debía hacerse a la idea cuanto antes y empezar a reconstruir sus defensas, esta vez más altas y gruesas. Inexpugnables.

Se dejó caer de nuevo en la cama dándose cuenta de que estaba llorando, otra vez. Se abrazó a la almohada y lloró hasta que el agotamiento pudo con ella.

Capítulo 23

Habían pasado ya tres días desde que Borja se presentara en la clínica y el infierno volviera a abrirse bajo sus pies, pero decidió salir de allí y retomar su vida del modo que fuera.

Mandó un wasap a las chicas para invitarlas, por primera vez en todos los años que se conocían, a su piso. Necesitaba hablar con ellas.

Izar fue la primera que vio el mensaje y no daba crédito a lo que leía. Escribió un simple *Ok* y se dirigió a Elena que estaba a su lado, enfrascada en el PC.

—¿Has visto el mensaje de Laura? Qué raro, ¿no? —inquirió extrañada.

La aludida levantó la cabeza del ordenador y miró su móvil para saber de qué hablaba.

—¿En su casa? Pues sí que es raro. Mira que vive justo en frente de donde lo hacía yo, pero nunca pasé del portal.

—¡Exacto! Esto es un misterio... Y me muero por ver su *loft* —sonrió Izar.

—Eres lo peor. Yo creo que algo ha pasado.

—No me critiques, tú piensas lo mismo que yo —replicó molesta la escritora.

—Pero no lo digo, esa es la diferencia y por lo que la gente piensa que la loca eres tú y yo soy normal —apuntó la friki.

Izar resopló.

—Sandro sabe cómo eres, menos mal...

—Y por eso me quiere —dijo con una sonrisa boba en los labios—. Y hablando de saber. Tal vez Agnes sepa algo. ¿La llamamos con el manos libres? —propuso Elena.

—Llámala.

Elena ni lo dudó. Dejó su *smartphone* sobre la mesa del despacho que ambas tenían en casa de Izar y marcó el número de Agnes que contestó al cuarto tono.

—Hola, Elena.

—Hola, Agnes. Te he puesto en manos libres, lo digo para que no critiques a Izar, que te escucha —bromeó la morenita.

Izar le sacó la lengua a Elena.

—Ni caso —replicó la escritora.

Agnes rio antes de contestar.

—Tranquila Elena, Izar sabe que no escondo nada.

—Hablando de esconder. Laura siempre nos ha escondido su casa. ¿Tienes idea de por qué nos invita a ir esta noche? —preguntó Izar.

—La verdad es que no. Acabo de leer el mensaje y me ha extrañado mucho. ¿Quizás haya pasado algo?

—Por eso te llamábamos, por si tú lo sabías.

—Lo siento chicas, pero desde que estoy casada no tengo tanto contacto con Laura como solía tener —admitió con pesar.

—Ni tú, ni ninguna. La tenemos un poquito abandonada, ¿verdad? —reconoció Elena con pena.

—Es lógico, ella está soltera y nosotras ya tenemos una familia. El tiempo no es el mismo —dijo Izar.

—Tienes razón —suspiró Agnes—. Marido, empresa... faltan horas al cabo del día.
—No me animéis que tengo un pequeño alien en camino...
—Será una niña para mi pequeñín —afirmó Izar.
—No me jodas, Izar. Tenerte de suegra es una crueldad para cualquier criatura —resopló Agnes.
—¡Oye! —se quejó la aludida.
Agnes reía sin parar a través de la línea.
—Elena, tendría una suegra liberal, eso no estaría nada mal.
—Lo que no estaría mal es dejar de vomitar —exclamó Elena saliendo a todo correr, y dejando a las dos solas al teléfono.
—Madre mía, menos mal que de momento paso de bebés —comentó Agnes al otro lado de la línea.
—Eso solo dura los tres primeros meses —respondió Izar.
—Pero el crío no.
—No, ese es para toda la vida —sonrió al pensar en su hijo—. Cuando decidas tenerlos con Óscar estaremos ahí para meternos contigo.
—Eso lo tengo claro. Ahora en serio. No tengo ni idea de lo que le puede pasar a Laura. O tal vez estemos exagerando y es algo bueno.
—Puede. En cuanto salga esa del cuarto de baño recogemos y saldremos para su casa. Te esperamos abajo y así subimos las tres juntas. ¿Te parece? —propuso la escritora.
—Perfecto. Nos vemos en un rato.
Y colgó.
Izar se dirigió al despacho de su marido.
—Darío, tengo que salir un momento a casa de Laura.
El editor la miró, dejando de leer el nuevo manuscrito que Raquel le había pasado. Si iba a ver a Laura, tal vez acabara sabiendo aquello que Borja quería contarle en privado, tranquilamente.
—Claro, dale recuerdos a la pelirroja.
Izar estrechó su mirada, sabía cuándo su marido escondía algo.
—Espero que no hayas cambiado nada del manuscrito, te gusta rectificar las escenas de sexo ampliándolas más explícitamente —le advirtió.
—Es un libro infantil, cariño... Si meto escenas de sexo explícitas, me cierran la editorial —replicó él con sorna.
—Claro... —resopló la rubia—. Le daré recuerdos tuyos, estate pendiente de Ethan —dijo acercándose y besándolo en los labios. De reojo miró el manuscrito y como de costumbre, ella tenía razón.
Darío le dio un azote cariñoso en el trasero para despedirla.
—Eres una cotilla. Largo de aquí y déjame trabajar —la reprendió con cariño.
—Bien, pero quiero eso esta noche.
Darío rio con ganas pues estaba pensando lo mismo. Izar salió riendo del despacho y esperó a que Elena saliera del baño.
—Esto de los vómitos es un asco. No puedo comer nada y retenerlo...
—Pasaré si te tomas la medicación que te recetó la doctora.
—Odio las pastillas.
—Pero esa es mano de santo.
—Y el aire fresco. ¿Nos vamos ya? Necesito un poco y prometo tomar la pastilla —declaró Elena angustiada.

—Sí, he quedado con Agnes en la puerta de la pelirroja.

—Genial. Vamos y resolvamos el misterio de Laura y su piso secreto.

Para cuando las chicas llegaron al *loft* junto a la playa de la Barceloneta, Laura ya no lucía el aspecto deplorable que había tenido esos días de encierro. Se duchó y maquilló un poco para que no se le notaran demasiado las ojeras. En cuanto sonó el timbre respiró hondo para tratar de parecer lo más normal y calmada posible, Sí, estaba muy jodida, y sí, eran sus amigas, pero se acabó mostrar más debilidad de la estrictamente necesaria. Así superó lo ocurrido con Ernesto y así superaría a Borja.

—Hola, chicas. Gracias por venir —las saludó al abrir la puerta.

Las tres la besaron en la mejilla y pasaron dentro. Izar sonrió al poder ver, por fin dónde vivía su amiga.

—Ya tardabas en invitarnos.

—Esperaba el momento perfecto —bromeó la pelirroja.

—¿Y este lo es? —dijo Agnes levantando una ceja. A ella no la engañaba, algo sucedía y no era bueno.

—Es un momento —replicó Laura—. ¿Queréis algo de beber? Tengo también mierdas sin alcohol para el huevo kinder.

—Bueno, sigues metiéndote con todo el mundo, mal no estás —comentó Elena con una sonrisa—. Dime dónde está el baño, es lo único que me interesa, por si tengo que echar a correr.

—La puerta junto al sofá, no tiene pérdida —indicó Laura acariciando la incipiente curva de su vientre.

—Se niega a tomarse la pastilla que le quitará los vómitos de golpe —resopló Izar—. Por mí con una cerveza estará bien.

—Yo tomaré otra —dijo Agnes mientras se sentaba en el sofá.

Laura sonrió al ver cómo Elena le sacaba la lengua.

—¿Zumos o Coca-Cola?

—Coca-Cola mejor —respondió Elena.

—Anda, sentaos que os llevo las bebidas.

Un par de minutos después, las cuatro estaban sentadas en el saloncito de Laura con una bebida en la mano y mucha expectación.

—Escupe lo que tengas que decir —pidió Agnes sin apartar la mirada de ella.

—Por eso os he pedido que vinierais, pero es que no tenéis paciencia... Bueno, rápido y sin dolor: Borja me ha dejado.

Izar parpadeó varias veces.

—Eso no puede ser...

—¿Lo dices en serio? —preguntó Elena.

—Tiene que ser una broma de ella, ¿verdad? —inquirió Agnes, sabiendo por su expresión que no lo sería.

—Ojalá, pero no lo es. Hace tres días se presentó en la clínica por sorpresa a la hora de cerrar. Tenía unas fotos mías, medio desnuda en la cama con un tipo. No sé cómo explicar las fotos. Yo no he estado con nadie, ni antes... Ya lo sabéis. ¿Cómo narices iba a estar con un desconocido, saliendo con él? Además de mi fobia a enseñar mi culo pecoso.

—Espera, ¿dices que estabas semidesnuda con un desconocido en la cama? ¿Te drogaron? —la interrogó molesta Izar.

—La verdad no había pensado en eso... Apenas recuerdo nada de esa noche, aunque pensaba que era por el garrafón.

—Izar tiene razón, no es una leyenda urbana. La famosa burundanga, por ejemplo. Anula la voluntad. Si fuera eso, lo explicaría todo: lo del tipo, que no lo recuerdes —apostilló Elena.

—Eso es. Hay muchos hijos de fruta podrida por ahí, que para conseguir a una mujer utilizan esa clase de drogas —gruñó Izar—. No me puedo creer que Borja sea tan idiota como para creerse esas fotos.

—Incluso yo me las he creído. Y eso no es lo peor de todo. Dijo que sabía lo de Ernesto y que entendía que me hubiera dejado... —añadió Laura.

Agnes abrió los ojos sorprendida e Izar lo mismo.

—¿Cómo sabe lo de Ernesto? —preguntaron ambas a la vez.

—¿Y que lo entendía? Menudo imbécil... —añadió Elena.

—Imagino que se lo contaría Beca, sin embargo, no sé ni cuándo ni por qué. Pero, si lo entiende es que él también considera que no soy suficiente. Lo hablamos varias veces por el hecho de que no practicaba el sexo conmigo igual que lo hacía antes, y pensaba que eso le molestaba, pero insistía en que no era así... Me mintió —declaró con voz derrotada la pelirroja.

—O puede que esa arpía le haya dado una versión diferente —opinó Agnes. Desde el primer momento en que la vio no le gustó nada esa mujer.

—No hables así de ella, es mi amiga —replicó Laura sin mucho convencimiento—. Y mi socia.

—Eso no quita que sea una arpía —la enfrentó Agnes—. Mira, Laura, lo siento, pero no me gusta esa mujer. En realidad, no nos gusta a ninguna de las tres.

—Si es tu amiga no debería haberle hablado de Ernesto, eso es cosa tuya —dijo Elena.

—Tienen razón, a mí tampoco me gusta su forma de... Bueno parece que se coma con la mirada a los hombres —comentó Izar.

—Que sea un poco zorrón no quiere decir que sea mala gente, ¿no? —trató de defenderla Laura, aunque sabiendo que era una causa perdida. También vio el modo en que se comía a Borja cuando lo veía, y cuestionaba que un hombre como él realmente quisiera estar con ella—. Aunque puede que tengáis razón. Creo que Beca le dio las fotos a Borja, sin embargo, eso ya es lo de menos.

—¿Cómo puedes pensar eso? —preguntó irritada Izar—. Vale que Borja no lo ha hecho bien, pero llevaba persiguiéndote mucho tiempo, esas fotos deben de haberle jodido bastante.

—Eso es verdad —apoyó Agnes—. Si ella dice ser tu amiga, te hubiera cubierto la espalda, no te lanzaría de cabeza a la hoguera.

—Sí, me perseguía, en pasado. Ya no quiere estar conmigo y lo superaré. No es el primero que me deja y lo olvidaré como siempre he hecho. Además, no creo que vaya a tratar de buscarme de nuevo. Ni siquiera lo dudó, dijo que yo mentía.

—Joder, Laura, le plantaron en la cara unas fotos tuyas. —Izar resopló frustrada. Deseaba que ese par se reconciliara.

—Izar, sé que lo aprecias y yo le... Ya da igual lo que hubiera entre nosotros o lo que sintiera por él. Lo que está claro es que esto se ha acabado —manifestó Laura triste.

—Claro que os aprecio a los dos y también os conozco. Deberíais hablar, si le tienes que dar un par de hostias se las das, pero necesitáis aclarar esto.

—Ya le di una y le llamé desgraciado... De verdad, no sé qué hacer —dijo con tono lastimero, dejándose caer sobre Agnes en busca de consuelo.

Elena, que tenía las hormonas alteradísimas, se echó a llorar al escucharla y verla tan abatida. La pelirroja era un torbellino, nunca la habían visto tan triste. Incluso su pelo parecía haberse apagado. Cuando se conocieron ya hacía tiempo de su ruptura con Ernesto. Poco después, conoció a Javi, que la engañó con al menos dos mujeres más, que tampoco sabían que había otras. Lo pasó

mal, pero más por ser una tonta que no vio que era un indeseable que por perderle. Esto era totalmente distinto. No lo había dicho en voz alta, aunque estaba segura de que estaba enamorada de Borja.

Agnes la abrazó y con la mirada le dijo a Izar que lo dejara estar.

—Intentaré hablar con ese idiota —gruñó Izar.

—Eso es una buena idea —intervino Elena entre sollozos—. Seguro que a ti te escucha.

—Eso espero. Si no su querido amigo Darío, conseguirá que lo haga.

—Si tu marido le da una buena hostia, dile que me mande el vídeo —pidió Laura, abrazándose a su mejor amiga dentro del grupo.

—Tranquila, yo misma lo grabaré —respondió Izar.

—Ahora lo que tienes que hacer es calmarte —susurró Agnes frotándole el brazo para reconfortarla.

—Sí, he estado en casa desde el miércoles pensando mucho en todo esto, aunque sobre todo llorando y como me digáis que no lo merece os escupo a las tres. Ya sé que no se lo merece, ni él ni nadie, pero tenía que sacarlo. Lo que creo es que no ha funcionado aún, supongo que llevará más tiempo y muchas pilas...

—Ya estamos con Terminator.

Agnes e Izar sonrieron.

—Claro que tienes que sacar todo lo que llevas dentro y esto no sanará en unas semanas. Tardarás meses o años, pero aquí estaremos —afirmó Agnes.

—Sí, ya os dije que iba a ser la tía solterona y borracha de la familia, pero podemos dejarlo en la tía solterona de los gatos —comentó Laura.

—Si lo sigues repitiendo tanto seguro que sucederá así —gruñó Izar.

—Vale, no lo repito....

—Bueno, ahora lo que te toca es recuperarte y eso significa, arreglarte y centrarte en tú clínica.

—Sí, el lunes volveré a disfrutar de mi sueño al fin. La verdad es que está siendo un comienzo un tanto raro. Ya he faltado dos veces, pero por suerte todo va bien.

—¿Dos veces? ¿Estás bien? —preguntó Elena frotándose la tripa. Se había tomado la pastilla para las náuseas y debía admitir que funcionaba, pero no se lo diría a Izar. Estaba de casi cuatro meses y seguía vomitando. Solo esperaba que fuera por poco tiempo más.

—Sí, fue el maldito día siguiente al de las supuestas fotos. Me encontraba tan mal que estuve dos días vomitando y no creáis, no me he recuperado del todo. La peor resaca de toda mi vida, y debo admitir que no han sido pocas. Aun a veces siento que todo me da vueltas desde aquel día.

Agnes se tensó al recordar cómo se sintió cuando la drogaron a ella en casa de su encantadora suegra.

—Un momento, así fue como me sentí yo cuando fui a Madrid a buscar a Óscar. Desorientada, sin recordar nada, mareadísima —apuntó la excamarera.

—¿En serio? —preguntó Laura, cada vez más segura de que las chicas tenían razón en lo ocurrido.

—Muy en serio. Me desperté con la boca seca y me sentía fatal, después vino mi encantador esposo acusándome de que me había acostado con su hermano —resopló Agnes—. Estos hombres tienen muy poca confianza en sí mismos.

—Pero, tu esposo es encantador, Borja es la reencarnación de Satán.

—Borja necesita un par de hostias bien dadas para despejarle ese cerebro que se supone que tiene —aseguró Izar.

—Querré video, fotos y un podcast de cuando se las deis.

—Si me da tiempo a sacar el móvil. Darío es muy rápido. Os recuerdo que practica *kickboxing* —sonrió Izar.

—Os quiero, chicas —dijo Laura con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Sois mi familia.

—Nunca te olvides de eso —le recordó Agnes.

—No lo haré. ¿Queréis helado? Hay de chocolate.

—Ya estás tardando —replicó Izar con una sonrisa.



El lunes por la mañana Laura regresó al trabajo, al menos en cuerpo, porque su mente estaba bien lejos de allí, o más bien, estaba completamente perdida.

Levantarse aquella mañana y volver a la rutina fue un esfuerzo titánico. No se sentía con fuerzas y mirase a donde mirase de su pequeño *loft* todo le recordaba a él, al fin de semana que pasaron juntos entre aquellas paredes, haciendo el amor y hablando como una pareja normal. Aquello le pareció tan perfecto que pensó que podría funcionar. Por eso nunca llevaba a un hombre a su piso por los fantasmas que pudieran quedarse a acompañarla una vez muerto el amor. Los de Borja no los sacarían de allí ni los puñeteros cazafantasmas. Seguro que acabaría antes mudándose.

Llegó la primera al Hospital para Peluches con la intención de pasar un rato con sus animales. En cuanto se sentó en su despacho, Garbanzo se subió a su regazo buscando mimos. Aquel gato contorsionista era el que más parecía disfrutar de su compañía y a ella le encantaba el modo tan gracioso en que se retorció para acomodarse antes de dormir. Patito entró con su paso elegante y con un salto silencioso y ágil, se subió a la mesa para recibir sus buenos días.

Manolo gritaba *castración*. Le hizo gracia. A pesar de no haber ningún hombre cerca pareció averiguar su estado de ánimo. Margarita, como siempre, ni se inmutó. Seguía sin verle la gracia a tener un lagarto como mascota.

Cuando escuchó la puerta abrirse se tensó.

Beca pasó por delante del despacho y se quedó parada cuando la vio. Estaba claro que no la esperaba.

—Hola...

—¿Ya has venido? —preguntó Beca con normalidad.

—Sí. Este es mi sueño, no podía dejarlo por nada. Y ya me encuentro mejor.

—Entiendo. Tienes razón. Deberías centrarte en el trabajo. Dicen que eso ayuda a superar los engaños amorosos —comentó la rubia.

Laura tragó saliva antes de preguntar.

—¿Lo hiciste? ¿Le enseñaste tú a Borja esas fotos? —la interrogó mirándola a los ojos.

—No sé de qué me hablas. ¿Cómo tendría yo fotos tuyas de ningún tipo? —dijo Beca, poniendo cara de total inocencia.

—Es verdad, lo siento. Voy a ponerme a trabajar enseguida. Gigi y su dueña tienen que estar a punto de llegar para la ecografía.

Beca sonrió y se encaminó al pequeño vestuario, dejando a Laura sola.

La pelirroja se levantó y dejó a Garbanzo sobre su silla. El animalillo no tardó en acomodarse en una de sus extrañas posturas de contorsionista.

El día transcurrió de manera extraña. No habló con ninguna de las personas que trabajaban con ella, solo con los pacientes y sus dueños. Los animales eran los únicos que parecían traer de vuelta a la chica de siempre, el resto del tiempo parecía una cáscara sin vida. Esperaba que, en unos días, aquello acabara pasando.

Capítulo 24

Darío abrió la puerta del Eros para que Izar pasara delante. Era sábado y la pareja iba a disfrutar de una noche a solas tras dejar al pequeño en buenas manos, las de Laura. O al menos eso esperaban. A los dos se les veía muy ilusionados con la idea de pasar la noche juntos y el editor pensaba que era porque en el fondo, ella era más infantil aún que su hijo.

Miró la espalda de su mujer al pasar, recreándose en la visión de su trasero prieto y respingón. Daba lo mismo las veces que la viera o la disfrutara. Siempre quería más y esa noche iba a tomarlo todo de ella.

—¿Quieres que estemos solos en la sala de arriba o prefieres que invitemos a alguien más? — propuso mientras mostraba su tarjeta de socio en la entrada, más por costumbre que por necesidad.

—Depende de quién esté. No tenemos prisa, podemos empezar por tomar una copa tranquilamente y ver qué nos apetece después.

—Eso dalo por hecho. Daremos un vistazo si quieres, pero creo que Iván y Andrea estaban esta noche.

—Es divertido jugar con ellos, son una pareja muy creativa.

—Sí, y sacan lo mejor de ti... —admitió Darío tomándola por la cintura para pegarla a él. Besó su cuello sin prisa, disfrutando de la suavidad de su piel.

—¿Solo ellos? —susurró Izar, apoyándose en su firme cuerpo.

—Quiero pensar que yo también colaboro en eso.

—Eres el mejor para mí, aunque seas un pelín quisquilloso.

—No te metas conmigo o te ataré en la cruz de San Andrés y te obligaré a mirar sin que puedas hacer nada.

Izar abrió los ojos apretando la mandíbula.

—No serás capaz...

—No me retes, cervatilla. Soy el lobo feroz...

—Y yo me convertiré en una gata salvaje si sigues así —Izar pellizcó su trasero divertida.

Darío la tomó de la cintura para acompañarla hasta la barra y empezar su noche con una copa. Al cruzar la zona común, donde muchas parejas decidían empezar sus propias fiestas, dos hombres que retozaban con una mujer rubia, llamaron su atención. Lo hizo sobre todo uno de ellos. Conocía bien aquel cuerpo y el modo de moverse. Había compartido mujeres con él muchas veces, incluida a su esposa. De hecho, a Izar solo la compartió con él hasta que Borja empezó una relación en serio con Laura. Y aquella mujer no era la deslenguada.

—Izar, prométeme que no vas a matar a nadie —pidió Darío a su esposa.

—¿Qué pasa? —preguntó ella mientras se llevaba la copa a los labios y sonreía a la camarera dándole las gracias.

—Borja está aquí, y no está solo.

—¡Qué! —exclamó Izar girándose con rapidez. Buscó con la mirada en la dirección que miraba su marido—. Voy a matarlo...

—Te dije que no lo hicieras, al menos no aquí. Hay demasiados testigos.

—Pero ¿lo estás viendo? ¿Cómo puede comportarse de esa forma?

Con un gesto, Borja animó a otro hombre más a unirse a la fiesta. Estaban en una de las camas que parecían separadas de la sala por una cortina de gasa que no ocultaba nada. Muchos de los presentes los observaban, gozando del espectáculo. Otros seguían su ejemplo. Beca estaba disfrutando cómo una loca: tres bocas la devoraban, tres pares de manos recorrían su cuerpo buscando excitarla para que estuviera más que lista para acogerlos a los tres allí, prácticamente en el centro del local, a la vista de todos.

—Cuando lo conocí era justo así. Parecía buscar algo que no encontraba en nada ni en nadie. Creía que ya lo tenía —manifestó el editor.

Izar se centró en la mujer que estaba bajo las caricias de los tres hombres y no daba crédito a lo que veía.

—Sabía que era una zorra. ¿Has visto con quién está? —inquirió furiosa.

—Por cómo lo dices, Beca. Apenas me fijé en ella el día de la inauguración de la clínica —admitió Darío.

—Tendré un radar de zorras traicioneras —gruñó la rubia—. Se pasó la inauguración comiéndose a todos con los ojos. Desde el segundo uno hubo algo que no me gustó y no me equivocaba. Y no me refiero a que no me caiga bien, que también es eso.

—Borja es un gilipollas si ha dejado a Laura por esa mujer. Aquí no voy a hacerlo, pero te aseguro que voy a dejarle bien claras las cosas. Después que haga lo que le salga de los huevos, pero me quedaré muy a gusto —afirmó rotundo su marido.

—Estoy de acuerdo contigo, este no es el lugar de decirle nada, aunque deberías cogerlo de los huevos, Darío. No entiendo su reacción, de verdad —suspiró Izar—. Y yo que deseaba pasar una noche ardiente contigo.

—¿Y quién dice que eso no vaya a pasar? —preguntó el editor, acariciando su cuerpo.

Izar sonrió a su marido.

—¿No crees que antes deberíamos hablar con ese moreno?

—¿Cuál? Solo pídelo.

—Ese —dijo señalando hacia la entrada, a un joven que no era la primera vez que iba—. Creo que podría sustituir a Borja, si nos gusta a ambos.

—Me parece perfecto. Vamos a presentarnos e invitarlo a la sala VIP, así podremos conocernos mejor.

La pareja se acercó al joven: era alto y atlético. Tenía una bonita sonrisa que no dudó en regalarles en cuanto los vio.

—Hola, me llamo Darío y esta es mi mujer. Nos preguntábamos si podríamos invitarte a tomar algo, y tal vez, unirse a nosotros.

El joven clavó la mirada en Izar y le gustó lo que vio.

—Claro, me parece una idea estupenda. Me llamo Jordi.

—Encantado. ¿Vamos a la barra o prefieres que vayamos directamente arriba?

—Arriba, allí nos podremos conocer mejor —respondió el joven. Los tres se encaminaron juntos para pasar una noche llena de placer.

El domingo por la tarde, Beca estaba en su casa, cómodamente tirada en el sofá de su salón con un cigarro en la mano vestida solo con unas braguitas. Repasaba todo lo que había logrado desde aquel tropezón fortuito: se metió de lleno en la vida de una mujer a la que odiaba desde hacía años con la intención de destrozarla y la muy imbécil, ni lo sospechaba. En realidad, nunca lo hizo, ni en el pasado, ni ahora.

Cuando le propuso ser su socia apenas pudo creerlo. Desde ese momento solo hizo que darle vueltas al mejor modo de quitárselo todo y aún, se asombraba de lo sencillo que fue conseguirlo.

La terminó de apartar de sus amigas, esas que al estar casadas tenían menos tiempo para ella, tiempo que se encargó de llenar con su inestimable compañía. Con la ayuda del idiota de Fer y su amigo, la apartó de Borja, un hombre de infarto que merecía estar con una mujer con su clase, no con la bocazas de Laura. Eso salió mucho mejor que lo de apuntarla a las aplicaciones para citas. Drogarla y hacerla posar para aquellas fotos resultó más sencillo que robarle un caramelo a un bebé. Estuvo muy tentada de dejar que Fer se lo pasara bien con ella estando inconsciente, pero no iba a permitir que ningún otro hombre con el que se acostaba tocara a Laura. Ya dejó que Ernesto lo hiciera y, ¿cómo acabó aquello? De pena.

Estaba enamorada de Ernesto desde que lo vio. Sin embargo, el idiota estaba en plena fase rebelde y prefirió salir formalmente con una mujer que cabreara a su madre: Laura. Al principio le llegó a parecer incluso gracioso: ella se acostaba con Ernesto, mientras la pelirroja se creía importante. Y decía bien, la muy tonta no sospechaba que él no la quería ni lo más mínimo, todo era una burla.

Después de unos meses, Beca le pidió que dejara la broma y que rompiera con Laura, que formalizaran su relación. Estaba bien ser la amante durante un tiempo, pero ya se estaba cansando de fingir de cara a la galería. No esperaba que le dijera que estaba empezando a sentir algo por aquella idiota y que no estaba dispuesto a dejarla. Tampoco que le pidiera que se casaran. Aquel afán por joder a su madre estaba llegando demasiado lejos.

Quedaba poco para la boda y no estaba dispuesta a rendirse. Habló con su madre, íntima de Marga. Entre las dos, pero siempre guiadas por ella en la sombra, dejaron claras las cosas a Ernesto: si quería casarse con Laura, adelante, pero se despediría de la empresa familiar y sus más que buenos beneficios económicos. Sin embargo, había un modo de mantener todo aquello y seguir adelante con la boda: cambiar de novia.

Ganó. Fue una pena que Laura no quisiera ir a ver cómo ella era la que se casaba con Ernesto. No pudo decirle entonces que era la que se estuvo follando a su prometido mientras hacía el papel de novia enamorada. Por el modo en que la recibió al cruzársela en Barcelona años después, no sabía que ella fue la afortunada.

Dio una calada al cigarro cuando Fer llegó a su lado y besó su espalda desnuda.

—¿En qué piensas, nena? —le preguntó.

—En lo sencillo que ha sido todo con esa ilusa. Es tan confiada....

—Sí. Ha sido divertido, pero sigo diciendo que tendrías que haber dejado que me divirtiera con ella. Tenía buenas tetas, no tanto como las tuyas, pero no estaban nada mal —comentó el otro.

Eso la enfureció.

—¿Eres más imbécil cada día que pasa o qué? ¿En serio me estás diciendo que teniendo a una mujer como yo sigues pensando que deberías haberte tirado a esa perra, incluso drogada? —le reclamó la otra.

Para dejar claro su punto, Beca se puso de pie para poder mostrar su cuerpo desnudo.

—No he dicho eso. Pero nunca me la ha comido una pelirroja, era una buena oportunidad.

Beca lo miró pasmada.

—Aún no entiendo qué coño he visto en ti o porqué narices sigo aguantándote. Tampoco follas tan bien, por lo que he podido comprobar.

—¿Perdona? —preguntó Fer molesto, levantándose para poder encararla.

—Ya me has oído. Después de probar a Borja, lo tuyo queda en un patético intento. Aunque eso no debería sorprenderme. Todo tú eres un patético intento de hombre que no le llega a mi novio ni a la suela de los zapatos.

—Tú no tienes novio, desgraciada. Solo te estás dejando manosear por mí y por él. Si ese tal

Borja está contigo déjame decirte que es por despecho, por nada más. Acuérdate que estaba con la pelirroja, por mucho que te joda —soltó Fer.

—¿Eso es lo que piensas? Oh, perdona... ¡Tú no piensas! —exclamó la rubia.

—¡Deja ya de burlarte de mí! Me tienes hasta los cojones, Beca. Si te he aguantado estos meses es porque estás buena y te has dejado hacer de todo, pero nada más. Eres una persona despreciable y yo soy como tú por haberte hecho caso con todo esto —dijo el chico, buscando sus pantalones.

Ya era hora de dejarla y seguir adelante él solo. Sería un idiota que se dejaba liar por un buen par de tetas que llegó a pensar en aprovecharse de aquella mujer drogada, pero él nunca se habría planteado hacer algo así si no hubiera sido por ella. Maldita mujer. Era veneno puro.

—¿Qué haces? —preguntó Beca al verlo vestirse.

—Me voy. Se acabó. Ya tienes a tu Borja para que te folle y te compre caprichos —declaró rotundo.

—¡Me estás dejando! De eso nada. Te dejo yo. Lárgate de mi casa.

Fer cogió sus cosas y salió dando un portazo.



Izar tomó aire antes de llamar a la puerta de su amiga. Lo que iba a decirle sabía que le dolería, sin embargo, se lo debía. No solo por su amistad, sino para que abriera los ojos y viera la clase de víbora que era esa zorra a la que llamaba amiga. Así que llamó al timbre y esperó, pero no demasiado. Enseguida Laura abrió la puerta del *loft* para recibirla con cara de sorpresa.

—Izar. ¿Qué haces tú por aquí? —preguntó la pelirroja.

—¿Puedo pasar? —dijo la escritora. alzando una ceja.

—Claro. Acabo de hacer café, ¿quieres?

—Sí —Izar la siguió y se sentó apoyando las manos en la barra.

Laura puso dos tazas en la barra americana y se sentó frente a su amiga. Parecía nerviosa y no era normal aquella visita. Algo pasaba.

—Dime, qué ocurre —pidió Laura.

—Es que no sé cómo empezar, ni tampoco sé cómo adornarlo para que no sea tan fuerte el golpe —comentó Laura.

Laura suspiró.

—Has hablado con Borja y te ha dicho que no quiere volver a verme, ¿es eso? —dijo con un nudo en el estómago.

—No, de eso se encargará Darío. A mí no me deja hacerlo, dice que no se fía de mí —sonrió su amiga de medio lado—. Es... que lo vi en el Eros.

Laura se tensó al escuchar aquello.

—Eso... Eso puede no ser nada... —susurró más para ella que para Izar.

—Lo vi haciendo un trío con esa zorra, Laura. Borja estaba con Beca en el Eros y no me gustó nada lo que vi —declaró la escritora.

Laura palideció. Se sujetó al granito de la mesa para no caer al suelo, aquello no era verdad. No. Se negaba.

—Debiste ver mal. Beca no se iría con Borja.

—¿Te diría esto si no estuviera segura? Te juro que me gustaría partirla la cara a ese capullo —replicó Izar.

—Solo hace una semana y ya se ha ido con otra mujer —murmuró Laura.

—Bueno, fue en el Eros, ya sabes que es asiduo, pero sí. No puedo negar lo que vi.

—No quiero que hables con él. Me refiero a sobre lo que ha pasado entre nosotros —dijo Laura muy seria—. Si ha empezado a verse con alguien más tan pronto, lo nuestro no era tan importante, ¿me harás ese favor?

—Pero... Yo creo que sí que le importabas. Quizás si Darío habla con él recapacite de lo que ha hecho.

—Izar, por favor. Sé que me quieres y a él, sin embargo, creo que no va a funcionar. ¡Se está tirando a mi amiga!

—Laura, es que pienso que hay algo más, no sé, conozco a Borja y el que vi en el Eros, no era él. Y deja de llamar amiga a esa zorra sin alma —le rebatió la escritora.

—No digas eso —dijo sin mucha convicción.

Izar la miró pasmada.

—¿La estás defendiendo? —inquirió.

—No... Sí... ¡No lo sé! Izar, ya no sé qué hacer. La veo a diario, trabajo con ella. ¿Cómo voy a mirarla mañana a la cara sabiendo que se acuesta con el hombre del que yo estoy enamorada?

Según lo dijo se quedó helada. Acababa de reconocer en voz alta lo que llevaba mucho tiempo negándose a sí misma y al mundo. Y tenía que hacerlo cuando ya no servía de nada.

—Dios mío... —susurró Izar—. Tienes que despedirla y recuperar lo que es tuyo. Porque Borja es solo tuyo, Laura.

—Es mi socia, no puedo despedirla —admitió con derrota.

—Joder, ¿en qué cojones pensabas?

—En que estaba sola, vosotras teníais a vuestros maridos, al pequeñín... Y yo solo a mis animales. Me encontré con mi mejor amiga de una época pasada, una que fue una mierda: cuando estaba con Ernesto. Pensé que era una señal. Ella buscaba trabajo, yo a otro veterinario. No se me ocurrió nada mejor.

Izar suspiró con derrota.

—Siento ser tan dura, pero desde el primer momento en que la vi no me cayó bien. No sé qué hacer para ayudarte —comentó Izar.

—No te preocupes, estoy segura de que no queréis que me tire por la ventana, aunque no sé qué hacer. Creo que tengo que alejarme, sin embargo, lo pienso y se me retuerce el estómago. Apenas duermo, me siento agotada.

—Claro que me preocupo, eres mi amiga. Lo primero que tienes que hacer es descansar y lo segundo te diría que trabajar, pero no sé si será buena idea.

—Garbanzo se estresa si no me ve —bromeó Laura.

—Entonces hazlo por él —sonrió la escritora.

—Izar, de verdad que agradezco todo lo que habéis hecho por mí en todo este tiempo.

—Y el que queda —le recordó Izar terminándose el café.

—Os quiero, pero si repites eso, lo negaré.

—Está bien —dijo ella levantando las manos—. Prométeme que nos llamarás si algo va mal.

—Prometido.

Izar se levantó, abrazó a su amiga susurrándole que, aunque estuvieran casadas, siempre estarían para ella y le dio un beso en la mejilla. Acto seguido se marchó no muy segura de que estuviera bien.



Laura miró el regalo que tenía entre las manos. Era para Ethan en su primer cumpleaños. También había comprado una tontería para Darío: una corbata con gatos sonrientes. Le hizo gracia porque a él, con su eterna sonrisa, lo comparaba con el gato de Alicia en el País de las

Maravillas. Esperaba que no la estrangulara con ella cuando la viera.

Estaba delante de la puerta del dúplex, plantada sin saber qué hacer. A través de la puerta se escuchaba el bullicio de la gente dentro. Izar y él la habían invitado para celebrar el cumpleaños, tanto del padre como del hijo, que, casualidades de la vida, cumplían años el mismo día. Como ella y Agnes. Su amiga también estaría, al igual que Elena. Y un montón de amigos del editor a los que ni conocía. Eso le podría ir bien, pero estaba segura de que a uno de sus amigos sí lo conocía, incluso en el sentido bíblico de la palabra, y estaría allí. Y por él, porque temía verlo de nuevo, estaba allí plantada dudando entre tocar el timbre y entrar, o salir corriendo, abandonando los regalos en el felpudo.

Finalmente optó por esperar. Ni Darío ni su adorado enano se merecían que los ignorase por culpa de un cafre como Borja. Ella quería mucho a sus amigas, eran su familia, y le gustara o no, Borja formaba parte de la familia de Izar, de manera que no iba a librarse de él tanto como le gustaría. Debía empezar a asumir que lo suyo terminó. Entraría con toda la dignidad del mundo y fingiría que no existía. Que fuera él quien se marchara llegado el caso.

Con todo ese valor que se obligó a sentir, llamó a la puerta. Izar abrió y la abrazó al verla.

—Pensaba que ya no vendrías, siempre eres una de las primeras en llegar —comentó la escritora.

—Créeme que me ha costado lo mío decidirme. He estado a punto de irme, pero tenía que amargarle la noche a alguien y estabais los primeros en la lista —bromeó Laura.

—Anda pasa, Darío está dentro con Ethan y los demás —dijo su amiga, dejándola entrar al dúplex.

Al verla tan relajada, pensó que todo iría bien y que podría pasar una velada entre amigos. Sin embargo, cuando vio a Elena y a Agnes, las expresiones que mostraban no eran muy felices.

—Hola, chicas. Yo también me alegro de veros, enfurruñadas.

—No les hagais caso, ya sabes cómo se toman los asuntos de hombres —susurró Izar en su oído.

—No estamos enfurruñadas —protestó Agnes abrazándola un poco más fuerte de lo normal.

—Pues lo disimuláis de pena. ¿Estáis así porque no hay helado de chocolate? Porque si es eso, os apoyo —soltó la pelirroja.

Izar les hizo señas para que se comportaran, pero sus esfuerzos fueron en vano cuando Borja escogió ese instante para entrar en el salón acompañado de Beca. Él conocía ese culo respingón a la perfección. Lo reconoció en cuanto lo vio y no podía creer que hubiera tenido la desfachatez de presentarse allí como si nada. Clavó los ojos en Laura y un estremecimiento le contrajo el corazón. Por mucho que le doliera, seguía siendo la mujer más bonita que había visto.

—Ahora ya estamos todos —dijo con voz sombría.

Se negaba a que esa mujer le afectara de forma tan visceral, ¡joder! Le había arrancado el corazón del pecho y era poner sus ojos en ella y deseársela con tanta intensidad que asustaba.

Aquella voz... Laura sintió cómo se le retorcieron las tripas, le ardían. Al verlo, el resto del mundo desapareció y solo pudo reflejar dolor y anhelo al mirarlo. Quería ir hasta él, besarlo después de darle otro bofetón por haberla abandonado, pero entonces se percató de que no estaba solo. Del brazo llevaba a una mujer, y no una cualquiera: Beca. La muy zorra sonreía con una maldad que Laura se estuvo negando a creer hasta ese momento.

—Buenas noches, veo que Izar ha contratado un payaso para el cumpleaños de Ethan —comentó Laura.

—Sí, solo te falta la nariz roja, pelirroja —sonrió con desdén Borja.

—No vuelvas a llamarme así —replicó ella apretando los dientes.

Borja ladeó la cabeza.

—Es la costumbre, espero sacármela pronto. Creí que vendrías acompañada de tu amante.

Eso fue como una patada en el estómago. Le daban ganas de saltar encima de él, patearle los huevos y después fregar el dúplex con Beca, pero no podía hacerlo, no por él, sino por Izar, Darío y Ethan. Respiró hondo para calmarse.

—Y yo que tenías suficiente cerebro como para no traer a la tuya —soltó Laura.

—Bueno —dijo palmeándole el culo a Beca—, ella me lo suplicó de esa forma suya tan persuasiva y no pude decirle que no.

—Creo que voy a vomitar —comentó Elena a espaldas de Laura.

Izar no daba crédito a la conducta de Borja. Ese no era él y con su mirada buscó a su marido. Sandro sujetó a Elena de la cintura para darle su apoyo, mientras la besaba en la cabeza.

—Es suficiente, estamos en casa de Izar y hoy es el cumpleaños de ambos, así que tengamos la fiesta en paz —gruñó Agnes.

—Sí, tendremos la fiesta en paz —dijo Laura—. Toma, Izar. Esto es para los chicos del cumpleaños. Dales un beso de mi parte, yo tengo que irme ya.

—No vas a irte, eres su madrina. —Izar sujetó a Laura del brazo—. Pasa de ellos.

—Te lo agradezco, de verdad, pero creo que es mejor que me vaya. El próximo finde, si quieres, me lo quedo otra vez y me lo llevo a una piscina de bolas para celebrarlo juntos, pero hoy no. No puedo, Izar, no puedo.

Miró por encima del hombro de su amiga y los vio otra vez, tan juntos, tan felices. Aquello no parecía un polvo del Eros y después si te he visto no me acuerdo, como se estuvo diciendo desde la visita del Izar, aquello era algo más y solo hacía que reforzar su idea de que ella no significó nada para Borja si la había sustituido en apenas unos días.

Se encaminó hacia la puerta del piso para irse sin esperar más.

Izar no pudo detenerla. Se quedó apoyada en la puerta sintiéndose culpable. No debería haberla invitado a la fiesta.

Borja clavó su mirada sombría en la puerta, mientras respiraba con fatiga. No esperaba que la pelirroja se marchara de la fiesta y eso lo hizo sentir vacío. Quería odiarla con todas sus fuerzas, pero no podía y estaba convencido de que jamás podría. De una cosa estaba seguro: si Laura se hubiera presentado con un tío a su lado, no habría podido controlarse. Seguía siendo un completo idiota por mantener la mínima esperanza de encontrar el amor.

Darío había estado observando la escena sin decir nada. Le dijo a su mujer un par de días antes que no montaría un escándalo en el Eros, pero aquella era su casa y podía hacer lo que le diera la real gana. En el momento en el que vio entrar a Laura, cosa que llevaba un rato esperando, supo que no tenía que perder de vista al gilipollas de su amigo Borjamari. Sí, con el modo en que se portaba merecía que lo llamara así.

No se equivocó en su suposición: en el instante en que la pelirroja entró, Borja tensó su postura. La estuvo siguiendo con la mirada de manera disimulada. Sin embargo, eso no era lo importante, lo era el dolor y la necesidad de ella que dejaba ver su mirada. Estaba claro que lo que sentía por ella no era algo pasajero, un capricho de un par de noches de placer en el Eros o fuera de él, como sí era la rubia que iba pegada a él como una sanguijuela.

Vio salir a la veterinaria destrozada y como Borja se quedaba en el mismo estado en el salón, de modo que vio clara la oportunidad. Apoyó la mano en el hombro de su amigo para llamar su atención.

—Borja. ¿Tienes un minuto? Necesito comentarte un pequeño problema que tengo en la oficina.

—Claro —Borja se disculpó con Beca y siguió a Darío hacia el despacho.

Darío cerró la puerta tras él y se plantó delante de su amigo con las manos en los bolsillos. Lo miró como si no lo conociera.

—Tu eres gilipollas, ¿verdad? —preguntó a bocajarro.

Borja frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Que eres gilipollas. ¿Se puede saber en qué piensas? —demandó el editor.

—En no hacer una escena —gruñó el moreno.

—Lo de la escena es lo que menos me preocupa. Lo que de verdad me preocupa, es que dejaras a una mujer como Laura por esa arpía.

Borja se frotó el puente de la nariz abatido.

—No soy yo quien ha puesto fin a la relación, Darío.

—Tenía entendido que fuiste tú el que se presentó en la clínica para hacerlo. Al menos, eso es lo que Laura les contó a las chicas. Y después Izar me lo contó a mí.

—Pues se olvidó un pequeño gran detalle, amigo mío: enseñarte las fotos de Laura desnuda con un hombre y no era en el Eros —replicó Borja.

—No, no se le olvidó a Izar comentarme eso. Pero, ¿sabes los detalles sobre esas fotos?

—¿Detalles? ¿Qué cojones crees que debo ver más? Era ella, ya me aseguré. Hice venir a un amigo experto en fotografía y me verificó que eran reales. Nada de retoques digitales. Le di el beneficio de la duda al llamar a un experto en fotografía, estaba convencido de que eran falsas. ¿Cómo crees qué me sentí al verificar que eran reales?

—Como un idiota que no se dignó en escuchar a su novia. De hacerlo, te habría contado que sí, que era ella, pero que la drogaron. Y antes de que lo digas —le advirtió levantando una mano para hacerlo callar—, no es una excusa por su parte. Fue algo que dedujo Agnes, que ya sufrió eso mismo cuando estuvo en Madrid. Si le preguntas, te dirá que no recuerda nada en absoluto de aquella noche después de brindar con Beca. Izar sospecha que fue su socia, tu nueva chica, quien la drogó. Al fin y al cabo, ella te mostró las fotos que provocaron que la dejaras y es quien te consuela, ¿verdad? —expuso Darío.

Borja tuvo que apoyarse en la mesa, eso no podía ser cierto, no podía haber caído con un truco tan burdo... Imposible.

—No puede ser, esta vez no eres imparcial amigo. ¿Qué hubieras hecho tú en mí caso? —le preguntó.

—Cabrearme, renegar... Pero la diferencia es que yo estoy enamorado de Izar y no la dejaría marchar, no así como así. Imagino que no es tu caso y por eso te da igual.

—No sientas por mí, ¿quieres? Te recuerdo que tú ya la abandonaste —gruñó Borja fijando la mirada helada en su amigo.

—Pero, volví a por ella —afirmó rotundo Darío.

—Es cierto, aunque la diferencia está en que ella no te engañó con otro.

Darío dio un paso al frente, pegándose más a él.

—¿Y si Laura no te hubiera engañado? ¿Y si esa mujer a la que te estás tirando de verdad la hubiera drogado y te hubiera manipulado para que la dejaras? ¿Volverías a por ella? Piénsalo porque algo me dice que no deberías dejarlo pasar mucho tiempo. Esa pelirroja tiene demasiado carácter y puede que para cuando te des cuenta de la cagada que has hecho, ella no quiera escuchar tus disculpas —manifestó Darío mirándolo a los ojos.

Después de eso, salió del despacho dejando a Borja solo. Este apoyó las palmas de las manos en la mesa y cerró los ojos durante un breve instante. Darío lo había golpeado bien con sus palabras. El cabronazo tenía ese don, igual que su hermano. Eran las dos personas que podían

sacudirlo sin rozarlo siquiera. Las dudas surgieron, y con ellas un dolor desgarrador dentro de su pecho.

Alzó la mirada y se encontró una foto de Laura con Ethan en brazos. Verla tan sonriente y feliz hizo que su corazón se encogiera. Necesitaba pensar en todo y, sobre todo, desconectar.

—Menudo cabronazo estás hecho, Darío... —murmuró para sí mismo.

Capítulo 25

A la mañana siguiente, Laura entró en la clínica con un nudo en el estómago. No había dormido tras lo ocurrido en el cumpleaños.

Ya nadie le quitaba de la cabeza la idea de que Beca la había drogado y, que el tipo de la foto era uno de aquellos dos que se acercaron a ellas para tratar de ligar. Así que, con todo eso, ¿cómo iba a encarar a su socia?

Entró y fue directa a su oficina, no tenía la menor intención de cruzarse con ella. Sin embargo, Beca tenía otros planes. El momento de esconderse ya acabó, tras la fiestecita en casa de Izar quedó bien claro que ahora ella era la novia de Borja, y Laura ya no era nada. Entró con paso alegre al despacho sin llamar a la puerta.

—¡Muy buenos días! Hoy me siento tan feliz que tengo que contártelo —dijo la rubia sin darle tiempo a decir nada—. He pasado todo el fin de semana con Borja y tengo que decirte que estar con él en el Eros es lo más de lo más. No sabía que hacer tríos o cuartetos fuera tan excitante. Pero, lo mejor fue cuando me invitó a su casa para poder seguir con nuestra maratón de sexo. Es una pena que dejaras que se te escapara por tirarte a un don nadie...

Laura la miró sin dar crédito a lo que le decía.

—Eres una zorra.

—Qué va querida, solo soy mucho mejor que tú. Suerte que Borja se ha dado cuenta a tiempo —replicó la rubia con soberbia.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú le enseñaste esas fotos falsas —la acusó.

Beca se hizo la sorprendida.

—¿Yo? —preguntó Beca llevándose una mano al pecho, con una gran actuación de indignación.

—Sí, tú. Esa noche la pasé contigo. Me negaba a creerlo hasta ayer, pero lo hiciste. Me drogaste y me hiciste esas fotos... ¿Por qué? ¿Solo por acostarte con Borja? —inquirió Laura sin entender nada.

—Vaya, no creo que tú solita hayas deducido todo eso, seguro que las zorras de tus amigas, te lo han metido en la cabeza. ¿No es así?

—Ni se te ocurra hablar así de ellas. La única que ha demostrado ser una zorra eres tú —le escupió la pelirroja.

Beca sonrió con maldad.

—Sí, seguro que fueron ellas. Sobre todo, la morena. Ya me miraba mal en la comida que tuvimos —suspiró—. En fin, me has pillado. Sí, fui yo —confesó risueña.

Laura la miró como si no la conociera. Empezaba a pensar que era así.

—¿Por qué?

—Porque no te soporto, eres una llorica y siempre lo has sido. No te soporto ahora y no te soportaba antes. No fue difícil quitarte a Ernesto y tampoco lo ha sido quitarte a Borja —soltó Beca.

Laura no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Qué tiene que ver Ernesto en esto?

—Despierta, querida. Fui yo quien lo convenció de que te dejara plantada en el altar, fue muy

divertido verte la cara.

—No... Fue su madre la que lo hizo...

—Te equivocas, fui yo. Mi madre era esa amiga tan íntima a quien Marga escuchó para que hablara con Ernesto. La idea fue mía, claro, pero ellas hicieron el trabajo sucio. ¿Con quién te crees que se fue después de dejarte? —le preguntó con retintín.

—Con su mujer...

—Cierto. Su mujer, pero no te quedaste a la boda para ver cómo nos dábamos el sí quiero.

Laura se sujetó a la mesa para no caerse de culo. Si lo que acababa de decir era cierto... ¿Ernesto se casó con Beca?

—No puede ser. ¿Tú eres su mujer? ¿Me dejó por ti? Creía que éramos amigas... —exclamó Laura.

—Oh, pero que ilusa eres. Ernesto estaba conmigo antes que contigo. Nos acostábamos, pero le pillaste en una fase tonta y empezó a salir contigo solo por joder a Marga. No me dejó. Seguimos follando a escondidas mientras a ti te paseaba por todas partes para enfurecer a su madre. Por eso fue tan fácil conseguir que ella os separara. Le dio a elegir entre tú y su dinero. Y me eligió a mí. ¡A mi antes que a ti!

Aquello era una broma. La cámara oculta estaría en alguna parte. Debió ser fácil ponerla durante la obra. En cualquier momento alguien entraría con un enorme ramo de flores gritando: ¡Inocente!... ¿Por qué tardaba tanto en entrar el maldito ramo? ¿Ernesto se acostaba con Beca mientras le juraba que la amaba? Y Beca, ¿lo convenció para que la dejara por dinero? Algo dentro de ella se rompió. Aquella maldita mujer no hacía más que interponerse en su vida, en sus relaciones y ya se estaba cansando de ser la chica buena.

—Entonces, no entiendo nada, te quedaste con él, ¿por qué has hecho esto? —preguntó Laura enderezándose con dignidad.

—¡Porque el muy imbécil seguía prefiriéndote a ti! Durante todo nuestro matrimonio no fue capaz de olvidarte. Le encantaba regodearse en la miseria recordándote, pensando en que te dejó por un puñado de monedas. Aún lo hace. Me compara contigo y lo odio. ¡Incluso pretendió que me tiñera de pelirroja! Y más de una vez me llamó por tu nombre mientras estábamos en la cama. Yo soy mil veces mejor que tú y aun así, el muy cabrón, me ha pedido el divorcio por tu culpa, porque dice que te quiere. Por eso te lo he quitado todo. Y volvería a hacerlo una y mil veces más.

Laura se acercó a la que consideraba su amiga y le dio un bofetón.

—¡Serás zorra! —clamó.

Beca gritó y se lanzó a por ella tirándole de los pelos. Laura no se amilanó. Toda la tensión y la rabia por lo ocurrido con Borja, y de lo que acaba de descubrir, salieron. Levantó la rodilla para golpearla, al tiempo que trataba de soltarse de su agarre.

Beca intentaba cubrirse de esa loca poseída cuando la auxiliar, al escuchar el ruido de los golpes y los gritos, entró en el despacho.

—¡Por el amor de Dios! ¡Dejad de pegaros! —vociferó colocándose en medio para separarlas.

Laura, antes de apartarse, lanzó un gancho de derecha que alcanzó a su socia en plena cara.

—¡Déjame que le dé lo que se merece! —pidió rabiosa.

—¡Para! ¿Te has vuelto loca? —gritó Marina tratando de aplacarla.

—¡Claro qué está loca! ¡Te voy a denunciar! —afirmó Beca a voz en grito.

—Sal de mi vista antes de que... de que... —bufó Laura.

No fue capaz de terminar la frase. Laura perdió la consciencia y cayó sobre Marina, la auxiliar, que no perdió el tiempo. La sujetó y enseguida cogió su móvil para llamar a emergencias. Antes de marcar, se encaró con Beca.

—¡Lárgate de aquí! —le ordenó.

Beca las miró con desprecio y se marchó del despacho.

—Esto no va a quedar así. Diselo a la llorica cuando despierte.

Marina no respondió. No le iba a dar más dolores de cabeza a su jefa. Solo la sujetó entre sus brazos esperando la ambulancia.

Horas más tarde, Laura sacó el móvil del bolso, pero estaba sin batería. Suspiró por su pésima suerte. Pidió en la recepción que le permitieran llamar a uno de los números que recordaba de cabeza. En momentos como aquel agradecía sus manías. Marcó el número de Agnes. Marina se había marchado a casa, ella la obligó hacia ya unas horas.

Agnes que estaba sobre el regazo de Óscar alcanzó su móvil resoplando.

—¡Quién me llamará ahora! —inquirió en voz alta.

—¿Agnes? —preguntó la voz en la línea.

—¿Laura? ¿Por qué no me sale tú número? —la interrogó extrañada.

—Porque mi móvil está sin batería, es un teléfono prestado. Necesito un favor.

—Lo que sea.

—Gracias, pero primero necesito que me prometas que esto quedará solo entre tú y yo. No se lo digas a las demás —le pidió la veterinaria.

—Ahora me estás asustando.

—No es nada, es solo que no quiero que se preocupen por nada. ¿Puedes venir a buscarme al hospital?

—¡Al hospital! Claro, voy ahora, no te muevas, voy enseguida... —Agnes colgó y miró a su esposo nerviosa—. Dame las llaves del coche, voy a buscar a Laura al hospital.

—¿Está bien? —exclamó Óscar dando un respingo—. ¿Quieres que vaya contigo?

—No lo sé y sí, mejor que conduzcas tú. Espero que no le haya pasado nada malo...

—Es demasiado cabezota para que le pase nada, seguro que está bien —apuntó Óscar besándola en los labios, tratando de tranquilizar a su esposa.

Minutos después, paraban en la zona reservada para ambulancias haciéndole gestos a Laura para que se diera prisa y subiera al coche.

—Hola, chicos. Gracias por venir a buscarme —los saludó cansada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Agnes preocupada, mientras Óscar se incorporaba al tráfico.

—Sí, solo agotada o eso dicen los médicos.

—Puedes hablar con libertad, Óscar no dirá nada.

—Sufro de amnesia —bromeó el músico.

—Para lo que te interesa —replicó Agnes, guiñándole un ojo.

—Está bien. Pero, si los dos me prometéis que no saldrá ni una palabra de este coche.

—Prometido —dijeron ambos a la vez.

Laura suspiró y se acomodó en el asiento trasero. No se veía capaz de decir aquello mirándola a los ojos, así que se dedicó a mirar por la ventana, mientras hablaba.

—Teníais razón con Beca. Ella me drogó, hizo las fotos y se las enseñó a Borja. Al parecer quería vengarse porque Ernesto estaba enamorado de mí. O aún lo está, según ella. Al principio eran amantes y resultó que fue con ella con quien se casó después de dejarme tirada como una colilla. No sé cómo encajar nada de esto... Cuando me lo dijo le pegué. Marina dice que estaba fuera de mí, temblando. Me desmayé. Los médicos han dicho que ha sido una crisis de ansiedad.

Agnes se giró y la miró a los ojos sonriendo.

—Dime que le dejaste un ojo morado.

—No lo sé. Creo que le di en la cara, aunque no estoy segura.

—Siento haber tenido razón, pero no me gustaba, se lo dije a Óscar el mismo día que la conocimos.

—Cierto, y me lo ha repetido desde entonces. No te preocupes, Laura. No vamos a dejarte sola —afirmó el exmúsico.

—Gracias, chicos. Lo único que siento es no haberme dado cuenta antes.

—Lo principal es que lo has hecho —dijo Agnes, volviéndose en su asiento para mirarla.

—Sí, tarde, pero lo he hecho. Solo quiero volver a mi vida normal.

—Lo harás. ¿Qué vas hacer con la empresa?

—Echarla. El hospital es mi sueño y eso sí, que no voy a dejar que me lo quite. Quiso apartaros también a vosotras, pero sois como el moho, no hay manera de librarse —bromeó Laura —. De todos modos, tenía que darme una cantidad de dinero para entrar en la sociedad y no lo ha hecho, así que supongo que no será difícil deshacerme de ella.

—Hazlo pronto, a saber, qué trama esa zorra —gruñó Agnes.

—Llamaré a mi abogado lo antes posible.

—Laura, si necesitas dinero, el que sea, cuenta con nosotros. No te preocupes por nada, ¿Ok?

—se ofreció Agnes, respaldada por un cabeceo de asentimiento por parte de Óscar.

—No seas tonta, podré con esto. Solo necesito descansar como ha dicho el médico.

—Insisto, que te conozco. Si necesitas dinero, o lo que sea, pídelo —comentó la excamarera.

—Está bien, si con eso logro que te calles y no digas nada de esto, lo haré.

Agnes miró a su marido enfurruñada.

—¿Y esto es tener amigas?

—Ni idea, yo solo tengo amigos —replicó Óscar.

—No me ayudas, amor —resopló la otra.

—Seamos sinceros, Agnes. Nada de lo que te diga valdrá para ella.

Agnes se cruzó de brazos y fijó la vista en la carretera, con ese par no sacaría nada en claro.



Al día siguiente, Agnes con la ayuda de Óscar preparó una estupenda cena para las otras dos parejas. No invitaron a Laura, lo que les tenía que decir era a causa de ella. La mesa estaba servida y solo faltaba que llegaran sus amigos.

—Espero que les guste el menú —dijo Agnes sonriendo.

—Seguro que sí. Cocinas muy bien. Y mi tortilla de patatas es la mejor del barrio.

—Tu tortilla de patatas es la mejor del mundo —afirmó ella, acercándose a su marido para besarle en los labios. En ese instante sonó el timbre.

—Ya están aquí. ¿Estás segura de esto? —se interesó Óscar.

—Sí, deben saberlo. Laura hizo mucho por mí. Gracias a ella estoy contigo.

—Lo sé, yo también se lo debo. Iré a abrir.

Agnes asintió, mientras abría la nevera para sacar las bebidas.

Tras los saludos iniciales, Elena e Izar fueron directas a por Agnes.

—Sabes que me encanta reunirnos, pero esto huele raro y no me refiero a la comida —dijo Elena.

—Oye, morenita, yo no soy Izar —respondió Agnes ofendida.

—Estoy presente, cabronas —resopló la aludida.

—Venga, que ya he dejado claro que no es la comida, ¿por qué nos hemos reunido a comer los seis un día entre semana y sin Laura? —insistió Elena.

—Porque tengo algo que deciros. Primero coger unas cervezas las acabo de sacar de la nevera. Elena, tú tienes sin alcohol.

La embarazada sonrió agradecida. Ella también tenía una noticia que darles, pero le podía la curiosidad y quería saber primero el motivo de la reunión. En cuanto tuvieron las cervezas, los seis se sentaron a la mesa.

—Bueno os lo voy a soltar ya, no sea que a Elena le dé algo. Sé lo cotilla que es —sonrió Agnes—. Ayer me llamó Laura desde el hospital para que la recogiera. Me pidió que no os dijera nada, pero dadas las circunstancias, creo que lo debéis saber. Resulta que se peleó con esa zorra en la clínica porque la muy puta admitió que la drogó y le hizo las fotos. Sin embargo, no es solo eso, le dijo que además era la amante de Ernesto cuando estaban juntos. Y lo peor de todo, fue con ella con quien se casó. Así que no es de ahora que la está puteando, sino que es desde siempre —soltó el bombazo informativo la excamarera.

Izar se quedó pasmada al escuchar a Agnes.

—Espera, espera, espera —pidió Elena levantando las manos—. ¿Me estás diciendo que esa tipa es la que se casó con Ernesto cuando dejó plantada a Laura y aun así la putea?

—Sí —respondió Agnes—. Al parecer se están divorciando porque el muy cretino echa de menos a Laura. No le ha sentado bien la noticia del zorrón —apuntó con sorna.

—¡Menuda arpía! —gruñó Izar—. ¿Y ahora qué podemos hacer? Esa perra tendrá que pagar lo que le está haciendo a Laura, ¿no?

—Claro que tendrá que pagar. Si contratamos un sicario, puedo hablar con Héctor y que haga la vista gorda.

Sandro la miró pasmado.

—Nena, ¿desde cuándo eres tan sanguinaria? —le preguntó a su mujer.

—No soy yo, son las hormonas... —dijo ella como excusa.

—Reconoce que tu lado oscuro está saliendo —comentó Izar riendo.

Sandro la sujetó de la nuca y tiró de ella para besarla dulcemente.

—Yo te quiero igual.

Elena respondió al beso de su marido y, sin mirar a Izar, le levantó el dedo corazón como respuesta.

Izar abrió y cerró la boca.

—¿Has visto lo qué me ha hecho? —se quejó a su esposo.

Agnes trataba de aguantarse la risa como podía.

—Creo que la pequeña Elena se hace mayor, cariño —respondió Darío sin disimular su diversión, a pesar de lo grave del asunto que los llevó allí.

Izar resopló.

—La perdono porque está preñada, que si no...

Agnes se tapó la boca con la servilleta intentando disimular.

—El caso es, aparte de las ansias asesinas de Elena, que Laura acabó en el hospital con un ataque de ansiedad por culpa de esa mujer y ella no quería decíroslo —intervino Óscar.

—Ya sabéis cómo es Laura, pero esta vez yo lo vi grave. Esa mujer debe de estar lejos de ella, me tiene preocupada —manifestó Agnes poniéndose seria.

—¿Dijo Laura si la ha echado de allí? Trabajan juntas. Supongo que no tendrá las narices de presentarse en la clínica...

—Comentó que lo haría y que hablaría con su abogado. Nosotros nos ofrecimos ayudarla si necesitaba dinero para deshacerse de ella o bien para aguantar con el hospital. Al parecer, la víbora venenosa no ha pagado su parte de la inversión. Vamos, que nos ofrecimos a cualquier cosa

—respondió Agnes.

—Se supone que no lo sabemos, pero seguro que puedes incluirnos en el ofrecimiento —dijo Elena mirando a su marido con súplica a los ojos.

Sandro asintió con la cabeza.

—Tendrá la ayuda que necesite —convino este sonriendo a su mujer.

—Nosotros también entramos en ese ofrecimiento. Por cómo hablaba de ese lugar durante la inauguración, es muy importante para ella. Verdad, ¿Izar? —intervino Darío.

—Sí que lo es, era su sueño —respondió Izar.

—Pobre Laura... Beca ha logrado quitarle a los dos hombres que ha querido. No sé si después de esto lograremos que salga con alguien —observó Elena apoyándose en Sandro—. Ha sido tan cruel con ella...

Sandro la abrazó contra su cuerpo besando su sien.

—Puede que no esté todo perdido —dijo Izar—. Sé lo que ella siente por Borja y es recíproco. Creo que, sacando a la perra de su vida, esto puede tener un final feliz —comentó la rubia.

—Solo espero que Borja entre en razón. En mí cumpleaños le dije lo que había ocurrido con Beca, pero aún no ha movido ficha. No sé si lo hará —declaró Darío poco convencido.

—Conociéndolo, puede estar pensando en qué hacer. No debe ser fácil tampoco para él. Aunque parece que todos los hombres la cagáis siempre de alguna forma —suspiró Izar.

—Lo llevamos en los genes —dijo su marido.

—Ya te digo que sí —afirmó Agnes.

Los seis rieron ante la realidad que en sus relaciones ellos, en un momento u otro, habían metido la pata hasta el fondo, pero al final, todo acabó bien. Esperaban que con Laura pasara lo mismo.

Elena levantó su cerveza sin alcohol y habló:

—Me gustaría hacer un anuncio. Como sabéis, y cada vez es más obvio, Sandro y yo seremos papás este verano. Aún no sabemos si será niño o niña. Lo que sí sabemos es que serán dos —manifestó con una gran sonrisa en la cara.

Agnes e Izar pegaron un grito de alegría y ambas se levantaron a la vez para abrazar y besar a su amiga.

—¡Qué buena noticia! Espero que sean niñas así mi Ethan cuidará de ellas.

—Yo espero que sean tranquilos. Dos de golpe. Aún estoy tratando de asimilarlo —admitió Elena.

—Tranquila, estaremos los dos para cuidarlos —dijo Sandro mientras colocaba su mano con suavidad en su vientre hinchado.

Izar sonrió al verlos.

—Ese gesto protector, me recuerda mucho a Darío. Siempre lo hacía. Y estando los dos es mucho más llevadero y mejor para los bebés —apuntó Izar.

—No sé si darte la enhorabuena o el pésame, Sandro. Si Izar llega a darme esa noticia, los mellizos serían huérfanos de padre —señaló Darío estrechándole la mano al italiano.

Sandro sonrió.

—No te mentaré si te digo que al principio casi me caigo de culo, pero después pensé: dos mini Elenas corriendo por casa... ¿Qué voy a decirte a ti? Estoy deseando ver sus caritas, ya no me importa si son niños o niñas. Solo quiero verlos ya —afirmó con orgullo.

—Van a ser mini Sandros —apostilló la futura mamá—. Y sí, nos da igual mientras todo vaya bien.

—Os deseo lo mejor —dijo Agnes—, como se parezcan al padre serán rompecorazones.

—Sí, pareja. Esperamos que todo vaya bien y que sean preciosos —convino Óscar.

—Lo serán, solo con ver a los padres se puede deducir —señaló Izar.

—Yo tengo ganas de ver cómo sería una mini Agnes. Si tuviera la sonrisa de Óscar, llevaría a los niños de culo —comentó casual Elena.

Agnes la miró sorprendida.

—De momento no tenemos pensado tener, aunque no creo que tardemos mucho ¿verdad, cielo?

—Cuando tú quieras, nena. Ya lo sabes, cuando tú quieras —respondió Óscar abrazándola.

—Es que me encantaría que nuestros hijos fueran tan buenos amigos como lo somos nosotras —dijo Elena—, y supongo que criarse juntos ayudaría.

—Bueno, si solo se llevan un año apenas se notaría, ya veremos cuándo ocurrirá —Agnes se apoyó en su marido. Ya habían hablado del tema en varias ocasiones y ambos sabían que el momento estaba cerca.

—No me hagáis mucho caso, estoy un poco rara con las hormonas. Más de lo normal. Si Sandro no me echa de casa después de esto, creo que sobreviviremos a lo que sea —bromeó la friki.

—Eso no pasará nunca, preciosa —susurró Sandro en su oído.

La tarde transcurrió tranquila, entre más planes para hacer entrar en razón a Borja, incluso a golpes de ser necesario y Elena insistiendo en el sicario para darle una lección a Beca. Lo que tenían claro era que no iban a dejar sola a Laura. No podían abandonar a su amiga en un momento así. La familia no hacía esas cosas.

Mientras sus amigas tramaban ayudarla incluso en contra de su voluntad en caso de ser necesario, Laura llamó a su abogado. Antes de hacerlo repasó los contratos de las dos nuevas auxiliares y sus nóminas. Los pedidos de material, las facturas, pero, sobre todo, los tratamientos que habían administrado. Revisó los libros dos veces y algo no cuadraba. Las cuentas no salían.

Su clínica, y después el hospital, se basaban en una premisa que Laura tenía meridianamente clara: cuidar de tu mascota no debería ser un lujo. Ella adoraba a los animales, sabía que eran de la familia y para mucha gente, incluso más que eso. Cobrarles un dineral por tratamientos que los salvarían, le parecía inhumano.

Sin embargo, según las cuentas, esos tratamientos no se realizaban. Los anotaban con un código especial para justificar el material usado. No había ni una sola anotación con ese código, al menos en los días en los que ella no había estado y sabía positivamente, que dos de sus pacientes debían recibir tratamientos sin coste alguno. Al volver a revisar la agenda y el libro de cuentas, pudo comprobar que, su supuesta socia rechazó a uno de ellos y al otro le cobró cada céntimo de la visita y medicación.

Con todo aquello en mente, su abogado respondió la llamada. Estuvieron mucho rato hablando, pero al menos le alivió saber que, al no haber hecho el depósito, el contrato que tenían como sociedad podía disolverse sin problemas. También le habló de sus sospechas, no solo de que estaba denegando tratamientos, sino de una doble contabilidad por parte de Beca y la posibilidad de que, le estaba robando. La llamaría en unos días cuando todo estuviera arreglado y las pertinentes denuncias interpuestas. En breve, Laura podría recuperar el hospital y rehacer su vida sin obstáculos en el camino.

Capítulo 26

Borja dejó la maleta en la entrada de su casa, saludó a Zira y estuvo un rato con su princesa para darle los mimos que ella le pedía en compensación por el abandono durante los cortos viajes de negocios que solía hacer. Sin embargo, este había sido distinto. En este viaje no había podido prestar la atención que debería. Su mente solo la ocupaba una pelirroja deslenguada. Las palabras de Darío y la reacción de Izar cuando lo veía le hicieron pensar en si realmente estaba equivocado. Llegó a la conclusión de que lo estaba. Los celos lo habían cegado y eso lo estaba pagando muy caro.

Se había comportado con ella como un gilipollas egoísta y lo peor era que ella no había tenido la culpa de nada. Por ese motivo decidió que no lo pospondría más. Dejó a su gata en el sofá tranquila y, se dirigió a su habitación para ducharse y cambiarse de ropa. Pocos minutos después salía aseado y vestido con unos vaqueros descoloridos y una camisa negra, cogió las llaves de su deportivo y se fue a buscar a su veterinaria favorita.

Jesús, hacía tiempo que no estaba tan nervioso... En cuanto llegó, tuvo la suerte de que le abrieran el portal, eso le permitió subir al piso de Laura sin tener que discutir con ella a través del telefonillo y que se enterara todo el barrio. Respiró profundo y llamó al timbre.

Laura se extrañó de que tocaran a la puerta de casa. Pensó en dejarlo pasar, tal vez fuera el idiota de su vecino al que no quería volver a ver ni de lejos, pero después pensó que tal vez fuera alguna de las chicas. Lo que no esperaba era ver a Borja cuando abrió. Tras el shock inicial en el que fue incapaz de hablar, empujó de nuevo la puerta para cerrarla en sus narices. Sin embargo, Borja la detuvo rápido, impidiendo que lo dejara fuera.

—Por favor, espera. ¿Podemos hablar? —le preguntó él.

—Si vas a preguntarme por mi amante ya puedes marcharte por dónde has venido y, si lo que quieres es hablarme de la tuya, no te molestes, ella ya me ha dado detalles —lo encaró.

—Laura, déjame entrar y hablamos, por favor —suspiró Borja derrotado.

Quería darle un puñetazo y mandarlo bien lejos, pero era una idiota. Dio un paso atrás y lo dejó pasar.

—Solo porque no me apetece ser la comidilla de los vecinos. Di lo que tengas que decir y márchate —comentó seca.

—Siento todo lo que te dije —dijo Borja con la voz rota, ver sus ojos tristes y el aspecto tan apagado que lucía, lo estaba destrozando y lo peor de todo era que él era el culpable de su dolor y eso, no se lo perdonaría nunca.

—¿Qué es todo? Porque dijiste mucho. Me acusaste de engañarte con otro sin ni siquiera plantearte que hubiera algo raro —replicó la pelirroja con un nudo en la garganta.

—Joder —maldijo nervioso—. Me plantaron esas fotos Laura, los celos me cegaron.

—¿Y dónde queda todo eso de la confianza? Me dijiste que confiara en ti y lo hice, pero tú no lo hiciste en mí. ¿Alguna vez dudaste? Aunque, solo fuera un segundo, ¿lo hiciste?

—Laura, yo... quise hacerlo, pero vi tu lunar y... Joder, no puedes culparme por ello —exclamó Borja.

—¡Me drogaron! No sé qué me hicieron, ¿lo entiendes? ¿A quién tengo que culpar entonces?

Ah, sí... A tu novia.

—No es mi novia y sobre ese tema, me encargaré de esos bastardos. —Su tono de voz cambió a uno gélido.

—Ni siquiera sé quiénes son. Aunque no tienes que preocuparte, no es problema tuyo.

—¿Qué no es problema mío? ¡Claro que lo es! ¡Por culpa de esos hijos de puta te he perdido! Te estoy diciendo que lo siento, nena. Lo siento muchísimo.

—No, no es tu problema, porque entre tú y yo no hay nada. Acabas de decirlo: me has perdido... Ya has dicho lo que querías, ahora vete —le pidió ella.

—Laura, por favor, dame otra oportunidad, no volveré a defraudarte, te lo prometo —suplicó él con voz rota.

Laura cerró los ojos. Quería decirle que sí, pero entonces aquellas palabras volvieron a sonar en su cabeza una vez más: “Entiendo que Ernesto te dejara”. Aquello le había dolido muchísimo, y ahora que sabía todos los detalles, le revolvía el estómago pensarlo. La despreciaba como todos en su vida, excepto las chicas.

—No. No puedo. Ojalá me hubieras dado la oportunidad de explicarme o de averiguar que pasó. Todo hubiera sido distinto. Vete.

—No puedo perderte, por favor...

Laura sintió las lágrimas rodando por sus mejillas. No podía evitarlo porque seguía enamorada de él y estaba segura de que lo estaría siempre, pero Borja no creía que ella fuera lo bastante buena para él y, como Ernesto, la dejó por Beca. Pues bien, que se quedara con ella, ya no le importaba. Hacía prácticamente un mes desde que la plantó y nunca había hecho nada por acercarse a ella, ni un mensaje ni una llamada. Nada. Ni una palabra entre ellos excepto el día del cumpleaños y solo fue, para dejarle claro que estaba con otra y que ella no le importaba. ¿Acaso volvía a buscarla porque ya no estaba con Beca y venía a por el premio de consolación? Se acercó a la puerta y la abrió, apretando con fuerza el pomo para darse fuerzas.

—Te he pedido que te marches.

Borja odió ver las lágrimas en su rostro, se odió a sí mismo por ser el causante de su dolor. No dijo nada, no empeoraría su relación, si es que quedaba algo. Solo la miró deseando abrazarla y estrecharla entre sus brazos, sin embargo, no lo hizo. Pasó por delante y se marchó sin mirar atrás. Si lo hacía, sería incapaz de soltarla.

Laura cerró la puerta a su espalda. En cuanto se quedó sola se abrazó antes de dejarse caer al suelo, acurrucada. Lloró de nuevo sin consuelo.

Cuando escuchó cómo se cerró la puerta, gesto con el que lo dejaba fuera de su vida, Borja se apoyó en ella deseando tirarla abajo y besarla hasta hacerla reaccionar. Sin embargo, dio media vuelta y se marchó hacia su casa.

Una vez llegó allí, se dejó caer en el sofá del salón y sacó el móvil del bolsillo. Su mirada se clavó en la foto que le había hecho cuando hicieron su viaje a Laponia. Sin dejar de mirar la fotografía, pasó el dedo por la imagen siguiendo la curva de sus labios, mientras cerraba los ojos y recordaba ese día cuando todavía le sonreía. Recordó cómo fue amarla bajo las estrellas, cómo ella se había entregado a él. Recordó el olor de su perfume junto con su esencia femenina, recordó con dolor cómo era sentir contra su palma la calidez de su sexo, mientras sus labios pronunciaban en susurros de placer, su nombre. Recordó también cómo la había poseído en el Eros, en su casa... Pero, sobre todo, su sonrisa. Era un maldito torbellino que ponía todo patas arriba. Su boca no tenía filtro, aunque lejos de molestarle, siempre le pareció divertido. Era su encanto. Ciertamente tenía un humor peculiar y que, en ocasiones, podías querer matarla, pero eso también le aseguraba que nunca serían una pareja acomodada en la rutina, con ella no.

Recordó los días en que compartieron cama y amaneceres. Verla a su lado, relajada, dormida, acurrucada contra él... pensar en despertar así cada mañana del resto de su vida hizo que recuperara la ilusión de amar, de luchar por el amor. De crear una familia, esa que el tiempo y su ex le negaron. Laura no se parecía a Melisa en nada. Las charlas durante las cenas eran mucho más divertidas e interesantes. Los puntos de vista de su pelirroja, como sus pecas, eran incontables. Inesperados.

Era una mujer como pocas había conocido: guapa, divertida, pero también ingeniosa, inteligente y con un corazón de oro envuelto con una lengua que azotaba tanto o más que un látigo. Y la había perdido.

Una dolorosa agonía le atravesó el pecho y se le clavó en el alma. No dejó de mirar la foto, observando cada detalle de ella, deseando volver a tocarla, abrazarla y hacerla suya como la primera vez.

—Siempre voy a amarte, pelirroja... Siempre —susurró Borja dejando caer la primera lágrima de muchas que le siguieron. La había cagado a lo grande con ella.

Borja no supo calcular el tiempo que había estado contemplando la foto de Laura y llorando por haberla perdido. Necesitaba calmarse y ordenar sus perturbados sentimientos, pero antes de eso llamaría a su hermano, Diego.

Diego era policía nacional. Siempre fue de los dos, el más justo en cuanto a peleas de bares. Sabía que él no le fallaría y que podría ayudarle con el problema de Laura con esos gilipollas. Tenía las pruebas y sabía que Diego los pondría en su sitio. Si se encargaba él mismo solo conseguiría acabar entre rejas ya que los mataría a ambos. Así que marcó el número de su hermano y esperó respuesta.

—Ey, Borja. ¿Cómo va? ¿Ya has vuelto de tu viaje? —preguntó el pequeño de los Valle en cuanto descolgó.

—Sí, siento no haberte llamado antes, he estado con líos. Necesito que me hagas un favor.

—¿Qué yo te haga un favor? —inquirió dejándose caer sobre el respaldo de su silla de la comisaría—. Eso es nuevo.

—Sí, pero en tema de criminales eres tú el experto, no yo —dijo Borja acariciando a Zira que se había subido al sofá en ese instante.

—¿Tienes problemas? —indagó su hermano en un tono más bajo.

—No, no en ese sentido. Te cuento: sabes que salía con alguien.

—Eso dices tú porque no me la has presentado...

—Mira que eres idiota. ¿Me vas a ayudar o no?

—Claro, cuenta.

Borja retomó su relato.

—Veras, una noche salió con una compañera de trabajo a tomar unas copas. Parece ser que esa chica, por celos, le puso una droga en la bebida. El resultado es que me mandó unas fotos de ella acostada con un tío. Como puedes imaginar, mi relación con ella se ha roto... —Su tono de voz estuvo teñido de dolor.

—Suenan a escopolamina. Es indetectable, Borja. Se elimina en cuestión de horas. Nunca se ha podido demostrar su uso en casos de abuso o cosas peores. Sí la sospecha, pero con eso, poco podemos hacer a no ser que consigas que esos cerdos confiesen.

—No sé quiénes son o dónde encontrarlos —comentó Borja.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —se interesó el pequeño.

—¿No puedes acceder a las cámaras de seguridad? Tengo sus fotos, puede que te sirvan.

—Ah, que lo que quieres es que los busque yo... Dalo por hecho. Hablaré con Marín, él maneja

el reconocimiento facial mucho mejor que yo. Mándame las fotos y veré qué puedo hacer.

—Te las acabo de mandar al móvil. Diego, da con esos bastardos o puede que tengas que visitarme en la cárcel por asesinato —gruñó Borja.

El detective miró las fotos. Las caras de ellos no se veían demasiado bien, pero estaba seguro que Héctor haría maravillas. Tenía una hermana que se manejaba de vicio con los ordenadores y, de ser necesario, ella le daría un curso acelerado.

—¿Esa es tu exnovia?

—Sí —suspiró.

—Eres un cabrón con suerte. O lo eras —comentó con sorna.

—Lo era, hermano. La cagué con ella y ya no hay vuelta atrás, ahora me odia.

—Trataré de dar con ellos cuanto antes, tal vez eso te ayude a parecer menos idiota.

—¿Me has llamado idiota?

—¿Lo he hecho? —preguntó Diego divertido.

—Sí, capullo, lo has hecho.

—Y tú acabas de llamar capullo a un agente de la autoridad... —se burló el otro.

Borja resopló.

—Soy tu hermano mayor, me debes tener un respeto, pero no creo que lo mío tenga solución.

—Yo encuentro a esos tíos y todo lo que pueda en su contra. El resto será cosa tuya. La parte fácil es la mía.

—Bien. Oye voy a ir esta noche para Das, necesito desconectar, ya sabes que ahí la cobertura no es muy buena, así que si no te llamo no te preocupes.

—Está bien. Te mandaré un mail, dime que al menos sigues teniendo internet allí.

—Sí que hay, es la cobertura lo que no va bien. Ya sabes que si está muy nevado puedo tener cortes. Te aviso para que no muevas cielo y tierra buscándome como la última vez —apuntó Borja.

—No me lo recuerdes. Marín aún me lo hace pagar.

—No me extraña —sonrió el mayor.

—Te dejo. Voy a ponerme a trabajar en esto.

—Está bien, cuídate y dame buenas noticias.

La línea quedó en silencio.

Borja colgó y suspiró acariciando a Zira. Confiaba en su hermano y sabía que daría con ellos. Se levantó para dirigirse a su habitación y prepararse la maleta, más tarde llamaría a Darío para avisarlo de que no estaría en Barna.

Borja se aseguró de que Zira estuviera bien colocada en su trasportín y la dejó en el suelo del asiento de delante de su deportivo. Guardó su maleta en el maletero y se dirigió hacia el precioso pueblo de Das. Él y su hermano compartían una casa en el pequeño municipio de la comarca de la Baja Cerdaña, en la provincia de Gerona. Era un lugar del que ambos quedaron enamorados solo con verlo. Tranquilo y natural, era precioso cuando estaba nevado. Lo que más les llamó la atención fue el hecho de que era el pueblo más frío de Cataluña y, como a ambos les gustaba el frío y la nieve, apostaron por una segunda residencia allí.

Borja sujetó el volante con fuerza mientras se incorporaba a la autopista, le esperaba un largo viaje y eso le daba demasiado tiempo para pensar en ella. ¿Cómo había podido ser tan idiota? La había perdido por sus celos, él, que se jactaba de la confianza en la pareja y a la mínima se había sentido traicionado. No tenía perdón, se merecía todo lo que le pasaba. Su cuerpo se tensó al recordar la imagen de Laura con ese gilipollas. El modo en que sujetaba el volante le hizo mirarse las manos y relajar los nudillos que se habían tornado blancos. Dolía recordar, dolía saber que era

el culpable de toda su separación y, sobre todo, dolía no haber actuado antes.

Desde que lo habían dejado soñaba con ella. Se dijo a sí mismo que no la buscaría, que ella había escogido estar con otro. Al menos eso es lo que creyó, convencido de que lo había traicionado. Sin embargo, perdió la batalla consigo mismo, porque cada noche ella era la dueña de sus sueños más húmedos; era su sonrisa la que veía cada vez que cerraba los ojos y sus gemidos los que deseaba escuchar de nuevo. Deseaba que nada de eso hubiera pasado.

Debía reconocer que había dicho cosas para alejarla de él y ella le hizo caso. Sin embargo, Laura se había llevado su corazón con ella. Le había robado el alma y solo la recuperaría si ella volvía con él, sabía que no iba a ser el caso. Sin ella era una cáscara vacía.

—Mierda... —Debió actuar con cabeza en cuanto vio esas jodidas fotos, cayó en una trampa tan típica, que se avergonzaba de sí mismo.

Sabía que nunca podría olvidarla, como también sabía que nunca tendría suficiente de ella; lo supo la primera vez que la besó y lo había echado todo por la borda. Era un imbécil por no defender lo que realmente importaba.

Borja pagó el peaje y siguió sumido en sus pensamientos torturadores hasta que llegó a su casa.

La construcción en plena montaña era tipo chalet, con una fachada de piedra y preparada para afrontar el riguroso frío. El interior de madera la hacía acogedora y a Borja le gustaba la calidez que desprendía.

Cerró la puerta tras de sí y fue raudo a encender la calefacción, sin tan siquiera quitarse la chaqueta ya que al ser febrero estaba todo nevado y hacía bastante más frío que en la ciudad. Después, dejó salir a Zira de su trasportín. La gata, cómo era su costumbre, se subió al sofá blanco que presidía el salón y se acurrucó junto a los cojines oscuros que lo decoraban. Borja sonrió al verla y se dirigió a su habitación, en el piso de arriba, a dejar la maleta. Se sentó en el extremo de la cama y escondió su rostro entre las manos. Iba a ser muy duro estar sin ella. Muy duro.



Laura suspiró cuando llegó al piso de Izar. Sabía que cuando entrara parte de su precaria paz mental desaparecería. Sin embargo, las necesitaba y no iba a renunciar a sus viernes de chicas.

Llamó a la puerta cargada con un par de tarrinas de helado de chocolate.

Izar abrió y miró las bolsas con una sonrisa.

—Tú quieres que pierda otra vez mi figura, confiesa —la acusó dejándola pasar.

—De eso nada. Quiero que os unáis a mí en el club de “me sobran cinco kilos, pero no los pierdo porque yo no pierdo ni a las chapas”.

—¡Menos lobos, caperucita! —gritó Agnes desde el salón.

—¡Calla, bicho escuálido! —replicó Laura.

—¿Eso es envidia? —provocó a Agnes.

—Tú alucinas —protestó la pelirroja, sentándose al lado de la excamarera.

Agnes le dio un golpe en las costillas.

—No sé yo —dijo mirando su cerveza—. Solo llevo una, dame más tiempo.

—Si acabas enseñando las tetas puedo darte un par de consejos. Izar, ¿tienes sin alcohol?

Izar la miró como si fuera un fantasma.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga la loca?

—La he matado. No, en serio. Tras mi última salida decidí comportarme, así que he decidido tratar de reducir la ingesta de alcohol.

—Pero estás en mi casa... —protestó Izar.

—Eso es cierto, aquí si enseño las tetas no es problema. Dame una normal.

—No vas a enseñar las tetas mientras mi marido y mi hijo se encuentren en el despacho de al lado.

—Corta rollos...

—¿Ya ha llegado Laura? —preguntó Elena saliendo del baño. Había cambiado vomitar por orinar.

—Aquí está y tú a este paso te harás la mejor amiga del baño —dijo divertida Izar.

—Estoy pensando en traerme cosas del mío para sentirme como en casa —replicó la friki sacándole la lengua.

Izar rio con ganas y Agnes le pasó una cerveza a Laura.

—¿Cómo lo llevas? —se interesó.

—Voy bien. Si quitamos lo de que soy una meona profesional, me siento genial.

—Siento decirte que lo de mear dura todo el embarazo —respondió Izar. Agnes sonrió al ver la cara de Elena.

—Dejad de animarme...

—Bien —dijo Agnes—. Y tú, ¿cómo vas? —le preguntó a Laura.

—¡Divina! ¿No es obvio? —replicó esta con su humor de siempre.

—No —dijeron las tres a la vez.

Laura resopló sabiendo que lo que vendría ahora era inevitable: interrogatorio. Tenía dos opciones, confesar o confesar.

—¿Qué queréis que os diga?

—La verdad, no estás bien y seguro que tampoco duermes bien —manifestó Agnes.

—Dormir está sobrevalorado —bufó Laura.

—Debes descansar, Laura y desahogarte —aconsejó Izar.

—Desahogarme... Hace unos días estuvo en casa. Quería pedirme perdón.

—¿Qué? —exclamó Izar—. ¿Y qué le dijiste?

—¿Qué iba a decirle? Que se marchara por dónde había venido.

Izar se dejó caer en el sofá frustrada.

—Darío estuvo hablando con él y parece que reaccionó, Laura. Estás dejando escapar a un buen hombre.

—No, es como Ernesto. Lo mejor es dejarlo —volvió a repetir una vez más en voz alta para tratar de convencerse a sí misma.

—Borja no es como Ernesto, Laura. Borja jamás te dejaría plantada antes de la boda. Sé que él está enamorado de ti.

—Los dos se tiraban a Beca y los dos piensan que no soy una mujer lo bastante buena para ellos. ¿Qué importa lo demás? —Eso era parte de su plan para pasar página y quería que ellas la apoyaran.

—¿Recuerdas cuando Darío me dejó? También pensaba que era un gilipollas, pero me equivoqué. Él vino a mí y me pidió perdón, gracias a eso, a que le escuché, soy feliz con él.

—Estoy de acuerdo con Izar, Laura. Fuiste tú quién me unió a Óscar, sin ti mi marido no estaría conmigo.

—Laura, no dejes que esa mujer siga manteniéndose separados. Seguro que mintió. Fue capaz de drogarte y sacar esas fotos. Puede que lo que le contara sobre tu ex no sea la verdad... —intervino Elena.

—Chicas —gruñó Laura cubriéndose la cara con las manos—. Quiero poder odiarlo, lo necesito, y así no me ayudáis.

—¿Qué fue lo que te dijo cuándo fue a tu casa? —preguntó Agnes.

—Solo que lo sentía.

—¿Solo? ¿Te das cuenta de lo que significa eso en un hombre cómo Borja? —indagó Izar.

—No, no le puse el traductor de idiotas —soltó la pelirroja con ironía.

—Venga, Laura —protestó Izar—. Borja es un hombre que siempre tiene que controlarlo todo. Él ordena, no pide. Así que mucho menos se disculpa.

—Yo no quería unas disculpas, Izar. Quería un poco de confianza, que supiera que yo no hubiera sido capaz de engañarlo. Que dudara de esas fotos. Pero no lo hizo ni por un segundo. Si no es por Darío ni se lo hubiera planteado.

—Es humano equivocarse, Laura. ¿No te has planteado que quizás esté arrepentido? —inquirió la escritora.

—Me estoy planteando incluso viajar a la Luna...

—Deberías ir a buscarlo —intervino Agnes.

—Ni loca. No. Me niego —dijo la veterinaria como impulsada por un resorte.

—Laura, tú me aconsejaste cuando me aparté de Óscar. Creo que has caído de lleno en la trampa que te tendió Beca. Tanto tú como él.

Laura suspiró sonoramente. Sintió que estaba a punto de ponerse a llorar.

—Es que ya no sé qué hacer o pensar. Es todo demasiado abrumador. Desde que supe que me drogaron no he dejado de pensar en qué hicieron conmigo... No sé qué pensar sobre Borja, sobre Beca, ni sobre mí.

—Primero tienes que relajarte y tomarte un respiro. Tener la mente fría te ayudará a pensar con claridad. Pero tienes que escuchar a tu corazón —apuntó Izar.

—Izar y Agnes tienen razón. Tu cabeza está hecha un lío, pero tu corazón sabrá qué hacer, como supo el de todas —manifestó Elena con cariño.

—Sois lo peor. Tenéis que apoyarme en odiarlo, no defenderlo.

—Cariño, defendemos a tu corazón, como tú defendiste el nuestro —dijo Agnes.

Laura se apoyó en Agnes.

—Lo sé. Solo espero llegar a escucharlo.

—Lo harás como hice yo. Ya sabes lo que me costó admitirlo —afirmó divertida.

—Yo soy más cabezota que tú.

—Te costará un poco más —dijo la excamarera dándole una suave colleja.

—Solo un poco más dice... —susurró Elena.

Izar trajo más bebida para las tres, con una sonrisa divertida.

—El primer paso es admitirlo.

—Os odio.

—Lo sabemos —respondieron las tres con sonrisas angelicales.

Capítulo 27

El lunes por la mañana, Laura trataba de resultar positiva. Había vuelto a vestir con sus vestidos elegantes, abrigo y taconazo. El maquillaje ocultaba las ojeras, pero el cansancio asomaba por los ojos sin poder camuflarlo con nada. Iba pensando en lo único que ocupaba su cabeza desde hacía días cuando el sonido de las sirenas atrajo su atención.

Parecía ser la de los bomberos. Sonrió al recordar la de veces que en el karaoke los buscaron ella y Agnes. Estuvieron allí la noche en la que tropezaron con Los lobos y aquel impertinente que trató de propasarse con su amiga. Los habían visto otros días antes de aquel. Eran un grupo realmente impresionante. Sobre todo, les llamaba la atención los gemelos que siempre se sentaban juntos, más de una vez bromearon que de ese modo no se pelearían si ligaban con ellos, algo que al final nunca sucedió, ya que apareció Óscar en escena y Agnes ya no tuvo ojos para nadie más. En cuanto a ella... Mejor olvidar lo que pensó en ese momento, ganaría en salud mental.

Por un segundo, pensó en seguir el sonido, pues no parecían estar muy lejos y recrearse la vista con el trabajo que hacían. Y por si hubiera alguno digno de un calendario. Enseguida desechó la idea. En el fondo no estaba de humor para hombres, solo quería llegar al hospital y empezar a trabajar.

Siguió caminando la manzana que la separaba de la plaza en la que estaba su clínica y, al girar la esquina, se quedó paralizada. Los bomberos estaban allí. Delante del Hospital para Peluches.

El camión que escuchó dirigiéndose a un incendio estaba allí, abriendo las puertas, con las sirenas sonando y girando de manera hipnótica. De él bajaba un equipo de bomberos. Un segundo camión, más grande, entraba en ese momento a la plaza, pero Laura ya no era consciente de nada, excepto del fuego que estaba consumiendo su sueño. Literalmente.

No lo pensó, solo echó a correr hacia la clínica. Marina debía entrar ese día la primera, antes de la hora de apertura, para alimentar a la pandilla de animales que eran las mascotas de Laura, y ya las de todas. También para comprobar el estado de un perrete al que operaron el sábado por la mañana y que, por precaución, estaba allí.

No llegó muy lejos, pues una mano la agarró del brazo para detenerla.

—Alto ahí, nena. No puedes pasar —dijo Héctor, apretando la mandíbula.

—¡Marina está dentro! Y mis animales —gritó Laura, sin darse cuenta de quien la frenó.

—Deja que los bomberos hagan su trabajo, Laura. Ahora cálmate y mírame a mí —ordenó el policía.

Laura apartó la vista del fuego y miró a su interlocutor. En cuanto lo reconoció se abrazó a él con fuerza. Estaba asustada.

Héctor la estrechó entre sus brazos intentando calmarla.

—Todo saldrá bien —aseguró Héctor.

—¡Laura! —exclamó Marina llegando hasta la pareja—. Lo siento, no pude hacer nada. Cuando llegué ya estaba así. Solo pude llamar a emergencias.

—No importa. Lo principal es que estás bien —declaró aliviada, alargando una mano para confortarla, pero sin apartarse de Héctor.

—Será mejor que os quedéis a un lado, en cuanto todo esto termine, necesito saber qué ha

ocurrido aquí —las advirtió.

Las dos asintieron, también querían saber todo sobre aquel incendio, que estaba arrasando con mucho más que cuatro paredes. Con él estaban seguras.

Las puertas del camión de bomberos se abrieron al unísono. De las delanteras bajaron dos hombres que hicieron que más de uno parpadeara pensando que veía doble. Uno de ellos cerró de un portazo y se acercó con paso firme al sargento, que fue el primero en llegar y que estaba hablando por el móvil en ese momento. En cuanto vio al recién llegado, colgó.

—Sargento, ¿qué tenemos? —saludó Unai, cabo del equipo.

—Bienvenidos a la fiesta, Sáez. La llamada fue hace poco más de diez minutos. Una de las trabajadoras alertó cuando llegó. Según dice, no hay nadie dentro, excepto algunos animales tanto propios como hospitalizados. Parece fortuito, ya sabes, hay muchos productos inflamables. La chica ha tenido suerte de no estar dentro cuando empezó. Pudo haber una explosión previa que provocara el fuego. He hablado con uno de los vecinos, pero no recuerda mucho, dice que estaba durmiendo. Tendréis que andar con cuidado con eso.

—Entendido. Estamos a sus órdenes, entraremos en cuanto dé el visto bueno.

Unai volvió al camión para terminar de coger su equipación y comprobar que todo el mundo estuviera listo para entrar. Se dirigió al que era su pareja en una intervención, Omar.

—Diablo, prepárate para entrar —ordenó a Omar mientras se ajustaba el casco rojo, el que lo distinguía como cabo de la unidad.

—¿Hay alguien dentro? ¿Animales? —preguntó el Diablo.

—No hay personal, al parecer la primera persona que llegó se encontró con el fuego y dio el aviso. Sí hay animales, intentaremos salvar a los que podamos, pero no quiero riesgos y eso va por ti, Gómez —respondió señalando al que era el bombero dos—. Hay muchos productos inflamables ahí dentro que nos pueden joder el día. No quiero sorpresas.

—Ya estamos con lo de siempre. Yo controlo —replicó el aludido, pero Omar frunció más el ceño, sabedor de que habría que amarrarlo en corto, como siempre. No era un buen activo para el equipo, pero Gaos lo asignó con ellos precisamente por eso.

—No controles. Obedece y punto. —Unai le lanzó una mirada de advertencia—. Vamos, niñas.

Los cuatro estaban preparados, cada uno ya llevaba colgada su equipación y la mochila con lo necesario para poder luchar contra el fuego. Unai y Omar, el Diablo, entrarían delante, seguidos de Gómez y Gallardo.

En aquel momento, cuando estaban a punto de dar el primer paso para entrar, la ventana de la sala de espera de la clínica estalló con un gran estruendo. Los curiosos gritaron, encogiéndose para cubrirse como podían sin saber bien qué esperar. El instinto de supervivencia les gritaba que se apartaran, que se pusieran en lugar seguro, pero, al parecer, la curiosidad y la posibilidad de subir un buen video a las redes sociales para ganar un buen montón de *likes*, eran más persuasivos. Las llamas que escapaban de la clínica lamían el ladrillo de la fachada, como si quisieran trepar al resto de pisos del edificio y engullirlo todo.

El grito de Laura sonó por encima de la multitud. Trató de escapar de Héctor, prácticamente lo consiguió pues el policía solo logró frenarla cuando estaba a punto de saltarse el perímetro de seguridad.

—¡Manolo está dentro! —exclamó atrayendo la atención del sargento.

—¡Sáez! Espera un segundo —ordenó por la radio al cabo. Si lo que escuchaba era correcto, las prioridades cambiaban—. Señora, ¿de qué está hablando? Dijeron que no había nadie dentro.

—Se refiere a las mascotas. Las tenemos dentro junto a los perros de las jaulas —explicó enseguida Marina, tratando de calmar a su jefa. No tenía buen aspecto, estaba demasiado alterada.

—Manolo es una mascota —replicó Isaac, poniendo los ojos en blanco—. No hay nadie humano ahí dentro, ¿verdad?

—Correcto, el incendio empezó antes de que yo llegara. No hay nadie —confirmó la joven sin dejar de frotar el brazo de Laura.

El sargento se giró de nuevo hacia la estructura, dando la espalada a la gente que se congregaba en la plaza.

—Vía libre, Sáez. Hay animales sueltos y otros enjaulados. Si puedes, sácalos, pero no os arriesguéis sin razón. La prioridad sigue siendo el fuego.

—Oído.

El cabo Sáez se dirigió entonces hacia su equipo.

—Tenemos vía libre. Entramos. Hay animales sueltos, además de algunos enjaulados. Salvaremos los que podamos. No quiero riesgos innecesarios. La prioridad es controlar el fuego y evitar que avance hacia arriba, de eso se encargarán Díaz y Vecina, la bombero y el conductor de la autoescalera.

Díaz asintió sentándose en la silla desde la que controlaría el monitor de agua en la cesta. Vecina ya había afianzado la AEA con las zancas y estaban listos para entrar en acción.

Irai y Vecina se movían con seguridad y sin pausa, perfectamente coordinados, abriendo las válvulas y conectando las acometidas que necesitarían para controlar y aplacar el fuego tanto dentro del local como en el edificio. No era infrecuente que el infierno quisiera engullirlo todo, como decía Omar. Por eso, el Diablo era siempre el primero en entrar, seguido por Unai.

Tras la visera, Omar y Unai comprobaron que no iba a ser fácil. El humo lo envolvía todo y las llamas trataban de escapar por la ventana que minutos antes había explotado provocando un susto en los curiosos de la plaza. Por suerte, estas indicaban que el fuego progresaría sin sorpresas. Agazapados, avanzaron al interior de la sala. Omar sintió bajo su brazo la presión del agua llenado la acometida que cargaba. En el momento en que abrió el caudal, de la lanza comenzó a brotar agua directa al fuego.

Unai, el cabo, a través de la cámara térmica comprobaba si había algún animal al que salvar en la habitación o si el fuego podía darles alguna sorpresa. Todo parecía correcto y ordenó al Diablo avanzar. Nerea desde el exterior, se encargaría del fuego junto a la ventana en cuanto ellos no pudieran ser golpeados por el cañón de agua. No parecía haber ningún foco más allí, solo humo que dificultaba ver, pero sobre todo respirar.

Avanzaban juntos hacia lo que eran las consultas cuando algo saltó sobre Omar. Suerte que el material de sus pantalones era fuerte o las garras de aquella bestia le hubieran amargado la mañana. Agarrándolo como pudo, hizo una señal a Unai que asintió dándole vía libre.

Unos minutos después, envuelto en humo y hollín, una figura grande y ligeramente amenazadora, salió del fuego. Parecía inmune a él o al menos esa impresión le dio a Laura. Llevaba algo entre las manos. El sargento, que había estado en constante contacto con el cabo, la policía y los sanitarios que llegaron al lugar, le hizo un gesto con la cabeza señalándola a ella. Se asustó. Eso no presagiaba nada bueno.

—¿Esto es suyo? —preguntó Omar con voz profunda. La mujer pelirroja no dejaba de llorar, parecía estar al borde del colapso.

—¡Garbanzo! Oh, gracias, gracias —dijo Laura tomándolo en brazos. Se le veía algo chamuscado, pero estaba bien.

Omar sonrió por el nombre del bicho. Resultaba una coincidencia graciosa si pensaba en el nombre de su propia mascota. Sin decir nada más, volvió a perderse entre las llamas.

Mientras, junto al camión, Gómez preparaba la mochila en la que llevaba lo necesario para una

segunda instalación una vez que la primera, la que Omar ya había empezado a usar, estuvo lista. Irai, el gemelo del cabo, ya preparaba el ventilador por si se daba la orden de crear una chimenea para evacuar el humo del edificio. No lo descartaba teniendo en cuenta que el fuego quería escapar de ellos hacia arriba. Valentín le dio un codazo a Gómez llamando su atención.

—Vamos, lentorro. Esa bolsa tiene que estar preparada antes de salir. Siempre es lo mismo contigo.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos, Gallardo? —le recriminó el aludido.

—Lo que nos ponga en peligro es asunto mío. De todos. Mueve el culo, nos esperan dentro —replicó serio.

—Lo que nos pone el peligro es esa niñata con regadera —refunfuño de manera casi inaudible entrando al incendio.

—Volveré si hay que poner el ventilador en marcha —dijo Val a modo de despedida de Irai, que asintió con la cabeza. Valentín frunció el ceño, parecía excesivamente serio, teniendo en cuenta lo bocazas que era. Después le sonsacaría.

Ajustó la visera y entró.

—Necesito que me bajes un poco más, Vecina. El ángulo del monitor no es bueno, no llego bien a todo —pidió Nerea Díaz, la única bombero del equipo, pero para todos, una más.

Su misión esa mañana era evitar que el fuego trepara por la fachada y llegara a los otros pisos. La policía había evacuado a los vecinos enseguida. Aquella sería una pelea limpia, sin víctimas, o eso esperaba.

Raúl se acercó al panel de control detrás de ella, desde el que se controlaban las zancas que estabilizaban el camión. Cogió el mando y bajó apenas unos centímetros las dos que levantaban las ruedas traseras. Con aquello, toda la escalera cambió. Sin decir mucho más, Díaz siguió atacando las llamas que salían por la ventana de la recepción de la clínica y enfriando el ladrillo de la fachada.

En el interior, los cuatro bomberos estaban controlando las llamas sin problemas, por suerte. Hasta que llegaron a la zona del quirófano. Omar seguía al frente, por algo era el punta de lanza. Unai no se apartaba de su lado, no por desconfianza, sino por su propia seguridad. Siempre eran dos.

—¿Podéis ver si hay algún animal vivo? —preguntó Unai.

—Además del que he sacado, no.

—En esa sala hay uno en una jaula, pero diría que con el humo... —apuntó Val. Él y Gómez habían apagado el fuego cercano.

—Bien. —En ese instante Unai vio algo extraño tras de la puerta—. Diablo, mira.

Lo llamaban así porque parecía sentirse como en casa rodeado de llamas y entender el fuego. A él simplemente le hacía gracia.

—No abras aún —indicó—. Deberíamos enfriar esa estancia bien antes de entrar o es posible que nos estalle en las narices.

—Vamos preparados, podemos hacerlo ahora —dijo Gómez.

—¡Gómez! Prepárate con la segunda línea ya. Cuando abra la puerta, hará falta.

—Cállate, niñato. Tú no me das órdenes —replicó el aludido.

Estaba molesto desde que llegó a la Bomba H. Le quedaba poco para jubilarse y nunca había sido notable, ni propuesto para ascensos. Jamás lo admitiría, aunque tampoco tenía méritos para ello. Cuando le propusieron un cambio de aires pensó que al fin lo ponían al frente de un cuartel, tras una mesa, a esperar el momento de retirarse, no que acabaría en el puto pelotón de castigo, donde iban todos los que no encajaban.

—Él no, pero yo sí —intervino el cabo—. Quédate ahí.

No terminó la frase o más bien, Gómez la ignoró por completo. Cogió el mazo que llevaba el cabo para abrir las puertas en caso de ser necesario y se fue directo a la del quirófano. En el momento en que reventó el bombín de un golpe, la puerta salió disparada, abriéndose de par en par, desatando el infierno.

La deflagración lo golpeó de lleno, estampándolo contra la pared a apenas dos metros de él.

—¡Gómez! —gritó Unai maldiciendo—. ¡Omar, ayúdame a sacarlo!

Gallardo tomó la acometida de la mano del Diablo. Y la dirigió hacia el fuego que escapaba de la habitación. Ahora había más humo, era más complicado ver y respirar. Aquello no era como en las películas.

Omar y Unai tiraron del cuerpo inconsciente del compañero para poder sacarlo.

—Tenemos una baja, repito, tenemos una baja —anunció el cabo por la radio para que estuvieran preparados fuera—. Necesito refuerzos aquí dentro. Sáez, Vecina. Moved vuestros culos aquí. Ya.

Desde la escalera, Nerea giró el monitor hacia el lugar en el que se escuchó el estallido. Por suerte el fuego de la recepción estaba controlado. No era buena idea dirigir un cañón de agua como aquel hacia otros compañeros, pero si solo quedaba uno de ellos allí dentro, debía hacerlo.

Una vez apartado el cuerpo de Gómez del fuego, Omar recuperó la lanza y siguió con su trabajo. Unai y Val se encargarían del herido.

Gallardo tomó al caído por los pies y empezó a tirar hacia fuera, ayudado por el cabo.

—¿Pero cómo ha hecho algo así? —gruñó Valentín bajo el casco.

—Porque es un idiota —maldijo Unai—. Lleva tiempo desobedeciendo mis órdenes.

—Todos, pero al menos sabemos a qué hacerte caso y a qué no—trató de bromear Valentín.

—No seas capullo, Val —bufó Unai. Estaba hasta las mismísimas pelotas de Gómez, un día de estos causaría la muerte de alguien.

—¡A la ambulancia! —gritó el sargento Reyes en el momento en que los vio salir. Una unidad del S.A.M.U estaba parada a unos metros por si hiciera falta— ¿Quién es?

—Gómez —respondió Unai al dejar a su compañero de equipo sobre la camilla—. El muy idiota ha querido ser el héroe de la película.

El sargento tuvo ganas de darle una patada en las pelotas a pesar de que no tenía buen aspecto, pero prefirió centrarse en lo positivo.

—Deja que se encarguen ellos —dijo refiriéndose a los médicos—. Después de que lo salven, se las tendrá que ver conmigo.

Unai asintió. Gallardo volvió con rapidez dentro de la clínica para ayudar a los demás, que trataban de sofocar el fuego.

Un buen rato después, con todo ya controlado, los bomberos despidieron al herido. Estaban recogiendo todo, colocándolo de nuevo en los camiones con el rostro serio. No era el que solían tener tras el trabajo bien hecho, porque por culpa de aquel imbécil que se fue en la ambulancia, no lo había sido. Uno de ellos había caído. Daba igual la causa.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Sáez? —preguntó el sargento mientras el resto del equipo metía las cosas en la bomba.

Unai se quitó el casco y suspiró.

—Se le dio la orden de que se preparara con la segunda línea y el capullo cogió el martillo y derribó la puerta. Isaac, no lo quiero más en mi equipo, nos pone en riesgo a todos.

—Dalo por hecho. En cuanto regresemos al cuartel pienso pedir un cambio. Espero que pronto haya una cara nueva en la Bomba H. Con un poco de suerte alguien que no sea un dolor de huevos

—dijo mirando hacia el camión donde Irai, el gemelo de Unai y conductor del camión le ponía morritos a Valentín mientras discutían. Como de costumbre. Al parecer la seriedad demostrada por Irai durante la intervención fue pasajera.

Unai siguió la mirada de su sargento y resopló.

—Y yo vivo con él...

Isaac apoyó la mano en el hombro del cabo.

—En eso no puedo ayudarte. Llévate los al cuartel y que descansen, buen trabajo.

—Eso está hecho. Hoy le toca el desayuno a Gallardo, creo que mi hermano tendrá algún pequeño problema —se despidió divertido.

Laura abrazaba a Garbanzo sin dejar de temblar. Marina trataba de calmarla, pero parecía misión imposible, así que la ayudante la convenció para que le dejara llevar al felino al piso de su novio, que estaba a solo dos manzanas, para que se calmara y poder ver si estaba herido. Laura cedió a eso, aunque no a la parte de que acompañara al minino. No quería irse sin saber cómo quedaba su clínica, si es que quedaba algo. Sin fijarse demasiado en el hombre, vio que Héctor saludaba a uno de los bomberos.

—Marín. ¿Qué haces por aquí? —saludó Omar.

—Estoy con un caso en esta zona, me alegro de verte.

—Lo mismo digo. A ver si quedamos un día a tomar algo.

—Deberíamos, el trabajo nos absorbe demasiado. ¿Puedo preguntarte algo extraoficial?

—Claro, dispara —dijo el Diablo.

—¿Qué crees que ha ocurrido aquí? —preguntó Héctor.

—Cualquier cosa. Una chispa. Un bistrú eléctrico mal apagado. Hay mucho combustible ahí dentro —expuso sin demasiada pasión, encogiéndose de hombros.

Héctor volvió a mirar el local carbonizado.

—¿Eso es lo que dirían los del seguro? —demandó, pidiéndole algo más personal.

Omar tensó la mandíbula y miró a ambos lados, como buscando algo o alguien, pero sin responder.

—Extraoficialmente, y en mi opinión personal, el dueño de ese local debería andarse con ojo. No descartaría rápidamente la posibilidad de que no haya sido accidental.

Ese fue el turno de Héctor para tensarse.

—Gracias, lo tendré en cuenta para ponerle vigilancia.

Aunque en realidad, Omar solo acaba de confirmarle sus sospechas. Más tarde se pondría en contacto con Diego para ponerlo al corriente. Estaba seguro que aquello no era una casualidad en la lista de desgracias de la veterinaria.

Laura sintió que todo empezaba a girar en cuanto escuchó que aquello podría no haber sido un accidente. Demasiada tensión, demasiadas pérdidas... Y cayó. Era como verlo a cámara lenta. Su cabeza se iba hacia atrás y su cuerpo perdió toda la fuerza necesaria para estar en pie. Caía desmadejada.

Por suerte, Héctor estaba mirándola al hacer Omar referencia a que podía estar en peligro y no llegó a tocar el suelo. La sujetó como pudo.

Omar se giró en busca de ayuda, pero la ambulancia se había marchado ya con Gómez a bordo. Solo quedaban la Bomba H y el sargento:

—¡Reyes! ¡Necesitamos ayuda!

En aludido llegó a ellos en dos zancadas y se quedó sorprendido por lo que vio.

—Joder, Héctor. Si te ve mi hermana con otra mujer en brazos, te corta los huevos. ¿Qué coño haces aquí?

—Cállate, es una amiga y la dueña de esta clínica —gruñó Héctor a su futuro cuñado.

Reyes levantó la cinta que usó la policía para mantener a los curiosos lejos, para que Héctor pasara con la mujer.

—Métela en el asiento trasero. Con mi coche llegaremos enseguida al hospital.

—Gracias —dijo Héctor entrando con Laura en brazos.

El sargento se sentó al volante y puso las sirenas.

—Me debes una por esto —comentó, antes de arrancar.

—Cóbratela cuando quieras. Ella no lleva una buena racha últimamente.

—Espero que mejore. No tiene buen aspecto.

—Yo también —susurró, estrechándola con más fuerza entre sus brazos. Odiaba verla tan débil.

Capítulo 28

Los médicos ya la habían dejado sola en el box de urgencias con los papeles del alta para que se pudiera vestir tranquilamente y marcharse. Por un lado, era un alivio salir de allí, quitarse la vía y dejar de estar de un lado para otro haciéndose pruebas. Por otro, volver a la realidad, no era lo que más le apetecía.

Por suerte, el desmayo fue causado por el estrés que llevaba acumulando durante días desde que Borja la dejara: descubrir la traición de Beca en todos los aspectos, perder la clínica, la muerte de sus animales. Todo había sido un suma y sigue de desgracias. Al menos le quedaba Garbanzo. Según un wasap de Marina, solo tenía quemaduras leves en las patas delanteras. Nada que el tiempo y un montón de mimos no pudieran curar.

No importaba, se repetía una y otra vez. Como decía el padre de Bruce Wayne en su versión favorita de Batman, si caías era para aprender a levantarte. Y ella se había vuelto una experta con los años en eso mismo. Ahora estaba abatida y herida, pero eso no la hundiría. Seguiría peleando un día tras otro con su misma lengua desatada, la mejor arma que tenía contra el mundo.

Siempre tendría una razón para levantarse y luchar con una sonrisa. Cada día.

Cogió el bolso y los papeles para salir de allí e irse a casa para tirarse en el sofá a comer helado, pero no pudo hacerlo: un hombre que ocupaba casi todo el vano de la puerta le impedía el paso.

—Hola, Laura. Me alegro de verte ya en pie.

—Héctor. ¿Qué haces aquí? —inquirió la pelirroja.

—Yo te traje, ¿recuerdas? No he querido irme hasta estar seguro de que estabas bien y, porque tenía que hablar contigo.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó ella cambiando el peso de pie.

—Sí, ahora. ¿Por qué crees que estaba esta mañana en la clínica?

—Porque eres un sabueso y necesitarías la vacuna —replicó ella.

—Veo que el humor no lo has perdido. Siéntate.

Renegando, se dio la vuelta, soltó el bolso, su carta de libertad y se sentó en la butaca del acompañante dejando la cama para el policía.

—Bueno, tú dirás qué es eso tan importante.

Héctor se sentó dejando una pierna estirada apoyada en el suelo.

—¿Cuándo pensabas decirme que te drogaron? —demandó el joven mirándola.

Laura iba a soltar una de sus réplicas mordaces, pero solo era capaz de boquear como un pez sin decir nada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó finalmente.

—Porque vi unas fotos tuyas. Las tenía un compañero y me pidió que identificara a los dos desgraciados que estaban contigo. Al parecer necesitaba hacerles unas preguntas sobre las imágenes y lo que pasó esa noche. Te conozco, Laura, muy bien, lo bastante para reconocer tu cuerpo a pesar de que no se te viera bien la cara.

—No sé lo que pasó esa noche y lo último en lo que pensaba era en ti, la verdad. Y, ¿cómo narices tiene un compañero tuyo fotos mías en bragas?

—Laura, cálmate. El médico me ha dicho que no puedes alterarte... Se llama Diego Valle. Las fotos se las dio su hermano, quería encontrarlos. Al parecer esas fotos rompieron la relación que tenía con su novia.

—Borja... ¿Borja tiene un hermano? —preguntó sorprendida atando cabos y molesta por no saber nada del tal Diego.

—Sí. Somos compañeros desde hace unos meses, es un buen, tío. Al parecer, Borja quería arrancarles las pelotas y me parece bien, siempre que me deje ayudarlo. Sabes lo mucho que te quiero, Laura. Y no por lo que tuvimos, sino porque eres como otra hermana para mí —afirmó el policía.

—Yo también te quiero, Héctor. Del mismo modo.

—A lo que íbamos, bocazas —dijo con una cariñosa sonrisa—. ¿Vas a denunciarlos?

Laura se dejó caer en el respaldo.

—La verdad es que no lo había pensado. No sé si quiero saber qué pasó...

—No te tocaron.

Laura levantó la cabeza sorprendida porque parecía haberle leído la mente.

—Diego sabe ser muy persuasivo y logró que uno de ellos lo confesara todo: la implicación de Beca, de dónde consiguieron la droga, cómo hicieron las fotos y qué te hicieron. Solo fueron las fotos. Nada más. Después de la sesión de fotos te llevaron a tu piso y te dejaron allí. Al parecer la única idea era separarte de Borja —le explicó.

—Y eso, lo consiguieron —admitió ella con pesar.

Héctor se puso de pie. Cogió el bolso y la hoja del alta para tendérsela a Laura.

—Será mejor que te marches a casa y descanses como te han dicho los médicos. Piénsate lo de la denuncia y te veo en un par de días para que me digas qué hacer.

—Está bien. Iré a casa y descansaré. No tengo otra cosa que hacer...

Héctor la abrazó.

—Ten cuidado al salir. Elena, Agnes e Izar están fuera esperando.

—¡Héctor! —protestó ella dándole un golpe en las costillas.

—Lo siento, nena. Me asusté cuando te desvaneciste en mis brazos.

Al final ella sonrió y con un beso en la mejilla se despidió de él. Salió de la zona de urgencias esperando al batallón de locas.

En cuanto Laura puso un pie fuera del hospital, vio a las tres sentadas en un banco de piedra, con cara de susto y arrebujadas en sus abrigos.

—Hola, chicas —saludó esperando los reproches que le iban a caer encima.

Agnes fue la que se levantó primero para abrazarla.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

—Eso, ¿cómo te encuentras? Mi hermano dijo que te desmayaste —apostilló Elena, abrazándola por encima de los brazos de Agnes.

—No nos escondes nada, ¿verdad? —indagó Izar, uniéndose a los abrazos.

—La faja... —bromeó Laura, agradecida de estar rodeada de sus amigas, su familia.

Izar resopló

—Vuelve a ser ella.

—¿Y cuándo he dejarlo de serlo? —inquirió haciendo el papel de su vida.

—Me ahorraré el comentario —susurró Agnes que la conocía muy bien.

—Vamos, chicas. Estoy bien —dijo, cuándo dejaron de abrazarla y tiraron de ella para sentarse las cuatro en el banco—. Solo ha sido el estrés por todo lo que ha pasado el último mes. Lo de la clínica ha sido la guinda que ha rematado todo.

—Suerte que no te encontrabas dentro —comentó Izar. Héctor las puso al día cuando las avisó.

—Sí, ni yo ni nadie. Marina llegaba antes por un perro que teníamos hospitalizado... Han muerto todos, menos Garbanzo —declaró con un nudo en la garganta, sujetando de nuevo sus lágrimas por la pérdida.

—Lo siento mucho, Laura... Al menos ese gato tuyo está bien.

—Lo sentimos mucho —dijeron Agnes e Izar a la vez.

Laura suspiró, tratando de contener las lágrimas otra vez. Aquello iba acabar en llanto, y no quería seguir llorando más.

—Lo he perdido todo... —murmuró derrotada.

—Lo material se puede reemplazar, Laura. Lo importante es que estés bien —la alentó Agnes.

—Sí, lo estoy. Solo tengo que descansar. Eso dicen los médicos —dijo la veterinaria.

—Entonces deberías irte a casa y hacer caso de lo que te dice el médico de una vez —gruñó Izar—. Un día de estos nos pegarás un susto.

—¿Susto de que tipo? —preguntó.

—De salud, capulla. ¿Acaso te has mirado en el espejo? Estás fatal —respondió Izar.

—No hay espejos en el hospital y es por algo: para evitar infartos.

—Qué burra eres —resopló Izar.

—Sigue siendo ella —repitió Elena la afirmación de Agnes.

—Pues mejor, así la podremos dejar en casa bien tranquilas. Necesitas comer bien, ¿te hago yo la comida? —dijo Izar guiñándole un ojo a Elena.

—Por favor, matadme ya antes de que tenga que probar algo quemado por ella —rogó Laura, haciendo que se desmayaba de nuevo ante la idea.

—¿Así me agradeces que me ofrezca para cocinar mis delicias? —resopló Izar.

—Izar, que tiene que cuidarse, no suicidarse —la defendió Elena—. ¿No tienes suficiente con torturarme a mí, esclavista?

—¿Qué yo te torturo? —se quejó Izar—. Solo te alegro la vista con modelos, no te hagas ahora la víctima. ¡Oh, mis ojos ven demasiadas tabletas! —fingió Izar poniéndose la mano en la cara.

—Trata de dar pena, pero no le hagáis ni caso —indicó la embarazada.

Izar solo puso los ojos en blanco. Agnes sonreía divertida.

—Sois como crías.

—Os quiero mucho, chicas, de verdad. Creo que os lo he dicho últimamente y no debería repetirlo al menos hasta que se os caigan las tetas, pero ahora mismo estoy demasiado ñoña...

—¿Quieres que te acompañemos a casa? —se ofreció Agnes.

—Sí. Aunque, necesito estar sola y pensar unos días, no quiero empezar tan pronto —confesó.

—Tengo mi coche, bueno el de Óscar, en el aparcamiento. Puedo llevarte sin problema.

—Gracias. Sois las mejores. Casi mejor que un helado de chocolate...

—Nos compara con un helado... —suspiró Izar.

—De chocolate, eso es bueno, ¿no? —preguntó Elena agarrando a su jefa del brazo.

—¿Qué será lo próximo? ¿Terminator?

—Dale un par de días y vendrá a cenar con él. Con Terminator, me refiero.

Izar sonrió.

—¿Te imaginas las caras de Darío y Sandro?

—Sí, apartarnos por si los sustituimos —rio Elena.

Agnes rio con ganas.

—Si pasa, quiero vídeo.

—¡Ni de broma!

—Vamos, chicas. Si llevo a Terminator le pondré un sombrerito para que parezca respetable.
—Joder, estás fatal — dijo divertida Izar.
—Ya lo estaba antes y aun así me aguantáis —afirmó la veterinaria tratando de parecer la de siempre.
—Tendré que ir al médico yo, algo no está bien conmigo. —Izar le sacó la lengua a Laura.
—Tengo un amigo que te haría un buen precio. Es un gran veterinario...
—Perra —gruñó Izar. Agnes las miraba divertida, sabía lo que estaba tratando de hacer Izar: animarla y hacerla olvidar la pérdida de su sueño.
—No, no, no. Perra no. Yo soy una loba.
—Una víbora más bien —apostilló Izar.
Laura le sacó la lengua.
—Sois peor que niñas —dijo Agnes.
—Mira quién habla —afirmó Elena.
—¿La más cuerda de todas? —replicó Laura.
—No flipas nada... —intervino Agnes—. ¿Qué? ¿Te llevo o no?
—Sí, llévame a casa. Quiero olvidarme de todo esto. De todo...
—Anda, vamos. Chicas, nos vemos, ya la llevo yo —se despidió Agnes.
Izar y Elena asintieron, ellas se irían juntas, Izar había prometido a Elena llevarla de compras para los bebés.



Los días pasaron con demasiada rapidez para el gusto de Laura, pero le dio tiempo a aclarar algunas cosas. Ya era viernes y tenía decidido que sería el cierre de muchos frentes de los que tenía abiertos.

Cogió su abrigo y su bolso lista para salir de casa. Había quedado para desayunar con Héctor y hablar sobre su decisión con respecto a la denuncia. Durante toda la semana estuvo pensando en eso y en mil cosas más que eran su futuro a partir de aquel momento. Tenía claro lo que tenía que hacer, pero también que no iba a ser fácil.

Caminó con paso firme hasta la cafetería donde quedaron. La norma de que nadie entrara en su casa seguía vigente. La rompió en dos ocasiones que no iban a repetirse. Su mejor amigo nunca vio su piso y eso seguiría igual.

Entró en el local y sonrió al ver lo condenadamente puntual que era. Ya estaba sentado, con el móvil en la mano y cara de tonto mientras escribía. Eso era novedad.

—Buenos días, Héctor —saludó Laura quitándose el abrigo.

Héctor dejó el móvil en la mesa y se levantó para besar su mejilla.

—Buenos días. Tienes mejor aspecto.

—Me encuentro mucho mejor. Creo que tener las cosas más claras y poner en orden mis prioridades, me ha ayudado. Eso y el maquillaje, que hace milagros —replicó con una sonrisa.

—Me alegro. Sobre la denuncia, ¿qué piensas hacer? —Directo al grano, como siempre.

—Voy a ponerla —respondió Laura con seguridad.

—Genial, así podremos actuar con más libertad.

—Pero, contra ellos, no sé si Beca realmente... Esa parte no la tengo tan clara.

—¿No vas a denunciar a Beca? Creí que la denuncia era para todos los implicados —comentó Héctor, colocando su mano sobre la de ella por encima de la mesa—. Laura, debes hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque aparte de que haya cometido un delito, se lo puede hacer a otra mujer y esta vez ir a

más. Esa clase de mujeres pueden volverse más peligrosas con el tiempo —le explicó serio.

—Creía que solo me odiaba a mí. ¿Puedo pensármelo mientras desayunamos?

—Claro, no voy a presionarte. Otra cosa. ¿Tienes seguro de la clínica?

Laura suspiró y se dejó caer en la silla.

—Debería, pero al parecer mi exsocio no lo tramitó. No tengo seguro, así que no voy a recuperar nada de lo que invertí.

—Si pones la denuncia podrías recuperar algo, creo. No se me dan bien las leyes —comentó y sonrió, bebiendo un sorbo de café.

Héctor era reacio a decirle la verdad para no entristecerla más. Sin embargo, se la tendría que decir. Algún día.

—¿Tú crees?

—Laura, estoy convencido de que el incendio fue provocado, al denunciarlo me darás la opción de poder hacer un atestado. Podría hacerlo el seguro, pero si ella no lo contrató y ha acabado siendo pasto del fuego, no puede ser una coincidencia. El fuego empezó solo unos minutos antes de que llegara.

—Pudo haber matado a Marina... —susurró incrédula—. Hazlo. La denunciaré. Antes de irme, lo haré.

—¿Irte? —preguntó Héctor sorprendido.

Laura se maldijo por bocazas. No tenía pensado decirlo aún. Primero tenía que decírselo a otra persona.

—Sí, no tengo dinero, ni trabajo, pero sí gastos. He encontrado un puesto como veterinaria, aunque no es aquí.

—¿Dónde vas a irte? —inquirió alertado.

—No muy lejos, seré veterinaria rural —respondió ella sin decir la verdad, o no toda.

—Presiento que me mientes, pero no voy a insistir. Ya eres adulta y sabes lo que haces.

—Y tú eres listo como un zorro —afirmó la pelirroja con una sonrisa traviesa—. Y ahora ¿me dirás tú algo a mí?

—¿Yo? ¿Qué tengo que decirte?

—¿Hablabas con esa chica del cumpleaños cuando he llegado? —se interesó Laura.

—Ehh —carraspeó—. Sí.

—Otro que ha caído...

—Te confieso que sí, es el amor de mi vida.

—Me alegro mucho por ti. Si os casáis, no te olvides de invitarme. Ese momentazo no me lo quiero perder por nada del mundo.

—Tranquila, te enterarás seguro. ¿Estarás bien? —demandó el policía.

—Sí. Pienso empeñarme en ello y sabes que soy muy cabezota.

—No voy a decirle nada a Elena, tranquila. Pero, te aconsejo que se lo cuentes pronto. Sabes que Agnes te sonsacará tus planes en cuanto sospeche.

—Sí, hoy tengo pensado hablar con ellas, pero después de comer. Antes tengo que despedirme de alguien más.

—¿De quién? Lo siento, me puede ahora la curiosidad.

—Eres más cotilla que tu hermana, y eso ya es decir. Sabes de quien, eres poli —replicó guiñándole un ojo.

—¿No le vas a dar una oportunidad? Te veía feliz con él.

—Es complicado —dijo sin querer mirarlo.

—¿Qué relación no lo es?

—¿Una con Terminator? Un par de pilas y es feliz.

—Por Dios, Laura... —carraspeó Héctor. No se acostumbraba a esas salidas tuyas.

—¿Me echarás de menos? —dijo apoyándose en él.

—Claro, solo prometo dar señales de vida de vez en cuando para quedarme tranquilo. Hay mucho loco ahí fuera.

—Además de mí, sí, hay muchos sueltos. Te llamaré, lo prometo.

—Ahora prueba este croissant, vas a llorar de placer —le sugirió cuando la camarera les sirvió los desayunos.

Laura dio un bocado y gimió mientras mascaba.

—*Dienes dazón. Están de muegte* —dijo con la boca llena.

Héctor sonrió.

—Te lo dije, son los mejores de Barcelona.

—Os echaré de menos... Pon esa denuncia, a todos. Iré, lo prometo. Me lo ha quitado todo, todo... No puedo dejar que gane.

—Hoy mismo empezaré a mover los papeles. Te llamo en cuanto lo tenga todo y seguro que pagará. Tengo mis contactos, confía en mí.

—Siempre lo he hecho.

Antes de la hora de comer, Laura estaba frente a la puerta del piso de Izar. No era el momento en que quería verla y sabía que tal vez tendría que darle explicaciones de más, pero llevaba toda la mañana dando tumbos buscándolo y no lo encontró en ninguna parte. Ella era su último recurso. Llamó al timbre esperando que estuviera sola.

Izar abrió la puerta y se sorprendió al ver a Laura tras ella.

—Qué sorpresa —dijo dejándola entrar.

—Hola, Izar. Siento venir sin avisar —respondió Laura, dándole un abrazo.

—No pasa nada. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Es solo que necesitaba un favor.

—Lo que quieras. Estamos solas, Darío ha ido al parque con Ethan.

—Lástima que no esté mi enano favorito, pero casi mejor así.

—¿Qué pasa? Te noto rara. —Izar se sentó en el sofá indicándole con un gesto de su mano de que ella hiciera lo mismo.

Laura se sentó a su lado y sonrió con tristeza.

—Soy rara, ya lo sabes, es solo que no quiero que te hagas ilusiones con esto, pero necesito ver a Borja y no lo encuentro. Llevo toda la mañana buscándolo en su piso, en la oficina. Le he llamado mil veces al móvil y no me contesta, supongo que, porque no quiere verme, pero de verdad que necesito hablar con él.

—¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada.

Laura odia mentirle, sin embargo, no podía contarle toda la verdad.

—Quiero despedirme. Necesito hacerlo para poder seguir adelante.

—¿No os vais a dar otra oportunidad? —inquirió la escritora apenada.

—Voy a marcharme, Izar. Beca no contrató el seguro para la clínica que le pedí y no voy a ver ni un céntimo de lo invertido. No voy a poder recuperar mi trabajo. Estoy prácticamente en la ruina, así que me marcho a trabajar con un viejo amigo de la facultad. Voy a ser veterinaria rural, en Sevilla.

—No puedes irte, te puedo prestar dinero, el que te haga falta. Por aquí hay muchas clínicas para que puedas trabajar.

—No quiero dinero, de verdad. Y sí, sé que aquí puedo encontrar trabajo, pero necesito

cambiar de aires. No va a ser para siempre, o eso espero. Mi intención es volver algún día —le explicó Laura.

Izar quería seguir discutiendo con ella, pero se la veía tan calmada, tan convencida que daba miedo. Casi la prefería diciendo idioteces que así.

—Borja no te coge el teléfono porque, no está en Barcelona —suspiró—. Se ha marchado a su casa de montaña y allí no hay cobertura.

—¿Qué? ¿Y por qué se ha ido? —la interrogó Laura.

—¿Tú que crees? —Izar la miró a los ojos—. Ese hombre te quiere, Laura, aunque no lo diga, solo como te miraba hasta un ciego podía verlo.

«Eso sería antes. Si supiera lo que ocurre me daría la patada, seguro. O a lo mejor no...» —replicó su vocecita, esa que le había estado discutiendo toda la semana y que la convenció para ir a ver a Borja.

—Lo nuestro es demasiado complicado, Izar. No creo que funcione nunca, pero necesito decirle algo antes de irme. ¿Sabes dónde está?

—Sí, habló con Darío antes de irse.

—¿Me dirías dónde es? Por favor...

—Está bien —Izar le escribió la dirección en un papel—. Lleva cadenas y ropa de abrigo, en Das hace mucho frío y la carretera con nieve es peligrosa. Ten mucho cuidado.

Laura sonrió y le dio un abrazo bien fuerte.

—Muchas gracias. Por tu cumpleaños te regalaré un curso de cocina para pagártelo.

—Serás *japuta*... Lo que quiero es que seas feliz, lo demás no importa. Ten cuidado en la carretera, ¿vale?

Laura asintió. Después besó la mejilla de Izar y abandonó la casa. La escritora no era de rezar, sin embargo, en aquella ocasión suplicó que todo fuera bien entre ellos, se lo merecían ambos.

Capítulo 29

Laura detuvo el coche frente a una cabaña de piedra y madera que parecía sacada de una postal. Era un lugar precioso que rezumaba lujo y confort. Aún no entendía por qué pensó que lo encontraría en una cabaña tipo cuatro palos apilados y espacio solo para una cama pequeña. Era la casa de Borja, estaba claro, tenía que salirse de lo normal.

El motor estaba parado. La música de la radio había dejado de sonar, pero ella seguía allí sentada, con las manos en el volante, incapaz de moverse. Tenía tanto miedo por lo que iba a decir, por su reacción, que el temor la mantenía allí, clavada.

Por un segundo efímero y fugaz, vio lo que podría haber sido su vida en aquel lugar, pasando las vacaciones juntos. Y dolió. Se llevó una mano al estómago, sintiendo cómo volvía a retorcerse.

Tenía que decidirse de una vez: o arrancaba y se marchaba de allí para alejarse de Borja para siempre, sin decirle nada. O llamaba a aquella puerta y le echaba un par. Nunca se tuvo por una cobarde, así que optó por bajar, y con toda la dignidad del mundo, llamó a la puerta.

Borja alzó la mirada del libro que estaba leyendo, extrañado de que llamaran. Allí nunca recibía visitas si no era porque él las invitara y estaba seguro de que su hermano no era. O al menos eso esperaba. No creía que después de haber localizado a los desgraciados que lo manipularon para romper con Laura tuviera algo tan importante como para desplazarse allí. Dejó el libro en el sillón del salón que permanecía iluminado por una luz tenue y reconfortante luz del fuego de la chimenea. Miró a Zira, que se acurrucó de nuevo en su hueco del sofá, sin dar importancia a quien los molestaba llamando. Se levantó y con paso firme fue hacia la puerta.

En cuanto colocó la mano en el pomo y la abrió se quedó paralizado; Laura, su pelirroja estaba frente a él. ¿Cuántas veces había soñado con tenerla con él allí mismo? ¿En su cama bajo la cálida luz de la chimenea y nevando fuera? Desde que llegó, fue bastante masoquista en ese aspecto. Aunque, sabía que la había perdido no podía olvidarla y ahora estaba frente él, tan hermosa o más que antes y él nervioso igual que un jodido adolescente.

—Laura... —carraspeó Borja, de repente se le había secado la garganta—. Pasa, hace mucho frío fuera —reaccionó siendo educado.

Entró agradecida, pero el frío exterior apenas le afectaba. Era el que sentía al pensar en lo que iba a decirle lo que la hacía tiritar. Al menos, no la mandó a paseo según la vio.

—Gracias. Es una casa preciosa —dijo la veterinaria, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Es mi refugio, aunque, mi hermano también lo usa cuando está estresado del trabajo.

Era la primera vez que nombraba a su hermano delante de ella y no supo el por qué. Quizás todavía albergaba la esperanza de recuperarla, aunque, seguramente era imposible, por cómo lo miraba, aquella visita no presagiaba nada bueno.

—¿Quieres tomar un chocolate caliente para entrar en calor?

—No, gracias. La verdad es que no creo que pueda tomar nada. Tú hermano es Diego. ¿verdad?

Boja se sorprendió.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Héctor. Me dijo que fue él quien encontró a los hombres de las fotos. No sabía que tuvieras un hermano. No, hasta ahora.

—No suelo hablar de mi familia, bueno, de la que queda. Diego y yo estamos muy unidos y le pedí que investigara tu caso, espero que no te haya molestado. Él es más paciente en algunos temas. Yo los hubiera matado, así que mejor que se encargara él ¿no crees? —Borja se pasó la mano por el cuello, nervioso, no sabía cómo se tomaría aquello su pelirroja.

—Sí, mejor. Al menos sé que no me hicieron nada. Me he quitado un peso de encima.

Era raro, pensó. Allí estaban los dos, de pie en la cabaña, mirándose con tristeza y teniendo una conversación educada, sin embargo, él se moría por abrazarla y besarla hasta dejarla sin aliento, tenerla frente a él solo confirmaba lo terriblemente enamorado que estaba.

—¿A qué has venido, Laura? —preguntó Borja rompiendo el silencio que se había formado entre ellos.

—A despedirme y a pedirte un favor —confesó ella, tras unos segundos que le parecieron eternos.

—¿Despedirte? ¿Te marchas? —gruñó el moreno, sintiendo cómo un frío helado le recorría la espalda.

—Sí. He perdido todo. Hubo un incendio en la clínica. No ha quedado nada. Me marchó a Sevilla, trabajaré allí como veterinaria rural. Tal vez me vaya mejor con las vacas —trató de bromear.

Borja se quedó asombrado.

—¿Un incendio? ¿Cuándo?

—El lunes. Ha sido una semana bastante extraña.

Borja se acercó a ella y sin pensarlo la estrechó entre sus brazos.

—Lo siento mucho, pelirroja. Sé lo importante que era esa clínica para ti.

Laura sintió algo romperse dentro de su pecho. No era su corazón, sino algo alrededor de este, en el momento en que los brazos de Borja la rodearon. Sabía que era aquello lo que estuvo necesitando desde que vio su sueño arder.

Un nudo atenazaba su voz, por lo que tuvo que obligarla a salir de entre sus labios.

—Gracias.

—No me las des. Quisiera haber estado a tu lado para ayudarte a pasar por este mal momento. Y eso de que te vas a ir... —dijo apartándola solo un poco para poder mirarla a los ojos—. No deberías. Puedo ayudarte, pelirroja.

—No, no pienso aceptar dinero de nadie. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora —afirmó muy segura—. Sin embargo, sí quiero algo de ti.

Borja asintió admirando su determinación. Infiernos, amaba a esta mujer y no podía hacer nada para retenerla a su lado.

—Soy todo oídos.

—No sé ni por dónde empezar. No es algo fácil... —Empezó a andar, moviéndose de arriba abajo, retorciéndose las manos—. Lo primero, no sé cómo ha pasado, bueno, sí lo sé, obvio, pero no ha sido intencionado, eso puedo asegurártelo. Sin embargo, ha pasado y yo... Yo me he cagado de miedo, para qué negarlo. Aunque, no soy una cobarde y en cuanto lo he pensado, me he dado cuenta que no quiero dar un paso atrás, le quiero. Le quiero con toda mi alma y necesito pedirte que no me lo quites. No es solo mío, es de ambos, aunque sé que no te gustará, no los quieres, así que no voy a obligarte a nada. Si necesitas que firme mil papeles para asegurarte de que nunca te reclamaré nada, lo haré. Tú no tendrás que hacer nada, lo prometo. Pero por favor, deja que se quede conmigo, nunca te daremos problemas.

Laura no se daba cuenta, sin embargo, mientras escupía aquel galimatías, las lágrimas le resbalaban por las mejillas y se había llevado las manos al estómago, en actitud protectora.

Borja la miraba sin entender nada.

—¿Qué no te quite el qué? ¿Qué es lo que no quiero, nena?

—Estoy embarazada —dijo la veterinaria casi en un susurro.

Borja se quedó de piedra. Tuvo que separarse un poco de ella y apoyarse en la mesa del salón por la increíble noticia. Su pelirroja le estaba dando su mayor deseo: ser padre.

—¿Estás segura? —preguntó aclarándose la garganta.

Aquella pregunta no presagiaba nada bueno...

—Sí. Tras el incendio me desmayé y me llevaron al hospital. Me lo confirmaron allí. Pude verlo.

Boja fue hacia ella en dos zancadas y la alzó en brazos sonriendo como un bobo.

—Esa es la mejor noticia en semanas. Ahora sí que no te vas a ninguna parte, se acabó dejarte espacio. Vamos a criarlo juntos.

Laura parpadeó varias veces sin entender nada. Estaba segura de haber entrado en la casa y hablar con él. Aquello no eran imaginaciones suyas, ¿o sí?

—Para, para. Bájame.

Borja obedeció y la bajó con sumo cuidado.

—Lo siento, me emocioné.

—Tú no quieres niños —afirmó Laura sin entender nada.

—¿Quién cojones te ha dicho eso? —preguntó Borja molesto.

—Tú. Cada vez que se nombraban los niños ponías una cara más amarga que El Fary mordiendo un limón.

Borja resopló.

—Eso es por otra razón. Me encantan los niños. Sabes que entreno a un grupo adolescente y adoro a mi ahijado.

—Pero, no son tuyos... ¿De verdad quieres tener hijos? —preguntó entre confusa y esperanzada.

—Laura, siempre los he querido. Mi divorcio fue a causa de eso, aparte de por la infidelidad.

—Entonces, ¿dices que lo tendremos juntos? —inquirió necesitando estar segura, si iba a hacer caso a su vocecita que gritaba que mandara a la mierda todos sus planes y se quedara con él.

—Si tú me aceptas de nuevo de nuevo a tu lado.

—No sé qué decir a eso, en el fondo eres un imbécil —dijo ella con una sonrisa enorme por primera vez de nuevo en su rostro.

—Y tú una descarada.

—Pero, ese es mi encanto. ¿Qué excusa tienes tú?

—Esta.

Un ronco gruñido fue la única advertencia que tuvo Laura. Borja dio un paso al frente y con su cuerpo la aprisionó contra la mesa del salón acorralándola. Sujetó su rostro con ambas manos y la besó. El roce de sus labios hizo que Borja casi estallara en llamas. La lengua de Laura se sentía como café caliente y lo estaba quemando. Deslizó las manos por su cintura para atraerla más a él y así, profundizar ese beso que deseaba desde hacía tanto tiempo.

—Sigues siendo un imbécil —susurró la veterinaria contra sus labios. Sentía una felicidad tan grande que pensaba que en cualquier momento despertaría.

—Un imbécil que está locamente enamorado de una pelirroja deslenguada.

—Y esta pelirroja te quiere, aunque seas un imbécil de campeonato.

—Te quiero, nena. Siento haber sido un gilipollas contigo, debí haber confiado en ti. Lo siento Laura. Dime que ya no te vas a ser veterinaria rural, dime que te vas a quedar conmigo. Que me perdonas.

Ella asintió con la cabeza, apenas era capaz de decirlo en voz alta.

Borja la levantó en brazos y con gran facilidad, la llevó hasta su habitación, una que jamás había visto ninguna mujer. Chasqueó sus dedos y una tenue luz iluminó el dormitorio. Las paredes eran de madera, a juego con los muebles y el entorno. Le daba un ambiente más rústico. Las cortinas y la colcha eran de tonos crema. La terraza les daba unas estupendas vistas del frondoso bosque completamente nevado en esa época. Era muy acogedora. Borja la dejó con suavidad sobre la cama. Se arrodilló a su lado y sujetando sus manos la miró a los ojos.

—Sé que es repentino, pero no quiero perderte de nuevo —manifestó aclarándose la garganta—. ¿Quieres casarte conmigo? Necesito que estés siempre a mi lado, estar separado de ti ha sido un infierno.

Laura cerró los ojos sin creer lo que oía.

—Si esto no es un sueño, sí. Me casaré contigo.

—No es ningún sueño. —Su voz era casi reverente.

—Entonces sí y mil veces sí —replicó Laura con una sonrisa, una que, al fin, tras días de dolor, llegó a sus ojos y calentó su corazón.

Borja la recostó en la cama, despacio se fue deshaciendo de las prendas que les sobraban hasta quedar completamente desnudos. Acunó sus pechos, torturando los pezones con delicadeza y cuando sus labios se posaron en ellos la escuchó jadear.

—Tan dulce y hermosa... —susurró soplando sobre su pequeño pezón.

—Te he echado de menos —confesó la pelirroja, dejando que el placer se adueñara de ella.

—Y yo a ti. —Borja continuó torturándola antes de bajar por su vientre plano. Se detuvo en él y lo besó con devoción, ahí estaba creciendo su hijo. Su hijo... Borja alzó la mirada y sonrió como un niño delante de su dulce favorito—. Voy a disfrutar esto— gruñó, antes de posar su boca sobre el centro de ella y empezar a lamer sus dulces labios.

Laura gimió ante la imagen de él entre sus piernas, pero sobre todo por esa maldita boca que le nublabla la razón.

—Joder... Eres mejor que Terminator.

Borja rodó los ojos hacia arriba. Su pelirroja era una mujer peculiar. Sin embargo, pagaría caro compararlo con ese maldito consolador. Deslizó los dedos por sus muslos y abrió más sus labios, su pulgar fue sobre su clítoris y empezó a torturarla tanto con la boca como con sus dedos.

Laura enredó los dedos en el cabello oscuro de su querido idiota. La estaba volviendo loca.

—No voy a poder aguantar más... —sollozó la veterinaria.

—Entonces dámelo para que pueda enterrarme en ti, pelirroja. Estoy tan duro que mis pelotas van a estallar —gruñó Borja.

—Siempre tan romántico —jadeó ella, sintiendo cómo su cuerpo luchaba por estallar en un maravilloso orgasmo.

Borja bebió de ella, sintiendo la manera en la que se estremecía en su boca. Fue una tortura para él.

—Mierda, necesito entrar en ti —murmuró, mientras levantaba sus piernas y las colocaba sobre sus hombros. Se puso en posición y entró en ella despacio, que, tras el placer que acababa de darle, estaba tremendamente sensible. Aquello se sentía demasiado intenso, pero era perfecto. Con él siempre era así.

—No te quiero en ningún otro lugar.

—Me vas a tener siempre —Borja la besó al tiempo que empezaba a moverse en su interior, despacio. Se tomó su tiempo, aunque sabía que no duraría mucho y ella disfrutó de cada penetración, haciendo que fuera más intensa que la anterior. Clavó las uñas en sus hombros, moviéndose con él, buscando volverlo loco, esa posición iba a matarlo, aumentó el ritmo.

—Vamos, nena, no puedo aguantar más —gruñó apretando la mandíbula. Llevaba demasiados días sin sexo.

Laura dejó caer la cabeza hacia atrás y gritó de placer, uno intenso que llevaba demasiado tiempo sin sentir y que solo él era capaz de provocarle.

Borja creyó que moriría cuando se dejó ir al sentir el orgasmo de su pelirroja. La explosión que sintió casi lo dejó sin sentido y eso solo le sucedía con ella, porque la amaba. En cuanto se recuperó un poco, besó sus labios, bajó las piernas de ella con cuidado y salió de su cuerpo para envolverla entre sus brazos.

—Aquí es donde perteneces, pelirroja, que no se te olvide nunca —murmuró divertido.

—Que no se te vuelva a olvidar a ti. Nunca haría nada que pudiera separarnos. Solo hay un hombre para mí y ese, para mi desgracia, eres tú.

—¿Algún día reconocerás que siempre te he gustado? —inquirió él.

—¡No! —exclamó Laura como si aquello fuera una locura.

—Lo suponía —suspiró Borja—, guardaré tu secreto, porque sé que desde que me viste por primera vez, te gusté.

Laura sonrió pícaro.

—Si va a ser un secreto, la verdad es que sí. Cuando te vi en el piso de Darío lo que desee fue besarte y que me desnudaras allí mismo, pero nunca lo admitiré.

—Ya lo sabía. Yo sentí lo mismo y ahora serás mi mujer. Nena, soy el hombre más feliz de la tierra —confesó el empresario, besando con ternura sus labios.

—¿Ya no crees que sea indigna para ser tu mujer? —preguntó Laura, recordando cuando la dejó. Sí, accedió a casarse con él, sin embargo, no quería que los fantasmas de su ruptura se quedaran con ellos.

—¿Quién te crees que soy? Nunca creí eso, me partiste el alma al verte con esos gilipollas, acostados a tu lado. Después me sentí como una mierda cuando supe la verdad. La rabia y los celos me dominaron, nunca me había pasado eso.

—Pero dijiste que comprendías que Ernesto me dejara. Si no te referías a eso, ¿a qué?

—Beca me contó que tú le ponías los cuernos con varios hombres y te burlabas de él. Y que estabas haciendo lo mismo conmigo —le explicó Borja.

Laura cerró los ojos y suspiró. Aquella mujer era odiosa. Los abrió de nuevo y le contó la verdad a Borja, con todo lujo de detalles: cómo fue Ernesto el que la engañó a ella con Beca y finalmente, que se casaron porque ella no era la mujer que su madre quería a su lado.

—Por eso me dolió tanto lo que me dijiste. Pero ahora todo eso se acabó.

Borja no daba crédito a lo que escuchaba.

—Esa mujer es una zorra —gruñó él abrazándola y acercándola más a su torso—. No sé qué decirte para disculparme, te fallé y eso no me lo voy a perdonar nunca.

—Ya lo hiciste. Dijiste que me querías.

—Te hice daño, Laura y eso es algo que siento de verdad.

—Borjamari, no voy a repetir esto y si lo repites tú, lo negaré. Te quiero, siempre lo he hecho y me lo he negado. Hemos pasado un mal momento, pésimo, sin embargo, ahora ya no importa. Empieza lo bueno, ¿no? Vamos a tener un bebé y nos casaremos. Eso es lo único que va a contar para mí desde ahora. Lo que pasó, pasó y se va a quedar allí, en el pasado.

—Me parece perfecto. ¿Sabes que estás preciosa cuando te pones seria? —sonrió pícaro.

—Mierda, ¿lo he hecho? Eso es que me he pasado con la medicación... —bromeó la veterinaria.

Borja resopló.

—Tendré que presentarte formalmente a mí hermano. Diego te caerá bien.

—Y así le agradezco lo que ha hecho —apuntó la pelirroja.

—Es bueno en lo suyo, le gusta su trabajo.

—A mí me encanta su hermano, es muy bueno volviéndome loca.

—Soy el mejor. —Él volvió a capturar sus labios y sonrió al clavar su mirada en ella —
¿Tienes hambre? Deberíamos cenar.

—Sí, creo que necesito reponer fuerzas.

Borja saltó de la cama y se vistió con unos pantalones negros de deporte y una camiseta también negra de manga larga. Iba descalzo, no hacía falta ponerse calzado ya que la calefacción iba por el suelo. Se dirigió a la cocina y empezó hacer la cena para los dos.

Laura entró unos minutos después. Su cabello leonino enmarcaba el rostro pecoso. Vestía con una camisa de él que cogió del armario. Se quedó en silencio, viéndolo cocinar. Se movía realmente bien en la cocina. Sonrió sin apenas creer que todo aquello fuera cierto. Borja la quería. Estaba embarazada y eso lo hizo muy feliz. Iban a casarse.

Si se había dormido en el tren camino del sur, no quería que nadie la despertara.

Borja se giró y le guiñó un ojo antes de centrar su atención en los platos.

—Pon la mesa, la tortilla de alcachofas casi está.

Laura entró y, poniéndose de puntillas, lo besó en la mejilla. Fue indicándole dónde estaba cada cosa para que ella preparara la mesa en la isla de la cocina.

—¿Cuánto tiempo ibas a quedarte aquí? —preguntó ella cuando se sentaron a degustar la cena.

Borja dejó frente a ellos el pan de *pagés* cortado en rebanadas, tostado y untado con tomate, aceite y un poco de sal.

—No lo tenía pensado. Más de una semana seguro. Necesitaba alejarme de todo.

—¿Te apetece si nos quedamos, alejados de todo, unos días más? —propuso Laura dando cuenta de una rebanada de pan.

—Sería perfecto, estás en tu casa, pelirroja. Aunque, debes saber que la otra habitación con terraza es de mi hermano. La que está en el fondo es la de invitados.

—¿Es en la que me quedaré yo? —indagó Laura con un gracioso mohín.

—Nena... Ni se te ocurra apartarte. Es solo para cuando hay más gente.

—Pero, ahora estaremos solos...

—Lo sé, solo te informaba. Entre mi hermano y yo respetamos nuestro espacio.

Laura se pasó el pelo por detrás de la oreja y jugueteó un poco con la comida del plato, queriendo saber si aquel era el mejor momento para hablar o no, aunque si iban a empezar su vida juntos, no era el momento para llevar peso del pasado.

—Antes dijiste que te encantan los niños, y que estás encantado de ser papá, pero, cada vez que se han nombrado los niños delante de ti, ponías cara de vinagre. ¿Por qué?

Borja suspiró dejando los cubiertos sobre el plato.

—No era por los críos, era por mi ex mujer. —Hizo una pausa—. Verás, yo me casé joven y no voy a mentirte, muy enamorado. Sin embargo, como suele pasar en esas circunstancias, al madurar te das cuenta de que cada uno tiene intereses diferentes y ser madre no entraba en sus planes. Sin avisarme, ella se deshizo de mi hijo sabiendo lo mucho que yo deseaba ser padre. Le dije en su día que si ella no lo deseaba yo me haría cargo de él y, que movería los papeles que fueran

necesarios para tener la custodia completa. Al principio ella accedió, pero no sé lo que le hizo cambiar de opinión. Además, con el tiempo, me enteré de que no era su único hombre, así que en el fondo agradezco no tenerla en mi vida. Aunque, en su día me destrozó.

Laura se llevó las manos a la boca para ahogar un exabrupto. Ella había tenido aquella tentación por un segundo: marcharse con el bebé sin decirle nada y, si regresaba alguna vez, decir que fue de algún ligue sin nombre de su nueva vida. Se sintió miserable al hacerlo. Lo que sí tenía claro era que la decisión sería la de ella, pero le haría participe, aunque no lo obligaría a nada, por eso lo estuvo buscando para contárselo. Que aquella mujer, aun sabiendo lo mucho que él lo quería, se lo quitara de la peor manera...

—Lo siento mucho, Borja. No quiero ni pensar lo mucho que eso debió dolerte —declaró pesarosa.

—Te diría que es pasado, sin embargo, te mentiría. Todavía duele cuando lo recuerdo, pero ahora tú me has dado tanta alegría, mi sueño hecho realidad, pelirroja. —Sonrió sujetando su mano por encima de la mesa.

—Y tú a mí. No creí que volvería a querer a alguien tanto como para decir que sí.

En ese instante el rostro de Borja palideció.

—Mierda... Izar me va acosar con la boda. Dime que lo haremos como lo hizo Agnes, nena.

Laura estuvo a punto de ponerse a reír, pero aquello era mucho mejor...

—¿Cómo Agnes? De eso nada. Quiero una boda por todo lo alto. Con cisnes, caballos, muchos lazos y flores. Flores por todos lados.

—Joder... No me vas a dar tregua ¿verdad, pelirroja?

Estaba tan pálido y acojonado que no pudo aguantar más y rompió a reír, tanto, que tuvo que secarse las lágrimas.

—Si pudieras verte la cara. ¿Dónde está mi móvil cuando más lo necesito?

—Puedo imaginar lo que vería —gruñó él—, parece mentira que no conozcas a tu amiga.

—La conozco, y por eso puedo decirte que me dejará decidir cómo será nuestra boda. Me da igual cómo o cuándo sea. Después de mi experiencia, mientras esté el novio, el resto no me importa. Lo haremos como queramos.

—Yo no soy él, pelirroja. Jamás te dejaría.

—Entonces, será una gran boda —replicó ella, antes de besarlo con hambre.

Borja gruñó sujetando su nuca para profundizar el beso. Si su pelirroja deseaba una boda por todo lo alto, la tendría, iba a cuidarla y mimarla como a una reina. Ella era la dueña de su corazón y de su vida.

Epílogo

Borja se asomó por la puerta del aseo, donde ahora vivía con su esposa. Por fin podía llamarla *su mujer*. Tras pasar una semana en la cabaña de Das tuvieron que regresar a la realidad, a una nueva que les gustaba mucho más que la que dejaron atrás.

Los gritos de las chicas cuando finalmente aparecieron juntos, prometidos y embarazados acojonaron a todos a su alrededor. Los temores de Borja no tardaron en ser realidad, sin embargo, tras verlo pálido y sudando, Laura decidió salvarlo diciendo que sería una boda sencilla, pequeña pero llena de sus mejores amigos. Eso sucedió tres meses después. Un par de semanas atrás, para ser exactos. Justo el tiempo que pasaron en Santorini de luna de miel.

Era su primer día de vuelta a Barcelona y la invitaba a comer fuera. Ella se estaba acabando de arreglar, y debía admitir que era un hombre con suerte, Laura estaba preciosa y más aún marcando esa preciosa barriguita de ya casi cinco meses, donde estaba creciendo su hija. Jesús, todavía no se lo creía.

—Como sigas tardando nos cerrarán el restaurante, pelirroja.

Borja sonreía para sus adentros, esperaba sorprender a su mujer con lo que le había preparado. Laura se giró hacia él con mirada asesina.

—¿Acaso crees que es fácil maquillarse con una sandía pegada a la barriga, sin poder acercarme al jodido espejo? —protestó.

—No puedo imaginármelo, claro está. Mis pelotas no se ponen así de gordas —sonrió él socarrón.

—No me tientes, cariño. Una buena patada y mi barriga se verá enana.

—Venga nena, ya sé que es molesto, pero sabes que durará poco —Borja se acercó a ella por detrás y la abrazó—. No hace falta que te arregles tanto, a mí me gustas igual.

Laura se dejó caer contra él. Le encantaba que la mimara. Aquellos tres meses habían sido un sueño del que no quería despertar.

—No es molesto. La idea de nuestro bebé me encanta, pasaré lo que sea para tenerla —declaró mimosa.

—No quiero que sea la única, ya lo sabes.

—No lo será, pero quiero que sepas que la enseñaré a llamarte Borjamari.

—Hazlo y, por cada vez que lo diga, te llevarás un azote en el culo —amenazó él alzando una ceja.

—Aguafiestas —protestó Laura barajando si merecerían la pena los azotes... O bien un plan B para volverlo loco—. ¿Nos vamos? Tengo hambre.

—Claro.

Borja la sujetó de la cintura y juntos salieron, en teoría, hacia el restaurante. Antes de llegar, y para que Laura no sospechara nada, Borja dejó el coche en un aparcamiento y rodeó la zona para despistarla. Cuando faltaba una manzana, la detuvo y clavó su mirada en ella sonriendo.

—Voy a vendarte los ojos, no te la quites hasta que yo te lo diga. Te mantendré sujeta a mí, no te preocupes.

—¿Qué no me preocupe? Me acabas de acojonar. Creo que los tacones no han sido buena idea.

Borja resopló.

—Nena, esta mañana te estaba empotrando a pulso contra la pared, sandía incluida. ¿Crees que no puedo contigo?

—Lo digo por lo de que me guíes... Eso sí da miedo. Y en cuanto a lo de esta mañana, siempre puedes repetirlo para que no lo olvide —soltó divertida.

Borja sonrió.

—Creo que voy a tenerte siempre embarazada, pelirroja.

—Hazlo y te quedas sin pelotas. Recuerda que sé castrar.

—Cómo eres —gruñó él. Sin embargo, le vendó los ojos y la dirigió durante un par de calles más hasta que pararon en una plaza. Le quitó la venda colocándose delante de ella con su perpetua sonrisa desde que la tenía en su vida—. ¿Preparada?

—Sí.

Laura miró a su alrededor tratando de desentrañar el misterio. Aquella era la plaza en la que una vez estuvo su Hospital para Peluches, justo a espaldas de su marido. Ahora ya no quedaba nada, el fuego se lo llevó todo.

—¿Qué hacemos aquí? ¿No íbamos a comer?

—Sí, pero antes quiero que veas esto. —Borja se hizo a un lado para que su mujer pudiera apreciar la sorpresa que le tenía preparada.

Por una vez, Borja logró que Laura no le replicara.

Cuando él se quitó de delante de ella, allí estaba de nuevo, como si no hubiera ocurrido nada. Su clínica, su sueño. Quería decir algo, pero las palabras la eludían. Solo pudo apoyarse en él para no caer. Lo miró buscando saber si aquello era real o solo lo estaba soñando con los ojos llenos de lágrimas de la emoción.

—La mandé reconstruir para ti, este es mi regalo de bodas, sé lo importante que era para ti, mi amor —susurró Borja antes de besarla despacio.

Laura respondió a su beso con todo el amor que sentía por él. No por el regalo en sí, sino por el hecho de devolverle la vida en mil formas diferentes.

—Te quiero, Borja... Te quiero tanto que no creo que nunca pueda demostrártelo.

—Me lo demuestras cada día y con verte sonreír me basta. Vamos, quiero que veas cómo ha quedado el interior. Marc ha rehecho todo el pedido inicial, incluyendo los pijamas lilas. —Borja sujetó su mano y la acompañó hacia el interior de la clínica.

En cuanto la puerta de la clínica se abrió, Laura escuchó un: *¡Sorpresa!* Compuesto por un montón de voces. Allí estaban las chicas: Izar, Elena y Agnes junto a sus maridos. También estaba Marina y sus ayudantes en la clínica.

Estaba abrumada y la marea de hormonas no ayudaba a que fuera capaz de hacer otra cosa que no fuera llorar como una tonta.

Borja la abrazó riendo junto con los demás.

—Os dije que me la haríais llorar, pedazo de cabrones —gruñó Borja divertido.

—La culpa es tuya, idiota —dijo Laura entre sollozos.

El resto se carcajeó por la cara que puso Borja.

—Manda huevos...

Las chicas no tardaron en acercarse a la pareja y arrancar a la pelirroja de los brazos de su marido para abrazarla entre todas.

—Si apretáis un poco más, me sale el niño ahora mismo —protestó ella solo por hacerlas rabiar, porque en el fondo se sentía muy afortunada de tenerlas.

Agnes puso los ojos en blanco.

—Ni preñada cambia.

—Creo que solo lo ha empeorado. Apenas tiene barriga, si lo comparas con esto —apuntó Elena, la otra embarazada.

—Suerte que dentro de nada estaréis con un crío como yo —sonrió Izar.

—Eso ha sonado a amenaza, ¿verdad, Elena? —dijo Laura cruzando los brazos—. Amenaza de las gordas. Y eso que nuestro ahijado es un encanto...

—Vuestro ahijado se parece a la madre —contestó Izar.

Las tres se miraron antes de responder al unísono:

—No.

—¡Cómo qué no! —Izar las encaró cruzándose de brazos. Borja las miraba divertido.

—Él es mucho más encantador que tú.

—Es mi hijo, lleva mis genes, parece que se os olvida ese pequeño detalle —replicó Izar mirando a su hijo, que estaba en brazos de su padre, poniéndole caras feas a todos.

—Entonces, anímalo a que sea cualquier cosa menos cocinero por el bien de la humanidad —soltó Laura.

—Darío no cocina mal —le rebatió la rubia con una sonrisa canalla.

—Por suerte —comentó Laura—. Si no, morirías de hambre.

Izar resopló.

—Mira quién habla...

Borja se acercó a Darío.

—Siempre que hablan de comida sales tú, yo no sé cómo me lo tomaría.

—Con resignación. Ya sabes cómo es mi mujer en la cocina.

—Nadie es perfecto —dijo Borja divertido.

—Un día de estos tu mujer les lanzará algo a la cabeza —intervino Sandro.

—Apuesto a que ya lo hizo. Tiene casi tanto carácter como mi Agnes, aunque quien me da pena es el nuevo... Su mujer sí es un peligro.

Borja sonrió.

—Que va, solo hay que saber llevarla, aunque es pura dinamita.

—La verdad, chico, creo que los cuatro hemos tenido suerte con ellas. A pesar del peligro que son —manifestó Darío, dejando a Ethan en el suelo que salió corriendo y riendo por la salita.

—Tienes razón —convino Borja.

—Yo conseguí un tesoro —añadió Sandro mirando a su mujer.

—La mejor melodía de mi vida... —apostillo Óscar embelesado.

—Mejor que no sepan que hablamos de ellas tan enamorados o estaremos perdidos —les advirtió divertido Sandro—. A mí ya me tiene bien pillado.

—Estamos jodidos, lo sabéis, ¿verdad? —admitió Darío.

Los tres asintieron a la vez.

—Pero vale la pena —Borja desvió la mirada hacia su pelirroja—. Todavía no puedo creer que vaya a ser padre.

—Ni yo que hayas domado a la fiera, pero aquí estáis, casados y con un bebé en camino —dijo el editor pasando le brazo por encima de su hombro—. Me alegro mucho por ti.

—Gracias, ella ha cumplido mi mayor sueño, le debo toda mi felicidad.

—Creo que el día en que Izar puso un pie en el Eros, nos cambió la vida a todos. No se lo digas, o se pondrá insoportable —bromeó Darío—, pero no creo que ninguno hubiera querido otro final.

—Tienes razón —declaró Sandro—. Si no hubieras conocido a Izar, jamás me habría cruzado

con Elena.

—Cierto, si no fuera por ella nunca hubiera conocido a la pelirroja —apoyó Borja.

—Y yo sería un músico feliz... Pero sin Agnes. No sería una felicidad completa.

—¿Vosotros vais a ir a por algún crío? —preguntó Borja curioso.

—Sí, en cuanto Agnes quiera. Yo tengo ganas, pero es cosa de los dos.

—Te entiendo, aunque creo que sus amigas no tardarán en presionarla.

—Por mí, encantado. Estoy deseándolo.

Borja y Sandro rieron.

—Entonces solo te falta seducirla a conciencia —aconsejó Borja.

—Me lo decís como si no lo hubiera hecho ya —protestó Óscar—. Mi mujer me adora.

—Lo sabemos solo con la forma en que te mira, pero si quieres hijos, tendrás que ser más seductor —bromeó Borja. Él sabía cuándo la había dejado embarazada y fue la única vez que no usó preservativo con ella. Ese viaje a Laponia le traía muy buenos recuerdos.

—Óscar, yo te seré sincero—intervino Sandro—, lo nuestro fue imprevisto. Ya sabéis, uno pierde la cabeza cuando su mujer se entrega a él.

—Planearlos no es buena idea, vienen cuando quieren —apuntó Darío—. Lánzate. Una cena romántica, un poco de vino... —Óscar los miró a todos con cara de no creer lo que oía.

—Como empezéis con detalles de cómo los concebisteis, me invento un montón de trapos sucios vuestros y se los cuento a Agnes, a ver lo que tardan en saberlos vuestras mujeres.

—No te van a creer —aseguró Darío.

—Convencí a Agnes de que estábamos casados y ni siquiera me conocía, ponedme a prueba si os atrevéis.

—¡Joder, es verdad! —soltó Sandro divertido.

—Creo que después de esto, podemos empezar a hablar de fútbol, que es lo que se espera de nosotros —comentó Darío muerto de risa.

—A mí lo que me acojona es dejarlas solas —dijo Borja.

—Son como una bomba de relojería a punto de explotar...

Borja sonrió pensando en cómo hacerla explotar de varias formas y posturas distintas.

—Ya te digo...

Por un momento, ambos grupos se miraron, cada uno a un lado de la sala. Las miradas de las parejas se encontraron y no les hizo falta decir nada a ninguno, el mensaje estaba completamente claro: estaban presos de sus palabras, de sus sonrisas, de la melodía de su voz, pero, sobre todo, presos de su amor.

Agradecieron la locura de Izar de entrar aquella noche al Eros y, con su incontinencia, llamar la atención de Darío. De aquel encuentro, de aquella historia que empezó al revés, llegaron las demás.

Sin aquella casualidad, Elena nunca habría moderado un foro en el que el modelo por el que suspiraba en sus más locos sueños, escribía para conocer a las lectoras de un libro que llevaba su foto en la portada y que acabaría en una primera cita a la fuga.

Posiblemente Oscar sí habría entrado al Rabbit para tocar con su grupo, pero Agnes no tendría el ejemplo de dos de sus amigas de que el amor merece tener más de una oportunidad.

Ni qué decir de Borja y la veterinaria deslenguada con sus amenazas de castración. Si Izar no hubiera entrado en la vida de Darío poniéndola patas arriba, ellos nunca se conocerían.

Laura estaba agradecida de todo aquello, de cómo casualidades tontas, como socorrer a tres chicas tras un traspie en la calle, acabaría haciéndola la mujer más feliz del mundo.

No muy lejos de allí, una Kawasaki ninja H2 SX de color gris y negro se detuvo frente al

Parque de bomberos de Montjuïc. El ronroneo del potente motor se silenció. Un par de chicas que paseaban frente a la moderna fachada camino de la ladera de la montaña, miraron curiosas la figura que observaba el edificio. No era lo que esperaba, sin embargo, eso le dio esperanzas. Tal vez un edificio moderno albergara la suficiente sangre nueva como para que no acabaran a golpes en la primera semana. No sería la primera vez. Por eso estaba allí.

El jinete se llevó las manos al casco negro que ocultaba su mirada tras una visera igual de opaca. Tiró de él y una hermosa trenza rubia cayó sobre su espalda hasta la cintura. Los ojos azules de la joven que vestía con vaqueros ajustados, una camiseta negra y una chaqueta de cuero del mismo color, fueron una desilusión para las chicas que apretaron el paso hacia su destino, cualquiera que fuera. La joven sonrió. Tampoco era la primera vez que esperaban a un *sexy* maromo bajo el casco y aparecía ella.

Quitó la llave del contacto y, con el tacón de la bota de caña alta, bajó la pata de cabra de la Kawasaki. Apoyó el casco sobre el depósito y rebuscó en el bolsillo trasero del vaquero para sacar un papel.

Sí. Este era el lugar. Empezaba una nueva vida y un nuevo puesto de trabajo. Uno más en muy poco tiempo. Parecía no encajar en ningún sitio. Solo esperaba que sus compañeros no fueran tan gilipollas como los anteriores.

Dejó la moto bien atada en la calle y entró al cuartel.

En cuanto puso un pie dentro, atrajo la atención de un hombre alto y musculoso. Su figura imponía y la cara de mala leche aún más, aunque eso no iba a detenerla. El bombero frunció el ceño cuando la vio, extrañado. Al parecer no estaba acostumbrado a las visitas, o tal vez, no era la que esperaba si tenía en cuenta las dos chicas que, seguramente, pensaron que era uno de ellos.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó con voz profunda, una de esas que sonaban acostumbradas a ordenar.

—Sí, estoy buscando al sargento. —La joven volvió a mirar el papel antes de continuar—. Sargento Reyes, creo que es.

En ese momento, una cabeza rubia que estaba metida dentro de la cabina del camión más cercano asomó, mirándola con curiosidad y aprobación.

—Sáez, vuelve a lo tuyo —ordenó el bombero gruñón—. Sígame. La llevaré con el sargento.

Sin esperar a ver si lo seguía o no, se giró y caminó hasta unas escaleras al fondo de la zona de vehículos. Subió a grandes zancadas, prácticamente de dos en dos, los escalones. Tenía las piernas largas y fuertes. Cuando llegó a una puerta donde ponía “Reyes”, se giró para comprobar que la joven estaba justo detrás de él. No dijo nada, solo llamó con los nudillos antes de abrir sin esperar respuesta.

—Joder, Omar. ¿Cuántas veces te tengo que decir que esperes a que te diga que puedes entrar?

—No las suficientes. Tienes visita.

—Está bien. Pero que sea rápido, el nuevo bombero está a punto de llegar.

Omar se apartó y dejó a la vista a la joven rubia.

Reyes levantó una ceja sin entender muy bien.

—¿Y tú eres? —preguntó el sargento.

—Iset Torres, el nuevo bombero.

FIN

Agradecimientos

Bueno, ya estamos aquí otra vez.

No sé ni cómo empezar con esta parte de la historia, porque es también muy importante para nosotras. Esta vez aún más.

Lo primero agradeceré a ti, sí, a quien está leyendo esto por llegar hasta aquí, por seguirnos. Por la paciencia. Esperamos que la historia de Laura y Borja te haya gustado.

También queremos agradecer a Isaac, Valero y Lola por estar dispuestos a dejarse torturar por mí y mis preguntas. De verdad, ha sido un placer conocerlos y espero que sigáis dispuestos a soportarme porque esto no ha hecho más que empezar.

A Raquel y a Nieves, por mimar a Borjamari para que luciera lo mejor posible para la ocasión. Sois las mejores. Se os quiere un ovario y parte del otro.

Y a todos los que nos aguantáis y apoyáis en esta maravillosa locura, por el tiempo robado a todo lo demás para que nuestro sueño, nuestra pasión, siga adelante.

Un abrazo a todos.

SOBRE LA AUTORA



Hola, soy E.R. Dark, y como puedes apreciar por la foto, no soy una sola persona, si no el seudónimo bajo el que se unen E. Adán y R. Cervera. ¿Quieres saber un poco más? Pues continúa leyendo...

E.R. Dark es el seudónimo bajo el que escriben Emi Adán y Ruth Cervera.

Emi nació en Alicante y vive en San Vicente del Raspeig. Siempre le han gustado los mundos fantásticos con seres mágicos con una gran aventura y, sobre todo, la lectura, su mayor vicio confesable. Fan de los vampiros y los videojuegos, empezó a jugar a los Sims al quedarse en paro. Allí, en sus foros, conoció a su *alma gemela*, Ruth que nació en Barcelona y actualmente vive en Cerdanyola del Vallès, y que es otra gran enamorada de los vampiros y los Sims. Su vía de escape del estrés diario es la lectura, donde crea su burbuja y se deja llevar por sus personajes.

Empezaron a crear historias juntas, primero como un juego, luego lo llevaron a un blog, y después decidieron lanzarse a la escritura. Pero, aunque sus pasiones las unían, la distancia las separaba y aunque siguen separadas, no dejan de hablarse a diario y trabajar en sus historias, donde juntas crean un mundo para poder soñar.

Su género favorito es la romántica y dentro de esta, la paranormal.

En 2015 han publicado su primera novela, Preso de sus palabras, primer volumen de la serie Directo a ti, y también, en este mismo año, publicarán el segundo de la serie: Preso de su sonrisa.

En diciembre de 2015, colaboraran con un relato en la antología solidaria de ARI (Autoras Románticas Independientes) y a primeros de 2016, se publicó su primer libro con Romantic ediciones. Si quieres, puedes seguirme en:

www.facebook.com/ERDarkEscritora

Y en la web: <http://erdark1.wix.com/erdark-escritora>

Otros títulos de la autora.

Ya a la venta



Preso de sus Palabras, serie Directo a ti 1

Izar es una exitosa escritora de literatura romántica. A pesar de escribir maravillosas historias de amor, ella está sola y desilusionada de las relaciones.

Cuando decide cambiar de género e introducirse en la novela erótica, piensa que el mejor modo de hacerlo, es ir a un club swinger a entender de primera mano sobre lo que va a escribir.

Allí conoce a Darío, un hombre *sexy* y seguro de sí mismo que la guía en su viaje. Uno, en el que descubrirá la sensualidad que lleva dentro, y los entresijos de un mundo que no pensaba llegar a desear.

Pero como en toda buena historia, el príncipe azul y el final feliz no llegan al primer parpadeo. La pregunta es, si serán capaces de superar los obstáculos, o simplemente se rendirán al primer impedimento.

Cuando el pasado los golpee, llegara el momento de decidir que perdonar y que no.



Preso de su Sonrisa, serie Directo a ti 2

Guapo.

Sexy.

Deseado.

Todo eso y mucho más es Sandro Lombardi, el modelo masculino más deseado y mejor pagado del momento. Todas las mujeres matarían por una palabra de él, pero Sandro no se la da a prácticamente ninguna.

Elena está enamorada de Sandro desde que lo vio en una revista años atrás. Sin suerte en sus escasas y breves relaciones, se ha refugiado en el mundo virtual y en sus amigas.

Pero incluso el mundo virtual es caprichoso y pone en el camino de cada uno justo lo que necesita, aunque no sean capaces de verlo.

Su encuentro resulta ser un auténtico desastre, pues, en ocasiones, lo que siempre has deseado no es lo que realmente necesitas... ¿O sí?

¿Serán capaces de ver más allá de sus narices y superar los miedos que los atenazan a ambos o dejarán escapar la oportunidad de ser felices?



Preso de su Melodía, serie Directo a ti 3

Agnes trabaja de camarera en el Rabbit Hole. Durante el tiempo que lleva allí, ha visto pasar innumerables conjuntos musicales, unos con más suerte que otros. Y ahora, ha llegado un nuevo conjunto con ganas de comerse el mundo.

Divorciada y escaldada de los hombres, se cierra en banda a intimar con ninguno y mucho menos si tiene unos ojos y una sonrisa capaces de desnudar su alma.

Óscar es un músico que, como muchos, llega al Rabbit Hole en busca de una oportunidad de cambio. No cree en el amor a primera vista, hasta que la conoce a ella, la única: Agnes.

Tras varios intentos de acercarse y otros tantos rechazos, el destino pone ante sus narices la más descabellada oportunidad de demostrar lo que siente por ella. Aprovecharla significa colocarse una soga al cuello, pero dicen que, por amor, se comenten las mayores locuras y él está dispuesto a arriesgarse.

Pero el riesgo... ¿Será suficiente para ganar o acabará perdiendo lo único que desea?



Serie Amor y...

Amor y otras adicciones, volumen 1

En ocasiones el dolor de una pérdida es tan grande que se nubla la razón y el corazón.

Por eso Amanda decide ahogarlo en alcohol y acaba perdiendo el control de su propia vida.

Tras estrellar su coche en Central Park, la heredera de la más importante cadena hotelera del país pone patas arriba su vida y la de los que la rodean.

El primer afectado es su propio hermano, Sean, obligado por su ausencia a tomar el mando de una empresa que no quiere mientras su vida en Los Ángeles se desmorona. Volver a la ciudad de la que huyó no tiene atractivo para él hasta que conoce a Kate, la mejor amiga de su hermana.

Por su parte, Kate se siente dividida ante la llegada de Sean: lleva toda la vida enamorada de él y no está muy segura de si tenerlo cerca será una buena idea o no.

El que sí tiene claro que tener a Amanda cerca no es una buena idea es Gabriel, director del centro de rehabilitación. Es un peligro para todos los que la rodean, pero para él aún más. Todo su control desaparece en cuanto la ve.



Serie Amor y...

Amor y otras adicciones, volumen 2

La llegada del pasado destroza el presente de Kate. Se ha convertido en lo que más odia y no ve luz al final del túnel que no sea el regreso de Amanda y la vuelta a la normalidad.

Se siente traicionada por todo y solo quiere poder tener a su amiga de vuelta.

Sin embargo, Amanda no quiere regresar. Ha encontrado la felicidad en el lugar más insospechado con la persona más inesperada. Teme que alejarse de allí signifique perderlo. Pero su tiempo allí se acaba y debe regresar a La Gran Manzana.

Gabriel se siente en el infierno tras la marcha de su Kamikaze y no sabe cómo actuar. Está convencido de que el paraíso no es su lugar, todo lo contrario que Sean que piensa conseguir el suyo al lado de la mujer a la que ama.

¿podrán superar las adicciones que los atan al pasado y recuperar el control de sus vidas para poder tener un futuro juntos?